

Si la lluvia
te pilla
en chancas...

SORAYA VILLAR



Si la lluvia
te pilla
en chanclas...

Soraya Villar

Si la lluvia te pilla en chanclas...

2018 © Soraya Villar Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del registro.

[Vivir sin miedo](#)
[Bastían](#)
[Oliver y la princesa desterrada](#)
[Hoy comienza tu nueva vida.](#)
[¿Una entrevista crucial?](#)
[Viviendo Madrid](#)
[El día D](#)
[Como pulpo en cacharrería](#)
[Cambios](#)
[Gestalt](#)
[Octavio](#)
[Evento en valencia](#)
[La cena](#)
[28 de Marzo de 1984](#)
[El desafío](#)
[Brandon Scott Thomas](#)
[Mermelada de pomelo](#)
[La ventana](#)
[Maslow y su «encantadora» pirámide](#)
[La propuesta](#)
[Betabloqueantes](#)
[Momento TEDx](#)
[¿Y ahora, qué?](#)
[100 \\$ al Rojo](#)
[Decisiones](#)
[La Noticia](#)
[Pero y aparte](#)
[La confesión](#)
[Salvar una vida](#)
[La encontraré](#)
[Lo prometo](#)
[Ahora y Siempre](#)
[Madrid, año 2025](#)

Dedicado a todas las personas cuyas historias han inspirado esta novela.

Gracias a ti por prestar o recomendar este libro una vez lo hayas leído.

Vivir sin miedo

Estaba tan aturdida y agotada que no sabía cómo había llegado hasta ese lugar, de hecho, no sabría reconocer concretamente en qué lugar me encontraba, simplemente estaba frente a frente conmigo misma. En el espejo podía ver mis pupilas dilatadas al máximo, palpitando a causa de la sobreexcitación.

Situada de pie, apoyada en un lavabo de mármol blanco, sentía la fría piedra bajo las yemas de mis dedos en contraste con la sudoración que liberaban las palmas de mis manos, observé que un rastro de sangre brotaba bajo mi mano derecha, no entendía por qué y me asusté, pero no me atrevía a soltarme del lavabo, podía notar la tensión en cada centímetro de mi cuerpo, las piernas parecían que no iban a aguantar durante mucho tiempo más, la musculatura de mi espalda estaba contraída y sentía un dolor punzante por la fuerte tensión acumulada.

Quería moverme, salir corriendo, terminar con esa situación, pero una angustiada sensación de debilidad me lo impedía, la única opción era intentar mantenerme en pie, peleando en la quietud para no caer, sosteniéndome en el lavabo contemplando mi propia lucha, frente a ese espejo que contaba toda mi verdad.

Sabía lo que tenía que hacer, dejar fluir ese sentimiento, esa tensión, ese miedo, hasta lograr canalizarlo. Controlaba la situación estando en descontrol, aun así mi corazón latía descompasado, arrítmicamente, sentía cómo palpataba con fuerza desde mis sienes, hasta la punta de mis dedos, clavados aún en el mármol.

En la garganta un nudo me reseca la boca por la propia agitación de la respiración acelerada, notaba un sabor ferroso, como a sangre. El empeño en mantener el ritmo normalizado en cada exhalación había logrado quemar mi garganta, como cuando intentas correr al máximo de tus fuerzas y crees que ya no puedes más; entonces ordenas a tu mente que obligue al cuerpo a continuar, a que realice un sobreesfuerzo porque sabes que el control de la mente es más fuerte que la propia reacción del cuerpo, que está diciendo basta, solo porque desconoce que realmente puede sobrepasar ese límite. A pesar del miedo a la incertidumbre decides forzarlo y finalmente ves que lo peor que ocurre después es que sientes ese sabor férreo, en la boca por la irritación de la

respiración acelerada.

Al igual que en este momento, todo indicaba que mi cuerpo estaba al límite, aunque quizá comparar una carrera intensa de un día de entrenamiento con los síntomas de un ataque de ansiedad, no tendrían el mismo resultado; esta vez realmente sentía que podía caer desmallada en cualquier momento. Me sentía débil y fuera de mí, ¿cómo puedes saber si vas a morir?... Esta fuerte taquicardia, la falta de respiración, el ahogo... ¿Cómo saber si este punto de intensidad máxima, es el punto final?

Dicen que cuando vas a morir ves toda tu vida pasar ante tus ojos, como en una película, algunos estudios indican que es el resultado del inicio de la desconexión entre el cuerpo y el cerebro, un periodo de apenas siete a diez segundos de máxima actividad cerebral antes de la desconexión final.

En ese momento su vista se nubló sintiéndose desfallecer, la estancia parecía transformarse en humo, finalmente cayó al suelo quedando en un estado de letargo y semiconsciencia. En este punto, retazos de su vida comenzaron a pasar ante sus ojos, reviviendo cada una de las escenas como en un extraño sueño.

Algunos recuerdos de mi infancia iban cruzando por mi mente, imágenes salteadas que de pronto me trasladaron a la época de primaria en el último año de colegio, quizá enlazando con esas situaciones de la edad sobre las que tampoco tenía el control.

Reviviendo la escena podía sentir de nuevo ese molesto flequillo cortado a tijera justo a la altura de los ojos; siempre tenía que soplarlo de lado para que el cabello se recolocase en otra posición menos incómoda. Iba vestida con mis vaqueros rotos y un jersey azul claro, algo amplio para mi talle, casi todos me venían grandes ya que siempre fui de complexión delgada.

Estaba en el que fue mi aula del curso 6B, como siempre sentada en las últimas filas de la clase para intentar pasar desapercibida. Sin embargo, cada vez que la profesora mencionaba mi nombre pasaba a ser el centro de atención. Ese hecho me ponía en alerta, una tensión repentina bloqueaba mi cuerpo y mi mente, me faltaba el aire y la respiración se tornaba acelerada, intentaba controlarlo sin conseguirlo tomando pequeñas bocanadas de aire; esa tensión venía acompañada de un calor súbito que brotaba de repente en mi rostro siempre que la profesora me preguntaba algo concreto.

—Amelia... ¡Amelia! ¿Cuál es la respuesta del ejercicio tres? —repitió la profesora.

La fuerte tensión de la situación y el hecho de no poder controlarlo

dejaba mis sentidos totalmente anulados, era como si no estuviera escuchando la pregunta, solo veía a la profesora ahí de pie moviendo los labios dirigiéndose hacia mí con su mirada y sus gestos, mientras que yo solo podía centrarme en la forma en que mis sienes comenzaban a palpar, el rostro me quemaba, el corazón bombeaba sangre con fuerza y mi mente se quedaba en blanco.

Muchos de los compañeros se volvían hacia atrás en sus pupitres para mirarme directamente, algunos ponían un gesto extraño; otros se reían al ver que no respondía y que ese calor que estaba sintiendo había tornado completamente mi rostro de un color rojo intenso. Esto me bloqueaba aún más y me impedía responder a la profesora, ya que no estaba concentrada en la pregunta sino en las reacciones que mi propio cuerpo estaba experimentando.

Desde luego esta situación me hacía sentir perdida, desconcertada, no sabía por qué motivo me sucedía. Jessi mi compañera de pupitre, me aseguró que incluso me ponía roja simplemente cuando decían mi nombre pasando lista. A veces ni me daba cuenta, pero parecía un signo de debilidad o al menos yo tenía esa percepción, por eso odiaba que me sucediera.

Aún puedo recordar cómo al final del día, cuando las clases ya habían terminado y llegaba a casa, no paraba de pensar en cada momento en el que se había hecho presente ese rubor repentino y en la reacción de mis compañeros al verlo.

Un día llegué a casa llorando, cerré de un portazo la puerta de la entrada y subí escaleras arriba hasta mi cuarto.

—¡Hija, Hija! ¿Qué te sucede? —preguntó mi madre desde el otro lado de la puerta—. Vamos, abre y cuéntame que te pasa —insistió mientras forcejeaba con el pomo.

Yo no podía hablar, estaba implada, si decía una sola palabra rompía a llorar de nuevo.

—Hija, solo quiero ayudarte, no puedes venir mal cada día.

—¡Mamá, tú no lo entiendes! —grité, prácticamente vomitando las palabras— No puedo controlarlo, se piensan que soy un bicho raro, me hacen el vacío y me ponen motes, se burlan mamá... ¡Tú no puedes entenderlo! —La voz me salía entrecortada, no podía parar de llorar de pura rabia.

No me gustaba que me vieran llorar, ni siquiera mi madre. Ella me apoyaba en todo, pero esto no, esto no podía contarle. Me sequé las lágrimas con la manga de la sudadera, intenté tranquilizarme y abrí la puerta.

Sin embargo, por la noche estando sola en mi cama, esos pensamientos

lograban atormentarme de nuevo. Me dormía llorando y al día siguiente se hacía muy difícil levantarse de la cama para ir al colegio. Era muy duro, sobre todo por el hecho de que no podía controlar lo que me sucedía, ni sabía cómo hacer que desapareciera. Simplemente era algo con lo que lidiar cada día y ya me había acostumbrado a hacerlo sola.

Poco a poco fui aprendiendo algunos mecanismos para vivir con ello, y llegué a la conclusión de que dependiendo menos de la gente podía notar cómo el rubor súbito apenas me sucedía; cuando antes era algo continuo.

Aprendí a aislarme de esos compañeros que no me aportaban nada, y dejé de pensar en ellos y en lo que pudieran pensar de mí creando un microclima de total indiferencia hacia lo que no fuera relevante en mí vida. Y así, sin saber exactamente cómo, a partir de cierto momento, los episodios de rubor súbito comenzaron a remitir.

—Amelia, me he fijado y últimamente ya no te pones colorada, quizá estés madurando —bromeó su compañera de pupitre.

—Si claro, madurando, pero no de la misma forma que tú, por desgracia —respondió, señalando el ya prominente escote de su amiga.

Las dos se rieron con gran complicidad.

A pesar de todo era de carácter abierto, ingeniosa, divertida, y con un mundo interior muy particular. A veces iba riéndome sola caminando por la calle, ya que recreaba en mi mente situaciones divertidas o posibles conversaciones con el chico que me gustaba en aquel momento, aunque no llegaran a materializarse nunca después de todo.

Una vez; ya en el instituto, intenté decirle a un chico que me gustaba. Le pasé en clase un papel en el que puse Amelia love David, y esperé su reacción en mi pupitre con una sonrisa tímida. Él lo abrió lo leyó, y arrebujo el papel con rabia.

—¡No se te ocurra enseñárselo a nadie! —dijo girándose hacia mí, frunciendo el ceño—y no es David, ¡es *Deivid!* —añadió tirándome de nuevo mi papel hecho una pelota.

«Menudo impertinente. ¡Ni que fuera David Beckham!» pensaría ahora con la perspectiva del tiempo. Pero en aquel momento desprovista de las armas de defensa que ofrece la inocencia, es decir, ninguna. Simplemente pensé «Supongo que no tiene que molar nada que la rarita de clase te tire los tejos» me guardé el papel en el bolso y continué haciendo como que atendía la clase, dibujando garabatos, guardándome las lágrimas que había detrás de

aquel sentimiento de rechazo.

Era consciente de que en cierta medida tenía comportamientos y acciones de alguien que ha estado marginado. Sin embargo eso quizá fue lo que me ayudó, porque tomé la decisión de elegirme a mí misma, decidí que los demás realmente no me hacían falta, podía ser feliz en mi mundo, podía salir adelante y de esa forma hacerme más fuerte, simplemente no esperando nada de nadie.

En definitiva había aprendido algo muy importante, a conocerme a mí misma. Y en ese punto, todo comenzó a ir bien.

La cuestión del rubor dejó de ser significativo, restándole importancia hasta casi anularlo. Terminada la época de instituto, el sonrojo solamente aparecía al hacer ejercicio físico intenso, y en ocasiones de estrés muy puntuales.

En esta rápida revisión de mi vida que ofrece el estado de semiconsciencia, otro de los puntos álgidos a destacar es la del inicio en la Universidad. De nuevo la ansiedad, los nervios y la inseguridad se hicieron presentes. Reviviendo la escena, en ese momento veía a uno de mis compañeros, distraído revisando los tabloneros de anuncios en el pasillo de la universidad. Mientras me iba acercando a él pensaba «Vamos, iniciar una conversación, sin más..., hablar, es algo sencillo, ¿no?»

Situándome por fin a su lado, le pregunté directamente.

—Tú has estudiado también diseño gráfico, ¿verdad?

Justo en apenas tres segundos que tardó en darse la vuelta hacia mí, el calor repentino que sentí como un fogonazo tornó mi piel en rojo carmesí. No podía ver el reflejo de mi rostro en ninguna parte, sin embargo, noté como incluso mis brazos tenían puntitos rojos que iban ampliándose cada vez más, volviéndolos completamente encarnados por la aglomeración de la sangre que sentía brotar desde el centro del pecho hacia los brazos y el rostro, tanto que hasta lo sentía palpar incandescente a causa del torrente sanguíneo que se estaba acumulando por la presión del momento.

Era algo inexplicable, ¿Cómo podía ocurrir tan rápido y de esa forma tan exagerada? por una simple interacción.

Definitivamente el rubor había vuelto y esta vez magnificado de una forma que ni yo misma esperaba.

La reacción de mi compañero al girarse y verme completamente en llamas fue esbozar una sonrisa ladeando su cabeza mientras me miraba fijamente, sin embargo, no me lo tomé como un gesto de burla, más bien su

gesto fue de autosatisfacción por aumento de su propio ego al ver como una mujer de veinticinco años se ruborizaba simplemente por hablar con él, que seguro apenas tenía cumplida la mayoría de edad. «Era bochornoso» pensé mientras me imaginaba metiendo la cabeza bajo tierra como un avestruz.

Comencé la universidad más tarde de lo habitual. A causa de la enfermedad de mi madre, me puse a trabajar tras el bachillerato.

La diferencia de edad con mis compañeros de universidad era evidente. Me sentía fuera de lugar, no lograba conectar, no lograba integrarme como parte del grupo, la forma de interactuar con los demás no fluía de la misma manera. Mis inquietudes, experiencias, miedos, o prioridades eran muy distintos. Y eso me creaba ansiedad.

Me sentía como atrapada al no poder actuar o expresarme como realmente quería, estaba otra vez como en el instituto, de nuevo me encontraba perdida. Durante las presentaciones públicas de los trabajos prácticos ante la clase era aún peor, era horrible. Recuerdo que había compañeros que también se ponían nerviosos, tartamudeaban, sudaban, o se les ponía una voz tan aguda que juraría que en ese momento sólo podían escucharles los perros o los delfines. Pero por alguna razón eso estaba permitido, era normal, en cambio ponerte rojo te sentenciaba. Era como mucho más evidente, tan evidente cómo una antorcha.

Lo peor después, era el trato condescendiente de algunos compañeros, porque te veían como un peón débil, o al menos así te hacían sentir.

Recuerdo que terminé mi presentación y no esperé al cambio de clase, el siguiente grupo se preparaba para presentar su trabajo y aproveché para salir del aula, me fui de la universidad, caminando sin rumbo establecido, sólo necesitaba respirar. Después me senté en un muro de piedra frente al parking de un supermercado. Me quedé un buen rato pensando en lo sucedido, en mi situación, intenté controlar la ansiedad y cuando estuve algo más relajada llamé a Oliver. Él es mi mejor amigo desde el instituto. Ahora estaba viviendo en Valencia porque le salió trabajo allí como técnico de sistemas.

Hablar con él siempre me ayuda a tranquilizarme o tomar decisiones, aunque en este caso mi decisión ya estaba tomada. Lo dejé sonar hasta que saltó el pitido de fin de llamada sin respuesta.

Una mujer pasó con la compra mirándome con cierta ternura, supongo, al ver mi cara de desesperación.

Necesitaba hablar con alguien hablar en alto para aclarar ideas. Jessi

también conocía mi caso; somos amigas desde el colegio e inició conmigo el instituto, pero no lo terminó. Hizo el programa de garantía social y ahora tiene una tienda de alimentación vegana en La Latina. Después de tres tonos descolgó al momento.

—¿Hola guapísima que haces?, yo hoy tengo descanso, así que me pillas con tiempo.

—Jessi no puedo con esto, con lo de la universidad; lo dejo. —le solté, como descorchando champán.

—Ey ¿Qué pasó?, no puedes manejarlo, ¿es eso?, pensé que lo tenías más o menos controlado.

—No, no te he querido contar nada más pero es que no puedo. Esto me hace sentir tan cohibida para relacionarme con normalidad que he llegado a aislarme yo misma, porque es intentar iniciar una conversación y me da ansiedad.

—Tienes que intentar calmarte, la ansiedad social es algo que le pasa a mucha gente.

—Sí, pero esto no es lo mismo. Yo puedo relacionarme, pero en situaciones puntuales aparece ese rubor repentino. Y es extraño, siento que estoy encerrada en una caja de cristal, viendo cómo los demás disfrutan y comparten mientras yo estoy como paralizada, sobre todo sin saber por qué me ocurre esto. Y es que es cada día, psicológicamente es agotador.

—No me gusta escucharte tan mal, ¿por qué no buscas ayuda?, o más información para ver cómo puedes mejorar.

—Ya lo hice, ¿recuerdas?, y ese médico me dijo que simplemente eso era cuestión de mi personalidad, que si soy tímida es normal. Y sabes que no soy tímida, no tiene que ver, de hecho es todo lo contrario.

—Eso es cierto, tímida no eres.

—Claro, si es que te vuelves retraído a causa de esto, lo achacan a la vergüenza y no se dan cuenta que te sucede todo el rato. Por eso me da rabia; aparece en tonterías, como cuando algo se te cae, te tropiezas andando solo, o el otro día que iba cruzando despistada, casi me pilla un coche, dio un frenazo y esa misma tensión igualmente hizo que saltase el rubor.

—Te entiendo, mira, yo tengo libre hoy, ¿por qué no quedamos en la tarde y lo hablamos con más calma?

—Ok, y nos ponemos al día.

—Claro, todo irá bien, ya verás. Oye por cierto y tu madre, ¿qué tal está?

—Bueno, es complicado. Ahora está iniciando el tratamiento y hace más

o menos vida normal, pero tiene algunas lagunas.

—Vaya, siento oír eso. Pero hay que esperar a ver cómo resulta el tratamiento—dijo dándole ánimos— Te veo luego, y prométeme que no vas a agobiarte, intenta tomarlo con calma.

—Lo intentaré, un beso.

No pude con la presión. La ansiedad que generaba esa situación al no poder controlar lo que sucedía me bloqueaba, me anulaba, me superó. Terminado el primer año decidí no volver a la universidad. Realicé la solicitud para continuar la carrera en la modalidad semipresencial. No tendría que ir a clases, no más interacciones sociales, no más malos ratos, solo debía acudir a los exámenes finales.

Sí, lo cierto es que lo que hice fue huir del problema, pero en ese momento no tenía armas para enfrentarlo a ese nivel. No me sentía con fuerzas, me vi tan desbordada que solo parecía tener la opción de correr para el lado contrario y salir por la puerta de atrás. También tomé otra decisión, la de ponerle remedio. Intentar descubrir qué era y por qué sucedía. Hasta ahora no había encontrado nada concreto, pero me topé con un video en *youtube* donde un médico psiquiatra de Chile hablaba sobre los mismos síntomas que yo padecía, y decía haber publicado un libro en el que trataba el tema. Al buscar el libro en internet apareció un grupo de *Facebook* nombrado como el título del libro. Al parecer lo había creado el propio autor para reunir a personas que también estuvieran buscando respuestas. El grupo estaba integrado por más de quinientas personas de distintas partes del mundo que padecían los mismos síntomas y que habían sufrido situaciones parecidas.

A través de esas personas, cada una con su historia, al fin pude descubrir lo que era, y poco a poco ir conociendo más sobre ello; averiguando por qué ocurría, pero sobre todo, obtuve la tranquilidad de saber que no estaba sola; había más personas como yo. Ahora ya podía ponerle nombre, lo llamaban «Eritrofobia» o «Rubor facial patológico»; «Blushing» en terminología inglesa.

Bastián

El olor a desinfectante y lejía ya le estaba incomodando, la sábana le daba calor y la animada charla entre su madre y su hermana estaba empezando a incrementar su nerviosismo, que reflejaba rascándose la barba de manera obsesiva.

—Madre, ¡madre! —insistió Bastián, para intentar llamar su atención—, ¿será que puede hacerme un favorcito de traer algo de agua, y que me consiga un *dulcesito* para tomar?

—Claro mi cielo, ya mismo estoy de regreso.

«Doctor Contreras acuda a planta 6. Doctor Contreras, planta 6». Podía escucharse por megafonía.

—Ángela, hermanita, no podía con los nervios y no quiero preocuparla más, ¿crees que saldrá todo bien esta vez?

—Seguro hermano, ya vas a ver, todo cambiará a partir de ahora.

El móvil vibró encima de la mesilla.

—Es mi *celu*, me lo alcanzas, por favor.

Al ir a coger el teléfono pudo ver la pantalla.

—Es un mensaje de Amelia —dijo ella entregándole el móvil.

Bastián lo tomó, se colocó las gafas y abrió el chat para leer el mensaje completo.

Amelia: Hola, ¿qué tal estás? La operación es mañana, ¿verdad?

Bastián: Sí, a las nueve de la mañana. Bueno, allí en España serán las tres o las cuatro de la tarde. Me han hecho unos análisis de sangre, ahora estoy esperando a que venga el doctor para explicarnos a mí y a la familia cómo será la intervención y firmar algunos papeles de consentimiento.

Amelia: Ah, perfecto, así ellos estarán más tranquilos también.

Ciertamente era un protocolo de actuación para tranquilizar a la familia, ya que realmente Bastián ya conocía el procedimiento. Llevaba años investigando sobre el tema y pensando en hacerse la operación.

Amelia: Creo que eres muy valiente por decidirte finalmente a hacerlo.

Bastián: Gracias, sé que puede parecer demasiado drástico, pero he pasado ya por todo; este es mi último balín.

Amelia: Lo sé, la patología afecta a diferentes niveles y mucho más a unas personas que a otras. Como dices, la operación debería ser el último recurso.

Mientras le iba escribiendo Amelia recordó que cuando comenzaron a hablar; hace ya más de dos años a través del grupo de *Blushing*, Bastián estaba muy mal, ya lo había probado todo, terapias psicológicas, más de diez psiquiatras diferentes siempre con resultado fallido. En la universidad no pasó ni el primer semestre, fue fatídico, y abandonó definitivamente. Se puso a trabajar y se dio cuenta de lo crueles que pueden ser los adultos, sus compañeros, le hacían *bullying* laboral. Comenzó a beber y tomar drogas para intentar evadirse y pudo haber terminado muy mal.

Pero ahora con veintiocho años la decisión estaba tomada.

Bastián: La verdad estoy muy emocionado, una mezcla entre miedo, entusiasmo... solo quiero que ya sea mañana y que todo salga bien. Después de tanto tiempo, los sacrificios para juntar toda la plata, por fin ha llegado el momento.

Amelia: Bueno intenta tranquilizarte, sé que debe ser emocionante. Esto podría cambiar tu vida completamente y a mejor, seguro que todo saldrá bien. Ha sido un placer estar compartiendo contigo todo el proceso hasta el momento, he aprendido mucho de ti a nivel humano, sé todo por lo que has tenido que pasar y todo lo que has luchado para llegar aquí, mañana es tu día, mañana todo cambiará para ti.

Bastián tardó un poco en responder, estaba emocionado por las palabras de Amelia. No podía creerlo, su vida iba a cambiar mañana.

Bastián: Gracias de corazón por haber estado apoyándome desde el otro lado, literalmente, al otro lado del charco.

Bastián se encontraba en la Clínica Santa María de Santiago de Chile. Se trasladó desde Concepción donde vive, sólo para ser operado, ya que uno de los mejores cirujanos especialistas estaba haciendo ese tipo de intervenciones desde hacía cuatro años con un alto porcentaje de éxito.

Precisamente Bastián contactó con Amelia, por un comentario que hizo

en el grupo, acerca de la operación y sus probabilidades de éxito, entrando en un pequeño debate virtual que quedó en anécdota; en este tiempo han creado un fuerte vínculo de amistad, y dentro del grupo forman ya una pequeña comunidad en la que van aprendiendo cada vez más sobre la patología.

Bastián: Vaya disculpa, justo a entrado el Doctor para la reunión y explicación del procedimiento. Deséame suerte.

Amelia: Tranquilo, seguro que todo saldrá bien. Hablamos.

Su madre entró al tiempo, dejándole al lado de la cama una botella de agua y un pastelito de chocolate, y se sentó en el sillón a su izquierda.

—Muchas gracias, madre —dijo dedicándole una dulce sonrisa.

Bastián ya conocía parte del proceso, pero su mayor miedo era que otra vez no surtiera efecto y todo quedase en nada cómo hasta ahora.

—Buenas tardes —Empezó saludando el doctor situándose en medio de la habitación frente a ellos. Tenía la voz grave, y hablaba con firmeza—. Soy el Doctor Emilio Castillo, Cirujano responsable de la intervención de *simpatéctomia* que se le realizara a Bastián. Haré una breve introducción de lo que será el procedimiento, si tienen alguna duda pueden interrumpirme cuando quieran.

Ángela se situó entonces al lado de su madre que estaba visiblemente afectada, esta operación podría cambiar la vida de su hijo.

El doctor sonrió acercándose a ella, le pasó la mano por el hombro para tranquilizarla, y continuó.

»De un modo muy resumido, indicarles que la cirugía consiste en hacer dos incisiones, debajo de ambas axilas e introducir una cámara para llegar con precisión hasta al llamado nervio simpático donde quemamos las puntas, evitando así, que la sangre quede estancada en el área del rostro. Como ven es un proceso sencillo y rápido con una probabilidad de éxito actual de más del 90 %

—Doctor Castillo, ¿y qué efectos secundarios puede tener?—preguntó Ángela.

—Puedes llamarme Emilio, en confianza —respondió el doctor—. En cuanto a los efectos secundarios, el principal es la *hiperidrosis compensatoria*, ya que los nervios que se seccionan son responsables del rubor, pero también de la transpiración, por tanto; no se sonroja, pero tampoco transpira por esas zonas —aclaró puntualizando— que se redistribuye

entonces por espalda, abdomen o incluso en las piernas. Aun así los pacientes indican que prefieren tener la sudoración excesiva antes que el rubor.

Bastián parecía estar de acuerdo, afirmando con la cabeza.

Angela le miró y le tomó fuerte de la mano, entendiéndole perfectamente.

—Discúlpeme —intervino su madre—, y concretamente, ¿qué lo causa? Porque le vi sufrir mucho por esta razón, pero no logro entender...

—No pasa nada, le explico —continuó el doctor—. La causa, es una reacción del sistema nervioso autónomo, que en estas personas es hipersensible y se activa en las denominadas «Situaciones E»: escape, estrés, ejercicio, emergencia.

—Es decir—intentó explicarse Ángela con sus palabras— que nacen con un sistema nervioso digamos hiperactivo, que se dispara más de lo habitual en cualquiera de esas situaciones.

—Sí, es algo así —retomó el doctor—, Al aumenta su torrente sanguíneo de manera excesiva, hace que se ponga rojo, de forma anormal, ya que el cúmulo de sangre queda retenido en los capilares que van hacia el rostro.

Solo cuando la situación pasa y se relaja, la válvula del nervio se vuelve a abrir, y el tono de la piel regresa a su estado normal.

Se quedaron callados escuchando atentamente la explicación.

—Realmente es un proceso biológico, entonces —dijo Ángela.

—Por esa parte, sí —aclaró el doctor—, no obstante, afecta también de forma psicológica, ya que este hecho les inhabilita socialmente provocando incluso fobia social. Las personas que lo padecen, y Bastián estará de acuerdo —puntualizó—, van evitando los encuentros e interacciones sociales para no verse de nuevo expuestos; generando incluso trastornos depresivos al no ser capaces de controlarlo. De nuevo Bastián asintió confirmándolo.

—Es que la gente no lo entiende doctor—intervino Angela con descontento—yo he visto todo lo que ha sufrido mi hermano, porque hasta en su trabajo se burlaban. Así que es normal que terminen aislándose.

—Si es curioso que la gran mayoría de los afectados lo llevan completamente en secreto, por esa presión social quizá, pero de esa forma lo empeoran, deberían naturalizarlo, hablando de ello abiertamente, es mi consejo. Así la gente lo entendería mejor.

—Si doctor pero se hace difícil, por eso necesito que esta operación salga bien—en la voz se le notaba el deseo de terminar con la patología y no sentir más miedo—Entonces dígame, ¿cuándo notaré los resultados? —preguntó ansioso Bastián.

—Ok Bastián, paso a paso —retomó el doctor—. Tras la operación, cuando se exponga a esas situaciones, se va a poner nervioso igualmente... —Bastián torció el gesto con desánimo al escuchar eso— Peeero... —continuó el doctor Castillo, mirando hacia Bastián para tranquilizarlo—, repito, pero..., ya no se va a enrojecer, y cuando vea que no sucede ese rubor súbito llegará un momento en que no será para usted más una situación de tensión; que por decirlo de alguna forma, sería la parte psicológica. Ya que la parte física o biológica queda cerrada con la cirugía.

Bastián asentía y sonreía esperando que realmente fuera así.

—Si no tienen más preguntas dejo que disfruten de estos momentos juntos. A usted le veo mañana por la mañana caballero. —dijo dirigiéndose a Bastián—. Tiene mucha suerte de tener el apoyo de su familia.

—Gracias doctor, por todo, nos tranquilizó mucho su explicación.

Oliver y la princesa desterrada

Es importante tener el apoyo de la familia y los amigos, Amelia lo sabía, pero era complicado contarlo, sobre todo porque hasta el momento, y después de dos años de haber encontrado el grupo, casi ni ella podía explicarlo.

Se lo contó finalmente a su madre ya casi de adulta, y de niña lo sabía Jessi, su *compi* de pupitre en el colegio, y después, su mejor amigo Oliver.

Oliver y Amelia mantenían una gran complicidad, se conocían desde el segundo año de instituto. Él entró por traslado desde Málaga, así que ahora era madrileño de adopción. Llegó al instituto como un tornado revolucionando todo, era un ligón, siempre iba con el pelo revuelto como si no importará peinarse por la mañana, con sus ojos verdes y achinados parecía que siempre le molestaba el sol aunque fuera de noche, andaba de forma nerviosa, era muy inquieto, pero su gracia y su acento malagueño era lo que más llamaba la atención de todas las chicas de su clase e incluso de los otros cursos.

Siempre tenía detrás a un enjambre de adolescentes ruidosas intentando hablar con él, coqueteando, y por supuesto Oliver se dejaba querer. Aunque en realidad le gustaban las chicas de cursos superiores, así que al final no les hacía demasiado caso.

Sin embargo, había una desgarbada y solitaria princesa desterrada que llamaba su atención. Oliver la definía así porque tenía ese aire de independencia, de *yo contra el mundo*. Realmente parecía no necesitar nada de nadie, y jamás se había acercado a hablar con él desde que llegó nuevo al instituto a diferencia del resto de las chicas, así que pasó el primer semestre del curso sin apenas hablar nada más que quizá un saludo al cruzarse por los pasillos.

Pero una tarde en las vacaciones de invierno, Oliver estaba sentado en un banco del parque hablando y jugando con sus amigos, cuando vio pasar a la princesa desterrada caminando sola, llevaba una carpeta en la mano izquierda e iba escuchando música en el *walkman*, parecía absorta en su propio mundo, él la iba siguiendo con la mirada mientras sus amigos continuaban diciendo tonterías sobre las chicas que les gustaban o algo así, él estaba en otra cosa, atento a los pasos de la princesa. Casi al perderla de vista al doblar la esquina, pudo ver como unos chicos comenzaron a decirle cosas, parecía que la conocían o que al menos no era la primera vez que se metían con ella.

Oliver no se lo pensó y salió corriendo en su ayuda, pero antes de que pudiera si quiera entrar en acción, la princesa le había dado un tremendo carpetazo en la cabeza a uno de ellos y el otro salió corriendo para evitar ser vapuleado a golpes también.

Oliver llegó a la esquina aún con la respiración agitada por la carrera.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado. Ella asintió mirándole a los ojos con cierta tristeza. El vio que estaba roja como un tomate; no comentó nada al respecto, simplemente recogió la carpeta del suelo y se la dio.

—Vaya creo que has aplastado muy bien la cara de Alejandro Sanz contra la cabeza de ese chico. Vas a tener que volver a forrar la carpeta, o debería decir ¿el arma letal?

Ambos se rieron entonces por la situación y el comentario tonto.

—Soy Oliver —se presentó finalmente—, creo que tú estás en la clase de 2° C, ¿verdad?

Ella se sorprendió al ver que la tenía bien ubicada o que al menos sabía a qué grupo pertenecía. El rubor volvió a hacerse notar; mirando tímidamente hacia su carpeta respondió.

—Sí, en la clase del final del pasillo —Se quedó callada un segundo y le miró de nuevo a los ojos—. Oye, gracias por venir e intentar ayudarme.

—Bueno los vi venir de lejos, aunque finalmente no te ha hecho falta mi ayuda —dijo sonriéndole de medio lado.

Se fijó en que ella dibujó una sonrisa por compromiso.

—Entonces, ¿por qué te molestan esos chicos?, ¿qué ha pasado?

—Sin más, se meten conmigo porque bueno, les parece muy gracioso ver cómo me pongo colorada y se burlan, es algo que me ocurre de repente y no puedo controlarlo.

Oliver, la escuchaba atentamente y de repente comentó:

—¿A ver si va a ser eso un superpoder?

Ella soltó una carcajada, no se esperaba para nada esa respuesta.

Oliver le devolvió la sonrisa de complicidad.

—¿Vives por aquí, por este barrio?

—Si, cuatro calles más abajo.

—Bien, te escoltaré hasta casa.

Desde la esquina se despidió de sus amigos levantando el brazo, agitándolo de un lado a otro mientras gritaba: —¡Nos vemos mañana!

Comenzaron a caminar calle abajo y Oliver se giró hacia ella.

—Aún no me has dicho tu nombre.

Ella sonrió y dijo:

—Amelia.

Desde ese día fueron inseparables, viviendo cada experiencia juntos de la adolescencia hasta el momento actual. Apoyándose el uno en el otro, viviendo los amores de juventud y desamores. Las dificultades respecto a la enfermedad de la madre de Amelia, el divorcio tardío de los padres de Oliver; siendo ya adulto. Así como la celebración de los éxitos personales y profesionales de ambos. Realmente eran inseparables. Se conocían tanto como para comunicarse apenas con un código de miradas que nadie más entendía y rara vez se peleaban entre sí, porque siempre eran totalmente sinceros el uno con el otro para bien o para mal, y ese hecho no ha cambiado desde entonces.

Hoy comienza tu nueva vida.

**Santiago de Chile. Clínica Santa María, pabellón 4, habitación 12,
10:23 am.**

Después de apenas cuarenta minutos de intervención Bastián salió poco a poco de la anestesia. Cuando consiguió enfocar bien la imagen lo primero que vio fue una libreta en la que aparecía grabado un texto: *Hoy comienza tu nueva vida*. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro de inmediato. Eso confirmaba que todo había salido bien. Angela que sujetaba la libreta, se la dejó sobre la cama, y comenzó a darle besos en la cara y en la frente. Todos estaban muy emocionados.

La familia quería regalarle este pequeño detalle; un diario personalizado, ya que siempre le había gustado escribir, para que fuera reflejando sus nuevas emociones, experiencias y sensaciones que seguro a partir de ahora serían muy distintas a las acontecidas, anteriormente. Su madre, que siempre le había apoyado aunque no comprendía muy bien lo que le sucedía hasta el momento, estaba emocionada, deseando que todo hubiera salido bien, y ver a su hijo feliz por fin.

Bastián no paraba de sonreír.

—Hijo, ¿qué tal te sientes? Mientras dormías ha pasado el doctor Castillo para darnos algunas indicaciones —le explicó—. Debes descansar, ingerir líquidos para la rehidratación, y estar en reposo. Volverá en la tarde para ver el seguimiento y darte el alta lo antes posible. En cuarenta y ocho horas, en principio, dijo que podías hacer vida normal.

—Vida normal —repitió Bastián—. Vida normal —reiteró entre susurros, para finalmente elevar la voz con emoción mientras lo repetía de nuevo—. ¡Vida normal, eso es lo que deseo! Mi vida empieza de nuevo a los veintiocho. Después de más de quince años viviendo atrapado, cohibido, siempre con miedos. Desde ahora todo será distinto —iba diciendo cada vez más emocionado.

Y comenzó a enumerar toda la lista de actividades y cosas que quería hacer.

»Terminaré mis estudios universitarios, e incluso quiero hacer un

postgrado, salir a restaurantes, comprar en tiendas directamente, no más compras *on line* —dijo en tono desafiante, y continuó—. Poder hablar con mujeres sin sonrojarme, ¡claro!

Se quedó callado por un momento, pensando.

—¿Y cómo se si funciona?, ¿si realmente ha tenido éxito? —se preguntó exaltado.

Su hermana y su madre intentaron calmarle, evidentemente estaba sobreexcitado y ansioso por comprobar los resultados de la operación, aun no se terminaba de creer que todo hubiera quedado atrás, y que simplemente, a partir de ahora, ya no se fuera a ruborizar más en esas situaciones.

—Tranquilo, tendrás tiempo para disfrutar de todo eso y comprobar que todo está bien —intentó calmarle su hermana.

El hombre situado en la cama de al lado, con quien compartía la habitación, de unos setenta años de edad, se había mantenido callado hasta el momento, observando la escena con cierto disimulo pero atendiendo la conversación. Con voz entrecortada, ya por la avanzada edad, decidió intervenir finalmente.

—Disculpen, disculpen mi intromisión, pero me causa mucha curiosidad, dicen que usted, ¿ha sido operado para no sonrojarse?... , pero eso es algo natural y muy bonito —continuó el hombre sin dejar intervenir—. Bueno al menos era bonito en las mujeres de antes. Antes se sonrojaban cuando les regalabas flores o les dabas un beso robado..., también te llevabas un bofetón, a veces. —sonreía afable el hombre encorvado en la cama, acomodándose para ver bien a Bastián mientras le hablaba—. Entonces, ¿qué problema hay en eso? —sentenció.

El hombre no tenía mala intención en su pregunta ni en sus palabras, realmente era pura curiosidad y evidentemente no conocía la profundidad del problema. Bastián acepto de buen grado las observaciones del hombre a su lado.

Sin embargo, le indignaba que siempre salieran con eso, que tratasen el problema con esa banalidad.

Armado de paciencia, respondió.

—Sí, si puede ser incluso bonito verlo en esa situación concreta, aunque bien es cierto que un hombre sonrojado en esa misma situación hoy por hoy, y más como somos los hombres acá en Chile, bien jodones, siempre poniendo motes por cualquier cosa, pues es más complicado.

»Para que se haga una idea, cuando tienes esto, te pones rojo por todo,

por ejemplo si dicen tu nombre, si te preguntan algo de repente en una reunión de trabajo o incluso con amigos o la familia.

Cuando te encuentras de imprevisto con algún conocido en la calle o cualquier otro sitio, cuando vas a comprar a una tienda. Y ya si te atiende una dama linda, mucho más. O aún peor, si te da de repente hablando o discutiendo bien alterado con un varón, pues imagínese, ya seguro te tildan de lo que no eres.

Comienzan a llamarte cabro, bujarrón, todo pasa a ser extraño y si sucede en el trabajo tus compañeros ni te miran a la cara he incluso se burlan o te tratan cómo si no valieras nada. Ciertamente para saber lo que eso significa, lo cruel y doloroso que es, hay que vivirlo, ¡sufrirlo! —puntualizó, visiblemente alterado.

Bastián fue elevando el tono sin darse cuenta, cambió su rostro totalmente, su mirada y su postura estaban en tensión.

—Qué pena con usted, de verdad, disculpe mi ignorancia. Jamás escuché hablar de esta enfermedad, y de lo que se padece..., no puedo ni imaginar lo que ha sufrido. Discúlpeme de nuevo no quería incomodarlo.

Bastián se dio cuenta de que realmente se había alterado, recordando todo lo sufrido hasta el momento.

—Fíjate, realmente no te ves sonrojado a pesar de tu alteración. —intervino Ángela

Bastián se tocó las mejillas con la yema de los dedos, disfrutando del momento.

—Si, lo cierto es que no siento calor en el rostro. ¡Funciona!, ¿verdad? ¡Funciona! —repitió. Se giró hacia su compañero de cuarto— No se preocupe usted, no me ha incomodado, ya todo eso quedo atrás.

Estaba tan emocionado que hoy nada podría borrarle la sonrisa. Quería compartir con todo el mundo su alegría.

Tomó un momento su móvil para escribir en el muro del grupo de afectados en *Facebook*:

Todo ha salido bien, la operación ha sido un éxito, realmente funciona, comprobado.

Amigos, ¡¡¡hoy empieza mi nueva vida!!!

¿Una entrevista crucial?

Al igual que en el instituto o la Universidad, los nervios, la ansiedad, los sudores fríos; se hicieron presentes de nuevo. Por supuesto, Amelia había realizado anteriormente varias entrevistas de trabajo sin problema, sobre todo para cuidadora de niños, reponedora en supermercado, dependienta, camarera o cualquier otro tipo de trabajo que sirviera para pagar facturas mientras terminaba la universidad.

En el último curso, ya con veintiocho años, Amelia tuvo la oportunidad de hacer las prácticas en empresa como auxiliar administrativo en una empresa de Logística. Se adaptó rápido al ritmo de trabajo y su actitud y aportaciones durante ese periodo llamaron la atención de Sabina, la directora del departamento de RRHH, así que finalmente la contrataron y entró en plantilla como administrativo; primero en el departamento de compras y después en el de RRHH bajo el mando de Sabina.

Era un trabajo estable y bien remunerado, pero algo tedioso, preparando las nóminas, registro de altas y bajas de empleados, gestión de proveedores. Muy rutinario, decía Amelia. Sin embargo, siempre se esforzaba por dar lo mejor, aportando nuevas ideas. Llevaba casi dos años en el puesto y estaba agradecida de que Sabina le hubiera dado esa oportunidad; había aprendido mucho en todo este tiempo. Pero con la carrera ya terminada y la experiencia adquirida, estaba por presentarse a un puesto de mayor rango en una empresa de proyección internacional. Por supuesto en su empresa no sabían nada.

Estaba nerviosa por la entrevista así que llamó a Oliver. Su mayor apoyo; siempre logra calmarla en esta clase de situaciones. Tras marcar su número, apenas sonaron tres tonos y descolgó.

—¡Ey!, ¿cómo vas?

—Hola, ¿qué haces?, ¿estas ya en el descanso? Es que estoy super nerviosa con la entrevista de mañana.

—Ya supongo, con lo que tú eres de perfeccionista, pretendes que salga todo redondo, ¿verdad?

—Bueno, con que salga medio bien...

—Mira, estoy terminado de revisar los servidores del departamento de finanzas, que me tienen frito hoy, pero te propongo hacer un simulacro de

entrevista esta tarde, frente a unas cervecitas, para que te relajés un poco, ¿qué me dices?

—Eso sería genial. Quiero prepararme bien esta entrevista, sé que es una gran oportunidad para poder seguir creciendo. Además, me daría la oportunidad de viajar por Europa y EEUU, ya sabes que me encanta viajar.

—Sí y más si te pagan por ello, ¿no? —intervino Oliver picándola.

—¡Por supuesto! —dijo ella en tono burlón— Pero ahora en serio, teniendo en cuenta mi condición, ya sabes, tengo miedo de que surja el rubor súbito, sobre todo a causa de las preguntas de tipo personal, y bueno, en una entrevista, ¿no lo son todas?

—Pero no tienes que temerle a eso. ¡Vamos! Eres una mujer inteligente, divertida y especial, tienes mucho que ganar simplemente hablando de ti misma, piénsalo así. —intentó tranquilizarla— Y no, no es narcisista si se dan dosis pequeñas de uno mismo, más si aportan valor.

—Pues gracias, pero no es por el narcisismo, es por una cuestión de supervivencia o por autodefensa, llámalo X. Pero ya sabes, toda la información que otras personas logren obtener sobre ti, podrían utilizarla en tu contra en un momento dado.

—Si claro, ante un tribunal —bromeó Oliver con ironía.

—Estas muy gracioso, ¿no? —le recriminó Amelia—. Ya sabes, simplemente no me doy a conocer a cualquiera a menos que...

—A menos que la otra persona enseñe sus cartas primero — interrumpió Oliver, terminando la frase con ella.

—¡Idiota! —le dijo Amelia riéndose—. Bueno, pues te dejo continuar, que estás muy tontico. Quedamos entonces en el café de Bruno, ¿sí?

—Ok, guapa —acordó entre risas—, te hablo en cuanto salga.

Oliver trabajaba como técnico de sistemas, desde hace ya unos tres años. Cuando regresó de Valencia su amigo Roura le enchufó para este puesto con mejores condiciones.

Tenían la oficina relativamente cerca, para ser Madrid, así que Amelia y Oliver se veían casi cada día para tomar café o una copa, dependiendo de la hora o de lo duro que hubiera sido el día; en este caso ese simulacro era la situación perfecta para juntarse, así que otra vez lo había hecho, logró calmarla con esa simple propuesta.

Las seis en punto en el reloj de la oficina daba la jornada por finalizada y Amelia salió a su encuentro con Oliver.

Él llegaba tarde como siempre y nada más entrar en la cafetería pudo ver a Amelia ya en la barra esperando para que Bruno, el camarero, la atendiera.

Oliver se quedó un segundo pensando mientras observaba la escena acercándose a ella desde la puerta. Amelia llamaba la atención entre tanta gente, por lo cuidado de su aspecto, tenía el cabello castaño oscuro que le llegaba a la altura de las clavículas, con el flequillo desfilado de medio lado que enmarcaba sus extraños ojos color miel. Apenas se maquillaba, siempre llevaba un look natural, con un estilo particular, definido por Oliver como “Convination colours”. Ambos se reían por ello, y es que Amelia siempre procuraba combinar la gama de colores para vestir de una forma muy personal

Realmente tal y cómo Amelia le había contado una vez, esa actitud era un condicionante adquirido a raíz de su afección por la patología del Rubor Facial. Para lograr controlar esas reacciones súbitas, llegó a analizar, y anotar, cada una de las situaciones en las que le sucedía, para intentar averiguar, la raíz, el por qué. En esa época, les pedía que le indicasen si se ponía roja en alguna situación, para llevar el control.

Ella iba analizando cada situación y dándose cuenta de ciertas cosas. Como que las veces que salía de casa desarreglada, el rubor aparecía con mayor intensidad.

Ahora ese estilo era su seña de identidad, destacando entre la multitud. Y eso era algo que Oliver admiraba en ella; su capacidad de resiliencia, de resurgir de sus cenizas siempre con una sonrisa, la misma que tenía ahora dibujada en su rostro al verle acercarse. Le tomó del brazo para contarle su pequeño descubrimiento.

—Mira esto —Señaló, golpeando con su dedo índice el menú de la cafetería—. Bruno ha traído un nuevo té con menta y canela aderezado con leche de arroz —continuó con una amplia sonrisa—. Esta será mi nueva cosa del día. ¿Cómo lo ves?

Amelia se había propuesto hacer algo nuevo cada día, vivir una nueva experiencia, un nuevo sabor, una nueva actividad, conocer a alguien nuevo. Y ese descubrimiento en la cafetería estaba decidido a ser su novedad del día.

Oliver se quedó sonriendo, observando el entusiasmo de su amiga.

—Pues el día de hoy me pedía una cervecita *bien tirá* —advirtió, con su acento Malagueño—, pero venga, te compro la propuesta, yo también quiero uno. Amelia le sonrió y se apoyó en la barra para pedir.

—Bruno, *porfi*, ponme dos de estas nuevas delicatesen —dijo en tono divertido, señalando en la carta menú.

—Oye, pero si al final no me gusta te lo terminas tú, ¿no? —bromeó Oliver.

Realmente ambos tenían un carácter y un sentido del humor muy parecido, eran observadores y analíticos. A veces, en la cafetería, jugaban a intentar adivinar que había sucedido previamente entre la pareja o el grupo de personas que se encontraban en las mesas de alrededor. Solían llegar a ese punto tras ponerse al día y después de alguna que otra copa.

Se sentaron en la mesa situada al lado de la ventana, que rara vez quedaba libre. Amelia jugueteaba con la cuchara de su taza de té delicatesen sin tomarlo, mientras hablaban sobre algunos problemas en la oficina. Y una vez arreglado el mundo. Oliver dio comienzo al show.

—Amelia —dijo en tono paternal —, eres pura sinceridad, es más, no tienes filtro, y por mí genial, porque solo tú me dijiste lo mal que me quedaban los pantalones pitillo con calcetines blancos y deportivos, lo de que mi ex novia Vanesa se veía a mis espaldas con Miguel, o que dejara por imposible mi faceta musical cuando me dio por aprender a tocar el saxofón. Sí, tenías razón, ni con doscientas mil clases más hubiera logrado que de ese chisme saliera una melodía decente.

Amelia le sonreía desde el otro lado de la mesa. Y él continuó.

—Peeero... —indicó haciendo una pausa aclaratoria—, esa sinceridad también te llevó a decir en entrevistas anteriores cosas como: No llevo bien lo de ajustarme a los horarios..., o que me digan en cada momento lo que tengo que hacer.

Amelia en esta ocasión se quedó con la boca abierta y los ojos entre cerrados, sorprendida e indignada por esos comentarios de su amigo. Aunque no podía recriminarle nada, era totalmente cierto.

—Por tanto —continuó Oliver haciendo una pausa en tono dramático y levantando el dedo índice para señalarla directamente—, si realmente quieres ese trabajo, vas a tener que guardar tu sinceridad y decir simplemente lo que quieren oír. No te queda otra. Luego podrás ser tu misma.

Una vez que estés dentro, ya les habrás impresionado con tu talento —Aclaró Oliver, guiñándole un ojo.

—Eso espero, aunque estoy medio de acuerdo con eso que has dicho —añadió desafiante.

Oliver sonrió con aire travieso y encendió su móvil para mostrarle lo que había encontrado.

—Bien, aquí tengo las diez preguntas más frecuentes en una entrevista de

trabajo, *¡let's go!*

Comenzaba su papel de entrevistador. Sabía que era importante para ella y esto le ayudaría a verlo con otra perspectiva.

—Ok, señorita —continuó Oliver—, primera pregunta: ¿Cuáles son tus mayores logros profesionales obtenidos hasta el momento?

Antes de que Amelia pudiera responder, Oliver se adelantó diciendo:

—Veamos, podría ser, ¿no confundir un corto de café con un corto de caña? Eso fue un gran logro para ti—bromeó pretendiendo hacerla reír.

Amelia soltó una carcajada.

—¿Será posible? ¡Tío!, no utilices esa información en mi contra —replicó Amelia con una carcajada, entrecortando las palabras—, era de mis primeros trabajos con apenas dieciocho años.

—Nada, lo tuyo es muy fuerte, no tienes excusa —continuó picándola Oliver.

Amelia, con media sonrisa dibujada pero con ceño fruncido, intentó exculparse.

—¿Qué quieres? La gente debería decir un cortado, para el café y un corto de caña para la media caña y punto —volvió a reírse—. No, ciertamente como camarera soy pésima.

—Sí, ciertamente —confirmó Oliver, quien se reía de los intentos de su amiga por salir de la situación.

—Oye, ¿no era aquí yo la sincera del equipo? ¿La que no tiene filtro?

—Perdona, pero es que hiciste estallar la maquina cafetera en tu segundo día.

—¡Ey!, si vamos a empezar a sacar trapos sucios... —interrumpió Amelia—, te recuerdo que cuando entraste a trabajar en el restaurante central del Zoológico, por intentar colarte en las estancias donde duermen los animales, casi formas el arca de Noe, pero al revés.

—¡La destrucción de las especies! ¡¡¡Desvandadaaaa!!! —gritó, mientras se reían a carcajada limpia.

Varias personas se giraron a mirarlos, y por supuesto Amelia se puso colorada de repente, pero no le dio mayor relevancia, y su amigo tampoco, así que continuaron con la conversación.

—Ok, en fin, menos mal que ya hace tiempo que pasamos esa etapa de trabajos temporales —indico Amelia.

—Volviendo a tu pregunta —hizo una pausa abriendo mucho lo ojos para enfatizar—. Destacaría la empresa de Francia donde me contrataron como

enlace entre las filiales de España y Francia para cubrir la baja maternal de Megan. Fue un logro importante, porque realmente había mucha competencia y las pruebas de ingreso fueron durísimas. Así que algo tuve que hacer bien.

—Cierto —afirmo Oliver—, además te extrañé un montón ese tiempo — Amelia sonrió de manera exagerada enseñando los dientes para indicarle un: *sí, yo también te quiero*—. Qué payasita eres —dijo Oliver, sonriendo mientras revisaba de nuevo su móvil retomado su papel de entrevistador.

—Bueno, Seguimos. ¿Cuáles son tus puntos fuertes o tus mayores aptitudes?

El gesto de Amelia se tornó serio y respondió a la pregunta con gran serenidad y voz clara.

—Soy constante, perseverante, no paro hasta lograr mis objetivos tanto en lo personal como en lo profesional. Suelo conseguir lo que me propongo y soy experta en caer y volver a levantarme. Trabajo por objetivos; aunque considero que la meta es el camino, ya que mientras te mantengas centrada en tu objetivo, serás determinante en tus acciones hacia la consecución del mismo.

—Pues me gusta eso, suena un pelín redicho —puntualizó Oliver sonriendo—, Pero no, en serio. Esa respuesta grábatela, para decirla tal cual.

Amelia sonrió y tomó un sorbo de su té levantando una ceja con gesto interesante. Oliver estaba consiguiendo que se relajase. Realmente solo necesitaba un rato con él para desconectar de la presión que ella misma se había impuesto al respecto de la entrevista.

—Vale, la siguiente es una pregunta peliaguda; a mí me la hicieron en una entrevista —explicó—. Recuerda, di lo que quieran oír. Ahí va, ¿Qué trabajo sería para ti el ideal? Y repito, cuidado con la respuesta —le advirtió.

Amelia retomó la postura y tono serio, como si realmente estuviera en la entrevista.

—Pues verás, no tengo como tal un trabajo ideal, sino más bien un sistema...

En este punto Oliver se llevó las manos a la cara, tocándose las cejas, como hacia cuando algo no iba bien.

Amelia sonrió y continuaron el simulacro de entrevista, entre risas y anécdotas, tenerle como amigo desde hace tantos años la reconfortaba él siempre sabía que decirle, como ahora.

—Mira, tú no necesitas nada de esto—interrumpió Oliver—no necesitas este ensayo, sabes muy bien lo que quieres y tienes dentro todas las

herramientas para lograrlo. Siempre das lo mejor de ti. Amelia, eres grande. Como te decía tu padre eres iridiscente, reflejas la luz de tus múltiples facetas, en cada proyecto que emprendes.

Amelia se emocionó con las palabras de su amigo, al recordar que eso mismo le decía su padre. Estaba mirando a Oliver sonriendo con los ojos empañados.

—Tú sí que sabes hacer que una mujer se sienta única.

—No, eso es que te da la llorera porque estas cansada —bromeó.

Ambos se echaron a reír. Eso era lo que le decía de niño la madre de Oliver cuando lloraba por alguna tontería, y encima le daba con la zapatilla, para que llorase por algo.

—Pero lo cierto es que sí, estoy cansada.

—Entonces pago esto y nos vamos —dijo Oliver, levantándose de su asiento para sacar la cartera del bolsillo trasero.

Al pasar cerca de Amelia, ella se levantó también y le abrazó por detrás.

—Muchas gracias por todo, Oliver.

Él se giró y le dio un abrazo y un beso en la frente.

—Siempre estaré para lo que necesites —añadió en un susurro.

Dejaron el dinero y propina en el platillo de la cuenta. Oliver llamó la atención de Bruno, el camarero, indicándole que se lo dejaba pagado en la mesa, y salió del local siguiendo los pasos de Amelia hacia la puerta.

Viviendo Madrid

Ni Oliver ni Amelia habían ido a trabajar en coche hoy. En Madrid el tráfico era caótico, solo llevaban el coche si tenían alguna reunión o evento al que acudir fuera de la oficina, así que tomaron el metro de vuelta a casa.

Hasta la bifurcación de sus caminos continuaron hablando, sobre todo en lo referente al romance prohibido de Oliver.

—Bueno, ¿Y qué piensas hacer con el actual marido de tu futura mujer? —interrumpió Amelia en tono dañinamente sarcástico.

Mirandola con los ojos entrecerrados y torciendo el gesto a modo de desaprobación, Oliver respondió tajante.

—Pues yo nada, pero ella con el flirteo que se trae conmigo entiendo que en su relación no están bien y que no es feliz; o al menos que algo falla.

—De verdad me dejas alucinada. Cada semana tienes un nuevo capítulo de esa novela que te has montado. Aunque la verdad es que lo veo igual que tú. Si está buscando fuera... —indicó Amelia, negando con la cabeza sin terminar la frase.

—Por eso mismo —añadió Oliver—, el hecho de que tenga pareja no me frena, ella también me está dando juego. Yo simplemente estoy lanzando mis cartas, y si ella ve mi jugada, es que apuesta por mí.

Amelia le miraba incrédula por su actitud tan descarada.

—Primero, creo que esos juegos de palabras se te van de las manos, y segundo, te digo que eso es jugar con fuego —le advirtió Amelia—. Aunque conociéndote, sé que no vas a parar hasta que consigas estar con ella.

—Exacto, si tengo que jugar con fuego y quemarme, me quemaré —afirmó rotundo.

Ya estaban llegando a su parada; cuatro caminos. La parada del infierno, la llamaban, porque son como cuatro pisos de interminables escaleras, que aunque sean mecánicas, parece que vas bajando a los infiernos. Era un transbordo largo, caótico y tedioso, así que Amelia se despidió de él con un beso en la mejilla y cuando Oliver salió al andén, antes de que se cerraran las puertas tras la señal acústica, le gritó:

—¡Suerte en el inframundo!

Las puertas se cierran y el metro comienza a moverse para salir de la estación, pero Amelia puede ver cómo su amigo de pie en el andén le ha

levantado el dedo anular formando una espléndida peineta, con la sonrisa dibujada.

Ella suelta una carcajada y le dice adiós con la mano a través del cristal. Finalmente toma asiento, aún con la sonrisa en los labios, sacó su libro de la cartera y se dispuso a leer. Le quedan unas doce paradas hasta llegar a casa. «Esa es la parte negativa, lo lejos que queda todo; amigos, trabajo, familia; yendo en metro de un lado a otro, como un topo bajo tierra» pensó observando a la gente en el vagón.

En una ciudad como Madrid hay mucha gente de fuera, pero pensaba que el haber tenido la oportunidad de criarse desde niña en la capital, siendo el centro neurálgico de todo, y siendo tan ecléctica. Resulta enriquecedora, cada persona aporta su propio sello para dar a la ciudad ese carácter tan propio, formando un gran cóctel de experiencias por la gran diversidad de la población

A ella le encantaba pasear por la calles de noche, desde adolescente, cuando salían de fiesta y luego volvía a casa caminando, con los cascos puestos, era como estar dentro de un videoclip. La arquitectura, las luces, las inmensas tiendas de moda con las grandes firmas en la principal y la impresionante Gran Vía con el emblemático edificio Carrión al fondo. Cuando va por esa zona se siente como Julia Roberts por Rodeo drive, le recuerda a Two Rodeo en Beverly Hills.

Es imposible no caminar con paso firme, sintiendo que formas parte de algo grande, de un equipo. La gente se mueve de un lado a otro a un ritmo frenético. La ciudad no para nunca; tiendas, pubs, restaurantes, todo está a tu disposición 24/7 realmente Madrid te envuelve, te atrapa.

Aunque es una ciudad inmensa, en la que incluso puedes perderte con facilidad si no aprendes rápido a moverte entre sus cuadriculadas avenidas, de ahí la ventaja de haberse criado jugando ya entre esas calles. Lo malo es esta inmensidad de ciudad que complica las reuniones con amigos, así que entre semana las relaciones son muy digitales, el contacto se mantiene gracias a *WhatsApp*, o *Instagram*, no hay tiempo para quedar, y lo cierto es que es así, Madrid tiene un ritmo vertiginoso al que o te adaptas o te arrasa.

Y te deja completamente agotada al finalizar la jornada, por eso para Amelia fue un gustazo el llegar finalmente al portal de casa, y deshacerse de los zapatos apenas saliendo del ascensor, era realmente uno de los pequeños placeres del día.

Entrando por la puerta deja las llaves en el bol de madera de la cómoda y

el olor de las flores secas le indica que ya está en casa, ahora puede relajarse. Sintiendo el tacto de madera del suelo bajo sus pies, cruza el pasillo hacia el baño. Necesita una ducha relajante para poner el punto final a la jornada, Amelia se va deshaciendo de cada prenda, lanzándola al cubo de la colada.

Se hizo un recogido en el pelo para no mojarlo durante la ducha. Desnuda frente al espejo, se giró para ver su mancha de nacimiento en la espalda, su madre decía que era como una fresa.

Para poder acudir a la entrevista, en su trabajo se había pedido el día para gestionar unos papeles de la residencia de su madre, algo que era cierto y que también tendría que dejar resuelto mañana.

Imágenes de su madre se cruzaron por su mente, cuanta fuerza tenía, admiraba su carácter marcado por el tesón y el trabajo duro, porque ella amaba su profesión; la arqueología era toda su vida. Todo eso quedó atrás, cuando los síntomas de la enfermedad de Alzheimer se fueron haciendo más evidentes, finalmente tuvo que solicitar su ingreso en la residencia. Anteriormente había contratado una enfermera para cuidar de ella en casa durante el tiempo que debía estar trabajando en la oficina.

Pero sus síntomas fueron empeorando hasta el punto de que a veces perdía el sentido del tiempo y quedaba muy desorientada no se hallaba y en alguna ocasión había logrado salir a la calle sin darse cuenta la enfermera, por tanto, consideraron que estaría mejor en la residencia donde tienen sistemas de vigilancia, y personal especializado para mantener su bienestar.

Se sentía culpable en parte por la cantidad de horas que a veces tenía que hacer en el trabajo y no poder cuidar de ella, sin embargo, ahora se ha dado cuenta de que fue una buena decisión, con los cuidados y tratamientos en la residencia incluso ha mejorado y en ocasiones tiene largos períodos de lucidez en los que hasta la reconoce y pueden tener una conversación normalizada compartiendo el momento, en ese sentido estaba tranquila.

No obstante, la entrevista de mañana sí que le seguía trayendo de cabeza. El simulacro y las palabras de Oliver habían conseguido calmarla hasta el momento, pero era inevitable no darle vueltas. Su cara estaba roja incluso estando ahí ella sola frente al espejo, simplemente por recordar cada uno de esos momentos en que le dio rubor en situaciones parecidas.

—Pero ya está —se dijo a sí misma, dándose cuenta de que eso solo eran pensamientos negativos que no ayudaban en nada.

Decidida a bloquearlos abrió el grifo y dejó caer el agua hasta que el vapor de la presión cálida comenzó a crear esa estela acogedora en la que

sumergirse. Entró al plato de ducha, cerrando para evitar escapes de agua, y se situó de frente para no mojarse el cabello, mientras el agua caía sobre su dolorido cuerpo, ya que no había parado en todo el día. Se concentró en dejar resbalar también esos pensamientos negativos hasta que desaparecieran por el sumidero abajo, logrando relajarse finalmente y disfrutar del perfumado baño.

La presión del agua dejó la mampara totalmente empañada, desdibujando las marcas de unas manos, manos grandes, de hombre. Eran de la noche anterior que pasó con Marion, su pareja desde hace ya casi un año.

Puso su mano sobre la huella de Marion en la mampara, esta nueva imagen logró reconducir sus pensamientos hacia otros destinos más agradables.

El agua caliente recorriendo su cuerpo, la espuma y la exótica fragancia del gel de baño, trajo a su mente ese último encuentro juntos en la ducha.

Marion estaba de viaje de negocios en California, Estados Unidos. Trabajaba como director de *marketing* para una gran multinacional. Le había conocido en la convención anual de *marketing* y publicidad en el IFEMA. Aún recordaba el instante en que le vio por primera vez, cómo el magnetismo de sus ojos negros y su forma de caminar llamaron su atención sin poder evitarlo. Entre tanta gente parecían estar solos cuando, desde lejos, él le fijó su mirada, y sin dejar de mantener el contacto, fue acercándose poco a poco hasta que prácticamente no quedaba espacio entre ellos. Sonreía de lado, seguro de sí mismo, la miraba con dulzura cómo si ya la conociera y recordase algo sucedido entre ambos. Finalmente se acercó aún más inclinándose para susurrarle algo al oído.

—Te parecerá extraño, pero llevo un año esperando encontrarte de nuevo en la convención, para hacer este acercamiento.

Sobresaltada ella se apartó intentando poner distancia. Él soltó una pequeña carcajada, ya que se percató de lo realmente extraño de la frase fuera del contexto de su mente.

—No te inquietes —la tranquilizó—, te vi en la pasada convención, ¿y no te pasa que a veces sientes como una inexplicable atracción por un desconocido? La aclaración te asusta aún más ¿verdad?

Amelia le miraba, aun intentando seguirle.

—Pues asusta un poquito, si—respondió coqueteando en realidad.

—Vale, mira Yo vengo cada año, por mi trabajo —continuó Marion para arreglarlo—, esperaba que tú también lo hicieras, porque me gustaste y justo te he visto de nuevo aquí, en frente de mí, y no he podido dejar escapar la

oportunidad. ¿Te parece bien?

Amelia estaba completamente colorada por la situación, aun así, logró responder.

—Digamos que, mientras te acercabas, has pasado de intensamente sexy a extrañamente perturbador con esa frase de acosador que has usado, pero si, bien, todo aclarado —dijo con risa nerviosa— Oye..., y ¿Siempre eres así de directo?

—Ya te he dicho que llevo como un año esperándote, desde la última convención. Así que si lo piensas bien realmente he sido muy comedido.

—¿Comedido?! —exclamó Amelia con ironía. Él sonrió al ver su gesto.

—De acuerdo —continuó ella—, que tal si de momento me dices tu nombre, yo te digo el mío y normalizamos esta situación un poquito. Yo soy Amelia.

—Marion Lázaro, presente—levantó la mano haciendo el tonto.

—Ammm, ¿Marion?... ¿Cómo Marion Jhones, la atleta?, ¿no es nombre de Mujer? Bueno, me parece muy original. El nombre de Daniel para mujer, por ejemplo, me encanta... —añadió sin parar de hablar, claramente nerviosa y algo abrumada por el interés del misterioso y sexy personaje frente a ella.

Marion se echó a reír viéndola tan apurada, le pareció encantadora.

—Pues me gusta que te parezca original, pero lo cierto es que los tiros no van por ahí. Mi nombre tiene una historia detrás que quizá te cuente algún día. ¿Podría ser durante una cena juntos? —Sin dejarla apenas reaccionar continuó — Mira, tengo una mesa de debate justo ahora en el *stand* 62, me tomará al menos un par de horas, pero no quiero dejarte escapar de nuevo. De verdad, ¿qué tal si te invito a cenar al terminar? Bueno, no sé si vives en la ciudad o has venido solo a la convención.

Amelia no podía creer lo descarado que era aquel hombre, sin embargo respondió cada una de sus preguntas atraída por su encanto natural.

—Pues sí, vivo aquí en Madrid —le confirmó, esperando ver a donde quería llegar.

—Genial. ¿Te parece que quedamos sobre las diez en la puerta del recinto?

—Pero, no sabes ni siquiera si tengo pareja o no, eres muy lanzado —le interrumpió.

— De acuerdo, ¿tienes pareja?

—Ammm no, realmente. Pero esa no es la cuestión...

—Ese, *no realmente*, ya me vale —interrumpió con una sonrisa traviesa

—. Te dejo mi tarjeta, si terminas primero me llamas. ¿Te parece?

—Me parece..., me parece que estás muy loco.

Marion aún con la sonrisa en los labios, le dejó su tarjeta en la mano tomándola entre las suyas, con una amplia sonrisa la miró directamente a los ojos.

—Amelia siento tener que irme así, pero esta noche tendrás toda mi atención, prometido.

Le acarició la mejilla, despidiéndose hasta la hora de la cita y se fue desapareciendo entre la aglomeración de gente, por la cual Amelia quedó absorbida, ahí parada de pie, con una sonrisa en la boca.

Ese hombre la había dejado descolocada. Su forma de hablarle, de mirarla, la seguridad en sí mismo. ¿Cómo había logrado ese ambiente de confianza entre ambos, tan rápido? Había conseguido que se sintiera cómoda en su propia piel. Realmente transmitía confianza. Amelia reaccionó sacudiendo la cabeza para volver a la realidad. Miró la tarjeta en sus manos. Plateada, con acabado en brillo, el logotipo de la empresa era un caballo, y en el reverso su nombre: Marion Lázaro, y datos de contacto. Amelia la guardó en su bolso hasta que la utilizó para aceptar la invitación de la cena, sin remedio, esa misma noche.

Desde ese momento, después de aquella primera cena juntos, sus encuentros fueron cada vez más continuados. Se iban proponiendo planes el uno al otro de manera espontánea, sin ataduras, disfrutando del momento, de estar juntos, de unas copas, de unas risas, conversaciones llenas de complicidad que terminaban entre las sabanas, sumergidos en otro tipo de lenguaje.

Un lenguaje que entre ellos se descifraba por momentos cambiante, ya que realmente Marion tenía lo mejor de ambos mundos como decía Amelia.

Existían hombres apasionados y sexuales, otros más sensibles y románticos. Marion era un mix de ambas, y eso era perfecto porque había conseguido conocerla tan profundamente en pocos meses que sabía en cada momento que faceta de él necesitaba.

Como esos días de auténtico estrés en los que solo deseaba salir de la oficina, tomar su coche y conducir hasta el piso de Marion. Llamar a su puerta y tener sexo puramente pasional apenas sin quitarse la ropa, nada más que lo necesario para una sesión intensa enlazada entre las piernas de ese hombre y la pared de la misma entrada, quedando ambos respirando el mismo jadeo a contratiempo.

Sin descartar la otra versión de Marion que dejaba ver, en momentos puntuales en los que se mostraba; sensible, tierno y atento. Solo con una mirada conseguía ponerla nerviosa de un modo encantador. Simplemente cuando estaban juntos preparando algo de cena, entre risas y miradas de complicidad. Como el último día cuando Marion estaba cocinando mientras Amelia, sentada en la encimera, le iba contando anécdotas y robando aceitunas negras de la ensalada. Entonces Marion le dio a probar la salsa con la cuchara de madera. Algo del guiso se le quedó en la comisura y Marion se acercó para limpiárselo, de un modo delicioso, mezclando ese sabor de las especias con el más dulce de los besos, acariciando con sus labios la húmeda boca de Amelia con un movimiento lento y apasionado. Ambos quedaron entrelazados, sin prisas, disfrutando cada gesto, cada intercambio de miradas. Era puro sentimiento, no hacía falta nada más. Y es que Marion era así, definitivamente tenía lo mejor de ambos mundos como decía Amelia, y juntos lograban sensaciones tan diversas como la mezcla de ingredientes en un guiso de alta cocina, toda una explosión de emociones.

Esas imágenes en su mente habían logrado erizar su piel. Aún en la ducha y reviviendo cada uno de esos momentos; la espuma, su fragancia y el vapor de la calidez del agua cayendo por su cuerpo desnudo, activaron sus sentidos. Comenzó a acariciarse lentamente imaginando las manos de Marion. Sus besos en el cuello, su forma de acariciar y lamer sus senos bajando por su vientre hasta llegar a su sexo, mientras se acariciaba con los dedos, imaginando la lengua cálida de Marion entre sus muslos, con movimiento lento, acompasado, manteniendo el deseo a punto, sintió cómo aumentaba el calor, acelerando el ritmo al final, hasta que un torrente de energía electrizante recorrió todo su cuerpo, agitando su respiración, para quedar finalmente en calma.

El día D

Amelia despertó con energía. La bolsita de té chai ya estaba reposando dentro del vaso de agua caliente, le encantaba ver cómo se iban formando esos hilos de color rojizo desdibujados que parecían como suspendidos en el agua, hasta que lo removía y todo se volvía ámbar.

Dejó en la tostadora un par de rebanadas de pan multicereales, y se fue a la ducha. Después de haber realizado su meditación y dedicar treinta minutos para los ejercicios de yoga. Realizar esa rutina diaria le proporcionaba equilibrio, tranquilidad emocional, y le ayudaba a mantenerse enfocada en sus objetivos diarios. Comenzó a hacerlo como un reto personal para demostrarse a sí misma que podía ser disciplinada. Pensaba que para lograr un nuevo hábito debes mantener la misma actividad durante un periodo de al menos veintiún días, finalmente esas acciones repetitivas se hacen parte de ti y así lo hizo.

Se inició en la meditación y el yoga para controlar en cierta medida los picos de tensión que le generaba el rubor súbito. Pudo comprobar que funcionaba. Se sentía más relajada, así que hasta el momento continúa haciéndolo. Amelia consideraba que todo era cuestión de actitud positiva y autodisciplina. Manteniendo esos dos aspectos uno podía conseguir todo lo que se proponga. Con ese pensamiento se preparó para salir hacia el lugar previsto de la entrevista.

Las nueve menos cuarto en su reloj. Normalmente iba a todos los sitios justa de tiempo, al límite. Siempre ocupada haciendo incluso tareas simultáneas. Sin embargo, era meticulosa con la puntualidad, ni antes ni después; a tiempo.

Este caso era diferente, así que procuró salir con tiempo de antelación, ya que llegar quince minutos antes marcaba la diferencia entre llegar con ansiedad o llegar preparada.

Cuando estaba saliendo justo antes de cerrar la puerta, el timbre del portero sonó como un claxon en hora punta, de tal forma que logró sobresaltarla. Entró de nuevo a casa hasta el recibidor donde estaba el telefonillo.

—Sí, ¿quién es? —preguntó con cierta incertidumbre.

—Buenos días, pregunto por Rebeca Sainz, por favor —dijo finalmente

una voz masculina—. Traigo un paquete para usted —aclaró.

—Disculpe, creo que se ha confundido, aquí no vive ninguna Rebeca.

—¿Entonces no es usted Rebeca Sainz? —reiteró la voz al otro lado, esta vez en tono interrogatorio.

—No. —indicó cortante Amelia, y colgó.

Un escalofrío recorrió su espalda. Tenía la extraña sensación de que esa pregunta incipiente era más bien para sacar información, en vez de la de confirmar realmente el nombre de la supuesta destinataria del envío.

Cuando ella trabajaba en *marketing*, en una de las empresas para hacer el trabajo de prospección y obtener mayor información de los clientes para su base de datos, utilizaban una técnica; nada ortodoxa, preguntando a sabiendas por otro nombre u otra dirección, para que el propio cliente al otro lado del teléfono confirmara dando su dirección o datos reales.

»—¿Entonces no vive usted en la calle Manuel del Valle ? Al momento ellos respondían:

»—No señorita, está usted en un error. Es calle Virgen del Rocío

Por supuesto no era una manera ética de obtener la información, pero lo cierto era que la mayoría de las veces funcionaba, por ese afán de corregir al otro y evidenciar que se equivoca.

Amelia salió corriendo para ver si el cartero seguía abajo y confirmar si realmente se trataba de la entrega de un paquete. Cuando llegó en el portal ya no había nadie, y en la calle tampoco. Miró su reloj y los quince minutos de cortesía para llegar pronto se habían esfumado. Sin más, pensó que estaba paranoica y salió sin darle mayor importancia. Iría en metro, ya que de esa forma podía calcular mejor los tiempos, evitando cualquier incidencia con el coche o el tráfico.

Llegó en apenas treinta y siete minutos exactamente, y allí estaba; en pleno paseo de la Castellana frente a las torres *Business* tan imponentes. Siempre había querido entrar allí. Se había fijado en que todos los empleados llevaban un pase personalizado, había guardias en la entrada y cámaras que controlaban el recinto. La entrevista iba a tener lugar en las oficinas situadas en la planta 36. Para llegar tomó el ascensor completamente acristalado, que colgaba en la parte exterior del enorme edificio, permitiendo disfrutar desde las alturas de la increíble vista de la ciudad. En el interior el hilo musical suave dejaba escuchar las noticias y datos más relevantes de la jornada, y una pequeña pantalla *led* ofrecía el resumen de noticias de la CNN y los últimos datos de la bolsa internacional.

Las puertas del ascensor se abrieron finalmente en la planta 36, se podía observar la gran actividad de empleados que pasaban de un lado a otro compartiendo datos o información de reuniones anteriores, pudo escuchar pequeños fragmentos sobre posibles estrategias de negocio, y algo en referencia a una nueva fusión.

Caminando a lo largo del pasillo destacaba la falta de decoración, donde los inmensos ventanales de suelo a techo eran los protagonistas.

Llegó finalmente a una salita, donde una joven mujer sentada en la mesa de la entrada, la recibió con una sonrisa en los labios y en la mirada, de aspecto cuidado y elegante, le dio los buenos días con amabilidad, interrumpiendo por un segundo a la persona con la que hablaba por teléfono; después continuó para terminar de darle a su interlocutor las últimas directrices, se despidió con naturalidad y colgó para dirigirse de nuevo a Amelia casi de manera simultánea.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo con una amplia sonrisa, ofreciéndole ya toda su atención.

Realmente se podía captar el ritmo frenético y el dinamismo en el que parecía funcionar la empresa.

—Tengo una entrevista con el Señor Ochoa Benítez.

—¿Su nombre por favor? —dijo ella, en tono dulce pero firme.

—Amelia Ramírez, Ramírez Galiano.

La mujer, tras una rápida consulta en su ordenador, continuó

—Perfecto. Sígame por aquí por favor, la acompañaré.

Ambas caminaron a la par a través de la sala hasta llegar al final del pasillo, a un recibidor donde aguardaban en silencio dos hombres y una mujer con aspecto serio, sentados esperando su turno. Había un sofá de tres plazas y una mesa baja de cristal con revistas corporativas.

—Puede tomar asiento. Van llamando por nombre según turno de llegada —le indicó con amabilidad; marchándose de nuevo a su puesto en recepción.

Después de la tensión de la espera, ya en su turno de entrevista por fin, al ir a abrir la puerta para entrar en la sala, el corazón le latía a saltos inconstantes y sentía las yemas de los dedos humedecidas, respiró fuerte inhalando y expulsando el aire lentamente justo antes de cruzar la puerta para intentar tranquilizarse.

Al entrar percibió la calidez de los rayos de sol atravesando los amplios ventanales. Una gran mesa de cristal llenaba el centro de la sala.

Dos hombres y una mujer la miraban fijamente desde el otro lado. El más

mayor, situado en medio, la invitó a tomar asiento. Su aspecto era algo rígido, de unos cuarenta y cinco años de edad, complexión atlética y cabello con ciertas canas dispersas; barba frondosa, también encanada, perfectamente recortada dibujando sus pómulos y ensalzando su mandíbula, que le daba un semblante de severidad. A ella la gente sería la incomodaba y la ponía en tensión. Parecía ser el directivo o jefe de Área. A su derecha una mujer delgada, elegante, con el pelo recogido dejando caer un mechón sobre la patilla de sus gafas de estilo clásico y sobrio, que contrastaba con la dulzura de su mirada y su sonrisa figurada. Sin duda era personal de selección de recursos humanos; transmitía calidez y confianza. Por último, en el lado opuesto, el segundo hombre de unos treinta y cinco años, mirada penetrante, con negras y espesas pestañas que desconcertaban a Amelia. Después de este reconocimiento rápido y análisis visual de sus oponentes, que Amelia tenía práctica de hacer con gran avidez en apenas segundos, comenzaron las presentaciones.

—Buenos días, Amelia Rodríguez Galiano, ¿verdad? —preguntó el hombre situado en el centro de la mesa, sin pausa, a modo de pregunta retórica. Entonces continuó presentando a su compañero.

—Él es Eduardo Soler, profesional de la psicología aplicada y parte de nuestro equipo del departamento de RRHH —girándose a su derecha señaló—, Ella es Emma, responsable de preselección. Es la persona con la que realizaste la primera entrevista telefónica.

Ella sonrió para ofrecer una mayor cercanía y complicidad con Amelia.

—Y por último..., no, no hagáis redoble de tambores —bromeó—, yo mismo, Ochoa, bueno; Carlos Ochoa. Director del departamento.

Esa pequeña broma en su presentación consiguió que Amelia finalmente se relajara para iniciar la entrevista.

Siguiendo la ley de Murphy, obviamente, no tuvo nada que ver con lo ensayado el día anterior con Oliver. El jefe de departamento hizo una presentación breve de la empresa. Visión, misión y objetivos a medio y largo plazo y un resumen de las principales características y responsabilidades del puesto al que optaba como candidata. Después pasó el relevo de la entrevista a la que era la responsable de recursos humanos, Emma.

Ella le hizo una gran batería de preguntas basándose en supuestos y problemáticas que podrían surgir con los empleados de cada uno de los distintos niveles o cargos de una empresa, tanto a nivel profesional cómo personal, que pudiera afectarles en su trabajo. Amelia debía ir respondiendo

tal y como actuaría en cada uno de los casos propuestos. Esa fase de la entrevista fue realmente intensa, sin embargo supo responder con firmeza y argumentando cada una de sus decisiones operativas. En algún momento sintió cómo la tensión iba aumentando y notó el calor en sus mejillas. No obstante, no percibió en sus entrevistadores ningún signo extraño al respecto, se quedó tranquila y prosiguió la entrevista con normalidad. Lo que le puso un poco nerviosa fue que Eduardo, el Psicólogo, no realizó ninguna pregunta. Se limitó a escuchar y escribir. Fue algo inquietante, y aún más por la tranquilidad de su gesto y la aparente serenidad que transmitía con su mirada.

En un momento concreto de la entrevista, cuando Ochoa; el director, indicó que querían saber de ella algo más a nivel particular, interrumpieron llamando a la puerta y apareció el personal de servicio; un hombre joven vestido con pantalón negro, camisa blanca, y perfecta sonrisa sirvió en silencio y de manera casi ritual una taza de café solo a Ochoa, un cortado a Eduardo y un té rojo con dos sobrecitos de azúcar moreno para Emma.

—Amelia, puede usted pedir libremente lo que prefiera para tomar —le indicó, el director, mientras se servía algo de azúcar.

El camarero, a colación, entonces le indicó.

—Puede elegir entre café Colombia natural, descafeinado, té rojo, té negro, zumo de piña, de naranja; o si lo prefiere, tenemos agua del tiempo y agua con gas. —Enumeró rápidamente el joven, terminando con una amplia sonrisa de satisfacción, como un niño que recita la tabla de multiplicar del siete sin cometer fallos.

De repente con tantas opciones y lo extraño de la situación coreografiada al milímetro, Amelia se sentía abrumada, Pensando; ¿Realmente era algo natural, un simple ofrecimiento de cortesía para hacer más distendida y amena la entrevista...o es que detrás de este juego sutil había un significado específico, y dependiendo de tu elección, el psicólogo analizaría tu perfil y eneatipo concreto?, Se sentía como Neo en la escena con Morfeo cuando le da a elegir entre la píldora azul o la roja.

Ese momento de confusión alteró su respiración, Eduardo, había dejado de escribir y simplemente se mantenía dando vueltas a su café, al igual que el resto, esperaba que Amelia hiciera su elección, ella no podía evitar sentirse observada, evaluada, presionada, de repente el calor súbito comenzó a nacer desde su interior y sentía como la cara le ardía, los poros palpitaban y comenzó a sentir un sudor frío por la espalda.

Se dio cuenta del gesto extraño de las personas a la mesa, así que

fingió un ataque de tos, que justificase el rubor por la falta de aire, indicando que solo quería un vaso de agua con hielos, algo que apagara ese fuego lo antes posible pensó ella.

Los presentes en la sala comenzaron a preocuparse le preguntaron si estaba bien porque se la veía muy colorada, por la supuesta falta de aire. Amelia se disculpó e intentó recomponerse, el camarero rápidamente sirvió un vaso de agua de una de las botellas, y ella se lo tomó para tranquilizarse, cayó como agua en el desierto.

Poco a poco el color de sus mejillas iba retornando a su color natural, entonces el director Ochoa interrumpió con una broma que consiguió relajar el ambiente.

—Bueno si no está interesada en el puesto de trabajo no hacía falta llegar a este punto, simplemente con declinar la oferta hubiera sido suficiente, que casi la perdemos incluso antes de entrar en plantilla.

Amelia sonrió tímidamente mirando a Ochoa quién se había situado ahora a su lado para intentar tranquilizarla.

—Gracias ya me encuentro mucho mejor —indicó Amelia mientras se retiraba el pelo de la cara poniéndoselo detrás de la oreja.

La entrevista finalizó en una charla distendida sobre los trabajos realizados anteriormente por Amelia y los lugares en los que había estado viviendo. Agotado el tiempo, quedaron en llamar para informar de cualquier decisión en el proceso. Con un apretón de manos Ochoa se despidió, de la candidata.

—Espero que se encuentre mejor del ataque de tos.

—Sí, gracias, ya está controlado. —sonrió disculpándose de nuevo y salió de la estancia lo más rápido posible hacia los ascensores.

El peso de la tensión que mantenía en su cuerpo iba descendiendo al tiempo que el ascensor bajaba del piso 36 al hall de la entrada.

Amelia dejó el pase de visita al guardia responsable.

—Muchas gracias —dijo con total desaliento. Y continuó cruzando el hall hacia la puerta de salida.

Ya en la calle, las enormes cristaleras de la torre de oficinas quedaron a su espalda. Ella se tomó un momento para respirar, mirando al suelo, hacia la punta de sus zapatos, pensó que necesitaba zapatos nuevos, definitivamente, pero no en sentido literal, sino figurado, necesitaba ser otra persona; estar en otros zapatos, estar en otra piel. Sentía que la entrevista había sido un desastre

por momentos, que había estropeado todo al final.

No paraba de pensar, que para ese puesto era necesario, ser una persona fuerte, equilibrada, que sepa gestionar las posibles crisis o inconvenientes que pueden acontecer en empresas a este nivel, sentía que no había dado la talla, que había transmitido ser una persona débil, insegura, y caótica.

«Cómo iban a elegirme para el puesto si ni yo misma me hubiera elegido» pensó desalentada.

Se sentía increíblemente pequeña, solo quería salir corriendo, correr hasta quedar agotada. En esos casos lo único que podía calmarla, era el deporte, el sexo, o un helado cheescake de Haagen-Dazs, así que a falta de zapatos deportivos y de su querido Marion, el helado era su mejor opción.

Debía pasar por la residencia de su madre para hacer la gestión de traslado, así que haría un alto en el camino en cualquier supermercado cercano para comprar su dulce y helada dosis de alivio.

Ya en el pasillo de la sección de helados, se encontraba buscando en la cámara frigorífica de la conocida marca; se dio cuenta de que había una nueva línea de productos con sabores de temporada, a Amelia le encantaba probar cosas nuevas, y por eso se decantó por un nuevo sabor brownie con vainilla y avellanas. «¡será mi nueva experiencia del día!» Exclamó.

Con el botín en la mano iba a la zona de cajas a pagar, y de pronto se encontró de frente con Sara su compañera de trabajo. A pesar de estar cerca de la nevera, inmediatamente su rostro se tornó encarnado, ese factor sorpresa alteró su respiración.

—Amelia que gracia verte por mi barrio, —dijo sorprendida al saludarle con un par de besos.

—Oye ¿Has estado en la playa? —añadió, percatándose del evidente sonrojo.

—Lo cierto es que no, —respondió Amelia, mientras se frotaba el ojo derecho como si algo le estuviera molestando.

Sara era muy profesional en su trabajo y muy buena compañera, siempre estaba pendiente de todo el mundo, para echar una mano en lo que hiciera falta, era muy simpática y extrovertida, de hecho, a Amelia le agradaba a pesar de que no tenía un trato directo con ella, no obstante, su cara encendida le incomodaba, como para poder parar a conversar un rato.

Cuando le ocurría en ese tipo de situaciones, al encontrarse con algún conocido de repente, no sabía cómo reaccionar o qué decir para justificarlo. En su trabajo solo se lo había contado a Sabina y a Bea su amiga del

departamento de Marketing, pero el resto no sabía nada de lo que Amelia padecía por ello. Algunos de sus compañeros no le daban mayor importancia cuándo al interactuar con ella le brotaba el rubor, a otros en cambio se les veía incómodos y pudo notar como esas personas apenas se dirigían a ella, solo para cuestiones laborales, ese hecho había creado un ambiente algo extraño a su alrededor en la oficina, que ahora no sabía muy bien como arreglar.

Y es que cuando te sucede, lo único que quieres es salir corriendo. Finalmente haciendo uso de otra de sus maniobras de evasión. Frotándose un ojo, se disculpó con Sara aquejada de una pestaña que la estaba incomodando.

—Disculpa, voy a ver si me dejan entrar al baño para lavarme los ojos.

—¿Quieres que te mire yo a ver que es? —Se ofreció amablemente Sara

—Tranquila, será una pestaña. Disfruta de tus vacaciones, nos vemos en la oficina a tu regreso. —dijo Amelia de manera atropellada mientras caminaba hacia la caja para pagar y salir rápidamente.

Su cita para la firma del traslado en la residencia de su madre no era hasta las doce y media, lo que le permitía casi una hora para intentar relajarse. Pasear le calmaba así que decidió ir caminando hasta un parque cercano.

Después de situaciones como la del supermercado con Sara, siempre le quedaba mal cuerpo, como sin energía, por la tensión generada. Intentó evadirse de esos pensamientos, se sentó en el banco del parque en el que daba la sombra de un árbol.

El helado, con el paseo había quedado algo derretido en la primera capa como a ella le gustaba, utilizando la tapa de plástico a modo de cuchara, tomó una porción de helado y se la llevó a la boca, se deshizo en su lengua lentamente, ese punto refrescante, dulce y cremoso, logro transportarla a la sensación del primer día de las vacaciones de verano; vacaciones merecidas, después de largos meses de duro trabajo. Todo sabe mucho mejor cuando realmente te lo has ganado, un premio, un beso, el respeto, las vacaciones, o un helado después de una tensa entrevista de trabajo.

Sentada en el banco con la mirada perdida al frente, podía sentir la ligera brisa en su rostro que traía el olor a hierba y tierra húmeda, entonces, un perrito blanco con manchas marrones y negras, entró en su campo de visión, sacándola de su letargo. Detrás de él venían otros dos perros más, que jugaban entre ellos a mordisquearse las orejas, corrían alrededor, se ponían sobre sus patas traseras y daban saltitos graciosos y torpes, al parecer intentando intimidar a sus adversarios, y sin más, volvían a correr uno tras otro.

Le parecía divertido observar cómo se relacionan e interactúan los

perros, de manera instintiva por ciertos gestos o actitudes saben a que perro pueden acercarse para jugar y con cual mantener una actitud distante o agresiva, se conocen mediante el olor, y si han recibido aceptación por parte del otro se crea un vínculo de tranquilidad que permite jugar incluso mordisqueándose entre ellos sin ejercer fuerza alguna, por el contrario si reciben un mal gesto un gruñido o incluso un mordisco, simplemente toman distancia. Hacen que relacionarse parezca fácil, y es curioso hacer la comparativa con las relaciones humanas.

¿Es necesario que las hagamos tan complejas?, se preguntaba a sí misma.

Finalmente, en la escena apareció el dueño que venía andando a un margen de diez o quince metros, en esas el perro blanco zafó de su adversario que le perseguía, y corrió en dirección hacia su dueño; se agachó en cuclillas para recibirle, pero venía con tanta velocidad que resbaló en la hierba y prácticamente chocó contra él de una forma caóticamente encantadora. Amelia soltó una risa nerviosa mientras continuaba disfrutando de su helado observando atentamente la divertida escena. «Que vida tan feliz» pensaba. Sin responsabilidades, sin presiones, respiró profundo, simplemente intentando disfrutar de ese momento de pausa. Cuando fue a tomar otra cucharada de helado, vio que un fruto del árbol había caído justo dentro de su tarrina, y muy posiblemente acompañado de algún pequeño insecto, así que pensó que era un buen momento para ir marchando hacia la boca de metro, lo tapó y lo tiro en la papelera a la derecha del banquito.

Con el bolso pegado al cuerpo, sintió la vibración de su móvil varias veces, lo tomó y al desbloquearlo vio varios *whatsapp* entre ellos dos audios de Marion y varias llamadas perdidas de Oliver.

Amelia se puso los cascos para poder escuchar los audios de Marion,

»—*Pandita* ¿cómo va todo?, Calculando que aquí son cinco horas menos, supongo que ya habrás salido de tu entrevista. Seguro que has dado lo mejor de ti, y ya sabes si aun así no salió como esperabas, piensa que entonces ellos no han sabido valorar todo el potencial que hay en ti —dijo en tono paternal, cerrando el audio con un beso.

Marion siempre hablaba con una especie de hiper positivismo, que a veces la calmaba y otras la sacaba totalmente de quicio. Amelia era más bien realista; positiva, pero con los pies en el suelo, pensaba que, si la entrevista no había ido bien, no era porque ellos no hayan visto su potencial, sino porque quizá no había sabido manejar bien todas sus cartas, simplemente.

Sin embargo, esta vez esas palabras de Marion habían logrado

reconfortarla, era justo lo que necesitaba oír.

Al momento le respondió con otro audio.

«—Pues bueno, un poco desastre —dijo con desencanto, enumerando algunas de las preguntas más extrañas que le habían hecho y las repuestas más ingeniosas que ella había dado—. Al final se me complicó la situación y como era de esperar el rubor súbito hizo su aparición. —continuó con tono esquivo—. Pero ahora no me apetece hablarlo, ya te contaré».

Marion conocía su patología, de echo por eso la llamaba cariñosamente *pandita* porque le recordaba a esos pandas tan tiernos, de pelo rojizo que habitan en algunas zonas de Nepal.

La residencia de su madre quedaba en el centro de la ciudad y allí era imposible aparcar, así que solía ir en metro, pasó por el torno y esperó unos minutos en el andén. Le llegó un nuevo audio de respuesta de Marion:

«—Bueno por lo que me cuentas yo no lo veo tan mal, has dado respuestas constructivas, y aunque tú siempre dices que no, tienes un carisma que hace que llegues a las personas de forma muy natural. Las grandes empresas ahora buscan mucho esa parte de inteligencia emocional, y tú la tienes—añadió animándola.

Sin terminar aun de escuchar ese audio, Marion envió otro.

«—Por cierto, me equivoco o..., ¿justo después de la entrevista has ido directa a comprar un helado *chees cake*?»

La risa pegadiza de Marion cerraba el audio. También se podía escuchar de fondo, sonidos de máquina de café, cucharillas, y conversaciones cruzadas debatiendo alguna cuestión de negocios en inglés. «Seguramente estaba en una cafetería con el portátil en la mesa y sus tres móviles vibrando a la vez con llamadas entrantes de algún posible inversor, como si lo viera». Pensó ella.

Le respondió mientras subía al metro que ya había hecho su entrada en la estación. Enviando un mensaje de texto.

Amelia: Pues no era *cheescake*, listillo, era de vainilla con *brownie* y avellanas :p

Tenía por delante un trayecto de unos quince minutos hasta el trasbordo y otros diez en la línea dos, hasta llegar a la residencia de su madre. Con tiempo por delante, se puso a hacer las lecciones diarias de alemán, en la *app* del móvil, le ayudaba a mantener el vocabulario y aprender palabras técnicas leyendo artículos específicos sobre temática seleccionada, que la aplicación ofrecía.

Amelia era poliglota hablaba francés e inglés con fluidez en gran parte

gracias a sus padres; por sus respectivos trabajos, viajaban mucho y ambos hablaban varios idiomas. Ahora con el alemán era más bien un reto personal, para ir superándose a sí misma.

Por fin en destino y saliendo de la boca de metro su móvil comenzó a vibrar seguido, por la entrada de varios *WhatsApp* y llamadas perdidas ya que en algunas estaciones se perdía la conexión y los mensajes quedaban retenidos. Escuchó el audio de respuesta de Marion y el mensaje de Oliver, preguntando prácticamente lo mismo:

Oliver: ¿Cuándo te llamarán para decirte el resultado? Amelia escribió rápidamente un *WhatsApp* que envió a ambos.

Amelia: Llamarán el próximo lunes para comunicar que estas seleccionado o para “darte las gracias por participar”.

Llegando por fin a la residencia, Amelia esperaba paciente en el recibidor, tras saludar a Berta. La afable y siempre atenta Berta, de recepción; es la persona que hace el registro de entrada y salida de las visitas en turno de mañanas.

Amelia observó como Berta con su buena fe, procuraba tener el cuenco de caramelos de la mesita siempre lleno, al hacerlo, los nuevos quedaban arriba y los antiguos en el fondo. Eran deliciosos, pero si abrías uno y estaba todo pegado al papelillo ese blanco que ponen era un fastidio; ahí sabías que era del fondo.

La residencia estaba regentada por Asunción la directora general; una mujer de unos cincuenta años, con aspecto recio, de carácter fuerte, era muy directa al hablar, diciendo las cosas muy claras. Al principio a Amelia le daba cierto respeto, y por supuesto le generaba tensión el dirigirse a ella, lo que resultaba en enrojecimiento facial, no obstante, con el trato continuado, la relación se ha ido normalizando y ahora las reuniones no le afectan de hecho, a medida que la iba conociendo y observando, le generaba mayor confianza.

Sobre todo, al ver la forma en que se dirigía a los usuarios de la residencia, con los que sin embargo Asunción a pesar de su rudeza, era muy atenta y procuraba hablar despacio, en un tono dulce pero fuerte para que pudieran entenderla bien, teniendo en cuenta que la gran mayoría de sus interlocutores pasaban los ochenta años.

Amelia recordaba la primera vez que habló con la directora para el ingreso inicial de su madre, fue duro; su enfermedad de Alzheimer ha ido degenerando en estos últimos seis años, sin embargo, Asunción, la mantiene siempre al tanto, para que pueda venir a verla en los días de mayor lucidez, en

los que a veces incluso logra reconocerla como su hija. Amelia atesoraba esos momentos como el más preciado de los bienes.

Cuando era pequeña, su madre viajaba mucho por trabajo, y su padre falleció cuando ella tenía ocho años; por lo que se crió prácticamente con Rosario, la que fue su niñera desde los tres años hasta bien entrada la adolescencia. Entonces, ella regresó a Argentina, donde vivía en ciudad de Córdoba. Amelia la llamaba Nani, o tía Rosario, porque realmente llegó a ser como una hermana para su madre siendo su gran apoyo, siempre la consideraron parte de la familia.

La puerta del despacho de la directora se abrió, salió un hombre de unos cuarenta años bien vestido que se despidió de Asunción con un tono muy familiar y cercano dándole las gracias por todo, se giró sobre sí mismo cruzando la mirada con Amelia, le hizo un movimiento con la cabeza para indicarle que podía pasar. Amelia le agradeció el gesto y entró al despacho cerrando la puerta para obtener mayor privacidad. Asunción la recibió como siempre con amabilidad y entusiasmo.

—¡buenos días!, Amelia —dijo con efusividad—. Toma asiento por favor, le indicó en un gesto de cortesía, sin más dilación le dio el reporte sobre la situación de salud de su madre, y le comentó como había pasado estos días desde la última vista.

Amelia solía ir a verla al menos dos días por semana, y los domingos a demás hacían actividades lúdicas para los usuarios y familiares, Amelia, venía a hacer el tratamiento de acuaterapia en la piscina con su madre, personalmente. Jaime era el fisioterapeuta designado para ello, pero Amelia se ofreció para que Jaime le enseñara cada uno de los ejercicios y todo lo necesario para hacer la terapia ella misma.

—Quiero informarte también acerca de la modificación de su tratamiento, tras detectar el problema cardiaco en su última revisión —Continuó Asunción presentándole los informes médicos.

—Sí, sobre eso quería preguntarte, cuéntame por favor. —se interesó Amelia

—La doctora Moreno, me ha dejado indicado los parámetros, para informarte ya que venias hoy, pero si quieres hablar con ella directamente, estará aquí este jueves.

—De acuerdo.

—Indicarte simplemente, cómo puedes ver —añadió Asunción, mostrando el reporte—, los parámetros están normalizados, para el control de

la ansiedad, la depresión, y los síntomas psicóticos, como son las alucinaciones o los delirios, ahora tenemos que ir observando si aparecen con menor frecuencia.

—Estaré pendiente de su estado de ánimo y los episodios que puedan tener lugar cuando vengo a verla.

—Perfecto, nos será de gran ayuda.

Finalmente le expuso la situación y procedimientos para el traslado, la ubicación de la nueva residencia que habían inaugurado, más amplia y mejor equipada, quedaba mucho más cerca de su domicilio, lo que le permitirá visitarla casi a diario.

—Tanto el personal de atención sanitaria como su médico seguirá siendo el mismo, para que no se desubique, por supuesto —aclaró Asunción para su tranquilidad.

—Sí, me parece perfecto porque además con Sandra creo que se siente en confianza, hace un gran trabajo con mi madre, al igual que la doctora Moreno.

Asunción imprimió los permisos del traslado, que Amelia rubricó tras leerlos atentamente. El traslado se haría efectivo la próxima semana y tras explicarle como sería el procedimiento, quedaron en verse finalmente el próximo miércoles a la hora fijada.

Asunción se despidió con un cálido apretón de manos, Amelia había observado con anterioridad que era algo normalizado en ella, lo hacía con los familiares, y usuarios, era un gesto que realmente reconfortaba. Amelia salió del despacho y girando la esquina atravesó el pasillo principal, hasta llegar a la habitación 23, la de su madre.

Normalmente cuando venía a verla solía quedarse hasta que se quedaba dormida después de darle de cenar. Salía de la residencia de noche, como hoy, firmó el registro de salida y se despidió de Santiago, responsable de recepción en el turno de tarde. Ya en la puerta de la calle respiró profundamente para intentar tranquilizarse, los días de visita eran emocionalmente muy fuertes. Le dolía en el alma ver a su madre tan débil, tan vulnerable, conociendo su gran fortaleza y sabiendo todo lo que había luchado en su vida, incluso daba gracias de que no fuera muy consciente de su presente, ya que se compadecería de sí misma.

Eran casi las diez de la noche, la temperatura era ideal para pasear, pero había un largo trecho hasta su casa, pensó andar un poco y tomar el metro a medio camino, para evitar hacer el tedioso transbordo.

Finalmente, llegó a casa, dejando las llaves en el bollandero de madera del

recibidor, se quitó los zapatos, y fue directa a la nevera, tomó un primer trago largo directamente del *brik* de zumo y luego se sirvió un poco más en un vaso para tomarlo tranquilamente mientras preparaba algo de cena rápida, de picoteo. Sacó su móvil del bolso y lo dejó cargando en el enchufe de la cocina, puso la tv para ver las noticias, mientras preparaba algo rápido, queso semicurado con taquitos de jamón y se fijó en que aún quedaba algo de vino *frizzante* en la nevera.

Se quedó cenando en la cocina y no paraba de pensar en cómo había ido la entrevista, en lo que habrían pensado de ella al verla tan sonrojada, el recurso de la tos repentina, como para disimularlo, quedó algo atropellado y seguro pensaron que era por inseguridad o que era poco confiable. Y después cuando le volvió a suceder estando en el supermercado al encontrarse con Sara. El tema del rubor hacía que algo normal fuera complicado.

Como pulpo en cacharrería

Estos días sentía que se solapaban unos con otros, de casa al trabajo y del trabajo a casa, al salir de la oficina tenía varias llamadas perdidas entre ellas una de Julia su vecina, la ayudó con la mudanza y se hicieron amigas desde ese primer día. Le devolvió rápidamente la llamada, pero no obtuvo respuesta. Llamo a Diana; es su pareja y ahora viven juntas, tampoco respondió; le puso un *WhatsApp*.

Amelia: He visto ahora tu llamada, ¿Era importante? Avísame cuando estés disponible.

Envió el mensaje y pudo ver también el inicio de la primera parte de un *Whatsapp* de Marion. Tengo buenas noticias... se podía leer. Abrió rápidamente el *chat* para leerlo completo.

Marion: Tengo buenas noticias, regreso finalmente mañana, dos días antes de lo previsto, ya he cerrado el trato y la presentación, así que te veo mañana amor.

Un icono de un monillo cerraba el mensaje. En lenguaje de Marion, significa que estaba loco de contento.

Amelia: Vaya, cuando he leído lo de “Buenas noticias” pensé que era algo relevante jajajaja es broma, estoy deseando verte, dime la hora exacta para ir a recogerte en coche al aeropuerto. Confirma cuando puedas. Besooooo.

Bloqueó el móvil y lo metió de nuevo en el bolso, llegando al aparcamiento, localizó su coche a golpe de llave, y agudizando el oído para ver donde sonaba. Dejó el bolso sobre el asiento del copiloto, se puso el cinturón, y salió del *parking* de la oficina con dirección a; hora de *spining* en el *gym*, lo necesitaba para desconectar del día de hoy en la oficina había sido un día complicado, y realmente dormía mejor los días que hacía algo de ejercicio.

—La clase ha sido más intensa de lo normal o es que yo estaba más agotada de inicio que otros días. Comentaba Amelia con una de las chicas.

Después de una ducha rápida, se sentía mucho mejor. Salió del *gym* con sensación de descanso. De camino paró en el supermercado a por algo de fruta y cualquier cosa precocinada para cenar.

Consiguió aparcar cerca su edificio. Llegó al ascensor ya con los zapatos en la mano, abrió la puerta de casa y al ir a dejar las llaves en el boll, noto un olor extraño y la luz de la sala parecía estar encendida. Ella siempre se aseguraba de dejar todo apagado, su corazón empezó a latir cada vez más fuerte, no se atrevía a decir nada, ni a moverse. Introdujo la mano en su bolso lentamente para sacar el móvil, comprobó que estaba como siempre, sin batería, pensó que quizá no era nada, simplemente se habría olvidado de apagar la luz.

Intentó tranquilizarse mientras caminaba despacio por el pasillo, de repente, se escuchó un ruido fuerte; un estruendo como de metales chocando, comenzó a gritar, soltó por los aires el móvil y los zapatos que llevaba en la mano, corrió hacia la puerta, aun gritando con desesperación. En la oscuridad, no lograba encontrar las llaves entre las flores secas del boll de la entrada, la tensión del momento por supuesto había encendido su rostro notando el calor desde el centro del pecho incluso a los brazos, sentía que el corazón se le iba a salir. Notó que algo le tocaba por la espalda y le hizo girarse, casi le da un síncope entre miedo y asombro al verlo.

—¿Marion?! —grito sorprendida

Quién se estaba conteniendo la risa, porque realmente la vio asustada.

Ella comenzó a pegarle con sus manos, sobre el pecho, como el gato del video de *youtube* que pelea contra un cactus.

—¡¡Pero eres idiotaaa!!, casi me da un paro cardiaco —le gritaba. Terminó por reírse a carcajadas, entre los nervios y la presión ya algo aliviada, al ver que todo estaba bien.

Marion le robo un beso mientras aun los dos se reían por lo alocado de la situación.

—Tranquila —le dijo Marion. La abrazó fuerte, y acurrucada en su pecho, fueron caminando abrazados por el pasillo hacia la salita, el móvil apareció destrozado en el suelo.

—¡Mira lo que has hecho!, mi móvil definitivamente ha muerto.

—Qué dramática —exageró Marion riéndose—, ahora lo revisamos y si está definitivamente muerto, como dices, te regalaré uno nuevo. He cerrado un

trato millonario —alardeó con despreocupación en tono de broma para relajar el ambiente.

—¿Y estos caramelitos? —dijo recogidos también del suelo—. Has ido a ver a tu madre ¿verdad?

—Se me habrán caído del bolso y si, fui ayer para lo de su traslado —añadió aun recuperándose del susto.

—Pero me los puedo comer... ¿o son de los del fondo? —dijo Marion intentando desenvolver uno—. Me parece buena idea lo del traslado por que así estará más cerca de casa.

—Sí, yo también lo creo. Sonreía Amelia viéndole luchar contra el molesto papelito blanco.

Ya entrando en la salita, siendo esta de concepto abierto podía verse parte de la cocina, donde Amelia advirtió lo que provocó el gran estruendo metálico, que también fue el disparo de salida de su meteórica carrera hacia la puerta.

A Marion se le había caído todo el cajón de la cubertería al suelo.

—Definitivamente no tienes remedio, —Le reprochó ella.

Acercándose para recoger el estropicio, vio que la mesa estaba preparada con copas de vino un mantel precioso y velas rojas y plateadas, se giró hacia él y con el rubor ya presente en sus mejillas le dio un beso lento mientras acariciaba su espalda hasta la cintura.

—Eres un amor —le dijo con dulzura, está todo precioso.

Pero cambió el gesto, agarrándole del cinto, le zarandeó, para reñirle.

—¿Cómo me has engañado he?... , decías que llegabas mañana ¡mentiroso!

Él se reía aun recordando el susto que se había llevado.

—Bueno si te hubiera avisado no sería una sorpresa.

De pronto, Amelia se acordó de la llamada de Julia.

—Y Julia, ¿qué tiene que ver en todo esto? —Marion sonrió. —¡Estabais compinchados! —le gritó Amelia, mientras levantaba una cuchara de modo amenazante como si se tratase de una espada o algo así.

—No exactamente —dijo Marion sin poder evitar la sonrisa—, al menos no desde un principio.

Amelia le miro entrecerrando los ojos con gesto de sospecha y le pinchó con la cuchara en el abdomen.

—¿Y entonces ?... — inquirió, para que Marion continuara con la historia de confabulación en su contra.

—Ok,ok—continuó manteniendo una sonrisa pícaro—, pues yo llegué a tu piso y comencé a prepararlo todo intentando hacer el menor ruido posible.

—Ya, como pulpo en cacharrería, seguro... —interrumpió Amelia, mirándole con recelo.

—No en serio fui muy sigiloso, pero...Julia estaría saliendo de su piso y quizá escuchó algún que otro ruidito —explicó, restándole importancia—. Sabiendo que tú a esas horas estas en el trabajo, supongo que se asustó.

Yo escuché también que alguien estaba afuera en el rellano, pensé que quizá eras tú, que te habías despedido, por tu nuevo trabajo, o algo así, y llegabas antes. Que por cierto tienes que contarme con más detalle lo de tu entrevista —Dijo haciendo un inciso fuera de la historia.

—Naaada... —cortó en seco Amelia—, no quiero hablar de eso ahora, !continúa; —impuso con el ceño fruncido más que nada por la intriga de la historia.

—El caso es que me asomé por la mirilla y justo vi como Julia estaba al teléfono, supuse que llamándote para avisarte o algo. Abrí de repente la puerta y Julia pegó tal grito que algunos de los vecinos salieron a ver que sucedía.

—La señora Pilar salió, seguro —interrumpió Amelia

—Exacto, y con su bastón y todo, por si fuera necesario. Ambos se rieron, conociendo lo peculiar que era la mujer.

—Bueno, Julia finalmente, se calmó, ella solita, así, sin más, sin pegarme ni nada, ¡no como otras! —le recriminó—. Entonces le conté que había regresado antes de mi viaje para darte una sorpresa.

—Ella justo había marcado tu número. Pero quedamos en que te diría que dio sin querer a rellamada y salió corriendo para el trabajo...que llegaba tarde. ¿Continua en el restaurante, no?

—Sí, la han subido a segunda *cheff*, está muy contenta... —aclaró Amelia—. Pero bueno, no me cambies de tema, me has engañado y mereces un castigo, aún no se cual, pero se me ocurrirá algo. Mira, de momento te toca terminar de recoger tu estropicio —le indicó señalando la cubertería desperdigada por el suelo—. Yo me encargare del vino —dijo divertida sirviéndose una copa.

Después, durante la cena, Amelia no paraba de hacerle mil preguntas sobre su viaje. Normalmente Marion hacia rutas para reunirse con sus inversores, o para conseguir nuevos enlaces y asociados para los nuevos proyectos que iban desarrollando. Generalmente viajaba a UK o EEUU, y algunas zonas de Europa. Su empresa lleva también la comercialización

internacional de componentes de robótica industrial y desarrollaban programas informáticos específicos como el software de simulación para entrenamiento en áreas de aeronavegación. Lo cierto es que Marion, no solía profundizar sobre cuestiones de trabajo.

—Sabes, que no son viajes de placer —le comentó con gesto serio—. Tengo que hacer muchas horas en ruta para desplazarme entre condados, de una reunión a otra y ni hablar de las horas interminables en aduanas entre vuelo y vuelo. Esta vez me ha tocado dormir directamente en el aeropuerto por lo ajustado de los tiempos. Así que imagínate.

—¡Vamos!, pero... ¿no te parece emocionante el simple hecho de viajar?, tomar el vuelo, llegar a un nuevo lugar, con nuevas costumbres, descubrir las rarezas de la cultura local, o en lo referente a la gastronomía —Iba enumerando emocionada—. Ya sabes, como en EEUU que fríen las chocolatinas en aceite hirviendo las rebozan con huevo o maíz, y las sirven para desayunar.

Marion quedó sorprendido por aquellos datos que desconocía.

—Lo he visto en un reportaje —afirmó Amelia tomando un poco de vino.

Son curiosidades que la vuelven loca, sin embargo, Marion seguía empeñado en conocer más detalles de la entrevista.

—Bueno, y qué hay de ti. ¿En serio no me vas a contar nada más sobre la entrevista? —dijo cambiando de tema, mientras se servía algo más de merluza en su plato.

Amelia cambió el gesto apretando los labios, y levantando las cejas, con los ojos muy abiertos, dejó entre salir una vocecilla:

—No diré nada sin la presencia de mi abogado—bromeó.

Marion sonrió levantando una ceja y se la quedó mirando sin añadir nada más.

—No en serio —continuó Amelia—, de verdad prefiero esperar a que me llamen para decirme lo que sea y no pensar demasiado en ello. Creo que me puse incandescente...me quedé bloqueada, y pasé un mal rato. —Él la miró con dulzura acariciando su mano— Es que..., luego además te quedas todo el día reviviendo la situación y eso es como si te debilitara el cuerpo ¿sabes? Es una sensación horrible, lo cierto es que solo en el grupo saben realmente lo que es vivir con esto, y eso que a mí no me afecta tanto.

—Lo siento, debe ser complicado, quizá deberías tomar algo para rebajar los síntomas.

—No, de momento no siento que sea necesario, ya sabes que no me gusta

ni tomar aspirina para el dolor de cabeza.

Se levantó de la mesa para retirar algunos platos, abrió el frigo y sacó un par de flanes de vainilla.

—¿Quieres uno? —Marion negó con la cabeza. Dejó de nuevo uno de los flanes en la nevera, y continuó hablando—. En el grupo hay mucha gente que se ha realizado la operación, y más después de los casos de éxito, de Bastián, Alice, o Jaime, que son algunos de los compañeros que han ido contando su caso personal.

—Bastián fue de los primeros, se hizo la operación hace ya más de tres años, ¿recuerdas que te hable de él?

—Sí, me contaste el procedimiento, menos mal que tú no tienes en mente hacerlo, todo lo que sea pasar por quirófano creo que hay que pensárselo *muy* mucho.

—Desde luego. Aunque ahora le va genial está muy contento, lleva en su trabajo más de un año, y conoció a una chica que ahora es su pareja Raquel, dice que ha vuelto a nacer.

Amelia quedó unos segundos en silencio.

—¿En qué te has quedado? —preguntó Marion., mientras le pasaba la mano por el cuello, deslizando los dedos entre su cabello.

—Nada, bueno, pienso que en el grupo hay gente que lo pasa muy mal, y cada vez se une más gente, ya somos más de mil doscientas personas de todas las partes del mundo que lo padecen. Pero, lo cierto es que, hablando en privado con algunos de ellos, soy consciente de que lo pasan muy mal en sus vidas, en sus trabajos, son realmente desdichados, a mi esta patología me afecta, sí, pero en menor medida, sobre todo ahora que ya conozco el origen y quizá por mi carácter o mi actitud, en mi afecta de manera distinta.

—Está claro que cada persona es un mundo y cada uno lo llevará a su manera. ¿Qué hay de lo de la terapia Gestalt? es interesante cuando me cuentas lo que vas estudiando, parece una forma de vida más que una terapia.

—Sí, lo cierto es que es así, si lo interiorizas y lo vas aplicándolo en tu día a día...es tal cual, un modo de vida y me ayuda a sobrellevarlo. Estoy estudiando últimamente más en profundidad y lo cierto es que me gustaría implicarme aún más con ello, quizá pueda ayudarles también a ellos.

—He visto que habrá una convención de Gestalt, con los máximos referentes, en Córdoba, Argentina. Aún faltan seis meses, pero me encantaría ir, porque además es donde vive mi Nani Rosario y ya sabes, hace años que no he podido ir a verla.

—Déjame ver mis próximas citas porque a tres meses vista tengo dos viajes más ya programados, y quizá podríamos cuadrar nuestras vacaciones para ir los dos juntos —propuso Marion—, veo que realmente es importante para ti y quiero compartir contigo esa experiencia. Además, aún no hemos estado en Argentina juntos.

A ella se le iluminó el rostro por la emoción de la propuesta.

—Es genial como te implicas con la gente, y como te apasionas por las cuestiones que realmente te interesan. —Añadió Marion.

—Pues me gustaría ayudar mucho más, a los del grupo, desde mi condición algo más favorable, de algún modo. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Sabes?, estoy feliz de tenerte a mi lado— confesó Marion mirándola directamente a los ojos.

Amelia dibujó una amplia sonrisa, con las mejillas sonrosadas, se bajó de su silla, deslizándose hasta colocarse sentada sobre Marion a horcajadas, ocupando los dos el mismo asiento. Le acarició el pelo retirándoselo hacia atrás para poder mirar bien esos profundos ojos negros.

—Realmente te has convertido en imprescindible para mí —se sinceró Amelia—. Tú me calmas y me das el equilibrio que necesito. Mi vida sin ti no tendría tanta luz.

Marion, con la mirada encendida de ilusión, selló sus labios con un beso que comenzó suave y lento culminando en pura pasión, acariciando el cuello y la espalda de su amante, deslizando sus manos por la cintura hasta llegar a sus nalgas desde donde la alzó poniéndose en pie para posarla sobre la encimera de la cocina, sin dejar de besarla, únicamente para sacarse la camiseta dejando al descubierto su torso fibrado y firme. Ayudó a Amelia a deshacerse del vestido para quedar juntos piel con piel besando cada parte de su cuerpo, se fundieron en interminables caricias, dejándose llevar por los sentimientos aflorados, tras estos días separados. Desde luego este momento de reencuentro tras los viajes de Marion era la parte preferida para ambos.

Cambios

A la mañana siguiente, Amelia despertó con sensación de frío. Marion tenía toda la sábana caída hacia su lado, dormido bocabajo, al parecer había estado dando mil vueltas. Le besó en la espalda procurando no despertarle.

Desde la cama vio el escritorio lleno de papeles y su portátil aún encendido, sin duda había estado trabajando durante la noche, quizá aún tenía *Jetlag*. Amelia no se había dado cuenta, durmió plácidamente. Ya estando despejada se levantó de la cama con mucho cuidado, dejándole dormir un rato más.

Apenas eran las siete de la mañana, su hora habitual, su cuerpo funcionaba como un despertador natural, por los años de costumbre. Se preparó un té, lo dejó reposando y comenzó con sus ejercicios de meditación y yoga.

Con las piernas estiradas, la espalda recta y las manos apoyadas en el suelo, su cuerpo formaba un perfecto ángulo de noventa grados, hombros relajados, cuello en distensión, respiración acompasada y tranquila, ojos cerrados, manteniendo la concentración...

—Ya sé de dónde viene tu encantadora y exótica flexibilidad —irrumpió Marion

Con un movimiento rápido de cabeza Amelia alzó la mirada y pudo verle ahí de pie, en el dintel de la puerta del salón, ataviado únicamente con una toalla a la cintura. La estaba observando todo despeinado, con ojos de sueño y media sonrisa ladeada. Amelia dejó de mantener la postura.

—¿Ves?, ¡ya me has desconcentrado...! —dijo alcanzando uno de los cojines del sofá, que le lanzó como si fuera una estrella ninja. Marion lo atrapó antes de que llegase a su cara y se acercó a ella por detrás.

—Y qué le voy hacer, no tengo la culpa de mantener este fuerte magnetismo hacia tu persona —le dijo en un susurro, dándole después un beso en el cuello. Ella simplemente se deshizo la coleta y sonrió resoplando con santa paciencia.

—¿Ducha rápida y desayunamos juntos de camino a tu oficina? —propuso Marion mientras iba ya andando hacia el baño.

Amelia, sin responder nada, simplemente se deshizo de la camiseta que llevaba para dormir y el short de deporte, quedando completamente desnuda y

caminó delante de él hacia el baño. Marion la siguió en silencio con una sonrisa traviesa sin quitarle ojo de encima

—¿Quién tiene el magnetismo ahora? —bromeó Amelia.

Marion soltó una carcajada y entro detrás de ella, cerrando la mampara a su espalda.

La ducha fue rápida pero intensa y finalmente una vez vestidos para ir al trabajo hicieron una parada en la cafetería. *Croissant* a la plancha y café cortado para Amelia, y café solo y tostada de aceite con tomate para Marion.

—Bueno, ¿qué? ¿Preparada para nuestra escapada a la costa mediterránea? —pregunto Marion— Tengo que cerrar un importante acuerdo durante el evento en el barco, pero después quedaremos libres para disfrutar de la playa.

—¡Sííí! —respondió entusiasmada—, nos hemos ganado ya unas microvacaciones. Además te puedo hacer de guía, conozco muy bien Valencia. Cuando Oliver vivía allí iba a verle casi todos los «findes».

—Genial, entonces. Espero que sepas bien la historia de la ciudad, porque te voy hacer mil preguntas.

Amelia puso cara de circunstancia, con los ojos muy abiertos y la boca con una mueca hacia abajo.

—Yo me sé la ruta de bares y tapas y discopubs, ¿si te vale eso? —dijo sonriendo con descaro.

Marion se reía negando con la cabeza, llevándose la mano a la frente. Amelia le respondió con una sonrisa congelada intentando parecer encantadora.

—Oye, por cierto, esta tarde no voy a poder ir a verte —cortó Amelia cambiando de tema—. Tengo lo de la ponencia sobre terapia Gestalt, que te comenté ayer, voy con Oliver. Es que como supuestamente aún no ibas a estar de vuelta...

—No pasa nada amor. Ya sabes que después de los viajes tengo mucho trabajo en la oficina; papeleo e informes de resultado que tengo que pasar. No te preocupes, me tocará trabajar hasta tarde asique iré a dormir a mi piso esta noche.

Dependiendo de los turnos de trabajo a veces se veían en el piso de Marion o dormían en el de Amelia. Eso era algo caótico para ellos porque ambos tenían ropa y enseres repartidos en los dos pisos. Sin embargo no se habían planteado ir a vivir juntos, la relación funcionaba bien así.

Salieron de la cafetería y caminaron hasta el edificio de la oficina de

Amelia. Compraron otro café para llevárselo a Bea; solían tomarlo juntas antes de empezar el día. Bea se encargaba del departamento comercial y *marketing*, fueron juntas a la convención de *marketing* y publicidad el día que conoció a Marion. Bea era la culpable de que estuvieran juntos y ellas dos se hicieron inseparables desde ese momento.

Amelia se paró para despedirse cerca de la escalera de la entrada a su oficina. El la abrazó y la besó el cabello teniéndola entre sus brazos.

—Te he echado de menos estos días, ¿sabes? —confesó Marion.

Amelia le quedaba a la altura del pecho asique le besó en el corazón directamente.

—Yo también —dijo en un susurro. Después se subió al primer escalón, para intentar restar la diferencia de altura entre ambos. Sonriendo aún por el gesto, ladeó la cabeza buscando su boca, él se inclinó para darle un beso suave y lento que ella terminó sellando con un piquito final y entró despidiéndose con una amplia sonrisa.

Esperando el ascensor para subir hasta la oficina, Amelia se entretuvo en mirar las últimas noticias y revisar los mensajes en sus redes sociales. Vio que tenía una nueva solicitud, abrió el mensaje y pudo ver que se trataba de una de las personas que pertenecían al grupo *Blushing* de *Facebook* en él se podía leer lo siguiente:

Hola Amelia, mi nombre es Octavio Reyes, tengo cuarenta y dos años y soy de México, he visto que estás en el grupo *blushing* de *Facebook*. He estado hablando con Bastián este tiempo porque él se hizo la operación hace ya cuatro años y le ha funcionado. Estoy pensando en someterme a la cirugía también, pero me da miedo pues, él me ha dicho que tú tienes otros métodos para sobrellevarlo. Me gustaría hablar contigo cuando puedas, pues ya lo he probado todo, y continúo igual. Espero no molestarte, Un saludo.

Amelia respondió al momento.

Buenos días Octavio, te entiendo perfectamente, por supuesto en cuanto tenga libre hablamos, y te ayudaré en lo que pueda. Mucho ánimo, un saludo.

Ese mensaje la dejó pensando en que otra persona lo estaba pasando tan mal que también consideraba operarse. El sonido de una entrada de *WhatsApp*

la puso en alerta de nuevo.

Oliver: ¡Ey!, para lo de esta tarde, ¿paso a recogerte a la salida del trabajo?

Le había convencido para que la acompañase a la ponencia de *Gestalt*. La verdad es que era muy afortunada de tenerlo, siempre podía contar con él.

Amelia: Puff..., voy dormida, y eso que acabo de tomar café con Marion. Llegó ayer y me hizo una cena sorpresa, ya te contaré luego. Sí, espérame en la puerta sobre las seis. *Kiss*.

El ascensor se abrió en la novena planta, Amelia, con el café para Bea en la mano, saludó a Ricardo el recepcionista y fue directa a su despacho. El departamento de recursos humanos solía tener mucho trasiego de gente, siempre se escuchaba murmullo ya que o había entrevistas o formación de seguimiento para readaptación al puesto, o simplemente porque era el área central de comunicación de la empresa. Todo lo que pasaba con cualquier miembro de las distintas áreas pasaba antes por el departamento.

Amelia dejó el bolso en su despacho y encendió el ordenador. Era su rutina diaria ya que tardaba un tiempo en iniciarse. Oscar, el informático, lo había revisado varias veces, todo correcto, simplemente iba lento, lo que le venía perfecto porque eso le permitía pasar por el despacho de Bea para llevarle el café y ponerse al día.

Cuando Amelia llegó al despacho vio que no estaba; le pregunto a su compañero y le indico que estaban en reunión, había junta en el departamento comercial. Amelia le dejó el café sobre su mesa, tomó el taco de *posits* para dejarle una nota: «*Te prometo que cuando lo he dejado el café estaba caliente, luego me paso*». Dibujó una carita sacando la lengua y lo dejó pegado en el café.

Antes de volver a su despacho debía pasar por central, donde estaba su superiora, Sabina, para poner en común las variantes del día, pero al parecer estaba también en la junta del departamento comercial.

«En fin, es lo que tiene estar en la base de la pirámide haciendo papeleo, que te enteras la última de lo que ocurre...», pensó Amelia.

Finalmente, con el ordenador ya a punto, se enfrascó en sus rutinarias tareas. Tenían cierre trimestral y eso daba como resultado más balances y reportes de lo habitual. Después de casi dos horas entre estadísticas y métricas

necesitaba despejarse. Decidió ir a la máquina de café de la sala. Cuando entró vio que había más gente de lo normal, al parecer la reunión había terminado. Todo el mundo hablaba de los cambios que se iban a producir. Amelia tomó su café de la máquina y se fue directa al despacho de Bea, pensando que también habría salido ya de la reunión. Sin embargo, en el camino fue interceptada por Sabina, que entró andando con firmeza por el pasillo, como siempre, haciendo resonar sus tacones con decisión. Era alta, de cuerpo redondeado y solía vestir con ropa oscura; vestidos, faldas, pantalones de pinza, siempre en tonos oscuros o tierra. Era morena de pelo rizado, tenía mucho volumen y se le movía al caminar; solo se lo recogía cuando trabajaba dentro de su despacho, y a pesar de su fuerte carácter, siempre sonreía y saludaba educadamente a todo el personal.

—Buenos días Amelia, justamente iba a llamarte a mi despacho. Esta mañana he estado reunida con la dirección del departamento comercial, y después con el personal del área.

—Buenos días.

—Vamos a mi despacho —indicó para que caminara a su lado mientras le iba haciendo un pequeño resumen de la reunión—. Van a producirse ciertos cambios y afectan directamente a nuestro departamento.

Llegando al despacho, le pidió que tomara asiento. Amelia, con el pulso acelerado, no quería pensar que el cambio iba a ser su propio despido, lo cierto era que su trabajo siempre lo entregaba a tiempo, no llegaba tarde y hacía los reportes incluso dos veces si consideraba que no estaban correctamente. Tras sopesarlo, se quitó la idea de la cabeza.

Sabina, sentada al otro lado de la mesa, se recogió el cabello, quedando los rizos controlados con un rápido movimiento.

—Amelia, va a haber ampliaciones en el departamento comercial tanto aquí, en Madrid, como en la sede de Barcelona. Yo tendré que aumentar mis responsabilidades y voy a supervisar y dirigir ambas a la vez, por lo que estaré viajando continuamente. Puedo gestionar algunas tareas y acciones en remoto, no obstante, las entrevistas de personal, el enlace entre departamentos, formación, supervisión y otras tareas que se irán sumando, es necesario que se gestionen siempre desde aquí, para el área de Madrid.

Amelia escuchaba con gran expectación por ver cómo le afectarían estos cambios.

—He propuesto a la dirección que la persona responsable de esas nuevas responsabilidades, seas tú.

Los ojos de Amelia se redondearon, las cejas subieron hacia arriba, y se le congeló el gesto.

—Espera, te comento el procedimiento —la tranquilizó Sabina al ver su reacción—. Cuento contigo en esto, considero que has desempeñado un gran trabajo hasta el momento y así se lo he trasladado a dirección. Estarás dos semanas directamente conmigo para terminar de mostrarte los detalles de las rutinas de trabajo, ya que habrá un nuevo programa de producción y productividad para empleados. En cuanto a entrevistas, seguimiento, formación..., ya lo has hecho antes. Sabes que en esta empresa todos somos uno, y es ahora cuando necesitamos remar todos juntos. Es un cambio importante y la empresa te necesita para llevar este cambio al éxito.

Sabina era muy de dar discursos corporativos; ahí era donde le salía el ramalazo motivacional para empleados.

Amelia quedó escuchando y sopesando la propuesta al mismo tiempo. Tenía en mente el resultado final de la entrevista con la otra empresa. Cómo aceptar sin saber si podría ser la seleccionada para el puesto allí, realmente se encontraba en una encrucijada.

Sabina se quedó callada unos segundos, observando la reacción de Amelia y su transparente gesto de duda.

—Soy consciente de que los cambios son importantes y todo esto ha sido de manera repentina —continuó Sabina—. Pero no te hubiera propuesto para esta nueva responsabilidad si no creyera que estás totalmente capacitada para hacerlo.

Amelia finalmente reaccionó.

—Me parece una gran oportunidad y agradezco, de verdad, que me hayas propuesto ante la junta confiando en mí para esto.

—Peero... —interrumpió Sabina, al leerlo en sus palabras no pronunciadas.

—Sí, necesito sopesarlo todo un poco, por cuestiones personales es una decisión que tengo que meditar.

Al escuchar las palabras, *cuestiones personales*, Sabina cambió su gesto frunciendo ligeramente el ceño.

Amelia comenzó a ponerse nerviosa de repente; el calor en su rostro se hizo presente, pensó que ya se había delatado.

—Por cuestiones personales, ¿te refieres a la situación con la enfermedad de tu madre? —preguntó directamente, en total confianza.

Sabina conocía todo lo relevante que pudiera acontecer en la vida de los

trabajadores de la empresa. Era importante para ella saberlo, siendo consciente, como profesional, de que todo lo que afecta personalmente a los trabajadores repercutía en su rendimiento, afectando a la consecución de objetivos de la empresa, y por ende, a su economía de mercado.

Ese discurso Amelia lo conocía muy bien, no en vano Sabina era la directora general del departamento desde hacía años, y ahora también de la sede en Barcelona.

Amelia intentó sopesar lo más rápido posible sus opciones para decir algo concreto. Estaba a la espera aún de noticias sobre el puesto de trabajo en la otra empresa, y si finalmente era seleccionada, ¿cómo iba a aceptar, y después a la semana, decir que debía marcharse de la empresa? Era todo un dilema, pero debía decidir algo pronto.

—No, tranquila —habló finalmente—, el tema de mi madre está estable por el momento, simplemente necesito procesar esta información.

—De acuerdo, me alegra saber que tu madre está bien. Piensa la propuesta y mañana me trasladas lo que has decidido.

Salió del despacho de Sabina realmente acalorada; sentía la espalda transpirada, y las yemas de los dedos húmedas, no soportaba que eso le ocurriera. Se tomó un momento y fue al baño de planta para refrescarse la cara y tranquilizarse un poco. Se miró al espejo; tenía los poros del rostro dilatados y las mejillas sonrosadas. Intentó mantener la calma tomando aire y exhalando lentamente, contando despacio ocho repeticiones, concentrada en disolver esa tensión. Una vez logró tranquilizarse, regresó a su despacho pero no podía centrarse hasta tener algo en claro. ¿Qué iba hacer?, ¿qué decisión era la correcta?

Llamó a Marion pero saltó el buzón de voz. Colgó sin remedio para marcar su siguiente opción: Oliver, obteniendo el mismo resultado. Le mandó un mensaje e intentó concentrarse de nuevo en su trabajo.

Pero era complicado. En realidad mañana no podía darle una respuesta a Sabina, ¿cómo iba a decidirse?, la cabeza le iba a estallar sopesando posibilidades.

Lo cierto era que le faltaba un dato importante en la ecuación que quizá podría ayudar, algo que Amelia no se atrevió a destacar en el despacho frente a Sabina. «Ella habló de aumento de responsabilidades, pero... ¿Habría también un aumento de sueldo? Era lógico, ¿no? ¿O la confianza y reconocimiento eran suficiente premio?». Se preguntó Amelia. Esta clase de situación la ponían en tensión. ¿Cómo enfrentar a su jefa para solicitar un

aumento de sueldo? «Quizá se haya olvidado mencionarlo, y en todo caso, si finalmente acepto, me dirá lo del aumento. ¿Y si me dan el aumento, acepto y después me seleccionan en la otra empresa? Si no pido el aumento, será menor el desastre», pensaba una y otra vez.

Estaba imponiéndose excusas para no enfrentar la situación con su jefa. Era consciente de sus miedos, sus límites, pero por ello se planteaba retos, y esto era un reto más a superar. «Simplemente es ir a su despacho y presentarle una pregunta lógica. ¿El aumento de responsabilidades conlleva un aumento de sueldo?» Pensaba recreando la escena en su mente. «En fin, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Me voy a morir por ello?, no. ¿Me van a despedir por esa pregunta?, no. Bien, pues adelante». Se dijo a sí misma.

Amelia se levantó de su mesa y se fue de nuevo hacia el despacho de Sabina. Al tocar la manecilla de la puerta pudo ver la transpiración de las yemas de sus dedos brillar en el metal. Sentía cierto calor en el rostro, pero aun así respiró profundamente y entró. Con el ímpetu del momento, Amelia pasó por alto el llamar primero, y encontró a Sabina en medio de una llamada. Se quedaron mirando un segundo, justo el tiempo para que el rubor hiciera su repentina aparición. Sabina, con semblante serio, le indicó que aguardara un momento levantando su dedo índice, e hizo un gesto a Amelia para que tomara asiento.

Sabina parecía ruda, y de hecho era estricta, pero porque su nivel de autoexigencia profesional era muy alto y esperaba, al menos, ese mismo nivel en los demás. Sin embargo, era muy comprensiva y se implicaba a todos los niveles con cada empleado de la empresa, ayudando, incluso extralimitándose en sus funciones, más allá de lo meramente profesional. Eso daba confianza, por eso Amelia se sentía relativamente cómoda con ella.

La llamada ya estaba terminando, simplemente se despidió con un saludo, colgó y directamente atendió a Amelia mientras organizaba sus reportes.

—¿En qué puedo ayudarte, Amelia?

Amelia se levantó del asiento, cruzó el despacho acercándose a la mesa, e intentó hablar de un modo directo y claro.

—Disculpa, no quería interrumpir tu llamada, ni robarte mucho tiempo, simplemente preguntarte sobre lo que hemos hablado. En cuanto al aumento de responsabilidades, quería saber si también conlleva aumento de sueldo ya que considero que debería ser proporcional.

Amelia guardó silencio, esperando respuesta.

Sabina cambió el gesto a uno más neutral, casi dibujando media sonrisa.

Amelia sintió como si ella hubiera estado esperando a que se iniciara a preguntarlo.

—Valoramos tu trabajo y tendrás aún más responsabilidades cuando vayas evolucionando en el puesto, por tanto, ese reconocimiento salarial se verá también reflejado. ¿Este nuevo dato, te ayuda a tomar la decisión? —inquirió Sabina.

Ella realmente podía llegar a ser muy persuasiva. Amelia se tomó apenas unos segundos para sopesarlo todo.

«Mejora laboral, realizar tareas y actividades más flexibles y dinámicas. Reconocen mis valores y trayectoria, crecimiento profesional con nuevas experiencias y responsabilidades. Confirmado aumento de sueldo; todo es positivo». Concluyó.

—Sí, ¡acepto! —respondió rotunda.

El reloj del despacho sobre la puerta finalmente tenía sus dos agujas marcando las seis de la tarde. Amelia en realidad había finalizado su cometido hacía ya casi cuarenta minutos; estaba tan nerviosa por todo lo sucedido, y sin saber si había tomado la decisión correcta, que iba acelerada. Salió despidiéndose de sus compañeros con un rápido, *hasta mañana*. De camino pasó por el despacho de Bea, quería contarle las nuevas noticias, pero desde el dintel de la puerta pudo ver que estaba ocupada en una llamada.

Se la veía al teléfono, hablando sentada en el borde de su mesa. Recientemente había hecho uno de sus repentinos cambios de look, se cortó el pelo estilo *pixie*, muy radical, que le daba un aspecto aniñado pero rebelde, con mechones despuntados decolorado en rubio a distintos tonos. Apenas se maquillaba; algo de rímel, y eso sí, labios rojo fuego. Su nuevo *look* exigía un atuendo algo andrógino como solo ella sabía llevar. Hoy pantalones de pinza en gris, y taconazo. Tenía un carisma muy particular, como le decía Amelia, era «encantadoramente embaucadora».

Al verla ocupada, simplemente desde la puerta, le indico con gestos que la llamaba más tarde. Ella le lanzó un beso haciendo el gesto con la boca despidiéndose, mientras seguía al teléfono.

Salió corriendo al encuentro con Oliver, ya que la ponencia empezaba a las siete. Lo bueno era que él había venido en coche; eso les daría tiempo para ir conversando por el camino.

Justo saliendo, su móvil comienza a sonar en algún rincón perdido de su bolso, logró alcanzarlo y pudo ver la foto en llamada entrante de un hombre

moreno de ojos oscuros, elegante y sexy. Era Marion. Al descolgar, inmediatamente del otro lado del teléfono pudo escuchar:

—Cariño, tengo una perdida tuya. ¿Qué ha pasado?, ¿todo bien?

—Aaam sí..., más o menos todo bien —dijo titubeante—, tenía una crisis en una toma de decisiones, te cuento rápido porque voy a la ponencia sobre *Gestalt* ahora con Oliver.

—Salúdale de mi parte —interrumpió Marion.

—Claro —dijo Amelia a colación.

Marion y él se llevaban genial y encajó perfectamente la relación tan estrecha que tenía con ella. Otro quizá se hubiera puesto celoso, o se hubiera sentido desplazado e incómodo, pero Marion sabía darle el espacio que necesitaba, y tomar él también su propio espacio.

—Te contaré los detalles mañana, pero digamos que estás hablando con la nueva Responsable de RRHH.

—¡Enhorabuena, cielo! —se apresuró Marion—, pero cómo es que han llamado ya para dar la resolución, ¿no era el lunes?

Amelia se reía por la confusión de Marion.

—No, es que ha habido reunión de departamento comercial por ampliación de plantilla en mi empresa actual y en nuestra sede de Barcelona, y bueno, me han ofrecido un nuevo puesto y lo he aceptado..., ¡y no me digas nada! —se adelantó Amelia—, que ando loca pensando en lo que pueda pasar si finalmente me seleccionan el lunes para la otra empresa, pero como dice Oliver, he sopesado opciones y he dicho que sí.

Marion se reía desde el otro lado del teléfono al notar lo emocionada que estaba.

—No voy a decirte nada, pero si estás así de contenta es porque has tomado la decisión correcta. En esa empresa saben apreciar lo bueno.

—Gracias amor, mañana te cuento con detalle. También voy a pasar a ver a mi madre, ya sabes, la trasladan la próxima semana.

Marion estaba muy sensibilizado con la enfermedad de su madre y siempre que podía acompañaba a Amelia a la residencia.

—Mañana estoy con tiempo, asique, saldré pronto para acompañarte. Te paso a buscar y vamos directo.

—¿Cómo eres tan tierno? —le dijo Amelia con dulzura.

—Ya sabes, entrenamiento diario —bromeó. Bueno, yo tengo ahora una reunión y aún me queda papeleo. Disfrutad del evento y mañana hablamos, ¿vale?

—Ok, intenta descansar esta noche.

Gestalt

Ya desde la puerta pudo ver a Oliver al otro lado de la calzada, esperándola fuera del coche. Estaba como siempre distraído con el móvil. «Seguro que está leyendo algún artículo sobre extrañas conspiraciones, o hablando por *Whatsapp* con Laura», pensó Amelia. Ese amor prohibido estaba volviendo loco a su amigo.

Cruzó por el paso de cebra y se acercó lentamente hacia él sin que la viera. Estaba de espaldas al arcén, se abalanzó y le dio un abrazo por detrás; como una niña pequeña que abraza a su padre sin llegar a alcanzarle. Oliver era alto y fuerte, pero aún mantenía su cara aniñada, a pesar de sus intentos de parecer varonil, con su despoblada barba de tres días. Él se giró rápidamente, sonriendo con sus ojos achinados, que le quedaban como una rayita.

—¡Ey!, te veo muy contenta —dijo, dándole un beso en la mejilla mientras la rodeaba con su brazo por los hombros—. Tanta felicidad supongo que se debe a que Marion hizo un buen trabajo anoche, ¿no?

—¡No seas tonto! —dijo indignada, golpeándole en el hombro con las carpetas que traía en la mano.

—¡Oye!, que yo me refería a la cena sorpresa, mal pensada —aclaró riéndose, mientras rodeaba el coche para situarse en la puerta del conductor.

—Ya, seguro, la cena. Por cierto, me ha dado saludos para ti —dijo Amelia, abrochándose el cinturón de seguridad.

—Mi comentario fue inocente, tu eres la de la mente retorcida, guapa.

Ella le miraba con el ceño fruncido de modo amenazante.

—Malagueño, no te pases ni un pelo conmigo —le advirtió ya medio sonriendo—. Y sí, para tu información Marion hizo un buen trabajo anoche y no solo con la cena.

—Bueno, bueno..., no me cuentes los detalles.

Oliver se echó a reír con cara de pícaro.

—Vámonos anda, que tenemos que ir hasta el Colegio de Médicos —le indicó finalmente Amelia—. Y ponte el cinturón que me tienes contenta.

—Si señorita, a sus órdenes —bromeó.

Se puso el cinturón y salieron en ruta hacia el evento.

—Bueno, dame el resumen de la jornada, que creo tienes muchas cosas que contar. ¿Qué ha pasado al final con la propuesta de Sabina?, yo hubiera

dicho que sí.

—Justo le iba contando a Marion. Sí, he aceptado y que sea lo que *Dior* quiera.

Esa era una expresión que ambos utilizaban haciendo el tonto; ninguno de los dos creía en Dios como tal e incluso habían quedado en apostatar juntos. Era uno de los puntos en su lista de cosas que hacer antes de los treinta, junto con los clásicos; hijo, árbol, libro. La redactaron en una noche de juerga entre chupito y chupito, pero cumplidos los treinta este mismo año, tacharon el título y ahora era: cosas que hacer antes de los treinta y cinco.

—Pero no quiero pensar mucho más en ello —continuó Amelia—, más bien cuéntame qué tal tu embrollo amoroso con la prohibida Laura.

—Pues estamos en fase de tonto. Mira, le mandé este *WhatsApp* ahora —Oliver le pasó su móvil para que pudiera leerlo.

Oliver: He ido veinte veces hoy a desenchufar y enchufar el USB del ordenador frente a tu despacho, solo para verte de lejos. ¿Crees que se ha notado mucho?

Laura: Tranquilo, el resto de los mortales pensamos que si un informático hace eso, es que algo estará arreglando, y más si es un informático tan sexy.

—¡Uy, sí!, ya veo que estáis tonteando a tope, sois pura pasión —bromeó Amelia aguantando la risa.

—¡Vamos!, tenemos que ser muy discretos estando en la oficina —replicó, quitándole su móvil de las manos.

—No, en serio, solo digo que esa situación se te puede complicar mucho, tú eres muy sentimental, te conozco, y ella tiene pareja. No es buena combinación. Y..., ¡oye, no te metas por ahí!, gira en la segunda a la derecha porque la principal está aún de obras.

—Que tenga una pareja no quiere decir que sea la correcta —continuó Oliver mientras, hacia la maniobra—, tú misma me contaste la historia esa del hilo rojo; esta fuerte atracción que sentimos tiene que ser por eso. Claramente, vamos —sentenció Oliver, bromeando.

Amelia soltó una carcajada.

—Menudo royo tienes, majó. Eso es solo una leyenda japonesa. Eres informático, tu mente es puro código binario, unos y ceros. Te guías por parámetros establecidos, no por leyendas.

—Bien, pues que ella sea mi hilo rojo es un parámetro establecido.

Ambos se rieron cruzando una mirada de complicidad.

—Vale, pues déjate llevar. Lo único que te digo es que te cuides, no quiero verte de bajón como la otra semana porque no puedes estar con ella siempre que quieres, o por tener que andar a escondidas. Tú verás hasta dónde quieres implicarte —le dijo Amelia en tono maternal, tomándole del brazo.

—Lo sé nena, pero sé lo que hago. Y tranquila, me retiraré a tiempo si no veo garantías.

Sin darse cuenta, y como siempre que estaban juntos, el tiempo pasó muy rápido. Dejaron el coche en el *parking* al llegar. El evento tendría lugar en la sala de ponencias de la planta baja del recinto.

Después de verificar sus nombres en la recepción, para el control de asistentes, entraron al *hall*; era un espacio diáfano dividido en varias alturas por columnas, con una iluminación tenue y fantásticos suelos de mármol gris.

—¡Es impresionante! —exclamó Oliver—, lo cierto es que no había entrado nunca.

—Yo estuve en otra ponencia, que se hizo en la biblioteca, lo que no he visto aún es el anfiteatro. Tiene un techo abovedado con frescos que lo cubren todo. Debe ser precioso.

—Y la ponencia no es ahí, ¿*nop*?

—Pues no —confirmó Amelia—, no creo que haya tanta gente para esta ponencia como para llenar el anfiteatro. Esto es en la sala Severo Ochoa. Me acuerdo porque el hombre que me hizo la entrevista se apellida Ochoa.

—Y... ¿era muy severo?

Amelia soltó una carcajada entrecortada.

—Vamos anda, es en esa puerta de ahí. —señaló aun riéndose.

Llegaron algo justos de tiempo. Al entrar vieron que la gente ya estaba sentada esperando, intentaron pasar sin molestar demasiado, y se sentaron en dos butacas que encontraron libres. Oliver miró a su alrededor.

—Pues me parece que aquí el único fresco soy yo —bromeó, viendo lo austero de la sala; apenas decorada en tono salmón y listones de madera hasta mitad de pared.

—Sí, parece que aquí el presupuesto era más limitado.

De frente, en el escenario, había dos técnicos haciendo los ajustes de micro para dejarlo todo preparado. Bajaron las luces y entró el ponente.

—Buenas tardes a todos, primero, gracias por venir. Soy Ángel Martín, especialista en psicoterapia *Gestalt*.

Haciendo uso del proyector, realizó una presentación clara y sencilla,

como introducción, de lo que era la *Gestalt*, cómo se formaba y cómo aplicarla.

»Todos conocemos la famosa imagen de las dos copas en negro con un fondo blanco que conforman los perfiles de dos caras enfrentadas, y que podemos ver una imagen u otra dependiendo de la que establezcamos como principal. Bien, pues aplicando esto a la realidad, las *gestalt* son necesidades principales; de alimentación, comunicación o afecto, por ejemplo, que van sucediendo y que tenemos que satisfacer como en un círculo. Es decir, tenemos una necesidad, nos movemos o actuamos en consecuencia, la satisfacemos y surge otra necesidad comenzando el proceso de nuevo —explicó—. ¿Hasta aquí todo claro? —preguntó a los asistentes. Ya que parecían estar demasiado concentrados o demasiado perdidos. En la sala el murmullo y las risas nerviosas rompieron la calma—. Bien, continuó entonces —dijo con una sonrisa de conformidad.

»Cuando este proceso va ocurriendo naturalmente de forma ininterrumpida, esa persona puede ir fluyendo hacia nuevas experiencias con normalidad, sin embargo, cuando la persona se queda atrapada al no poder satisfacer esa necesidad; ya sea por represión, miedos, inhibiciones o cualquier otra circunstancia, queda interrumpido el proceso, apareciendo desajustes en su personalidad o desordenes; como ansiedad, depresión o aislamiento, por ejemplo.

Amelia iba asociando y dándose cuenta de que cada proceso y conceptos que él explicaba, encajaban con algunos de sus síntomas y reacciones. Su comportamiento evitativo; huyendo de las situaciones en las que el rubor aparecía, como con Sara en el supermercado, o en la entrevista. Esa necesidad de querer comunicarse con normalidad, no resuelta o no satisfecha de forma correcta, le generaba ansiedad y bloqueos, como él había descrito. Miró a Oliver, sentado a su derecha para comentarlo, y lo vio tan metido en la explicación, que simplemente sonrió y continuó atenta al resto de la ponencia. Que continuaba ahora con la introducción a un nuevo tema: el proceso de Homeostasis.

Octavio

Amelia llegó a casa con muchos datos que procesar. La ponencia había sido muy enriquecedora, incluso Oliver había empezado a interesarse por el tema, y en el coche de vuelta a casa no paró de hacer preguntas mientras iban buscando algunos datos más en *Google*.

Había aprendido nuevas herramientas y procesos que ahora quería incluir en su forma de interactuar para ver resultados. Quizá, este podría ser el camino para ayudarse a sí misma y a los demás.

Cuando entró a su *Messenger*, en *Facebook*, tenía un nuevo mensaje de respuesta de Octavio.

Ok yo puedo hablar cuando me digas, saliendo del trabajo tengo las tardes libres, por esta causa pues, no tengo mucha vida social.

Amelia respondió al momento.

Ya estoy en casa, si quieres podemos hacer un *Skype* o videollamada por *Facebook*, así hablamos más directo. Si te viene bien claro, no sé qué hora es allí.

Dejó el *Messenger* abierto y fue a la habitación para cambiarse de ropa. Se quitó los zapatos y el vestido y se puso un pantalón suelto y una sudadera fina de Marion que le encantaba, porque tenía una tela como de terciopelo en el interior, que era suave y cálida.

Hola, estoy también en casa, pero si te parece prefiero solo llamada por aquí, por *Facebook*. No me sentiría cómodo en videollamada, creo.

Respondió Octavio.

Ella se sirvió algo de zumo y se sentó frente al ordenador.

Por mí bien, cómo prefieras. Venga, te llamo yo.

El tono de llamada y melodía de conexión sonaron un par de veces, hasta que el sonido se focalizó.

—¿Me escuchas?... ¿Me escuchas bien? —repitió Amelia.

—¿Hola?... Sí, un poco bajo, creo.

—Vale, intentaré hablar más alto. ¿Quieres contarme un poco sobre ti, primero?

—Ok, pues..., soy de México, creo que te comenté, vivo en La Paz, en la península de baja california.

—¡Ah, mira!, eso es otra cosa que tenemos en común. Estoy buscando en *Google* porque no conocía la zona.

—Sí, los dos vivimos en península. Es bien *cool* te da la opción de costa, pero sin estar aislado. Como... como en una isla, pues.

—Cierto... ¡Wooooow!, veo que es precioso, ¡qué playas! Con las aguas turquesa. Se ve una ciudad muy romántica.

—Sí, bueno, eso es cierto. Y, pues, es una pena no tener con quién disfrutarlo.

—Ya, te entiendo. ¿Desde cuándo tienes la patología, entonces?

—Desde mi adolescencia. Te cuento que esto del rubor me pasa de repente, cuando socializo o si se me quedan viendo, me pongo colorado y empiezo a sudar —explicó—. Y pues, actualmente en mi trabajo es aún peor tener que soportar los apodos. Aquí en México somos muy faltones —aclaró—, y a veces adrede se ponen en frente de mi oficina, para que me ponga colorado y se burlan. Se les hace muy chistoso que un señor de cuarenta y dos años se ponga colorado cada vez que se le quedan viendo.

—¿Qué? ¡Pero que gente tan horrible!, son peor que niños en el colegio —exclamó incrédula— De verdad creo que sus vidas deben ser muy pobres y muy mediocres como para que, lo más emocionante que tengan para hacer, sea ir a ver como un hombre adulto se pone rojo —Amelia estaba cada vez más indignada, incluso alzó el tono de voz—. ¡Qué mezquinos! No entiendo cómo pueden tener ese comportamiento siendo ya adultos. Debe ser muy duro para ti trabajar ahí.

—Pues lo cierto es que tener que soportarlo todos los días es una pesadilla. Y únicamente descanso cuando llego a casa y estoy solo —confesó, con notable tristeza—. Y, pues, con la meditación he controlado un poco la ansiedad, pero el sonrojo continúa ahí.

—Pero lo estás haciendo bien, estás buscando opciones para mejorar y eso es importante.

—Sí, bueno. Intenté terapia, porque lo cierto es que tengo mucho miedo de operarme, pero es frustrante ver que los años pasan y no ves solución.

—Entiendo tu frustración. Es un proceso largo y complicado, por eso es importante busca apoyo en tu gente, bueno..., ¿le has contado esto abiertamente a alguien? A tu familia, amigos cercanos...

—A mis padres y hermanos se *los* he contado ahora de adulto, y en el trabajo solo tenía un amigo, se lo conté a él, pero lo corrieron y se fue de la ciudad. Ahora no hablo con nadie, solo en las visitas al psicólogo para la terapia cognitiva conductual. Esto hace que termines aislado, la verdad.

—Pues ¿sabes?, creo que ese es el error que todos cometemos; el no contarle, el evitar las situaciones sociales. No hablar sobre ello lo estigmatiza y hace que nosotros mismos lo veamos cómo algo de lo que avergonzarse. Tenemos que hacer todo lo contrario.

—Pero cuesta mucho contarle, pues. La gente se va a burlar.

—Dime algo, ¿a que con tu familia y tu amigo, que ya se lo contaste, te sentías más cómodo ahora que lo sabían?

—Pues..., lo cierto es que sí; estoy tranquilo con ellos.

—¿Verdad? Yo se lo he contado a los más allegados. Se lo conté a mi madre en su día, a mis mejores amigos, a mi pareja, claro, a mi jefa y una amiga del trabajo. Y con esas personas no suele brotarme el rubor, me siento segura con ellos, porque lo saben.

—No sé, quizá tengas razón. Yo lo único que quiero es ir a un lugar donde haya gente y no sentirme rechazado, no sentir este miedo insoportable, porque de verdad, esto es como vivir encarcelado.

—Lo sé, pero de nosotros depende mejorar. Mira, vengo de una ponencia que trata eso. Era sobre La *Gestalt*; un tipo de terapia que explica cómo la manera en que interactuamos con nuestro entorno afecta a nuestro organismo a nivel psicológico y físico. Te recomiendo que te informes, y sobre todo que lo asimiles y lo apliques en tu día a día.

—¿Así es que tú lo controlas?

—En gran parte sí, porque me ayudó a entender muchas cosas que nos suceden a los que tenemos esta patología. Bueno, y en general. Porque todo el mundo tiene algún miedo, complejo o inseguridad que le impide ser o actuar como le gustaría.

—De acuerdo, buscaré información, pues. Y espero que me ayude también.

—Claro que sí. A veces nosotros somos nuestra propia barrera. Haz lo que te apetezca. No dejes que esta situación pueda más que tú, simplemente es una pequeña parte de lo que somos. Pero esto no nos define.

—Es cierto, a veces pienso que toda mi vida se reduce a este problema y no es así. Gracias por tus palabras, de verás me has hecho verlo de otra forma. Seguiré trabajando para mejorar.

—Me alegro. También me ha gustado conocerte. Háblame cuando quieras, te responderé siempre que pueda.

Amelia se despidió de Octavio animándole a que se sintiera libre de hacer lo que le apeteciera, sin preocuparse demasiado de lo que pensarán los demás. Eso le quedó resonando en la mente. Estaba inmóvil frente al ordenador, pensando. De pronto, una idea le pasó por la cabeza.

Se desconectó del *chat*, apagó el ordenador, y al quedar la pantalla en negro, pudo ver su propio reflejo. Su cara se había tornado algo sonrojada por lo alocado de la idea, y esbozando una sonrisa, se fue directo a buscar algunas prendas de ropa a su armario.

Estaba desatado, emocionado. Tomó unos pantalones de cuadros que le quedaban algo anchos, una camisa azul eléctrico, que jamás se ponía, y unos tirantes negros. Completó el atuendo con una corbata, de las más estridentes que pudo encontrar, entre las que solía llevar para trabajar.

Pero necesitaba lo más importante; la caracterización. Recordó que en el altillo había material que había dejado su sobrino de cuando hacía teatro. Encontró unas pinturas y algunas pelucas, se pintó la cara completamente de color blanco, y una gran sonrisa en rojo. El resultado fue el de un payaso con aspecto algo desquiciado. Comprobó su pinta en el espejo del baño. Comenzó a reírse por lo loco de la idea y los nervios de atreverse a llevarla a cabo.

Decidido y con paso firme, salió a la calle. En el mercadito paró a comprar una bolsa de globos de fiesta, y caminó unos minutos hasta el parque central. Allí siempre podías encontrar; cómicos, malabaristas, payasos o gente disfrazada de personajes de comiquitas vendiendo pastelitos, comida casera, o tocando algún instrumento para animar a las familias que paseaban por la zona, y así sacarse algún dinero extra.

Se sentó en uno de los bancos disfrutando del hecho de sentirse como uno más, uno más de esa gran familia de artistas de calle que se ganan la vida haciendo felices a los más pequeños. Y precisamente eso era lo que él pretendía; disfrutar por una vez sin tener que sentirse mal siendo observado. La cara pintada no dejaba ver su sonrojo, eso hizo que se sintiera libre por primera vez en muchos años.

Comenzó a inflar los globos haciendo figuras; un pato, una espada, un perrito y se lo iba regalando a cada niño que pasaba. Ellos le agradecían el

gesto con una sonrisa. Pudo interactuar sin problema con ellos, hablar con sus padres o los jóvenes que pasaban la tarde en el parque. Incluso se lanzó a contar algunos chistes. Los niños querían abrazarle y tirarle de la peluca, se sentía increíble pudiendo, por fin, comunicarse con la gente de manera natural. Podía ser él mismo sin sentirse cohibido o abrumado por la situación, estaba encantado de sentirse así. Solo obtenía de la gente buenos gestos y sonrisas de aceptación y complicidad. «¿Por qué no podía ser así siempre?» Se preguntaba. No quería que el día terminase, quería continuar repartiendo alegría y que no terminase ese entusiasmo por la sensación de libertad.

Pero la tarde cayó con el sol, se hacía de noche y la gente se iba dispersando hacia sus casas. Él debía deshacerse del personaje, tenía que quitarse su disfraz, lavarse la cara, y volver a su realidad. Y tal cual como cuando se desinfla un globo, Octavio fue andando algo cabizbajo hacia su casa. El viento, de repente, comenzó a bramar arrastrando las hojas secas en remolino. Intentó protegerse andando muy pegado a la pared, donde la brisa apenas se percibía. Entonces un cartel llamó su atención. «¿Pánico escénico?» Decía en la cabecera, a modo de pregunta retórica. «Nosotros podemos ayudarte», continuaba el anuncio. Pudo ver que se trataba de una escuela en la que se impartían clases de oratoria, enfocado a profesionales que debían hablar en público, en reuniones o para abogados que hablaban ante un tribunal. Al final del anuncio aparecían dos números de teléfono y un correo electrónico de contacto. Octavio se quedó un segundo observando el cartel sopesando la idea en su cabeza. «Si la sensación de arriesgarse a hacer esto es tan gratificante como haberse atrevido a salir a la calle disfrazado, seguro merecería la pena», pensó.

Las palabras de Amelia resonaron de nuevo en su mente:

»—Uno debería poder sentirse libre de hacer lo que le apetezca.

Anotó el contacto en su agenda.

Llegó a casa y se fue directo al baño a lavarse la cara para quitarse toda esa pintura, sin miedo; ya no quería esconderse. Esa sensación vivida en la tarde le había reforzado para mejorar su situación y hacer todo lo posible para no tener que ocultarse más. De inmediato, para no dejar tiempo de arrepentirse, tomó su móvil y llamó para apuntarse.

Cuando colgó, la frase: «le esperamos para la primera clase el próximo jueves», resonaba en su mente haciéndole sentir abrumado, con el miedo de dar el paso, a enfrentar esa situación, conocer gente nueva en la case y el

hecho de exponerse ante ellos. Le empezó a entrar algo de ansiedad, asimilando ahora en qué se había metido. Lo había hecho todo tan rápido, empujado por las emociones, que ahora que lo veía como una realidad, quedó algo descolocado. Pero realmente las sensaciones vividas en el día le habían hecho sentir como nunca, quería más de esas sensaciones. Encendió el ordenador y envió un nuevo mensaje a Amelia.

Gracias, Amelia, por tus palabras. Lo cierto es que a veces se entra en un círculo en el que no ves la salida. Y gracias a ti hoy me he convertido en la persona que siempre había querido ser, al menos por unas horas. Si otro día tienes tiempo te contaré los detalles, pues. De momento, decirte que me he apuntado a clases de oratoria movido por tus palabras. Deséame suerte en mi primera clase, ya te contaré. Gracias de nuevo. Saludos desde México.

Evento en valencia

»—...*el mejor amigo que puedes tener, bob-es-pon-ja, igual que los peces él puede flotar, bob-es-pon-ja, bob-es-pon-ja, bob-es-pon-ja... bob-espooooonja ya llegóóóóóó...*

El niño, de unos seis años, cantaba a pleno pulmón la misma cancioncita una y otra vez, se le podía escuchar desde cualquier punto del avión.

—¿Cuánto tardamos de Madrid a Valencia? —preguntó Amelia exasperada.

—Apenas una hora —confirmó Marion, sonriéndola para que tuviera paciencia.

—Pues como ese niño no se calle, su viaje termina aquí.

—¡Vamos!, solo es un crío.

—Sí, un crío que no se calla. En fin, pues distraéme un poco, anda, ¿qué tenemos en el orden del día? —dijo bromeando.

—Pues... aterrizando, vamos para el hotel. Después, muuucha playa. Vuelta al Hotel, nos vestimos para el evento en el barco, y una vez allí, habrá cóctel de recepción, cena atracados en el puerto, y después, zarpamos para realizar la subasta benéfica en pleno mar Mediterráneo, terminando la velada con baile social. ¿Ruegos y preguntas?

—Vaya, la noche promete —exclamó Amelia.

A veces Marion tenía eventos de estas características, donde se reunía con algunos de sus enlaces e inversores para hablar de negocios de forma distendida. Ahora ya no valían los despachos para un apretón de manos que sellara un acuerdo. En cambio, un barco, una fiesta, un cóctel eran las nuevas salas de reuniones a las que Amelia estaba empezando a acostumbrarse.

—¿Sabes que fui con Bea a comprar el vestido para el evento? —confesó con sonrisa traviesa— Y solo te diré que es de espalda al aire, con pedrería.

—Mmmm..., eso sí que promete —dijo Marion con una sonrisa, acercándose a ella para besarla.

Y de pronto...

—*Él vive en la piña debajo del mar, bob-es-pon-ja...su cuerpo amarillo...*

Amelia puso los ojos en blanco, y respiró llenándose de paciencia. Marion se rio y la besó finalmente.

Ya en el hotel, después de hacer el *check-in*, se apresuraron a dejar las maletas en la habitación. Amelia sacó el vestido para la fiesta y lo dejó cuidadosamente colgado en una de las perchas en el armario. Marion hizo un amago de cotilleo para intentar verlo, pero Amelia rápidamente se acercó y le paró en seco dándole un abrazo por la espalda, para pegarse a él.

—Esta noche podrás verlo puesto sobre mi cuerpo —le susurró al oído.

Marion sonrió con dulzura.

—Solo por como lo has dicho, ya me encanta... Y por cierto, yo también —añadió Amelia simplemente sonrió en silencio y le abrazó más fuerte besándole justo en la espalda, donde estaba reposando su mejilla. Ella no decía «te quiero» a menudo, pero cuando le abrazaba de ese modo, Marion sabía que era un «te quiero» declarado. Conocía su teoría sobre cómo la gente se abraza. Generalmente los abrazos se dan de frente, entrelazando los dos cuerpos, y ella decía que cuando alguien daba un abrazo así, tenía un punto de egoísmo; si esa persona no lo había pedido es que no era el que lo necesitaba. En cambio, cuando te abrazan por la espalda, es algo más exclusivo, están dándote el abrazo sin recibir ninguno a cambio. Y esos detalles de Amelia, le encantaban.

—Es pronto, ¿damos un paseo primero por el centro de la ciudad? —propuso Amelia—. Quiero que pruebes unas verdaderas empanadas criollas argentinas, en un local que conozco. Espero que aún siga allí.

—Vale, apenas son las once y además así voy haciéndome al paladar, para cuando vayamos a Argentina. Tenemos que ir reservando esos billetes, por cierto.

—Ya verás, cuando estemos allí, no te querrás volver —le advirtió Amelia.

Llegaron al centro, y subiendo por la plaza del mercado, Amelia se sorprendió al ver el negocio aun funcionando. Pidieron las empanadas y las tomaron mientras paseaban calle arriba.

—Oye..., ¿tú no ibas hacer de guía turístico, o algo así? —la picó Marion.

—Aaaamm, pero advierto, solo se ruta de bares —dijo aceptando el reto—. Vale, nos encontramos en la Plaza Bolsería. A nuestra espalda, el *discopub* Bolsería, con fiestas temáticas para *guiris* y autóctonos cada noche.

Apuntando ahora al final de la calle contigua.

»*Radio city*, *pub* súper mítico con actuaciones en di-rec-to —recalcó

abriendo mucho los ojos—. Ahora subimos por calle *Caballers*, repleta de *pubs* tipo irlandés, y a la derecha..., más discotecas. ¡Mira, a esta le han cambiado de nombre! —Marion no paraba de reírse.

—Vamos, que realmente solo venias aquí de juerga —comentó, aún con la boca llena de empanada.

—Bien, finalmente llegamos a Plaza de la Virgen —continuó Amelia, muy metida en su papel—. Plaza histórica y de evidente belleza; es punto de encuentro para diferentes actividades de ocio. La fuente del Turia coronando el escenario, y de fondo a la derecha, la imponente Catedral de Valencia, con su famosa Torre del Miguelete.

Marion la aplaudió divertido.

—Muy bien, creo que te daré hasta propina —bromeó.

—Gracias, gracias..., pero no te hagas el loco, no puedes irte de Valencia sin subir al Miguelete —le desafió.

—¿Cuántos escalones tiene?

—Doscientos siete exactamente, caballero.

—¿Tu ya has subido?

—Sip, con Oliver.

—¡Aaaaaah! Pues entonces nada; no subo, me enfado, estoy celoso.

Amelia soltó una gran carcajada, le abrazó besándole en el cuello una y otra vez, jugando.

—No, ahora no vengas —bromeó Marion, haciéndose el ofendido—. Oye, con lo que sí me has ganado es con la empanada, estaba buenísima. ¿Qué tal si ahora tomamos algo? Quiero probar esa famosa agua de Valencia que pone por los carteles.

—Vaya, es que también la probé en su día, peero..., te acompañaré con alguna otra cosa. Solo que voy a entrar y pregunta a ver cuál puede ser mi cosa nueva del día —dijo con sonrisa extrema.

—Vale, pues me pides también esa nueva cosa exótica, y aparte mi agua de Valencia. Yo voy un momento al aseo. Tengo las manos pringosas de la empanada.

—Es que no sabes comerlas —bromeo Amelia—, eres demasiado urbanita para comer con las manos.

—Será eso —replicó Marion guiñándole un ojo, mientras iba ya de camino al aseo.

Amelia quedó esperando su turno para pedir, había cola así que se metió un momento en *WhatsApp* para responder algunos mensajes. La foto de estado

de Oliver llamó su atención. En la imagen en blanco y negro aparecía un hombre de aspecto taciturno sentado en medio de una vía de tren vacía.

Amelia: ¡Ey, *Malagueta!* ¿Por qué esa foto tan triste y melancólica?

Oliver: Es que hoy tengo el día gris.

Amelia: Ya veo. La reina prohibida, ¿verdad?

Oliver: *Touché Amelia:* Pues pon una foto divertida de un gatete, para contrarrestar esa melancolía...

Amelia: Va en serio, cuéntame, ¿qué pasa?

Oliver: Ya sabes, está con dudas entre seguir con su marido o empezar algo en serio conmigo. Pero no se decide, y si no me elige, va a ser un palo.

Amelia: No diré: ya te lo dije, no lo diré... Pero tienes que darle su tiempo, no te queda otra.

Oliver: Lo sé, por eso estoy intentando quedarme al margen. Nos seguimos viendo, pero no tocamos ese tema por el momento.

Amelia: De todas formas, lo has intentado, y si no te elige pues simplemente es que ese amor no era para ti.

Oliver: Ya, pero me jodería un montón...

Amelia: Bueno, si ese amor no se da es porque existe otra mujer por ahí que sí te está buscando, solo que aún no habéis coincidido.

Oliver: Jajaja, estás loca...

Amelia: En serio, por eso tienes que cerrar esa puerta que ya sabes que no lleva a ninguna parte, y salir a crear el encuentro con tu chica misteriosa.

Oliver: Ya está, ya me has cambiado a una por otra, jajaja... No te adelantes que aún no ha decidido nada.

Amelia: Yo solo quiero ponerte en lo peor y que aun así veas que no sería tan horrible.

Amelia: Puff, tormenta de verano, ha empezado a llover de repente, y yo aquí en chancas.

Oliver: ¿Ves? El tiempo esta como yo, eso es una señal.

Amelia: Bueno, pues mira sí. A veces pones todo de tu parte y aun así las cosas no salen, pero hay que continuar, ya sabes..., si la lluvia te pilla en chancas, pues... pues haz chancletadas...

Oliver: Jajaja, por ejemplo, ¿no? Tía el refrán es, si la vida te da limones, haz limonada.

Amelia: ¡Mis chancas, mis normas!, jajaja.

Amelia: Wow, se ha puesto a tronar..., la que está cayendo, espera te pongo en video llamada.

—Mira que planazo —le dijo girando el móvil para que pudiera ver el panorama. Toda la gente había salido despavorida de las terrazas. Las mesas y sillas estaban empapadas, las gotas de lluvia caían gruesas creando rápidamente charcos en el suelo y en los asientos.

—¡Bua...! ¡Con el mal rollo que me dan los truenos!

—Pues, ¿sabes qué? —dijo girando de nuevo el teléfono para que Oliver la viera—, hay que continuar, y si yo he venido a tomarme una copa a la terraza..., pues me siento y me la tomo.

Salió de debajo de la cornisa donde estaba resguardada, y se sentó ella sola en una de las mesas, seguía en video llamada con Oliver, aparecía toda empapada.

—¿Ves? Si las cosas no salen como quieres, improvisa, siempre puedes hacer algo para adaptarte o cambiar la situación, pero sal de ese estado, haz una locura, algo diferente —gritaba con los truenos de fondo.

—Estas para que te encierren, vaya —se reía Oliver.

—Vamos, ahora tienes que mandarme tú una foto haciendo alguna chancletada, pero una chancletada muy loca, ¿eh?

Marion salió del baño, y al asomarse a la terraza se paró en seco en la puerta al ver ante sus ojos toda una escena apocalíptica. El diluvio, con Amelia sentada en la terraza, empapada, haciéndose un *selfie*.

Marion se quedó entre asombrado y fascinado por el momento surrealista.

—¿Pero qué haces? —le dijo desde la puerta.

—¡¡*Chancletaaaaaaaas!!* —le gritó mientras se reía, indicándole con la mano que fuera junto a ella para sentarse a la mesa.

Marion dudó un segundo mientras negaba con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír al verla, y salió corriendo hacia ella. Amelia le pasó un brazo sobre los hombros para hacerse un *selfie* juntos, ambos estaban empapados.

—Estás muy loca —le dijo Marion.

—¿Y aun así me quieres?

—Ahora y siempre —responde Marion, con una amplia sonrisa. Amelia le dio un beso y jugueteó mordiéndole en la mejilla.

—Pero, ¿qué tal si nos ponemos a cubierto?, porque creo que ya he tenido suficiente Agua de Valencia —dijo Marion, aportando el punto de

cordura.

Amelia rio divertida, encantada de vivir con Marion esas situaciones.

—Sí, ya vale de chancletadas por hoy.

Al intentar levantarse, Amelia dio un traspié y algo de barro del suelo le salpicó toda la cara. Se quedó paralizada, con la boca y los ojos muy abiertos, sin poder reaccionar.

Marion no pudo evitar la carcajada.

—Estas completamente cubierta de barro, mezclado con a saber qué.

Amelia comenzó a pegarse a él, intentado besarle con toda la cara sucia.

—¿Me quieres ahora?, ¿eh?, ¿me quieres ahora? —le repetía intentando pringarle.

Marion le limpió el barro de la boca con la mano y le dio un beso suave y lento, estando aún bajo la lluvia.

—Ahora y siempre —le dijo de nuevo, mirándola a los ojos.

Amelia suspiró profundo.

—¿Nos vamos directos al hotel? —propuso, manteniéndole la mirada.

Marion sonrió de medio lado.

—Me parece una idea perfecta.

Pidieron un *Cabify* que llegó enseguida y les dejó en la misma puerta del Hotel Las Arenas, situado justo en frente de la playa.

Después de deshacerse de la ropa mojada, y deshacer la cama con mucha pasión un par de veces, se dieron juntos una ducha tibia y se quedaron relajados sobre la cama, en albornoz.

—No te digo la canción que se me repite en la mente —comentó distraída Amelia.

—Va cuál, —dijo Marion incorporándose para mirarla.

Amelia se tapo la cara y comenzó a cantar.

—*Él vive en la piña debajo del mar, bob-es-pon-ja...su cuerpo amarillo absorbe sin más...*

Marion no se pudo resistir; se la comió a besos partiéndose de risa, mirándola con dulzura.

—Oye ¿tienes hambre? —preguntó Marion aun riéndose—Me han hablado del restaurante Marina Beach, ¿lo conoces? Al parecer tiene hasta piscina y está aquí mismo, pegado al puerto.

—Sí, esta bonito. Pero no llegamos a ir nunca porque se inauguró cuando Oliver ya había regresado a Madrid.

—¡Por fin!, algo que no has hecho con Oliver —dijo con retintín. Amelia

sonrió—. Pues como tú dices, esa será nuestra nueva experiencia del día, porque la lluvia nos chafó el plan anterior.

—No nos lo chafó, lo ha mejorado. ¿No crees? —replicó ella, desatándose con descaro el albornoz.

Al final alquilaron una hamaca redonda en la piscina del Marina Beach. Confirmando que el sitio era espectacular; con una piscina sin fin a pie de playa, restaurante circular todo acristalado, para disfrutar de las vistas, y zona de coctelería. Marion fue a pedir un par de cóctel en la barra, ya que el camarero tardaba en venir. El móvil de Amelia empezó a vibrar; era un *WhatsApp* de Oliver.

Oliver: ¿Te gusta más esta foto?, ¿es suficiente *chancletada*?

Oliver había cambiado su foto de perfil. En la imagen se le veía con sus amigos del trabajo, Jose Miguel y Roura. Los tres llevaban un tutú rosado, unos antifaces negros y tenían pegados en la frente unos posavasos con el *emoti* de *smiley*. Era una vergonzosa mezcla entre actuación de fin de curso de danza, cincuenta sombras de Grey y... Forest Gump.

Amelia: Chancletada con amigos disfrutada, vale por dos, jajaja. ¡Me encanta! Te veo a la vuelta y hablamos... *kiss*. Y sigue por esa línea ;P

Respiró profundo, se quitó las chanclas, hundió los pies en la arena tibia, y con una sonrisa en la boca, se quedó mirando hacia el mar; el verano llegó justo en ese instante.

El día estaba increíble, soleado. Como dicen: después de la tormenta llega la calma, y ambos disfrutaron del baño juntos, como dos adolescentes, hasta bien entrada la tarde. Ahora, tumbados en la hamaca redonda al sol, había dejado a Amelia adormilada.

—Amor —dijo Marion mientras le acariciaba el vientre despacio—. Hay que ir pensando en subir al hotel, tenemos que cambiarnos para el evento.

—Mmmm... Aguafiestas —dijo Amelia desperezándose. Se giró para tumbarse encima de él, dejando caer todo el peso de su cuerpo, y comenzó a besarle por el cuello, intentando que se quedasen ahí un rato más.

—¿Cómo que aguas fiestas? ¡Si vamos a una cena en un barco! —respondió sorprendido—. Vamos, que te llevo en volandas.

La recogió entre sus brazos levantándola a pulso, y fue así caminando hacia el hotel.

—¡Estás loco!— gritaba ella riéndose.

Ya preparados para el evento, se había hecho tarde, y más después de admirar detenidamente el precioso vestido de Amelia.

Entre besos y risas salieron con dirección al barco, donde tendría lugar la velada, atracado en la zona de salida del puerto. Llegaron sin problema. Las luces del barco, en tono verde y amarillo corporativo, se veían de lejos, dando a la noche sensación de calidez y ambiente de fiesta. La recepción en la entrada tenía una peculiar decoración, con grandes marcos ornamentales, esculturas y pinturas al óleo de inmensas proporciones. Haciendo referencia a la subasta de arte que se realizaría de madrugada en altamar.

Entre los invitados a la fiesta se encontraban altos ejecutivos de distintas zonas de Europa, que venían a estos eventos para cerrar negocios de grandes sumas, y que nada tenían que ver con el arte, o al menos era lo que Amelia estaba a punto de descubrir.

Entraron en el salón donde se serviría la cena. Hubo una recepción previa; Amelia fue presentada por Marion a varios de sus socios y enlaces que también se habían desplazado para la fiesta.

Al principio se sintió abrumada por la situación, al no conocer a nadie. Sin embargo, pudo disfrutar de la velada conversando sobre arte, historia y viajes con una de las mujeres invitadas. Había quedado tan metida en la conversación con ella que perdió de vista a Marion. Continuaron conversando mientras iban hasta la barra para pedir otra copa.

—Me pides un *gintonic*, por favor, voy un momento al aseo —se disculpó Amelia.

Se trataba de un barco muy bien equipado; parecía un restaurante normal, si no fuera por la sensación constante de vaivén. Había preguntado al camarero previamente por la localización de los aseos, sin embargo, entrando por uno de los estrechos pasillos, pudo reconocer la voz alterada de Marion. Parecía estar discutiendo con alguien.

—Esos programas fueron diseñados únicamente para el entrenamiento en defensa. ¡Ese no era el trato, no era el objetivo final! —recriminaba Marion a su interlocutor.

—Yo solo vendo el programa y cojo el dinero. El uso final del producto o las manipulaciones que puedan hacer después, me es indiferente —espetó con total desprecio el otro.

Los ojos de aquel hombre de repente se quedaron clavados en Amelia,

quien había entrado en escena y estaba presenciando el momento desde la entrada en el pasillo. Al verse descubierta se sobresaltó, poniéndose roja al momento por la tensión de la situación. Marion se giró al ver que su interlocutor había fijado la mirada detrás de él. Entonces vio a Amelia salir corriendo. Marion volvió a mirar a los ojos de aquel hombre con determinación.

—Esta conversación, y los negocios con ustedes, los doy por terminados.
—Y salió de la estancia en busca de Amelia.

La alcanzó antes de que saliera al salón de invitados y buscó un cuarto contiguo para hablar tranquilamente con ella, y que pudiera entender la situación que había presenciado. Solo quería calmarla. En la estancia, medio a oscuras, pudieron hablar sin ser escuchados. Notablemente alterada, Amelia encaró la conversación.

—¿Qué estaba ocurriendo Marion? ¿Sobre qué estabais discutiendo?, no entiendo nada.

—Cielo, escúchame —alcanzó a decir Marion intentando mantener la calma—, algunos negocios que hago o *Software* con los que trabajamos, se crean para una finalidad determinada, pero después no tenemos el control, los clientes pueden modificarlos o utilizarlos para...

—¿Para fines de guerra? —interrumpió Amelia de repente—, he podido escuchar que es un programa de entrenamiento militar, si no se usa para entrenamiento, ¿para qué se usan, Marion?... ¿qué clase de barbaridades puede hacerse con ese tipo de programas?

—Déjame explicarte —intentó tranquilizarla Marion.

—No, no me parecen limpios esos negocios que haces... ¿Por qué me lo ocultaste, sí no? Ahora mismo creo que no te conozco, Marion. No sé quién eres ¿Qué clase de negocios estas fomentando? ¿Dónde está tu ética y tu humanidad?

Estaba descontrolada; hablaba nerviosa, temblando.

—Sabes lo que pienso respecto al ejército y los militares. ¿Sabes lo que sucedió con mi padre! —le gritó, rompiendo a llorar. Estaba hablando con tanta rabia que la voz le salía quebrada. Su rostro estaba encarnado hasta el cuello, con las lágrimas resbalando por sus mejillas, lloraba de pura ira, se sentía engañada por la persona que más amaba.

Él sabía todo de su pasado, sobre su padre, sobre su muerte y aun así, pasó por encima de sus sentimientos, su historia. Amelia, agotada de llorar, empujó a Marion, quien hizo un amago para sostenerla entre sus brazos e

intentar tranquilizarla, pero ella logro zafarse y salió corriendo de la estancia. Atravesó el salón lo más deprisa que pudo, y bajo la mirada desconcertada de los invitados presentes, salió del barco, perdiéndose su silueta entre la nocturna bruma del muelle.

La cena

El sol de media tarde, rojizo y deslumbrante, jugaba entre las cortinas de su habitación, logrando despertarla. En su almohada, las lágrimas ya secas sobre las que se había quedado dormida marcaban su piel. Solo quería quedarse entre las sábanas, y podía hacerlo, era la tarde del domingo.

Recordó haber cogido lo esencial en el hotel, salir rápidamente, tomar un *Cabify* hasta el aeropuerto y cambiar su billete por el primer vuelo disponible de vuelta a Madrid. En apenas un par de horas quedó refugiada de nuevo en casa. No quería ver a nadie. Tirada en la cama con las sabanas enroscadas, hecha un ovillo, no hacía más que rememorar la conversación con Marion; los gritos, la rabia. «¿Cómo es posible que se hubiera metido, precisamente, en ese tipo de negocios, sabiendo lo de mi padre? ¿Cómo voy a poder seguir confiando en él? A saber qué otras cosas me oculta» Pensaba angustiada. Imágenes y palabras de la conversación pasaban por su cabeza, como explosiones que retumbaban en su mente una y otra vez. Entonces las lágrimas volvieron a brotar sin remedio. Intentó controlar su respiración y calmarse, pero fue en vano. Necesitaba un cambio de estado, pensando que aislarse no era la solución.

Lanzó las sábanas hacia atrás, destapándose. Sus pies tocaron el suelo de parquet haciendo crujir la tablilla suelta que sonaba justo en su lado de la cama. Fue al baño y se lavó la cara con agua fresca. Se secó despacio con la toalla, mirando su rostro en el espejo. Comenzó a preguntarse si quizá había exagerado, si su reacción fue desmedida, si quizá no le había dado a Marion la oportunidad de explicarse. No podía pensar con claridad, estaba confundida, cansada. Volvió a la cama, se dejó caer quedando sentada sobre la esquina inferior con las piernas estiradas como un muñeco de trapo. Se sentía anímicamente aniquilada. Se quedó ahí, con la mirada perdida unos minutos. Definitivamente debía hacer algo. Buscó su móvil entre las maletas, como siempre sin apenas batería, llamó a Oliver primero, que respondió al momento.

—¡Ey!, guapa, ¿cómo vas?

—Pues..., con el día raro ¿Te vienes a cenar?

—¿Qué tienes?

—Desazón...

—No, para cenar. ¿Qué tienes para cenar...?,
—¡Qué idiota! —comenzó a reírse ella.
—Es que me lo has dejado a huevo, tía. En serio, te estaba preguntando qué te sucedía, pero no he podido dejarlo pasar...
—Bueno, al menos es un cambio de estado, me has hecho reír.
—No, en serio, ¿qué te pasa?
—Cena en mi casa sobre las nueve, ¿y os cuento?, le voy a decir a las chicas también.
—Por mí perfecto. Pero..., oye, tú quieres organizar una chancletada ¿Verdad?

—Qué tonto —dijo riéndose de nuevo—. Te veo esta noche.

Puso el mensaje para la quedada en el grupo «*My people*». En el que estaban Oliver, Julia, Bea y Diana, su gente.

Dejó el móvil sobre la mesilla, tomó una toalla limpia del armario y se fue directa al baño. Una ducha tibia siempre ayudaba.

Al salir se secó y se ató la toalla alrededor del cuerpo. Escuchó el móvil vibrar, rebotando contra la madera de la mesilla. Habían respondido.

Bea: Ok. Yo llevo postre, porque sé que vino tienes de sobra ;P

Oliver: Ya estoy apuntado...jajaja.

Diana: Yo llego sobre las diez y Julia se unirá más tarde, sale del restaurante a las doce.

Amelia: Genial entonces. Ok, Diana. Y sí, Bea, tengo muuucho vino. Jajaja.

Antes de dejar el móvil entró en el *chat* de Marion, solo para comprobar si estaba en línea. No estaba. Bloqueó el móvil y lo enchufó para dejarlo cargando.

Debía salir a comprar algunas cosas que necesitaba para la cena. Mientras se vestía, ya tenía otra actitud. Decidió que hoy era un día nuevo y no iba a pensar más en lo de Marion.

Cogió las llaves del bol de madera en la entrada y salió cerrando la puerta con fuerza, si no, no cerraba bien. Salió y caminó un par de manzanas disfrutando del paseo sin prisas. Llegó al establecimiento y apenas tomó algunas verduras para preparar una musaka, fruta y algo de vino extra. Una compra rápida y limpia. De nuevo en casa, se quitó la ropa y se puso algo más cómodo para cocinar. Puso su *playlist* de *reagge* y Morgan Heritage

comenzaron a sonar de fondo.

Se puso una copa de vino blanco, el paño de cocina enganchado en la cinturilla del pantalón y comenzó a preparar todo. Tomó la tabla para picar bien todas las verduras, puso a calentar el horno para meter la bandeja con la musaka ya presentada. Programó los tiempos y se quedó mirando cómo se iba haciendo lentamente.

Con la copa en la mano, sonaba ahora el mítico *TootsHiberts*, el gusto por la música *reagge* se lo inculcó su padre desde niña. Comenzó a recordar, cómo antes de irse a dormir, su padre le ponía algunos vídeos musicales del gran Jimmy Clift, o Dennys Brown. Él siempre decía que era uno de los pocos que le pudo hacer sombra a Bob Marley, después le dejaba la música puesta muy bajito hasta que se dormía.

El timbre de la puerta se escuchó de pronto, aún no era la hora de la cena, así que quedó algo extrañada, pero inmediatamente pensó que Bea se habría adelantado con la pretensión de enterarse de todo antes que el resto, ella era así. Amelia se quitó el paño que estaba usando para cocinar y lo dejó en la encimera, cruzó el pasillo y abrió la puerta, confiada.

—No has podido resistirte, ¿verdad?

En el rellano, el corte de la figura de un hombre la hizo sobresaltar, el factor sorpresa lanzó el rubor en su rostro al instante.

—¿Esperabas a otra persona? —dijo el hombre en la puerta.

—Desde luego, no te esperaba a ti —respondió Amelia con el gesto cortado—. ¿Qué haces aquí? ¿y porque llamas?, tú tienes llave.

—Sé que necesitas tiempo, pero esta vez no podía dejarlo pasar. Te vi realmente afectada y me duele verte así. No quería invadir tu espacio, por eso solo he llegado hasta la puerta. Tú decides si me quedo o me marcho —dijo Marion con voz pausada.

Se le veía agotado, no tenía su frescura descarada de siempre, estaba claro que la discusión también le había afectado mucho. Amelia dudó un segundo. Sin decir nada, se retiró de la puerta dando un paso atrás, abriendo el muro entre ellos. Marion la miro con ternura, sobre pasando el dintel de la entrada.

—Gracias —añadió simplemente.

Al llegar a la cocina pudo ver que Amelia estaba preparando una cena, al parecer bastante copiosa, para varios comensales.

—¿Tienes cena esta noche? —preguntó, con la evidencia de un sí como respuesta.

—Sí, vienen Oliver y las chicas, lo necesitaba.

Marion la miró fijamente con un gesto de arrepentimiento y culpabilidad por haberla hecho sentir tan mal, pero no dijo nada más. Tampoco hacía falta, se entendían con una mirada.

—Si estás ocupada, puedo venir otro día.

—No pasa nada —dijo Amelia—, aún falta más de una hora para que vengan. De hecho, cuando llamaste, pensé que eras Beatriz, que se había adelantado.

Sirvió una copa más de vino y la dejó en la encimera frente a Marion.

—Gracias, corazón —dijo el, bebiendo un trago largo, como para prepararse.

Posó de nuevo la copa en la encimera y continuó.

—No quiero robarte mucho tiempo, sé que necesitas estar tranquila ahora. Solo decirte que no era mi intención hacerte sentir tan mal, y creo que eso lo sabes. Espero —continuó intentando explicarse—. Quiero que quede claro que los negocios que hago son completamente legales. Este es el primer cliente con quién hemos tenido esta situación y ya he roto la relación de negocios con ellos. Y no es que te lo ocultase, es que no me pareció relevante. Solo era un negocio más que la empresa me pidió que hiciera, y ese es mi trabajo.

Amelia no decía nada, simplemente se mantenía atenta, en aparente calma, bebiendo pequeños sorbos de su copa de vez en cuando, siguiendo el discurso de Marion.

Al ver que Amelia no intervenía, continuó.

—Sé por qué te ha afectado tanto esto, sé lo que hay detrás..., tu padre perdió la vida en conflicto militar, pero ese era su trabajo. Cómo periodista debía cubrir esa noticia, y él era consciente de que se estaba exponiendo a esa clase de riesgos, pero aun así lo hacía porque estaba comprometido con su profesión, amaba su profesión.

En ese momento Amelia rompió a llorar en silencio, sin decir nada. Marion inmediatamente rodeó la isla de granito que ocupaba el centro de la cocina y que les estaba separando hasta ese momento.

—Tranquila —le decía abrazándola, mientras la besaba en la frente y en el cabello.

Amelia se apartó para aclararle ese punto mirándole con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero está claro que no le mató su pasión por el trabajo —Hablabla

entrecortado por el propio llanto—. Él estaba en punto blanco, esa zona estaba fuera de objetivo y aun así los militares no tuvieron piedad. Atacaron en zonas civiles solo para maximizar el conflicto de manera deliberada frente a los medios —narraba arrojando las palabras con rabia—. Por eso me ha dolido que tú tengas algo que ver, aunque sea mínimamente, en favorecer cualquier tipo de acción militar como esa. —La voz le salía entrecortada, las manos le temblaban, sin parar de llorar.

Marion no pudo contenerse, tenía los ojos empañados se sentía culpable por haber generado esa situación, tomó el rostro de Amelia delicadamente entre sus manos para conseguir que le mirase directamente a los ojos.

—Mi amor, lo siento mucho, de verdad. No pensé que esto pudiera llegar a este punto, realmente lo de tu padre fue una tragedia, y sé que estabas muy unida a él, pero debes aprender a dejar el pasado atrás y seguir adelante. Siento haber removido estos recuerdos, pero debes pasar página. Y yo estaré siempre para darte mi apoyo, sabes que te amo —dijo, sellando esas últimas palabras con un beso, que tenía el sabor a salitre de las lágrimas que se deslizaban sin parar por sus mejillas, hasta la comisura de sus labios.

Amelia simplemente recibió el beso con cierta vulnerabilidad, sin responder de la misma forma, y se apartó de él para tomar espacio entre ambos. Se pasó la mano bajo el rostro para retirar las lágrimas, e intentar calmarse.

El timbre de la puerta volvió a sonar, Amelia miró fijamente a Marion.

—Lo siento, pero ahora solo necesito un poco de espacio, estar con mi gente y tomar algo de perspectiva.

—Lo entiendo, me iré para que puedas tener lo que pides. —Se acercó a ella y le acarició la cara, para limpiar una de las lágrimas que aún resbalaba por su mejilla—. No sabes cómo me duele verte llorar.

Ella le tomó la mano para retirarla con suavidad. Él se la apretó con firmeza, para transmitirle apoyo y seguridad y que no olvidase que seguía ahí para ella. Salió de la estancia por el pasillo y abrió la puerta a los comensales invitados a la cena.

Bea y Oliver se sorprendieron al ver el rostro desencajado de Marion. Saludó dando dos besos a Bea y una palmada en el hombro a Oliver, que mantuvo a modo de abrazo.

—Qué disfrutéis de la cena —dijo saliendo al rellano—, nos vemos en otra ocasión.

—¿Estas bien? —pregunto Bea.

—No —dijo simplemente, caminando ya en dirección a los ascensores.
Bea y Oliver se quedaron mirando, intrigados y finalmente entraron al piso, cerrando la puerta tras ellos.

28 de Marzo de 1984

Los nuevos parámetros indicados por Sabina a primera hora, el brillo irritante del ordenador, el ruido de la impresora, las conversaciones banales de sus compañeros y el zumbido incesante de la cafetera en la sala de descanso, confirmaban su gran resaca. La cena de la noche anterior con Oliver y las chicas resultó destructivamente reparadora. Como el dicho; para construir, primero hay que destruir.

Las botellas extra de reserva que compró Amelia, pasaron a ser de primera necesidad. Entre la deliciosa cena y la conversación animada, no se dieron cuenta de la cantidad de vino que habían tomado. Amelia contaba lo sucedido con Marion entre bocado y bocado, mientras su «equipo de rescate» iba aportando sus propias opiniones aconsejándola. Bea siempre era algo más cínica en sus comentarios y consejos sobre el amor, Julia con su dulzura era la romántica del grupo. Diana más comedida y racional, quizá por eso era abogada. Y Oliver, pragmático y realista, más de acciones que de palabrería. De esa forma Amelia, a media que transcurría la cena, como si se tratase de un cuadro cubista, pudo ir obteniendo los diferentes puntos de vista dentro de un mismo contexto ayudándola a aclarar sus ideas. La noche terminó tomando una copa todos juntos en la azotea del edificio, teorizando sobre dónde estaría cada uno dentro de diez años.

Sin embargo, ahora, de verdad necesitaba un café de esa odiosa máquina. Se levantó de su escritorio de manera casi autómatas. Metió las monedas, y mientras la cápsula de café expreso se iba haciendo, desbloqueó el móvil para revisar sus notificaciones. Su fin de semana había sido tan caótico que estaba desconectada del resto del mundo. Tenía varios mensajes. Bastián decía estar feliz en su trabajo, y que se iba a vivir con Raquel; su pareja. Le sorprendió el mensaje de Octavio, agradeciendo sus palabras, le decía que se apuntó a clases de oratoria. Se le dibujo una sonrisa; qué bueno leer todas esas noticias.

Pero sintió una inmensa sensación de impotencia al leer un nuevo mensaje de Roxan.

No pierdas tu tiempo conmigo, gracias por intentar ayudarme, pero

yo soy un caso perdido.

Roxan era una chica de Ecuador, también del grupo. Una joven de veintitrés años, con la que mantenía el contacto hacía varios meses. Su caso logró conmoverla. El *Blushing* la había limitado tanto socialmente que le generó, no solo fobia social, sino también agorafobia; hacía más de dos años que no salía de su casa.

Amelia, no sabía cómo ayudarla, o que decirle, siendo un caso tan extremo debería ser tratada por especialistas, pero era muy frustrante.

Ya con el calor del café en su mano, mientras le daba vueltas para intentar enfriarlo un poco, quedó pensando en cómo algo, que parece tan banal y tan normalizado o espontáneo como ruborizarse, puede llegar a anularte tanto como persona, y desencadenar en esa situación. ¿Cómo podía descontrolar tanto un organismo, hasta ese punto?

Definitivamente tenía que hacer algo, pensó. No podía quedarse quieta sin hacer nada al respecto. Tenía que dar a conocer que esto estaba ocurriendo, crear conciencia de cómo afectaba esta patología a la persona que lo padecía, así se sentirían más arropados, comprendidos. Se debería de dar a conocer de forma masiva, concluyó. Pero, «¿cómo hacerlo?» se preguntó. La mente de Amelia empezó a movilizarse hacia ese objetivo, pensando opciones. Cuando, en la mesa, su móvil comenzó a vibrar con la pantalla iluminada. Una llamada entrante desde número desconocido la sacó de su pensamiento, alterando su sistema. El rubor en su rostro se hizo presente, de inmediato. Había reconocido el número.

Respiró profundamente y deslizó el icono del teléfono para descolgar la llamada. Al otro lado una voz femenina.

—Buenos días, pregunto por Amelia Ramírez.

Amelia reconoció la voz al instante. Era Emma, la mujer que le hizo la entrevista.

—Sí, soy yo, dígame —respondió con crudeza, por la misma incertidumbre.

—Llamamos en referencia a la entrevista laboral realizada el lunes pasado. Lamentamos comunicar que en este proceso no ha sido seleccionada finalmente para el puesto ofertado. No obstante, queremos agradecer su interés y colaboración durante el proceso de selección.

Amelia se quedó paralizada. Deseaba tanto entrar en esa empresa que las palabras le cayeron como una losa, rompiendo todos sus esquemas.

—Muchas gracias de todas formas por su llamada. Un saludo —dijo fríamente.

—Gracias a usted. —Pudo escuchar a modo de respuesta, mientras se apresuraba a colgar la llamada.

Quedó desolada. Sentada en la sala de descanso con su café a medias, medio frío, como ella se había quedado. Pensando en que cuando deseas tanto algo que no se cumple, es como si un camión te pasase por encima y volviera a pasar de nuevo por si acaso no te ha dejado lo suficientemente magullada, qué sensación de vacío y decepción.

Su primer impulso fue el de llamar a Marion para desahogarse. Él era su apoyo, su equilibrio, hasta ahora. Intentando quitarse esa idea de la cabeza, fue a marcar el contacto de Oliver, pero como si sus dedos hicieran caso omiso; directamente, en últimas llamadas, pulsó en rellamada a Marion. Él descolgó inmediatamente, como si estuviera esperando a que eso sucediera con su móvil en la mano.

—Hola cielo, dime, ¿cómo estás? —respondió con suavidad.

Solo ese «hola cielo», ya la reconfortaba.

—Siento llamarte así, seguro estás trabajando, pero... acaban de llamarme de lo de la entrevista, y no me han seleccionado. Yo creía que estaba cualificada, creía que...

Marion respondió con tranquilidad modulada.

—Lo siento mucho amor. Eres una gran profesional, lo sé. Esto es solo una prueba más de la que aprender. En tu empresa sí saben lo que vales y por eso te han dado el nuevo cargo que tienes ahora, enfócate en eso.

—Lo sé, y estoy orgullosa de mí misma por ello —se sinceró—, simplemente ya sabes, esto para mí, era otro escalón más. Esa empresa tiene proyección internacional y era una gran oportunidad.

—Solo era otra vía, igualmente puedes crecer en tu empresa.

—Tienes razón. Aunque bueno, a día de hoy, no sé si esto es un reconocimiento o una venganza —comentó riéndose con voz entrecortada.

—¿Por qué lo dices? Ya te están dando caña, ¿no?

—Sí. Sabina me ha puesto desde primera hora con los balances trimestrales y la previsión en aumento de recursos. —Su voz se notaba algo más relajada, cuando empezó a bromear sobre el tema.

—Me encanta escucharte reír de nuevo, y que me hayas llamado para esto. Siempre estaré para apoyarte en lo que necesites, sé que lo sabes.

Amelia volvió a respirar profundo.

—Sí, lo sé. Lo cierto es que me calma hablar contigo.

La noche anterior había decidido poner en una balanza todo lo vivido juntos hasta el momento; el gran apoyo que suponía para ella, todo lo que le aportaba. Desde luego en la balanza pesaba mucho más lo positivo.

—No fue mi intención que las cosas salieran así la otra noche, pero me esforzaré para que vuelvas a confiar en mí como siempre.

—De acuerdo. Lo cierto es que me desbordaron todas esas emociones encontradas.

—¿Estamos bien? —preguntó Marion, indicando que no hacía falta decir nada más.

—Estamos bien —confirmó ella.

Amelia continuó la conversación con una propuesta.

—Oye., ¿me paso esta noche para cenar juntos en tu casa? Es que estoy pensando en un nuevo proyecto y quiero que me ayudes con eso.

—Claro. Pero, ¿sabes qué? Mejor aún, te invito a cenar en el restaurante al que fuimos después de la Convención de Publicidad, ¿recuerdas?

Sin duda Marion quería traer de nuevo ese nerviosismo de su primera cita. Amelia aceptó y se despidieron con un beso hasta la noche.

Cuando colgó, Amelia se quedó pensando en aquella primera cena juntos, en la que descubrió a un hombre transparente, con una historia personal algo compleja. Ese día supo que Marion no celebraba su cumpleaños. El último fue a los ocho años.

Recordando aquel momento, después de la cena, Marion quiso pagar con la tarjeta, la camarera le pidió la documentación para la comprobación pertinente. Cuando se la devolvió de nuevo, Amelia fue rápida y pudo robarle el DNI de entre sus dedos antes de que lo guardase en la cartera.

—Todo el mundo se avergüenza de su foto —dijo jugueteando con el carnet en sus manos—, y esta..., amm, bueno, pareces un capo de la mafia italiana. —Lo giro para fijarse en otros datos interesantes como su fecha de nacimiento.

—Veamos. 28 de Marzo de 1984... ¡Ey!, tienes cuatro años más que yo!

Marion rápidamente logró tomar su DNI de vuelta y lo guardó en su cartera, poniendo semblante serio.

—No importa tu día de nacimiento, importan todos los días siguientes a ese, por eso ni siquiera lo celebro —sentenció.

Amelia quedó algo extrañada al escuchar esa afirmación.

—Entonces, ¿no celebras nunca tu cumpleaños? Bueno, quizá cuando te

vas haciendo mayor va perdiendo importancia, y de niño es más bien por los regalos. Para mí es como celebrar todas las experiencias y sensaciones que he vivido en ese año y brindar por las que viviré en el próximo. También hay momentos difíciles, pero eso son lecciones de vida. Porque cada experiencia suma, y solo eso, ya es motivo de celebración.

Marion se quedó en silencio observando la forma en que Amelia daba su pequeño discurso, con real convicción.

—Creo que cada persona es un mundo lleno de sus propias experiencias, sí —confirmó el—. Pero, ¿qué pasa con la parte menos idílica de la vida?, ¿qué hay de las injusticias, las enfermedades, los asesinatos? Eso, ¿son lecciones de vida? También son vivencias, ¿no? ¿Qué hay de los desastres naturales que se llevan incontables vidas por delante?, eso, ¿también suma? —Marion hablaba muy tranquilo, de manera pausada—. Deja que te cuente una historia, una experiencia.

»Ocurrió en EEUU, concretamente en Carolina del Norte. En el condado de Greenville. Allí vivía una pareja joven, enamorados, con toda la vida por delante. Una mañana despertaron con una tromba de agua y viento que atormentaba desde sus ventanas, logrando finalmente reventar los cristales, arrasando con todo. Se trataba de un huracán; el que sería uno de los más destructivos en décadas. Algunos de los médicos y sanitarios de los condados colindantes se volcaron para brindar ayuda a los damnificados. Entre los médicos voluntarios estaba mi madre.

Amelia escuchaba la historia atentamente y quedó aún más intrigada tras ese dato.

»Ella se desvinculó del grupo de rescate al ver algo que llamó su atención. Avanzó por las aguas hasta dar con una de las casas de madera. Estaba completamente destrozada, pero veía una luz que se movía, se encendía y apagaba a destiempo. Se fue haciendo camino entre los escombros y ramas de árbol que flotaban a su alrededor. A pesar del fuerte viento y la lluvia, mi madre logró llegar a la zona desde la que venía la luz. Bajo los escombros de maderas y árboles, vio a un hombre de unos treinta años, estaba inmobilizado, atrapado por los escombros que habían caído sobre la casa. Comprobó sus constantes vitales, dándose cuenta de que estaba sin vida y que nada más se podía hacer por él. Continuó buscando, y apenas a cinco metros, se encontraba una mujer joven con el vestido ensangrentado; tenía una madera clavada en un costado, se estaba desangrando y aun así, pudo mantenerse a salvo lo suficiente como para llamar la atención, usando la linterna que tenía en su

mano. Cuando mi madre se acercó, pudo advertir que estaba en avanzado estado de gestación. Sin duda eso fue lo que la hizo mantenerse con vida. Mi madre logró sacar al bebe, tras varios minutos e innumerables complicaciones por la falta de utensilios y enseres. Finalmente consiguió hacerlo mediante cesárea. La mujer, tras un intenso dolor a causa del complicado procedimiento, solo alcanzó a decir: «cuida de él». Ese fue su último aliento, en la madrugada del 28 de Marzo de 1984... Sí, es justamente la misma fecha de mi DNI.

Amelia quedó conmocionada con la historia.

—¡Eras tú!..., ¡tú eras ese niño! —alcanzó a esbozar, con los ojos empañados—. No puedo imaginar lo que eso ha podido suponer para ti.

—Mi madre me cuidó y me adoptó como su hijo. Ella era de Marion, una ciudad situada a unas cinco horas de Greenville, y no le importó movilizarse y arriesgar su vida para ayudar. Prometió a mi madre biológica que cuidaría de mí, y eso es lo que hizo. Me llamó Marion para darme una identidad territorial y un vínculo fuera de la tragedia de Greenville, y mi segundo nombre; Lázaro...

—Lázaro; «El que resucita de entre los muertos» —interrumpió Amelia, con la voz quebrada.

—Exacto, ese es el significado bíblico.

El desafío

Amelia llevaba dos semanas en su nuevo cargo, haciendo el curso intensivo con Sabina. Después debía tomar las riendas mientras su jefa viajaba a Barcelona para continuar con la implementación del nuevo programa de producción, y gestionar todo el proceso con el personal para la ampliación del departamento.

Estaban trabajando en el despacho de Sabina sobre los cambios y nuevas propuestas realizadas por la junta, cuando escucharon un revuelo generalizado en el exterior; ruido de sillas y voces con mayor bullicio de lo habitual. Ambas se miraron extrañadas, aun así, intentaron continuar con el trabajo, pero el revuelo y bullicio fueron en aumento. Sabina salió para ver que sucedía e intentar resolver la situación. Su cara de sorpresa al salir al pasillo llamó la atención de Amelia; que salió tras ella.

La sala fuera del despacho era un espacio abierto, con mesas de trabajo divididas por módulos acristalados para las zonas de reunión. De esa forma ambas mujeres, junto al resto plantilla al completo, pudieron observar cómo una hilera de hombres, vestidos de traje y corbata, se acercaban lentamente portando cada uno una cesta de rosas rojas, con globos de helio en color champán, atados al asidero. Todo el mundo estaba a la expectativa, algunos continuaban trabajando colgados al teléfono, pero manteniéndose al tanto de lo que iba ocurriendo, sonreían y comentaban, disfrutando del inesperado *show*.

—¿Pero esto que es? —dijo Sabina, perpleja por el extraño momento.

Cuando el primero de los porteadores llegó a la puerta de cristal del departamento para entrar en la oficina, se paró un segundo y sacó lo que parecía una nota o una carta. Entonces preguntó algo a Pablo, de redacción, quien señaló inmediatamente hacia la zona del despacho de Sabina.

Los porteadores fueron siguiendo al principal en hilera, como hormigas obreras, pasando por delante de algunos compañeros que intentaban curiosear para ver qué había en las cestas. Llegaron a la altura del despacho de Sabina, que continuaba en el pasillo observándolo todo.

—¿Amelia Ramírez Galiano?, por favor —preguntó el porteador, muy erguido.

Amelia, situada dos pasos por detrás de Sabina, sintió cómo de repente su rostro se fundía de calor.

—Estoy acostumbrado a esa reacción, no se preocupe señorita —le dijo en confidencia el porteador—. Feliz día, esta entrega es para usted.

Amelia, ruborizada por completo, no paraba de maldecir a Oliver en su pensamiento, nada más ver a los porteadores, ya se lo temía. El recuerdo de «El desafío» le vino a la mente.

Pasó hace ya tantos años que lo había olvidado. Amelia siempre le decía a Oliver que ella no se casaría nunca, lo tenía claro. Sin embargo, le encantaba la idea de pedirle matrimonio a alguien, pero haciéndolo de manera espectacular, solo para ver la cara de sorpresa y la reacción de la otra persona. Recordaba claramente la conversación

—*Algún día, cuando menos te lo esperes, te pediré «NO matrimonio».*

—*Y, ¿si te lo pido yo primero?* —dijo Oliver lanzando el desafío.

Y la cosa quedó ahí hasta ahora.

Amelia solo pensaba en encontrárselo para matarlo, por hacerla pasar por todo eso en la oficina.

Cuando el porteador le entregó la cesta con flores, Amelia pudo ver que en el fondo había también fruta fresca, y en las cestas siguientes, bombones, *croissant*, *muffins* de chocolate y varios tipos de galletas artesanales. Así hasta diez cestas de lo que parecía ser un macrodesayuno romántico.

Entre los ramos de rosas encontró un pequeño sobre que contenía una tarjeta.

La sacó muy despacio hasta que pudo ver lo que decía.

Feliz NO aniversario mi amor.

M. L.

Los ojos de Amelia se abrieron de par en par. Eso sí fue una gran sorpresa, lo que encendió aún más su rostro, por la emoción.

En ese momento, toda la oficina rompió a aplaudir, sin saber muy bien el motivo de tan emocionante presente. La tensión en Amelia aumentaba por momentos al verse siendo el foco de atención, y más en esa situación tan personal.

Ahí de pie, con la sonrisa congelada y el rostro cortado, no sabía ni donde esconderse. Podía sentir el latir de su corazón en la garganta. También se dio cuenta de los comentarios de algunos de los compañeros, indicando lo roja que estaba. Sabina la vio tan indispuesta, que tomó las riendas de la situación y calmó los ánimos.

—Muy bien, la entrega ya se ha realizado. Ahora, por favor, volvemos todos al trabajo, tenemos que mantener el ritmo para lograr los objetivos trimestrales —indicó con energía.

Todos estaban ya dispuestos a continuar trabajando.

—¡Esperad!, quiero decir algo —gritó Amelia, sin pensarlo demasiado.

Sabina se giró hacia ella, simplemente manteniéndose a la expectativa.

Amelia, sintiendo aún el rostro enrojecido, comenzó a hablar

—Bueno, ahora que tengo inevitablemente vuestra atención... —Los compañeros rieron por la situación generada—. Quiero decir a todos, ya que sois mis compañeros, qué tal y como habéis podido comprobar, suelo ponerme muy roja con facilidad y no, no es por esta situación concreta, me pasa siempre. Y es porque padezco de rubor facial patológico. —Se quedó un momento en silencio, para tomar valor y continuar. Algunos quedaron extrañados al no conocer la patología.

»De manera muy resumida, os diré, que se trata de una patología que afecta a un porcentaje de la población concreto en España. A causa de un aspecto biológico que hace que seamos más sensibles ante situaciones de tensión, bueno, realmente ante cualquier situación, prácticamente —aclaró—. Quería que lo supierais y espero que me entendáis mejor a partir de ahora, ya que es algo que no puedo controlar, simplemente sucede de repente. Si tenéis alguna duda al respecto podéis hablarlo conmigo con naturalidad. Aunque penséis que me incomode, hacedlo —terminó con aplomo—. Bueno..., eso es todo, gracias por escucharme.

Sabina se quedó al margen escuchando lo que Amelia tenía que decir, y estaba gratamente sorprendida por su valentía al desnudarse de esa forma, delante de todo el mundo, dando a conocer esa parte de sí misma tan personal. Era consciente de lo difícil que resultaba para ella sobrellevarlo.

Amelia indicó con amabilidad a los porteadores que dejarán las cestas con los dulces en la sala de descanso, para todos los compañeros del departamento que quisieran tomarlo.

Se quedó con los ramos de rosas y la tarjeta. Algunos de los compañeros se acercaron para hablar con ella, comentando que no conocían esa patología y que había sido muy honesta y valiente al dirigirse sin filtros a toda la oficina. Estaba algo aturdida por todo lo acontecido. Les dio las gracias por sus palabras y su apoyo. Sara, se ofreció a poner todas las flores en agua y a dejárselas en su despacho.

—Muchas gracias, Sara—dijo Amelia—, gracias a todos.

Debía continuar trabajando, pero Sabina le indicó que se tomará un descanso de media hora. Ella debía hacer una llamada importante para coordinarse con Barcelona.

—Gracias, me vendrá bien ese descanso —respondió Amelia.

Sabina le sonrió y la tomó del hombro dándole su apoyo respecto a lo que había trasladado al equipo. Y finalmente se fue con paso firme hacia su despacho.

Bea apareció de pronto. Había estado ausente mientras tenía lugar toda la acción. Estaba sorprendida al ver las rosas, las cestas y la gente alborotada.

—¿Pero, qué es todo este *show*? —le preguntó a Amelia.

—¿Qué pasa?, ¿que me voy un momento y montáis una fiesta sin mí?

Amelia soltó una carcajada.

—Venga, bajamos a la cafetería y te lo cuento todo, yo invito.

—¡Ouh, *perfect!* —dijo Bea con entusiasmo—. Pero además me llevo este muffin de chocolate para el camino. —Y sacó el delicioso dulce de una de las cestas. Amelia se rio de nuevo por la espontaneidad de su amiga, y saliendo, también tomó un muffin de la cesta.

Había sido un día lleno de emociones. Amelia salió de la oficina, y ya sentada en su coche, llamó a Marion.

—¿Sí...? —respondió con suavidad, esperando la reacción de Amelia.

—¿Qué hiciste?, ¿torturar a Oliver para que te contara lo del desafío?

Marion no pudo evitar la risa.

—Si te digo que me lo contó una noche de cervecero, hace como cuatro meses.

—Seguro que ibais pasaditos, entonces —bromeó—. Pero..., ha sido muy bonito, no lo esperaba para nada y me encantó. De hecho, esta noche te secuestró en mi casa.

—Mmmm, me apunto a ese plan. Te veo allí entonces, amor, un beso.

Antes de ir a preparar todo, pasó por la residencia de su madre a dejarle unos geles de baño, que siempre le gustaron, y la colonia que utilizaba cuando Amelia era pequeña. Le habían dicho que los olores ayudaban a recordar, quizá lograrían alguna reacción en ella. Cuando llegó resultó que estaba dormida. Se lo dejó a Sandra, indicando que se pasaría al día siguiente de nuevo.

Ya en casa, se quitó la ropa de trabajo y se puso algo más cómodo para cocinar. Su móvil comenzó a vibrar; al parecer estaba habiendo mucho movimiento en el grupo de *Blushing*. Sacó algunas verduras del frigo, y la

ternera. Prepararía un plato salteado tipo *wok*. El móvil vibró seguido de nuevo. Entró un momento en *Facebook*. Varias personas estaban hablando sobre el éxito y buenos resultados de utilizar, betabloqueantes o IRSS para tratar los síntomas del Rubor Facial.

«¿IRSS..., Betabloqueantes?» Se preguntó. Amelia no concia nada de eso. Lo cierto era que mucha gente, en el grupo, estaba a años luz sobre tratamientos, medicamentos e incluso había auténticos expertos sobre el tema de la cirugía.

Quedó realmente interesada por las conversaciones sobre el tema que tenían en el *chat* grupal. Una compañera decía haber utilizado fármacos recetados por un psiquiatra especializado, para paliar los síntomas, y que, tras utilizarlos durante un periodo de apenas seis meses, dejó de aparecer el rubor súbito. Hasta ahora, para Amelia, no suponía un gran problema o al menos se había acostumbrado a sobrellevarlo, pero por supuesto preferiría que no le ocurriese jamás.

Terminó con la cena y aún era pronto, así que entró desde su ordenador para buscar más información sobre esos fármacos.

Brandon Scott Thomas

Enlazando artículos sobre los tratamientos con betabloqueantes, estadísticas de éxito de la simpatectomía, y otros artículos científicos sobre los estudios que se habían realizado al respecto de la patología, le llegó un caso específico. Era una noticia en un periódico digital estadounidense, sobre un joven de unos veinte años de edad. En el artículo había un *link*, a una *web*.

Era una página creada con su nombre: Brandon Scott Thomas. «¡No se escondía!», pensó Amelia. Era una *web* pública. En ella contaba toda su historia. Tenía varios apartados donde venían tipos de tratamientos, entrevistas a médicos especializados, y testimonios de otros casos.

Según se podía leer en la propia *web*, se trataba de un joven que padecía la patología desde los quince años, que, como la gran mayoría, lo mantenía en secreto. Después de cuatro años de padecer esta agonía en solitario, se lo terminó contando a su madre. Al parecer, intentaron controlarlo con todo tipo de tratamientos, incluso la hipnosis, sin éxito, lo que le llevó a una profunda depresión.

Él quería realizarse la operación, sin embargo, en ese momento, se estaba iniciando el proceso y solo aseguraban un 50% de éxito. «Vaya, realmente no era muy esperanzador en aquel momento», pensó Amelia, y continuó leyendo.

Aun así, Brandon, en su desesperación, quería realizarse igualmente la operación. Los tratamientos con fármacos o betabloqueantes y antidepresivos apenas funcionaban en él; describía, y los efectos secundarios le dejaban fatigado y sin poder realizar todas las actividades que le gustaban, ya que, a pesar de su condición, intentaba mantenerse muy activo. Se inició en el grupo de atletismo, le encantaba correr, y también se metió con su hermano gemelo en el programa para bomberos novatos. Quería salvar vidas. Decía el texto en la *web*.

Amelia escuchó un ruido en el rellano que la hizo salir de la historia, se levantó y se asomó por la mirilla. Estaba pendiente de hablar con Diana sobre una cuestión legal del trabajo, pero no logró ver nada, solo la puerta de la señora Pilar, que se cerraba.

Volvió a sentarse frente al ordenador, retomando la historia en la *web*.

Según describía, su familia no se dio cuenta del problema. Al parecer, no presenciaron como tal ningún episodio de rubor anómalo o que no les

pareciera fuera de lugar. Sin embargo, Brandon estaba pasando por un gran calvario. La familia estaba esperando que pasara el verano para terminar de hacer algunas pruebas médicas más, pero Brandon se desesperaba, he incluso pensaba que ni con la operación podría salir adelante. Un 50% de éxito no era significativo, estaba realmente abatido. Les confesó a sus padres que pensaba que nunca podría llegar a tener éxito o mantener una relación normal teniendo esto. Decía que era agotador despertar todos los días y tener que encontrar pequeñas maneras de evitar sonrojarse en cualquier situación; como tomar diferentes rutas o evitar el ascensor para no encontrarse con gente. Vivir así era una condena, decía. Agotado y desesperado, Brandon se lanzó desde la ventana de su habitación de la universidad en el piso 11, quedando su cuerpo sin vida, el 28 de Mayo de 2012.

Amelia no podía creer lo que estaba leyendo, un escalofrío recorrió su cuerpo. La desesperación de este joven había sido llevada a tal límite, que había decidido quitarse la vida a causa de la patología.

Pero así lo confirmaban los titulares:

«Brandon Thomas, un estudiante de la Universidad de Washington, saltó del piso 11 de su residencia de Seattle, el 29 de mayo. Dejando una carta de cinco páginas, donde culpaba del suicidio a la desesperación causada por una patología». Aclaraba el subtítulo.

Al continuar leyendo pudo ver que su propósito según decía la carta de varias páginas que dejó en su habitación, era el de llamar la atención sobre el tema de rubor patológico ya que la noticia resonaría en los medios de comunicación y más personas podrían hacerse eco de esta noticia, conocer la patología y lo agónico que es vivir con ello. Creando así conciencia social.

Se sintió tan identificada, ella pretendía también darlo a conocer, para mejorar la situación.

«Ese sacrificio no podía quedar en el olvido, sin más. No podía quedar en nada. Realmente tendría que significar algo. La patología debía darse a conocer junto con esta historia», pensó Amelia.

Entonces se dio cuenta que el *site web* había sido creado hace tiempo por la familia, como forma de continuar con el legado de Brandon, para intentar dar a conocer la patología y llegar al mayor número de personas.

Pudo ver también cómo habían querido finalizar una lista, que al parecer había sido creada por el mismo Brandon, sobre cosas que quería hacer, cosas que le habría gustado hacer si no hubiera tenido la patología. Las puso en una lista para forzarse a hacerlas, era un reto personal. Finalmente no pudo

completarla.

Eso le hizo verse reflejada en él como en un espejo; ella también había hecho una lista con las cosas que le gustaría hacer y que no se atrevía por miedo al rubor.

Le encantaba correr, sobre todo para eliminar el estrés, pero nunca corría acompañada, siempre sola, porque su cara se ponía incandescente y no le gustaba que nadie la viera así. Igualmente quería hacer muchas más cosas, pero el rubor la ataba, se lo impedía.

Observó la lista de Brandon detenidamente.

Hacer un viaje en ruta con amigos.

Colina de salto (*puenting*).

Paracaidismo.

Dejarse crecer la barba durante al menos un mes. (Algo personal, significativo)

Apostar \$100 en color rojo en la ruleta.

Hacer un discurso en público.

Vencer el miedo al rubor. (Lograr que se haga público, crear conciencia social sobre la patología).

Salvar la vida de alguien.

Al igual que en la suya, la de Brandon también incluía deportes límite; que por la alteración nerviosa nunca se atrevió hacer, presentaciones o exposiciones públicas, entre otras cosas.

El impacto fue tal, y la conexión que sintió con él fue tan directa, que no se lo pensó. Iba a lograr que esta historia no quedase en el olvido.

Y de repente todas las conexiones en su cabeza la llevaron hasta la misma idea: ¿por qué no hacer realidad la lista de Brandon?

Comenzó a pensar opciones de difusión. Podría abrir un canal o una página en la que ir mostrando la superación de cada uno de los retos y puntos de la lista, hasta completarla. De esa forma llamaría la atención sobre la causa, para dar a conocer la patología, creando conciencia social al desvelar el motivo por el que lo hacía. La historia de Brandon, la de Bastián, Octavio, Roxan..., lo haría por ella misma y por todos los compañeros que seguían uniéndose al grupo y que buscaban lo mismo; sentirse libres, sin miedo. «Lo haré», se dijo a sí misma.

Revisó la lista de nuevo, realmente había muchas cosas que no sabía si

sería capaz de realizar. Enfrentarse a un público abierto, «hoy lo hice en la oficina apenas para quince personas y fue un mal trago horrible, aunque después de hacerlo me sentí en libertad y más segura», pensó. Y lo de realizar deportes de riesgo, realmente eso pondría su sistema nervioso al límite.

Empezó a preguntarse si podría enfrentar todo en lo que estaba a punto de meterse.

En plena efervescencia de ideas y presión sanguínea disparada por enfrentar el proyecto, su móvil comenzó a vibrar con una llamada entrante de Marion.

—Hola amor, ¿ya estás de camino? —preguntó con la voz tomada.

Él le dedicó una risa de complicidad que sonó algo apagada.

—Cielo, tengo mucho trabajo... y no creo que pueda pasarme a cenar — se disculpó apenado—. Tendré que trabajar hasta tarde. Nos ha entrado un nuevo inversor y es importante que cierre este contrato rápido. Necesito terminar esta noche varios informes para la presentación que ha fijado *para ayer*. Lo siento mucho, cielo.

Amelia se encontraba en una espiral de emociones por su nueva idea de proyecto, sin embargo, no le contó nada. Después de escucharle tan agobiado con la presentación, sintió que no era el momento.

—No pasa nada, si no te queda otra..., además, a ti te pagan las horas extra con esos *plus* fantásticos —bromeo Amelia, para intentar que se relajase un poco.

—Sí, bueno, pero lo cierto es que no me compensa, me roba mucho tiempo de vida, me roba tiempo de vida a tu lado —afirmó con dulzura.

—Que tierno... ¿sabes qué? Mira, ya que te toca trabajar hasta tarde, mañana me levanto pronto y paso por tu piso a prepararte un superdesayuno.

—Me encanta esa idea.

—Ok. Listo entonces, dejo que sigas trabajando. Oye... —cortó haciendo una pausa antes de colgar— ¿Ahora?...

Marion sonrió al otro lado del teléfono.

—Y siempre — dijo completando la frase.

Tras esa conversación telefónica su sonrisa se fue desdibujando poco a poco. Respiro hondo, se quedó quieta, sentada, escuchando su respiración. La habitación quedó en silencio, pero su cabeza estaba llena de ruido, ideas, pensamientos, conversaciones, todo lo que había leído, lo impresionada que había quedado con la historia de Brandon. Tenía que trasladar todo eso y encontrar la manera de darlo a conocer. Eran casi las once de la noche. En el

rellano se escuchó un ruido, un tintineo de llaves. «¿Julia? Tenía turno de tarde en el restaurante, asique no llegaría al menos hasta la una», pensó Amelia, mientras iba andando por el pasillo. Llegó a la puerta y se inclinó para ver desde la mirilla.

Vio a Julia peleando con la cerradura para entrar en casa. Abrió rápidamente la puerta, quedando frente a su amiga.

—¡Ey!, ¿qué haces aquí tan pronto?, ¿no salías hoy a la una?...

Julia, con cara de sorprendida al ver a su amiga aparecer de repente, soltó una carcajada de nerviosismo.

—¿Qué pasa, que ahora me espías? —dijo bromeando, y continuó para aclarar la situación—. Diana ha tenido que viajar hoy y cambié el turno a la mañana para poder estar juntas y despedirla en el aeropuerto. Estoy llegando ahora.

Amelia quedó sorprendida con la noticia.

—pero, ¿ha pasado algo? —preguntó preocupada—. ¿Ella está bien?, ¿y el bebé...?

Julia y Diana estaban esperando un bebé. Cuando a Diana la hicieron socia del bufete de abogados donde trabajaba, se decidieron finalmente a tenerlo. Llevaban juntas tres años.

—Sí, ella está bien y el bebé también, es solo un viaje que ha tenido que hacer de imprevisto, y cómo aún puede viajar, de momento no ha querido delegar. Ya sabes cómo es de comprometida con sus clientes.

—Vale, me dejas más tranquila, quería hacerle una consulta, pero ya para cuando regrese —Amelia continuó tanteando la situación—. De todas formas, a ti te pasa algo, te veo como cansada o preocupada, no sé, pero algo te pasa.

Julia miró a su amiga, y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran de repente. Soltó un profundo suspiro; no hizo falta más.

Amelia se acercó para tranquilizarla.

—Ok, vamos a ver qué nos dan por ahí de cena y me lo cuentas.

Julia sonrió con algo de alivio y volvió a cerrar la puerta de su piso. Bajaron en el ascensor a la calle y tomaron el coche hacía un destino indefinido, cruzaron varios barrios, buscando un lugar nuevo para cenar que le llamase la atención. Las luces de neón azul de un restaurante, que hacía esquina, fue señal suficiente para ser el elegido. «Algo tan retro, debe tener una gran historia detrás», aventuró Amelia. Un nuevo ambiente, nueva comida, de vez en cuando les gustaba hacer esa clase de cosas.

En el restaurante, Amelia y Juliá se sentaron frente a frente. Se decía que

era algo característico en las relaciones de amistad entre mujeres para obtener el máximo de información a todos los niveles; visual, auditivo, gestual... fijándose en cada expresión del rostro, cada detalle, emoción o sensación de la anécdota que se estén relatando. Sin embargo los hombres pueden estar hablando situados en paralelo uno al lado del otro sin apenas mirarse, como cuando juegan a la *play* al menos esa era la percepción de Amelia. Le resultaba curioso analizarlo y esa habilidad la utilizaba para la selección de cada candidato en las entrevistas personales en su trabajo. Ya era por deformación profesional.

El camarero sirvió, dos copas de vino blanco seco, que tomaban con calma mientras ojeaban la carta. Salmón ahumado y ensalada de la casa como acompañamiento fue la elección final. El camarero les retiró la carta y se dispuso a ordenar el pedido en cocina, dejando a solas a la pareja de amigas para conversar tranquilamente.

Julia se había tranquilizado un poco, y pudo desahogarse al fin.

—Me siento perdida con la llegada del bebe —confesó—. No siento ese instinto maternal del que habla la gente primeriza, más bien estoy en pánico, y para Diana es tan diferente...

—Es normal, no tienes que verlo cómo Diana. Ella siempre decía sentirse como una madre sin bebe y supongo que para ti, es como que va un paso por delante, ¿no?

—Claro, lo cierto es que yo no me planteaba tener hijos como tal. Hasta que vi que para Diana era una necesidad. Pero a mí me da un miedo increíble —se sinceró—. Es que, un hijo no es algo que puedas descambiar si las cosas no funcionan. No puedes cambiarle la pieza estropeada, ni puedes resetearlo, no puedes cambiarlo por otra cosa con el cheque regalo, simplemente no se puede. Un hijo es una responsabilidad de por vida, y eso da miedo.

Amelia la dejó hablar sin interrupciones para que se desahogara y finalmente intervino.

»Sé que lo que voy a decir puede sonar a frase hecha, y que todo el mundo dice lo mismo, pero es que tener ese miedo es natural. Ser Madre debe ser el trabajo más duro del mundo. Porque no estudias para ello, no hay prácticas en empresa para esto. Con los hijos es siempre ensayo y error, pero ciertamente —hizo una pausa mirando fijamente a su amiga— creo que eso es lo más bonito que tiene, la incertidumbre. Con un hijo cada etapa será una nueva aventura, y tiene que ser toda una experiencia vivir esa aventura, llevándole de tu mano. También piensa, que vas a tener la oportunidad y la

responsabilidad de formar a una personita, en este caso una niña, de la que, seguro, te sentirás orgullosa al ver la mujer en la que se convertirá.

Julia estaba completamente emocionada por las palabras de su amiga y entre sollozos y con una sonrisa soltó:

—Pero tú, ¿de dónde te sacas estos discursos?

Amelia se rio también en ese momento.

—¡Qué tonta! Pero sí, lo cierto es que me ha quedado bien, ¿eh? —dijo, asintiendo con la cabeza, en gesto de autoaprobación.

Entre risas, Amelia se puso a su lado para darle un abrazo, se levantaron para reubicarse y en ese momento, Julia, se disculpó para ir al baño a refrescarse un poco la cara. Al cruzar el salón hasta el final del local, le llamó la atención el diseño de la cocina. Era una zona acristalada de media pared a techo, de estilo japonés, dejando ver la preparación de los platos. Los tres *chefs* estaban siendo dirigidos por el principal de una manera casi orquestada, como si se tratase de una banda de música, cada movimiento parecía estar pensado al milímetro, de pronto todo quedó en silencio para Julia, estaba ensimismada entre las nubes de humo y vapor que desprendían cazuelas y sartenes con verduras que salteaban al aire, fluyendo en perfecta armonía. Estaba concentrada en ese mundo, su mundo, tenía una sonrisa en la boca, le fascinaba estar entre fogones. Con la mirada fija a través del cristal del restaurante, de repente, una figura conocida distrajo su atención, sacándola brutalmente de nuevo a la realidad.

«¿Marion?», se preguntó, acercándose lo más posible al cristal, intentando ver mejor a través de los grandes ventanales. Efectivamente pudo confirmar, que se trataba de Marion. Se le veía al otro lado de la calle, en el local de enfrente.

«¿Cómo era posible? A Amelia le había dicho que le cancelaba la cena porque tenía mucho trabajo en la oficina. Entonces, ¿qué hacía ahí?... y tan alejado de sus zonas habituales. De hecho, ellas habían tomado ruta precisamente para evadirse de la rutina, de sus lugares de siempre. ¿Quizá las estaba siguiendo?... No, eso no podía ser, no parecía estar pendiente de ellas», concluyó Julia.

Se le veía muy metido en la conversación con el hombre sentado a su derecha. Estaba situado de espaldas así que no alcanzó a ver de quien se trataba y su silueta en principio no le traía nadie concreto a la memoria. «¿Por qué mentir; qué oculta? Todo es muy extraño», pensaba Julia. Siempre se había llevado muy bien con Marion, tenían muchas cosas en común en cuanto a

ideales políticas, y solían mantener conversaciones de lo más animadas cuando se reunían todos en grupo, para alguna cena o evento.

En primer lugar pensó en avisar a Amelia y contárselo, pero lo cierto era, que con lo sucedido entre ellos la última vez, también a causa de ocultarle información, seguro desilusionaría a su amiga. Antes de nada, quizá lo mejor era no comentárselo de momento y hablar directamente con Marion para averiguar el porqué de esa mentira para, reunirse con ese enigmático hombre.

Julia no quería dejar sola mucho más tiempo a Amelia, pronto servirían la cena. Fue al baño, se refrescó la cara y quedó unos segundos mirándose frente al espejo. Pensó que tenía mucha suerte de contar con Diana, que serían muy felices juntas, y el bebé sería la guinda perfecta para un felicidad completa. Y Amelia..., tenía una gran suerte de tenerla como amiga, entonces su pensamiento se fue de nuevo a Marion y su reunión clandestina.

Cuando salió, no habrían pasado ni cinco minutos, pero la silueta de Marion y su compañero de reunión ya no estaban. Julia llegó a pensar si quizá ni siquiera fuera Marion finalmente. Y se fue hacia su mesa donde Amelia le hacía gestos, indicando la buena pinta que tenía el salmón, que ya habían servido.

Julia, se sentó, probaron el salmón y continuaron conversando.

—Oye, ¿y cómo vais a llamarla? Ya os han dicho que es niña, supongo que estáis barajando nombres.

—Pufff, en eso sí, no nos ponemos de acuerdo. Cómo Diana viaja mucho a Inglaterra y EEUU le encantan los nombres de origen anglosajón. Y yo quiero que tenga nombre español, pero eso sí, no el típico, María...

Amelia sonrió, se quedó pensando e intentó darle algunas opciones.

—Aaamm..., qué tal Almudena..., o Verónica. No son muy comunes.

—Cierto... no son comunes...

—Aaaah... o mira, para que estéis contentas las dos: ¡Josephine!

—¡¡¿Josefina?!! ¿Qué pasa?, ¿odias a mi bebé?

—No, tía... —se rio Amelia— Pronunciado: *Yosefin*. Ya sabes, como en la serie *Nikita*, ¿recuerdas?, descolgaba el teléfono y solo le decían *Yosefin*..., que era su nombre en clave para la siguiente misión.

Julia, sonreía con la boca muy abierta, sorprendida.

—Pues ¿sabes qué?, meee gusta. Se lo diré a Diana —Y aun sonriendo, le chocó la mano a Amelia— Sí, sí, de verdad me gusta —repitió. Después se quedó un segundo pensando—. Oye, pues si la serie hubiera sido española, al descolgar, realmente le dirían: *Josefina*.

Ambas se echaron a reír.

—Sí, no sería nada comercial, desde luego —añadió Amelia.

Se quedaron disfrutando de una cena tranquila, conversando hasta bien entrada la madrugada.

Mermelada de pomelo

El olor a tostadas recién hechas era una de los mayores placeres para Marion, y Amelia lo sabía. Se había colado en su piso, para prepararle un superdesayuno, cumpliendo con su promesa del día anterior. Había pasado por el mercado y ahora lo iba poniendo todo sobre la encimera, fruta fresca, pan multicereales, yogur, queso fresco, pavo, nueces y mermelada de pomelo, la preferida de Marion porque duce que es dulce al principio y te deja un sabor amargo al final, que por alguna razón eso le encantaba. Comenzó a prepararlo todo, intentando no hacer mucho ruido para no despertarlo de momento, y preparar tranquila un desayuno merecedor de alguien que ha trabajado toda la noche, además quería agradecerle el gesto tan bonito de la sorpresa en su oficina.

El *ding* de la tostadora indicaba que ya estaban listas, le puso mantequilla y las dejó reposando sobre la sartén aún caliente, después de haber hecho tortilla francesa con queso fresco y pavo que tanto le gustaba a Marion. Mientras iba cortando la fruta para preparar una macedonia, escuchó un ruido que provenía de la habitación de Marion, se quedó muy quieta no quería que se despertase hasta que estuviera todo preparado. Para poder sorprenderle.

Fue caminando descalza por el pasillo hasta su habitación para comprobar que todo estaba en orden, él seguía dormido. Le miraba parada en el dintel de la puerta y de hecho se le veía durmiendo tan a gusto que le dio pena tener que despertarle. «Seguro se habría acostado hace pocas horas», pensó Amelia. Él siempre dormía desnudo y se quedó prendada mirando la forma en que la fina sábana, dibujaba perfectamente su atlética figura. Con el torso al descubierto, parecía un modelo para un *spot* publicitario de perfume masculino, con la uve definida bajo sus abdominales y los pectorales marcados que subían y bajaban al ritmo cadencioso de su respiración pausada.

Sin embargo, esa imagen logró en ella el efecto contrario, alterando su pulso y su respiración. Se dispararon sus sentidos y comenzó a pensar otras formas más *exóticas* de despertar a Marion que no fuera simplemente a través del cálido olor a tostada recién hecha. Entonces una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

Fue andando lentamente hacia el pie de la cama, se deshizo de su propia ropa quedando también completamente desnuda «sería un juego justo al estar en igualdad de condiciones» pensaba, levantando lentamente la sabana para deslizarse con cuidado por debajo.

Con muchísima delicadeza comenzó, a acariciar con la yema de sus dedos la parte interna del muslo subiendo por el vientre para dibujar con una caricia esa uve perfectamente definida, rozando ahora con los labios y su cálida lengua el abdomen, comenzó a acelerar su respiración cálida y agitada, iba bajando acercando su boca cada vez más al punto caliente de Marion quien ya había tenido reacción a esas caricias, incluso estando aún adormilado. Con la erección iniciada, Amelia comenzó a pasar lentamente su lengua desde la base hasta el glánde utilizando los labios para aumentar las sensaciones, la reacción fue completa, cuando comenzó a introducir poco a poco el cálido miembro en su boca, pasando su lengua en círculos sobre la punta redondeada. Ahora notaba como la mano de Marion acariciaba su pelo, retirando la sabana que aún la cubría, para verla mejor, la miraba con sonrisa ladina y la respiración agitada.

—Amo que me despiertes así, ven sube aquí —le dijo, para poder besarla.

Amelia le sonrió, mientras iba besando la piel de su amante desde el vientre hasta su pecho para darle un intenso beso en los labios mordisqueando su mentón, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre él. El contacto directo de piel con piel hizo estremecer a Marion no podía quedarse quieto y comenzó a acariciar la espalda y las nalgas de Amelia empujándola hacía él para sentirla aún más cerca, se miraban directamente a los ojos, el fuego entre ambos era evidente. Amelia continuó besándole, mientras con su mano derecha comenzó a acariciar sus testículos suavemente cerca del periné, sabía que eso le volvía loco. Pasó a besar y mordisquear el lóbulo de la oreja, bajando por el cuello y su torso pasando su lengua por el vientre, bajando de nuevo para lamer por completo su erección, utilizaba la mano derecha, recorriendo arriba y abajo todo el miembro erecto en movimientos rápidos y lentos al tiempo que con sus labios iba succionándolo hasta la base haciendo movimientos circulares sobre el glánde dejando que sintiera la calidez de su lengua.

Sin dejar de mirarle a los ojos, comenzó a ir cada vez más rápido disfrutando del momento compartido... realmente era una intensa conexión entre ambos, aumentando el ritmo coordinando el movimiento y la succión de su miembro, acelerando hasta que finalmente Marion culminó, con un gemido

que le hizo agitarse en convulsiones nerviosas.

Amelia continuó besando cada parte de su torso suavemente, hasta que poco a poco la respiración, se volvía en calma dejándole disfrutar de ese momento, quedaron mirándose frente a frente aun con la respiración descompasada. Marion le aparto el pelo de la cara acariciando su rostro.

—Eres increíble —le dijo en un suspiro.

Amelia sonrió y le besó de nuevo quedando abrazados

—Por cierto, ¿huele a tostadas? —dijo Marion de repente

—Pues sí, te prometí un desayuno especial, ¿recuerdas? —Amelia se puso a horcajadas encima de él. Inclinandose sobre su pecho, volvió a besarle en el cuello— No hay que ir a trabajar, hoy es sábado —le susurró al oído, como si fuera algo erótico.

Ambos se rieron, entonces Amelia pasó por encima de él poniéndose en pie al otro lado de la cama.

—Venga, vamos a desayunar tranquilamente antes de que se enfríe.

Marion se la quedó mirando un segundo, se incorporó, y con un rápido movimiento, la hizo volver de nuevo a la cama, tumbándola a su lado.

—No hay prisa —dijo sonriendo de medio lado—. Ahora te toca disfrutar a ti.

Ambos quedaron muy relajados, como para disfrutar tranquilos del desayuno, pero transcurrido todo ese tiempo desde su preparación, definitivamente se había echado a perder.

—¿Ves?, has conseguido que el desayuno se enfríe —le recriminó Amelia, sosteniendo con dramatismo la fría e *inerte* tostada.

—Hace un rato no te quejabas..., me parece —bromeó.

Amelia le miró fijamente con la ceja arqueada, sin añadir nada más.

—Bueno, igualmente me encantó tu desayuno, y todo esto que has preparado, también —añadió Marion con picardía, sentándose en la banqueta frente al desayunador.

—Eres un descarado —le dijo abrazándole por detrás.

—Venga, siéntate conmigo, me gusta desayunar en casa, estar tranquilo contigo así y hacer cada mañana lo que hicimos hoy.

—¿Cada mañana?! —dijo Amelia en tono de sorpresa, con una sonrisa.

—Quiero decir, que me encantaría despertar contigo cada mañana.

—Qué bonito amor, pero es que, bueno, a veces se complica por nuestros trabajos —respondió Amelia, mientras tomaba una tostada untándola con

queso fresco, de manera distraída—. ¿Sabes qué?, justo estuve hablando con Julia anoche sobre todo esto; relaciones, pareja, hijos.

—¿Ah sí?, hicisteis noche de chicas, ya que yo no pude quedar, ¿no?

—Pues sí señorito, fuimos a un nuevo restaurante, para que se despejase un poco, porque Julia se encontraba mal. Cogimos el coche y terminamos por la zona de Opañel, en un nuevo restaurante, no recuerdo el nombre ahora. Por ahí tengo la tarjeta, para ir alguna otra vez. Pero vamos..., queda por la calle Santo domingo, de eso sí me acuerdo.

Marion quedó desconcertado por unos segundos. Él había estado justamente anoche en un *pub* de esa misma calle. Se preguntó si le habría visto y estaba poniéndole a prueba para tantear la situación. O si era que le estaba dando la oportunidad de que lo contase él primero.

—¿Qué te pasa? Te has quedado en babia... ¿Me estás escuchando?

«Ok definitivamente parece que Amelia no sabe nada», pensó Marion, por su reacción. Respondió rápido con otra pregunta, para enfocar la situación.

—Sí, claro que te escucho, me quedé pensando en... ¿Por qué estaba mal Julia?

—Porque estaba muy nerviosa con la llegada del bebé —continuó—, dice no tener instinto maternal, que ser madre no estaba realmente en sus planes si no en los de Diana. Pero simplemente es que está asustada. Y bueno es una nueva etapa, que será definitiva, es un cambio drástico que va a trastocar su forma de vida, la de ambas claro.

—Desde luego ser madre o padre es una responsabilidad que muchos no saben manejar, por eso hay que tenerlo muy claro —intervino Marion.

—Exacto. Lo cierto es que para animarla, le dije cosas, que en teoría son ciertas, ósea, el ser madre puede ser la experiencia más increíble que se puede vivir, supongo—aclaró ya que habla en teoría—, pero la verdad es que igualmente no está en mis planes tener hijos y desde luego yo sí que tengo cero instinto maternal.

Marion se sorprendió con esa afirmación.

—Entonces, ¿no te gustaría tener hijos conmigo? con mi encanto personal, y esta genética tan increíblemente potente —bromeó.

Amelia se mantuvo con gesto neutro.

—Bueno ya lo sabías, lo hemos hablado varias veces.

—Sí, bueno. Lo hablamos al principio, lo tomé o lo entendí como un, *de momento no*, porque la relación estaba empezando, pero yo si tengo claro que

quiero hijos contigo algún día, ¿Tú no?

—Tengo claro que te quiero, si es a lo que te refieres, y que estoy realmente feliz contigo.

—No —respondió cortante Marion—, no me refiero solo a eso, sé que me amas y no porque me lo digas, sino porque me lo demuestras en cada gesto, en tu apoyo y comprensión, créeme sé que me amas, pero... ¿Realmente me estás diciendo que no quieres tener hijos conmigo en un futuro?

—No es que no quiera hijos contigo Marion, es que no quiero hijos con nadie. —Marion quedo helado, sin saber que decir.

—Tú sabes más que nadie, lo doloroso que es ver a mi Madre en esa situación—continuó Amelia—. El Alzheimer es hereditario, más teniendo varios casos en la familia, no quiero que mis hijos pasen por lo que yo estoy pasando — confesó visiblemente emocionada—, y tampoco quiero pensar en que pueda ser una carga. Es un hecho, es algo que tengo decidido, así te lo hice saber en su momento y te lo repito ahora.

Marion quedó en silencio, no añadió nada más, simplemente tenía la mirada perdida en dirección a Amelia, mientras en su cabeza pasaban un montón de cuestiones, quizá pensando en cómo sería una vida sin hijos. Parecía estar calculando opciones o buscando una respuesta correcta, algo que decir, y al parecer, no encontró nada que no fuera más correcto que el silencio.

Continuaron tomando el desayuno sumidos en un incómodo silencio, algo que entre ellos no ocurría nunca.

—¿No vas a decir nada? —dijo Amelia por fin, rompiendo esa extraña atmosfera de suspense.

—Tú ya lo has dicho todo y no parece que tenga opción a replica.

Amelia simplemente le miró de nuevo en silencio, realmente no había nada más que decir, al menos por su parte.

El sonido de una llamada salvó la situación. Era Oliver.

—¡Ey! ¿Qué andas haciendo?, ¿estas ocupada? Tengo un par de horas libres, y quería contarte sobre Lucia. Hemos quedado para tomar algo fuera del trabajo, de momento en plan amigos, pero eso ya es un paso.

Por su voz sonaba realmente emocionado y Amelia viendo el panorama con Marion necesitaba salir de esa habitación. Ambos necesitaban tener algo de espacio y distancia tras la tensa conversación mantenida. Y aceptó.

—Ok, te veo allí entonces, tardaré unos veinte minutos. ¡Hasta ahora! — se despidió, antes de dirigirse a Marion—.Tengo que irme, he quedado con Oliver. Solamente tiene libres un par de horas hoy y dice que tiene algo

importante que contarme.

—Ok, si es importante —respondió Marion con falsa resignación, al ver que Amelia le había dado carpetazo ya al asunto anterior.

Amelia comenzó a arreglarse y coger sus cosas para marcharse, continuaban en un silencio incomodo como nunca. Terminó de vestirse y se ató el pelo en una coleta que finalmente enredó sobre sí misma para quedar como un recogido casual. Esa postura desenfadada reafirmó el hecho del descontento con la situación. Siempre cuidando su aspecto, hoy no necesitaba eso, ahora mismo necesitaba relajarse y salir de esa habitación cuanto antes. Sin decir nada más, se acercó a Marion, que contemplaba la escena en silencio, como para no decir nada que pudiera empeorar las cosas. Amelia se puso frente a él, para ver la reacción al despedirse.

—Me voy ya..., si quieres verme luego, me llamas.

Amelia se inclinó para darle un beso de despedida como siempre, Marion se quedó mirándola fijamente.

—¿Eso es todo? ¿Te vas a ir sin más..., diciendo, si quieres verme, me avisas? —dijo airado—. Amelia, yo no quiero verte luego, yo quiero verte en cada momento del día, quiero verte en mi futuro y en mi futuro contigo hay hijos, para mí esta conversación no ha terminado.

—Marion, es que no entiendo por qué me sueltas ahora todo eso, en serio ¿estamos discutiendo por esto?

Amelia se quedó extrañada. «¿Desde cuándo ese afán por tener hijos?, ¿por qué estaba moviendo ahora todo eso? De repente todo iba muy deprisa, ¿por qué estaba acelerando las cosas?», se preguntaba desconcertada.

—Es que me dejas atado. «*No quiero tener hijos y punto*». ¿Esas son mis opciones?

—¿Y qué prisa tienes?, ¿por qué de repente todo este tema del futuro y los hijos...? ¿Qué hay detrás? Siento que me falta información, no lo entiendo, creo en este puzzle faltan piezas, Marion.

—Amelia, no faltan piezas. Simplemente para mí, la finalidad de la pareja cuando realmente funciona, es la de formar una familia. Te amo y quiero compartir mi vida contigo, pero sé que me faltaría algo si decido continuar con esta relación sabiendo que no tendré esa oportunidad.

—Espera, hace un momento estábamos haciendo el amor, felices, y ahora me estás diciendo ¿que no continuarías conmigo, si no tenemos hijos? —El rostro de Amelia cada vez estaba más enrojecido de puro nervio. Marion tomó aire, se sentó en la banqueta de nuevo, e intentó explicar la situación.

—Mira, me han ofrecido ir a EEUU, en puesto de ascenso a Director General para gestionar las áreas y equipos en la Sede Central de California —confesó Marion finalmente, por la presión del momento—. Por eso quiero saber qué futuro le ves a lo nuestro.

La cara de Amelia quedó desencajada.

—Pero, ¿de qué me estás hablando? O sea, ¿esa era la pieza que faltaba, entonces...? —le recriminó elevando la voz. Realmente no entendía nada y sentía cómo la sangre cabalgaba en estampida hasta su rostro.

El móvil de Amelia comenzó a sonar, ambos discutían por encima del tono de llamada, sin hacer caso.

—Y entonces, ¿estás rompiendo conmigo para irte? o ¿qué me quieres decir? —Amelia estaba fuera de sí, no entendía absolutamente nada.

Marion intentó rebajar la tensión, hablando en tono pausado y continuó.

—Se había planteado para más adelante, con vistas a un año, pero justo anoche me confirmaron que debería realizarse la transición a mi puesto allí en tres meses.

—¿Y desde cuando lo sabes...? porque esa es una decisión importante... —hablaba airada, entrecortado; sin parar de interrogarle.

—Me informaron anoche, en la reunión con uno de los inversores. Por eso tuve que cancelar lo de la cena en tu casa. En principio no quería contarte nada, hasta ver las posibilidades y opciones para los dos.

—¿Qué opciones? ¿Qué posibilidades? —Amelia, cada vez estaba más cabreada y perdida con la historia que estaba escuchando.

El móvil comenzó a sonar de nuevo.

—Pues opciones, para ver cómo podríamos continuar llevando la relación —respondió Marion con firmeza—. Plantearnos ir a vivir juntos a EEUU, o quizá quedarme y simplemente no aceptar ese puesto. Pero, evidentemente, si no vemos el mismo futuro..., si no estamos caminando hacia esa misma finalidad... —Marion se quedó sin saber qué más decir.

Amelia no podía creer todo lo que estaba escuchando.

—Pero, ¿y entonces esto que ha sido? ¿Me has estado poniendo a prueba y no la he superado?... ¿No cumplo con tus expectativas? —le dijo, cada vez más al límite.

El móvil volvió a sonar seguido, sin pausa tras la última llamada.

Amelia, desesperada por hacer callar ese sonido, lo cogió para apagarlo, y pudo ver que la llamada entrante era de la residencia de su madre. Rápidamente descolgó.

—Amelia, soy Asunción de la residencia. Necesitamos que venga enseguida, su madre está siendo trasladada de urgencia al Hospital General. Ha sufrido una arritmia cardíaca, están llevándola en este momento, puede ir directamente al hospital. Una de nuestras enfermeras la acompaña en la ambulancia. Si necesita cualquier cosa indíquenoslo y haremos...

Amelia no termino de escuchar nada más. Su corazón comenzó a latir con fuerza, los nervios no la dejaban casi hablar, miró a Marion aterrorizada....

—¿Qué es lo que sucede, Amelia? —preguntó acercándose a ella—. Dime... ¿qué sucede? —repitió.

—Por favor, llévame al Hospital General, rápido —alcanzó a decir con los ojos en lágrima.

La ventana

El hombre de unos sesenta años, corpulento y vestido con camisa de cuadros y pantalón de pinza marrón, se sentó en silencio al final de la barra del oscuro bar. Alargando la mano, cogió un par de periódicos del revistero situado en la esquina a su derecha. Sacó unas gafas de lectura del bolsillo de la camisa y comenzó a leer.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero, sabiendo la respuesta.

—Lo de siempre —confirmó el hombre, sin levantar la vista de la lectura.

Al poco tiempo el camarero le sirvió una taza de café solo muy cargado, le añadió unas gotas de ron y se lo acercó acompañado de una tostada de pan rústico con aceite. Continuó leyendo y de vez en cuando tomaba un sorbo de café y un mordisco de la tostada. Una mujer, de unos treinta años, vestida con gabardina y falda de tubo, entro al bar llevando de la mano a una niña rubia, de unos siete años, ataviada con una mochila, y en la mano, lo que parecía un muñeco realizado con cartulinas.

—Buenos días papá, ¿qué tal todo? —dijo ella, interrumpiendo su lectura.

—¡Hola!, ¿ya vais para el colegio?... ¿dónde está la pequeñaja? —pregunto, girándose para buscarla.

—¡*Ey abu*, mira! —dijo la niña emocionada, enseñándole lo que llevaba en la mano.

—Vaya, pero ¿qué es esto? ¿Soy yo? —bromeó con la pequeña.

—¡No, *abu*! ¡Qué es mi superhéroe! —respondió ella riéndose.

—Ya tenemos que irnos papá, llegamos tarde. Pero después os la dejo en casa, ¿vale? Yo tengo reunión de nuevo hasta muy tarde.

Le dio un beso en la mejilla y salieron con prisa, la niña se giró para decirle adiós con la mano. Él la sonrió haciendo una mueca. La puerta se cerró tras ellas y él continuó con su lectura, hasta terminar el desayuno.

Finalmente pagó con el dinero justo, que dejó sobre la barra, al lado de la taza de café, que ahora solo contenía los posos. El hombre, al salir por la puerta, dio apenas dos pasos y cayó al suelo desplomado.

A unos metros, Amelia y Oliver iban acercándose, caminando despreocupados hacia el instituto, hablando sobre cómo iban a celebrar el

cumpleaños de Oliver; el sábado cumpliría quince años.

—¿Quieres venir conmigo al cine? Ponen la de Inteligencia Artificial de Spielberg.

—¿No prefieres celebrarlo con todos? —respondió extrañada Amelia. Entonces, algo distrajo su atención. En la plaza, al final de la calle, vio un gran revuelo de gente que se agolpaba en círculo. Y por supuesto, se acercaron a curiosear.

Al meterse entre la gente vieron a un hombre tumbado en el suelo, parecía desmallado, frente a la puerta de un bar del barrio. Estaba tapado con una especie de sábana; al parecer, los paramédicos habían llegado con la ambulancia hacía un rato, sin poder hacer nada ya por aquel hombre. O eso era lo que iban escuchando del grupo de gente que rodeaba la escena, curioseando y preguntándose unos a otros que había pasado. Hablaban de una aneurisma o algo así, que le dejó sin vida en el acto, escucharon decir a uno de los presentes.

Ambos quedaron realmente impactados por la situación, preguntándose cómo, de repente, tu vida puede cambiar así, sin esperarlo. Te despiertas una mañana cualquiera, haciendo tus tareas cómo cada día y en cuestión de una fracción de segundo ya no vives más, tu tiempo se termina, todo se paraliza. Ya no verás más a tus familiares ni amigos, no tomarás ese rico desayuno tranquilo de domingo, no podrás continuar viendo crecer a tus hijos, o a tus nietos, no escucharas más cómo la lluvia golpea tu ventana en las frías noches de invierno, mientras tú estás calentito en la cama. No disfrutarás más de esos pequeños placeres... no habrá nada más. Tu tiempo se congela y termina en ese instante.

Oliver decía que no le importaba morir, como tal. Era consciente de que llegaba un momento en el que todo terminaba, ya fuera por la propia vejez o por cuestiones repentinas, como las de aquel hombre. Pero él decía, que lo que le fastidiaba, era no poder ver nada más, el no saber qué ocurriría en el futuro, en la tierra, los acontecimientos de la vida que se irían sucediendo sin que él pudiera estar presente. Amelia estaba de acuerdo con eso y ambos decían; «A mí que me den una ventana por la que yo pueda seguir viendo qué sucede en el mundo, aunque ya no participe». Y se quedaron imaginando como sería el futuro. Ver, quizá, cómo los coches podrían volar, que la nueva forma de comunicación no fuera a través del teléfono sino, por hologramas, o que los robots lleguen a dominar el mundo, como predecían las películas futuristas que ambos veían juntos.

Les obsesionaba tanto el tiempo y el futuro en aquella época, que en el patio de la antigua casa donde Amelia vivía, enterraron su «capsula del tiempo»; que era una caja de metal de los botes de cola cao donde metieron algunas fotos suyas y de su familia, cartas a su *yo futuro*, el periódico del día y una cinta de *casette* que grabaron juntos, imaginando cómo creían que sería vivir en el año 2025. Prometieron con «el aspa» no abrirla hasta ese año, para ver en lo que habían acertado. Prometer con «el aspa» era un gesto que hacían creando un aspa sobre el pecho. Era algo que hacían Oliver y su hermana desde que eran pequeños, y lo compartió también con Amelia.

Definitivamente el tiempo es algo que no podemos controlar, no podemos predecir cuánto tenemos, ni cuándo va a terminar. Pero lo cierto es que tampoco se sabe si, una vez finalizado tu tiempo, todo se funde a negro como en las películas, o si, por el contrario, de verdad te asignan una ventana para que puedas seguir viendo lo que sucede tal y como Oliver y Amelia esperaban que ocurriera.

Estando ahí de pie, absorta en aquellos recuerdos, Amelia sintió la calidez de alguien tomando su mano, se giró lentamente y vio a Oliver. Se había afeitado la barba y llevaba un traje negro. Estaban situados en la primera línea, rodeando el que sería el lecho de su madre, que estaba siendo enterrada junto a su padre en el nicho familiar. En una ceremonia sencilla, con los amigos y familiares más cercanos. Por su puesto, Bea, Julia, Diana y Marion, estaban con ella, arropándola como siempre habían hecho.

Sin embargo, Amelia se sentía abrumada y desconcertada, todo había ocurrido de repente, a pesar de que sabía que podía suceder en cualquier momento, al encontrarse ya en el último estadio de la enfermedad. También recordaba vagamente la discusión previa con Marion, quién quizá, por esa causa, se mantenía algo distante. Pero Amelia no podía estar pendiente de eso ahora.

Todo fue extraño, y ocurrió de manera tan inesperada, que la dejó en estado de *shock*. Amelia se quedó mirando la escena, cómo bajaban a su madre en una preciosa y brillante caja de roble, tan fuerte como su madre había sido en vida. Rompió a llorar de repente, sin emitir sonido, simplemente sus lágrimas brotaban gruesas y descontroladas, resbalando por sus mejillas. Oliver la abrazó, dándole un beso en la frente, y le susurró:

—Ella tendrá una ventana desde la que te seguirá viendo.

Maslow y su «encantadora» pirámide

El funeral fue sencillo, todo terminó y Amelia debía volver a la normalidad. Sabina le dio una semana de duelo. Amelia estaba destrozada, caminaba como autómatas. Esos días se quedó encerrada en casa; Julia y Diana se turnaban para prepararle la comida antes de irse a trabajar y Bea y Oliver iban por la tarde siempre que podían a estar con ella.

Marion se preocupó de que no le faltara de nada; hacia la compra, la colada, se tomó días completos en el trabajo, y mientras Amelia dormía, él trabajaba en el salón, desde su portátil. Lo cierto era que apenas le hablaba, pero él quería que supiera que seguía estando ahí, siendo su apoyo.

Un día Amelia se despertó y fue a la cocina, se sentó al lado de Marion, que estaba preparando en ese momento un café.

—¿Quieres? —le ofreció Marion, sacando otra taza de la alacena—. Está recién hecho.

—No, ahora no me apetece —dijo sin más—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí estos días —continuó.

—No tienes por...

—Marion..., espera —le interrumpió—. Gracias, ya está, ya estoy bien, pero realmente esto no cambia nada entre nosotros. La situación sigue siendo la misma. Tú tienes esa gran oportunidad de ir a EEUU, y no ha cambiado tampoco tu idea de tener hijos, ni la mía de no tenerlos. —Marion se quedó mirándola, confundido por su reacción.

—Y entonces, ¿Qué quieres que hagamos? Dímelo tú...

—¿Me dejas a mí la decisión? Esa es una postura muy cobarde, Marion.

—Nuestros caminos simplemente tienen futuros distintos, pero...

—Bueno, pues ahí tienes tu respuesta —dijo ella, cortante.

Marion se quedó callado. «¿Cómo podía ser tan dura y hablarle con esa crudeza sin inmutarse?, podía entender que estuviera dolida y que, quizá ahora, fuera un mal momento para hablar de eso, pero aun así...», pensó, con total pesadumbre.

—Yo solo quiero que estés bien —dijo finalmente.

—Estaré bien —sentenció Amelia.

Al día siguiente estaba destruida. Les había dicho a todos que necesitaba

estar sola, sin llamadas ni visitas a casa. Pero en el momento en el que se vio en pijama, llorando por cada recuerdo, rodeada de pañuelos usados por todos lados y sin haber comido en todo el día, decidió que necesitaba un punto de reenganche, un cable a tierra.

Tenía que continuar. Centrarse en el Proyecto de Brandon, sería su salvación.

Les había hablado a algunos en el grupo sobre la *web* de Brandon que había descubierto, por supuesto, también quedaron muy impactados.

Entró a su correo, y para su sorpresa, tenía varios mensajes e *emails* de apoyo al proyecto, para ayudar a visibilizar las acciones que llevaría a cabo, creando entre todos una red de difusión.

Amelia se sintió realmente motivada.

Bastián, en su mensaje, la felicitaba por lo valiente que era al platearse hacer ese proyecto de comunicación. Él quería participar también con un video dando testimonio de lo bien que se encontraba tras la operación y de todo lo que había tenido oportunidad de experimentar, sin miedo al sonrojo, en los últimos cuatro años. Quería dar esperanza a otros, a que tomaran la opción que necesitasen para salir adelante, sirviendo como ejemplo.

Octavio, igualmente, quiso poner su granito de arena y contar a todos, en el grupo abierto, su experiencia en las clases de oratoria a las que asistía, y el alivio que sintió al vivir cómo si no tuviera esta patología, el día que se disfrazó de payaso y salió a repartir globos, para animar a todos a trabajar en mejorar y vivir cómo les apetezca, tal y como le aconsejó Amelia.

Este cambio de actitud y predisposición en sus compañeros, la motivo a continuar, al ver que por fin se estaban movilizandoy dándose cuenta de que no tenían por qué ocultarse. Y presentía que el proyecto de Brandon sería, para todos, un punto de inflexión.

Por otra parte, al día siguiente estaba prevista su reincorporación al trabajo, y eso la mantendría también con la mente ocupada.

Sabina ya tendría que estar en Barcelona, sin embargo, retrasó un día más su viaje para dar los últimos directrices a Amelia. Ahora ella se encargaría de esa área en Madrid. Sabina decidió dejar como apoyo a Víctor, para reforzar las nuevas tareas de Amelia. Él se encargaría de la gestión de anuncios en portales de empleo o realizar las llamadas a las personas a entrevistar. Sería el apoyo para Amelia, en ese momento en el que volvía de un complicado proceso en su vida.

Víctor entró como becario, al igual que Amelia, prácticamente unos tres

meses después, para el departamento de formación y calidad. Era más joven que ella, tenía apenas veintitrés años, pero era muy despierto, organizado, metódico y contaba con una gran habilidad para caer bien a todo el mundo. Era muy sociable y sabía cómo ganarse a la gente; tanto compañeros, como jefes de área y directivos. Todos le conocían. Además, era eficiente en su trabajo y cordial, por eso había logrado que cada vez le fueran asignando tareas con mayor responsabilidad en estos dos años.

Amelia llegó a la oficina y cuando le trasladaron esa decisión, en principio, no se lo tomó mal. La liberaba de las tareas banales para centrarse en lo importante, pero no le quitaría ojo. Pensaba que si con su encanto personal y habilidades había logrado estar de ayudante... ¿qué más podría lograr ese chico?

Ahora más que nunca debía estar enfocada y darlo todo en el trabajo. Tenía que volcarse al máximo y demostrar a Sabina que podía sacarlo adelante.

Sin embargo, los primeros días de trabajo fueron complicados. Era difícil para ella concentrarse en las tareas, sus puntos de equilibrio habían sido duramente golpeados.

Su madre, que incluso estando casi en estado vegetativo era un gran referente para ella de lucha, tesón y valor... ya no estaba. Y Marion, su gran pilar, su principal apoyo. Ahora tampoco estaba. Algunos días dudaba de si se había equivocado en tomar esa decisión al terminar con Marion. La ruptura le había afectado mucho más de lo esperado, aunque no lo exteriorizaba a los demás, ciertamente había sido devastador.

Por eso Oliver y las chicas intentaban mantenerla ocupada; cada día le proponían planes para quedar después del trabajo, unas veces era Oliver, otras Bea, Julia y Diana, o en su defecto, se juntaban todos en casa. Sin embargo, ella necesitaba tomarse su tiempo y por eso quiso hablar con ellos.

»—Gracias por vuestras atenciones, chicos. Pero en algún momento tendré que estar a solas conmigo misma de nuevo, y mejor si es lo antes posible. Necesito readaptarme a mi nueva situación, si no, no podré asimilarlo nunca —les dijo, precisamente en la última reunión con el grupo.

Necesitaba poner sus ideas en orden y tomar algunas decisiones. Para eso siempre le ayudaba dar un largo paseo. Saliendo del trabajo, en vez de tomar el metro, decidió ir caminando hasta casa. Necesitaba reestablecer su equilibrio. Comenzó a caminar pensando en eso, y lo cierto es que dicen que el equilibrio personal se basa en la pirámide de Necesidades de Maslow.

Sacó su móvil y buscó esa información.

«Según la teoría del psicólogo Abraham Maslow existen cinco niveles principales de necesidades, y el ser humano solo buscará cumplir las del siguiente nivel teniendo cubiertas las del anterior, consiguiendo así el equilibrio personal».

Pensó que podría ser divertido ver esos cinco niveles y averiguar en qué punto estaba. Continuó caminando mientras leía el artículo.

Primer nivel: Necesidades básicas, Respiración, «ok», Alimentación, «ok», —Iba leyendo y poniendo *check* mentalmente en las que cumplía— Descanso, «ok». Sexo, ¿Sexo? ammmm... «Pues hasta aquí hemos *llegao*», pensó. Y le salió una carcajada, que sobresaltó a la señora que esperaba junto a ella en el semáforo.

—¡Uy!, disculpe —le dijo poniendo una mueca. Cruzó y continuó con el siguiente nivel. Con cuatro «ok», de cinco, lo dio por superado. «Además no hacía tanto desde...»

—Siguiente —dijo en alto, haciendo *scroll* en la pantalla, para leer el próximo nivel.

Segundo Nivel: Necesidades de seguridad, física «ok», privacidad, «ok», estabilidad económica, «con el aumento por el nuevo cargo, desde luego es un OK, pensaba que podría ser un ok más grande, pero...» Salud, «ok»...

En general el segundo nivel también lo dio por bueno.

Tercer Nivel: Necesidades de Afecto, Amistad, «esto es un super Ok», Familia... Pareja...

En este punto Amelia quedó abrumada, con la pérdida de su madre ya no tenía más familia directa, sus ojos se empañaron de repente. Y en lo referente a pareja la puerta estaba cerrada, ella misma la había cerrado, de un portazo, tan fuerte, que aún resonaba.

Pensaba que quizá eso de la pirámide de Maslow no había sido tan buena idea. Bloqueó el móvil y lo guardó en el bolso.

Caminaba lento por el pesar de esos recuerdos, mirando al suelo. Entonces vio una sombra alargada; alguien venía por la calle contigua, sus pasos se escuchaban cada vez más cerca hasta que lo sintió caminar por detrás.

—¡*Servesa!*

Amelia se giró al escucharlo.

—*Servesa*, ¿quiere *servesa*? —le dijo el muchacho, mostrándole una bolsa con latas de cerveza de varias marcas. Era un vendedor ambulante de

calle. Amelia le miró un segundo con las cejas arqueadas y una mueca hacia abajo. «¿Por qué no?», pensó.

—Dame dos, por favor —dijo algo apesadumbrada.

Al tocar la lata pudo comprobar, para su sorpresa, que estaban frescas. Metió una en su bolso y mantuvo la otra en la mano. Pagó al muchacho la cantidad indicada, abrió la cerveza y continuó tomándola por el camino.

No podía dejar lo de la pirámide a medias, asique, solo por curiosidad y obviando de momento el nivel de necesidades afectivas, sacó de nuevo el móvil.

Cuarto nivel: necesidades de reconocimiento, aprobación social y auto aprobación... Aquí entraba la autoestima y el autoconcepto; decía el texto «ahora mismo lo tengo un poco bajo mínimos, este tema, casi...que pasamos a la cúspide a ver que hay», pensó dando un trago largo a su brebaje de la felicidad.

Nivel cinco: necesidades de autorrealización. Según se podía leer, al parecer era el punto en el que te sientes en plenitud con la vida, que consideras que no necesitas nada más, que has ido logrando tus objetivos y metas a todos los niveles. En definitiva, poder llegar a decir que te sientes completa y satisfecha con tu vida...

Justo en este punto, Amelia se paró en seco, se bebió de un trago lo que quedaba en la lata, sacó el segundo bote de su bolso y repitió la operación. Se la bebió tan rápido que parecía agua. No, definitivamente iba a dejar de pensar en Maslow y su *encantadora* pirámide.

Ahora iba andando algo aturdida, no debió haber bebido esa segunda cerveza tan rápido. Ya estando en las últimas calles en dirección a su piso, escucho voces de una pareja caminando detrás de ella. Solo que en su cabeza se escuchaba como si estuvieran metidos en una cueva. La risa de la mujer le irritaba, y no sabía si era por la felicidad asquerosamente envidiable que desprendía o simplemente por lo agudo de su tono. A cada paso las voces fueron cesando, haciéndose gradualmente menos intensas, hasta desaparecer.

Amelia miró para atrás algo tambaleante; la pareja ya no estaba, quizá giraron en la esquina por la otra calle. De cualquier forma lo importante era que ya no retumbaba en su cabeza ese desagradable carcajada. Caminó en silencio, ya de noche bajo la tenue luz de las farolas. Iba caminado tranquila, hasta que un ruido de nuevo la sobresaltó. Se giró de repente; le pareció como si alguien hubiera dado una patada a una lata de refresco o algo así, de nuevo no encontró a nadie tras ella.

Algo alterada simplemente aceleró el paso, tenía la sensación de que alguien la vigilaba, estaba a dos calles de su piso, así que sin perder el ritmo e intentando estar lo más alerta posible a su entorno, comenzó a buscar en su bolso las llaves para no perder tiempo y tenerlas a mano antes de llegar incluso al portal. Giró la esquina tan rápido que se topó de frente con un hombre. La hizo sobresaltar, lo que activo el rubor en su rostro de inmediato.

—¡A ver si mira por donde va! —le gruñó el hombre con la voz temblorosa de un octogenario.

—Lo siento, no le vi —se disculpó Amelia, encaminándose de nuevo calle arriba, mientras aún escuchaba a lo lejos las quejas del anciano. Pasando la esquina siguiente ya pudo ver su edificio. Fue directa hacia el portal, abriendo rápidamente con la llave. Respiró de alivio al encontrarse por fin en casa.

El paseo no había sido esclarecedor para nada, ni mínimamente reconfortante, de hecho todo lo contrario, resultó más bien inquietante. Dejó las llaves en el boll de la entrada y pensó que necesitaba calmarse, tomarse un tiempo para ella, con tranquilidad y desconectar de todo lo sucedido hasta el momento. Quizá la clave era romper con la rutina.

«Comienza una nueva etapa y cada nueva etapa en la vida exige una nueva versión de ti misma», con esa idea en la cabeza se sirvió una copa de vino blanco del refrigerador, y ese primer trago helado, encendió todo su sistema activándola por completo. Inició *YouTube* para escuchar los vídeos desde la TV del salón, y puso de fondo un concierto de los *Fat freddys drop*, le encantaba la voz cálida de Dallas, el vocalista.

Entonces comenzó a tomar decisiones. Porque de eso se trataba, de pasar de pensamientos a decisiones. Empezando por renovar el salón. Se puso a cambiar los muebles de sitio dándole un nuevo estilo. Fue a su armario y revisó su vestuario para, quizá, hacer un cambio de *look* combinando su ropa de otra manera. Desde luego un corte de pelo era un hecho. Mañana mismo sería un buen día para ello... y necesitaba algo radical. «Bea es experta en eso, le pediré consejo», pensó.

Se puso a ojear algunas revistas, que Diana se había dejado hacía meses, sobre peinados y estilo ejecutivo. Diana seguía mucho las modas de Londres y EEUU. Estaba totalmente llena de energía haciendo los cambios de mobiliario según el modo *fen shui*, como decía la revista; aportaba equilibrio y tranquilidad. Decidió también modificar el dormitorio; la situación de la cama, los cuadros y fotos, tapó el espejo, estaba desatada. Pero, se paró en

seco frente al armario en el que Marion dejaba su ropa y sus cosas. Aún no había pasado a recogerlas, después de casi dos meses desde que lo dejaron.

Tomó otro trago más de vino, finalizando la copa de un tirón, y abrió el Armario. El perfume varonil de Marion lo impregnaba todo y ese simple hecho le trajo a la memoria cantidad de recuerdos asociados. Comenzó a sacar toda la ropa descolgándola de las perchas, tomó una bolsa grande y la llenó rápidamente con todas sus cosas, en medio del caos, no se había dado cuenta de que las lágrimas le estaban brotando hasta que paró y se sentó en la cama, mirando la bolsa y pensando en cómo una relación llena de experiencias, emociones y momentos inolvidables, cabía por entero en una simple bolsa.

El timbre de la puerta sonó de repente. Amelia parecía no haberlo escuchado ya que continuó ensimismada sentada sin más observando la bolsa. El timbre volvió a sonar, en esta ocasión reaccionó frotándose los ojos para intentar limpiar sus lágrimas. «¿Marion?», se preguntó a sí misma. Fue corriendo hacia la puerta, abrió directamente sin mirar por la rejilla, esperando que fuera él. Entonces la desilusión paso a ser intriga, al ver en su puerta a Víctor.

—¿Tú qué haces aquí? —espetó.

—Buenas noches a ti también —dijo él con cierta rudeza.

—Sí, disculpa, es que no te esperaba.

—¿Te encuentras bien? —le dijo—, tienes los ojos enrojecidos.

—No, no me pasa nada estoy limpiando y será del polvo —se excusó evasiva.

Víctor se dio cuenta de que su pronunciación no era perfecta, la notó achispada y su actitud normalmente correcta en el trabajo, dejaba paso a la naturalidad en este otro contexto. Sin embargo no comentó nada al respecto.

—Bueno, disculpa que venga a tu casa, pero me ha llamado Sabina, dice que te ha estado llamando varias veces en la tarde y le saltaba la locución de móvil apagado.

—Sí, lo siento. He estado algo desconectada esta tarde. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó intrigada, mientras le indicaba con la mano que pasase dentro.

—Gracias —aceptó Víctor, antes de explicarle—. Sí, más o menos. Me ha trasladado que la ampliación del departamento finalmente será mayor de lo esperado. Nos afectará directamente en la sede de Madrid y se deben hacer los presupuestos por cada recurso invertido, previsión de la inversión en RR.HH, tecnología, equipos, *etc.*

—Pufff, ¿en serio? —resopló Amelia, aturdida.

—Sabina ha dejado indicado que necesitan esos balances sí o sí para mañana. Y te habías dejado los registros y tus apuntes en el despacho. Aquí te lo traigo —le aclaró sentándose en el sofá del salón—, esto se necesita para la reunión matinal de Barcelona, que realizaremos en conexión simultáneo desde Madrid mañana a primera hora. Por tanto, hay que dejarlo enviado esta noche o mañana de madrugada, sin falta.

—No, perfecto, la presión me encanta —dijo Amelia con ironía.

—Me ha dicho Sabina que te traslade que es consciente de que es un trabajo extra, pero que se nos bonificará por cada hora invertida, o bien con días de vacaciones.

Amelia, aún algo impactada por la gran cantidad de datos y su propia indisposición, tomó su archivador de las manos de Víctor, arrebatándoselo con cierto recelo.

—He revisado por encima los puntos a tratar —aclaró Víctor—, y hay cuestiones que por rango yo no puedo hacer, por eso no me ha quedado más remedio que venir —continuaba diciendo, mientras ella le miraba de reojo, aun readaptándose a los nuevos acontecimientos. Pensaba pasar una noche a solas, pero finalmente ambos se sentaron para hacer el *planing* de tareas.

—Perdona, ¿quieres tomar algo? —dijo volviendo un poco en sí—. Me has pillado algo descolocada con todo esto, y no te he ofrecido nada aún. Y por cierto, disculpa el desorden. Digamos que he decidido hacer una reestructuración del piso y está todo un poco, en fin, como ves.

—Tranquila, no pasa nada —alcanzó a decir Víctor—. Aunque pensé que era por que habías montado una fiesta, con la cantidad de copas de vino y cerveza que hay por la mesa.

Él pretendía tantear la situación, sabía que algo le había pasado, pero la confianza entre ellos a nivel personal, aun no era tan cercana como para preguntar directamente.

—No, pues no es una fiesta, es solo un cambio de perspectiva —dijo algo molesta y de manera evasiva, sin profundizar más en el asunto.

—Bien, entonces tomaré lo que tu estés tomando —cortó Víctor al ver que ella no quería hablar de la causa real, de todo ese alcohol.

Víctor era joven y parecía *muy* joven, con su pelo estilo *spiky*, delgado y prácticamente lampiño, pero tenía una madurez y un saber estar propio de alguien que había tenido que forzar su niñez para ser adulto rápidamente. Eso le causaba una gran curiosidad a Amelia. «¿Qué historia había detrás de esa

personalidad, que parecía haber sido creada para ganarse la confianza de todo el mundo?» Se preguntó, intrigada. Realmente no conocía mucho de él a nivel personal, lo cierto era que habían estado trabajando en la misma empresa todo ese tiempo, y en realidad no se conocían.

Amelia le sirvió una copa de vino tinto, de una nueva botella que había abierto previamente.

—Yo estaba tomando vino blanco, pero me temo que me he bebido la última, esto es lo que tomaremos ahora —dijo entregándole la copa con cierta desidia.

—Por mí está bien —aceptó Víctor—. ¿Continuamos? Es que he quedado en un par de horas con un amigo para devolverle un juego, y después iré a mi casa a terminar esto.

—Estas tareas son fáciles —le indicó Amelia—, simplemente tienes que estructurarlas bien, pero no te llevarán más de un par de horas. Y por cierto..., ¿has dicho un juego? —retomó Amelia—. Un juego, ¿de qué?, ¿un juego de mesa?, ¿un videojuego?, ¿qué? es eso, ¿verdad? Aun jugando con videoconsolas, ¿no? O sea, que no eres tan maduro y correcto como parece.

—¿Eso crees?, ¿que soy maduro? Bueno, tengo veinticinco años, es lo mío, ¿no? soy un adulto —bromeó hinchando el pecho y poniendo la voz más grave que tenía—. Y no, no es un videojuego, es un juego de Roll, si tanto te interesa—respondió sin tener muy claro si eso mejoraba su situación.

—¿Un juego de Roll? —repitió Amelia, en un tono a medias entre sorpresa y mofa.

—Exacto —dijo Víctor con una sonrisa de medio lado al ver que la actitud y comportamiento de Amelia estaban cada vez más afectados por el alcohol.

Estaba sociabilizando, algo que observó, no hacía demasiado, menos con Bea, del departamento comercial, y por supuesto las interacciones justas para el desempeño de su trabajo. No entendía cómo, una persona tan retraída y poco comunicativa como ella, podía trabajar en RRHH. Especuló Víctor.

Realmente pensaba que estaba envuelta en un halo de misterio, siempre tan hermética y distante, siempre correcta. La consideraba muy eficiente en el trabajo, pero carente de habilidades sociales que él creía absolutamente necesarias para el perfil del departamento. Sin embargo, Víctor había podido comprobar en este tiempo que, a pesar de eso, era realmente buena en su trabajo; siendo algo que admiraba en ella.

En cierta medida, sin saberlo, el uno era el complemento perfecto del

otro. Pero Sabina, sí lo había tenido en cuenta, y por eso, de forma muy inteligente les puso a trabajar juntos.

—Ok, ok, entonces te van los juegos de Roll, eres de esos ¿eh?, ya sabes *freaky* —le picó riéndose—. No voy hacer ningún comentario al respecto, no voy a llamarte *freaky*, ni nada parecido, no lo hare —balbuceaba sin parar de reírse.

Víctor podía ver que no estaba concentrada en el trabajo, y precisamente a él le habían encomendado informarla y que todo quedase cerrado para el día siguiente.

—Vaaale, creo que deberías dejar de beber por el momento. Sea lo que sea que te haya sucedido, el alcohol no lo va a solucionar. Si quieres luego me lo cuentas y si te puedo ayudar perfecto, así lo hare, pero ahora necesitamos que te concentres en esto, ahora esto es lo importante. ¿De acuerdo? —la reprendió con determinación.

Amelia se sintió algo ofendida, incluso atacada por las palabras y el trato condescendiente. Entonces el rubor en su rostro se hizo notar a raíz de esa tensión inicial.

Pero pensó que el muchacho tenía toda la razón, el alcohol no iba a solucionar nada. Estaba algo aturdida, aunque consciente de todo, sin embargo, esa noche quería evadirse, necesitaba perder el control un poco y no ser siempre la profesional y persona correcta que todos esperaban, hoy solo quería un cambio, salir de la rutina.

Víctor, que aún la miraba esperando su respuesta, se inclinó para retirar la copa de la mano e intentar que se centrara en la tarea. En ese momento Amelia se giró y le dio un beso robado, se lanzó sin pensar o quizá pensando: «Y... ¿porque no?»

Él se retiró sorprendido, pero manteniendo una media sonrisa en la boca.

—¿A qué estás jugando? Además, ¿tú no tenías un novio? Ya sabes, ese que te trajo flores con varios portadores formando tremendo *show* en la oficina —Víctor no esperó la respuesta de Amelia— Ajahh, ¡¡Es eso!! —exclamó con ímpetu—. Ahora lo entiendo, de ahí todo el alcohol, el *cambio de perspectiva* con el mobiliario, y demás. Habéis terminado, ¿verdad? Lo siento estará siendo duro para ti —dijo con aparente sinceridad.

Amelia no añadió nada al respecto; ni confirmó, ni desmintió sus sospechas. Simplemente dijo:

—Vamos... ¿Y por qué no? —Pero esta vez lo comentó en alto, dibujando una sonrisa traviesa, empeñada en lograr su objetivo.

—Mira Amelia, ese beso y tu nueva actitud más relajada me han hecho ver que eres alguien a tener en cuenta como para seguir conociendo, y la verdad ahora te veo más sexy que nunca, si he de ser sincero. Pero... es evidente que no es tu mejor día, que estás bebida y que...

Amelia no le dejó terminar y volvió a besarle, esta vez sin parar, sin darle tiempo de réplica. Se situó a horcajadas sobre él muy despacio, como jugando, acomodando su falda para quedar con las rodillas en el sofá. En ese momento Víctor quedó a la expectativa. Sentada sobre él comenzó a besarle de nuevo lentamente, rozando sus labios mientras le acariciaba la mandíbula, el cuello, pasando sus dedos entre el pelo de la nuca. Ahí ya no pudo quedarse quieto realmente ella había logrado excitarle y se rindió, dejándose llevar.

—De acuerdo, si de verdad quieres esto, yo también.

Amelia sonrió por haber ganado la batalla, y comenzó a besarla sin parar. Ella se quitó la blusa rápidamente y le ayudó a sacarse la camisa, rompiendo el botón final, que no acertaban a desabrochar.

Él la tomó de la cintura para tumbarla en el sofá y comenzó a besarla despacio por el cuello acariciándola y besando sus pechos, bajando por la cintura hasta perderse bajo su falda, haciéndola disfrutar. Después se incorporó para deshacerse rápidamente del resto de la ropa, mientras ella se bajaba la cremallera de la falda, quitándosela y moviéndose a un lado para volver a la posición inicial. Él se sentó, ya con el preservativo puesto que muy hábilmente había sacado de alguna parte de su cartera. Amelia se puso encima sintiéndole dentro por fin, comenzó hacer movimientos de vaivén, apoyándose sobre el respaldo del sofá para ir aumentando el ritmo, ambos jadeaban a la par, disfrutando el momento. Él la agarró de las caderas para profundizar cada vez más. Ella terminó, mordiéndole en el cuello de puro placer y él gimió al tiempo, liberando toda la tensión...

Después ambos quedaron exhaustos, sentados en el sofá uno al lado del otro, con la respiración agitada, y el pelo desarreglado, se miraron y él dijo:

—¿Estás muy loca, eh? —ambos se echaron a reír, ¿Ya te has quedado más relajada, te has quedado a gusto?, le preguntó Víctor en tono jocoso.

—Pues sí, lo cierto es que sí —confesó Amelia—, me ha sentado bien. Aunque ahora la situación es algo extraña, ¿no? ¿Te ha parecido mal o fuera de lugar? Es decir —aclaró—, ¿crees que será incomodo a partir de ahora...? En la oficina, digo.

—Extraño... un poco, porque no me lo esperaba para nada. Mal: en absoluto —afirmó con una sonrisa traviesa—. Incómodo... creo que no. De

hecho, ahora me pareces más normal y humana que antes.

—Bien, muchas gracias —replicó Amelia—. Pues, por desgracia, yo creo que sí me arrepentiré de todo esto mañana.

—¿Por qué?, si ha estado increíble. —Amelia le miró en silencio negando con la cabeza.

—Puff, bueno, ya está hecho —dijo ella, cerrando el capítulo.

Tomaron un par de minutos de resuello.

—Entonces, tenemos que terminar de repartir los balances, ¿no? —dijo Amelia—. Mira, puedes usar la ducha que está al lado de la habitación, yo iré al baño pequeño. Nos vemos aquí en diez minutos.

—Ok, ¿sincronizamos los relojes? —bromeó Víctor.

Amelia ni respondió. Se dio una ducha rápida, con sentimientos encontrados. Pensaba que necesitaba algo así, visceral, para romper con lo anterior. Sin embargo, algo le decía que, quizá, esa no había sido la mejor forma. De igual modo, ya estaba hecho. Ahora debía concentrarse en el trabajo.

Víctor volvió a vestirse y Amelia apareció ataviada con un albornoz azul claro con el logotipo del hotel en la solapa. Víctor sonrió al verlo.

—Vale, no diré nada, no te llamare ladrona ni nada parecido. Amelia negó con la cabeza.

—No fui yo quién lo robó.

El perfume limpio y natural de Marion aún estaba en ese albornoz y miles de recuerdos y sensaciones, mezclados con cierto sentimiento de culpa, se le clavaron como dagas.

Concentrados ya en el trabajo, Amelia le asignó sus tareas, le dio los parámetros y dejó el registro en el organigrama. Ambos estuvieron de acuerdo y Amelia se despidió de Víctor acompañándole hasta la puerta.

—No pienses en esto demasiado, solo ha sido una liberación de tensiones que ambos hemos disfrutado, creo —dijo guiñándole un ojo. Amelia le miró con desaprobación.

—Sí, soy consciente, pero tranquilo, no se volverá a repetir.

—Mira que, la reunión de mañana, seguro genera mucho estrés —le advirtió Víctor

—Vale, retiro lo que dije antes —indicó Amelia—, eres un inmaduro.

—Vamos, que estoy de broma.

—Bien, bien..., te veo mañana entonces. Y no te acuestes hasta dejarlo terminado.

Amelia cerró finalmente la puerta preguntándose; «¿Pero qué he hecho?»

La propuesta

Sin haber dormido apenas la noche anterior, y ya con todo finalizado para la presentación, Amelia había conducido casi como un autómata hasta el trabajo, por eso se quedó cinco minutos en el *parking* de la oficina, intentando centrarse en lo que le esperaba para la jornada de hoy.

Pero era tarde, ya tenía que entrar, la reunión de presentación de los presupuestos tendría lugar en la sala de juntas *Iceberg* en una hora. No había dormido apenas entre los balances, recuerdos con Marion que se entrecruzaban con imágenes turbias de su encuentro con Víctor. No sabía ni qué reacción tendría al verlo, o cómo comportarse.

Amelia entró y se quedó esperando el ascensor, rezando por no encontrarse con Víctor cuando las puertas se abrieran. O algo peor; Víctor, más algún compañero. Solo de pensar esa incómoda situación de tensión ya sentía calor en las mejillas, sin poder evitarlo. Sopesó por un momento la opción de subir por las escaleras, eran nueve pisos. Entonces, el recuerdo de la historia de Brandon cruzó por su mente. Él subía once pisos por evitar esa situación; para evitar encontrarse con gente en ese espacio tan reducido. Un escalofrío le subió por la espalda. «No, no voy a dejar que esto me desborde, voy a tomar el ascensor y enfocarme en la reunión». Se dijo a sí misma con determinación.

El ascensor llegó al noveno piso, Amelia salió algo apurada y saludó a Ricardo, que también llegaba justo en ese momento a su puesto en recepción.

—Buen día Amelia, ya he dejado la sala *Iceberg* limpia y en orden para la reunión.

—Perfecto, gracias Ricardo —dijo, dirigiéndose ya por el pasillo a su despacho.

En la reunión también estarían los directivos de ventas y coordinadores comerciales, por tanto se sentía algo aliviada porque, al menos Bea, estaría allí. Dejó sus cosas en el despacho y preparó todo para la presentación. Le pidió a Sara, a falta de Víctor, que ya llegaba tarde, que se encargase de reponer todo lo necesario en sala y regular el aire acondicionado para que la temperatura fuera la ideal. Sara sabía cómo le gustaba a Amelia; algo más fría en su lado, ya que las presentaciones, al no realizarlas a menudo, le generaban tensión, y más últimamente. Se sentía caótica en su interior, como una silla

sujeta solo sobre las dos patas traseras, en vilo, y totalmente en desequilibrio.

Era la hora. Amelia comenzó nerviosa pero se fue relajando en los primeros minutos. Entonces la puerta de la sala se abrió. Era Víctor, que entró y se acercó a ella. Al pasarle los archivos, sus manos se rozaron y al retirarse, se le cayó toda la documentación. La carpeta dio sobre la taza de café situada en la mesa y todo quedó en el suelo. Algunos de los documentos quedaron inservibles, la tensión se hizo presente en cada uno de sus músculos, que la dejaron totalmente bloqueada. Intentó excusarse y tomar tiempo para recomponerse, pero sentía la cara palpar por el enrojecimiento. Mientras intentaba recoger todo de nuevo, continuó hablando de memoria intentando dar con la hoja de presupuestos, para mostrar los porcentajes exactos.

Cada vez más alterada, sentía que todos la miraban, como si no la estuvieran escuchando, y se vio juzgada, se sintió juzgada, pensando en que seguramente se estaban preguntando; «¿Por qué esta tan roja?» Esos directivos no la conocían, no sabían su historia. Se sintió increíblemente perdida, al punto de que no pudo continuar. Se disculpó, diciendo que tenía los balances en su ordenador, y que debía ausentarse un minuto para ir a recogerlo, entonces continuarían con la presentación.

Salió de la sala de reuniones tan rápido como sus debilitadas piernas le permitieron. Fue al baño y se lavó la cara con agua fría mojando su nuca, para intentar calmarse, tenía que volver a la sala, ¿cómo iba a dejarlo así? Tenía que terminar la presentación, pero quedó encallada en sus propios pensamientos, «¿cómo voy a enfrentar esto ahora?, ya todos me están prejuzgando, seguro. ¿Qué estarán pensando?» se repetía una y otra vez

En la sala de reuniones estaban desconcertados, pero todo debía continuar, así que Víctor logró recoger y reordenar la documentación y continuó la presentación con su parte de balances, haciendo tiempo y usando todo su carisma para alargarlo hasta que Amelia volviera para continuar, si es que volvía.

Ella seguía paralizada en el baño. Era como si tuviese una regresión a su época de universidad, y se sintiera en total descontrol. «¿Cómo es posible que esto me esté superando de nuevo?» Se preguntaba con desesperación frente al espejo. Pero no iba a dejar que eso sucediera. Después de respirar profundo durante cuatro series de ocho repeticiones, contralando los tiempos, consiguió tranquilizarse y pudo salir de nuevo al *ring*. Volvió a la sala, con determinación, indicando que ya que muchos presentes no la conocían quería trasladarles su situación haciendo referencia la patología. Así se quedó

tranquila y a partir de ese momento se mantuvo concentrada en la reunión; explicó cada detalle, respondió dudas y después de casi una hora, finalizó la presentación con éxito relativo.

Tras la reunión, Bea no tardó en ir hasta el despacho de Amelia donde se encontraba resguardada, después de lo ocurrido.

—¿Qué te ha pasado en la presentación? —le espetó nada más entrar. Cerró la puerta y se sentó en una de las sillas frente a la mesa de Amelia, viendo a su amiga descolocada, se acercó y se situó de cuclillas junto a ella —. ¿Qué te pasa?, cuéntame, ya me empiezas a preocupar.

—Puff, mírame, soy un desastre... —farfulló Amelia—. He estropeado la presentación, todo ha sido una locura, estoy descontrolada. Os dije que necesitaba tiempo para poner mis asuntos en orden. Pero me siento perdida, insegura, y hago tonterías como... como la de anoche.

—¿Qué tontería?, ¿qué pasó? —preguntó Bea, intrigada.

—Puff... Víctor. Pasó por mi piso a traer mis balances y mi agenda... y bueno, yo había estado bebiendo desde que salí del trabajo; cervecitas, unas copas... —Hizo una pausa con un silencio atronador que sabía a culpa, no hizo falta más. Bea la miró con los ojos y la boca redondos.

—¡No!.., dime que no. —negaba incrédula.

—Sí —afirmó Amelia.

—¿¡Te has liado con Víctor!?! —dijo gritando, en susurro, si es que es eso posible.

Amelia asintió con la cabeza, mientras se tapaba la cara con las manos, confirmándolo.

—Vamos a ver —dijo Bea incorporándose para arrastrar la silla y sentarse frente a su amiga, y continuó—, todo esto es normal. Muchas cosas están cambiando en tu vida, y que hagas esta clase de cosas es normal, porque tu mente está buscando una vía de escape. Y para liberar estrés, reconozcámoslo; el sexo es una muy buena opción, tonta no eres. —Ambas se rieron, restándole importancia a la situación.

—Lo sé, esta clase de cosas no son normales en mí —afirmó—. Pero es que anoche bebí muchísimo, y estaba recogiendo todas las cosas de Marion. Creo que simplemente tenía que cerrar esa puerta, y bueno, ya está cerrada.

—¿Es realmente lo que quieres?

—Bueno, Marion ya se ha marchado...

—Eso no es lo que te he preguntado. Y por otra parte no le diste más opciones.

En ese momento alguien llamó a la puerta, Bea se levantó y volvió a colocar la silla en su sitio.

—Puede pasar—indicó con firmeza Amelia, recomponiéndose.

La puerta se abrió lentamente; era Víctor. Ambas se miraron resoplando aliviadas.

—Pensábamos que quizá era algún directivo.

—Más o menos —continuó diciendo Víctor—. Resulta que Samanta, de la consultoría externa del programa, ha dicho que quiere hablar contigo, Amelia. Ahora, si es posible.

Amelia miró a Bea con cara de extrañada.

—¿Qué querrá decirme...?

—¿No te ha dicho sobre qué? —preguntaron ambas, casi al tiempo.

—No, solo ha preguntado por ti, y si estabas libre para una reunión rápida. Está esperando en la sala con el resto de directivos.

—Y bueno —dijo finalmente Amelia—, no la hagamos esperar, veamos que quiere comentarme.

Antes de irse Víctor quiso añadir algo.

—Por cierto, perdón, me retrasé para la presentación, siento lo ocurrido. ¿Tú estás bien? —Se interesó con verdadera sinceridad.

—Ya hablaremos luego de eso, pero ahora veamos qué quiere Samanta.

—De acuerdo —asintió Víctor con cierta sensación de culpabilidad, y salió a avisar. Bea también se marchó.

—Luego me cuentas —dijo gesticulando.

A los pocos segundos Víctor hizo pasar a la misteriosa mujer que la tenía en vilos por la incertidumbre.

La reunión duró casi cuarenta minutos, finalmente. En el interior del despacho Amelia no podía creer la propuesta que la mujer le había planteado. Para nada se esperaba, ni por asomo, algo parecido. No sabía ni qué responderle, ni siquiera sabía si sería capaz de llevarlo a cabo. Realmente era todo un reto personal, y precisamente de eso se trataba. Samanta quedó impresionada por el modo en el que Amelia había logrado recomponerse de la situación que había tenido lugar durante la reunión, demostró ser todo un ejemplo de superación personal.

Pidió hablar con ella para conocer algo más de esa patología, a qué nivel afectaba a su vida y cómo había ido lidiando con ello. Quedó impresionada por las experiencias vividas por Amelia. Resulto que además, Samanta, inició hace años un proyecto en Madrid en las que organizaba ponencias del formato

TEDx independiente, y cada año invitaban a personas que, cómo Amelia, tenían una historia de superación que contar.

—Los ponentes principales los tenemos cerrados ya desde hace seis meses, prácticamente, pero si te atreves a dar el paso, puedo ponerte como convocada para esta edición, que tendría lugar dentro de cinco semanas, exactamente.

Amelia recordó de pronto la lista de Brandon. Entre las cosas por hacer había un discurso en público. Bien, ahora sí, le estaban poniendo en bandeja la oportunidad perfecta para iniciar el proyecto Brandon. Este podría ser el principio de todo. Así que sin pensarlo demasiado, y con la sensación en el estómago de salto al vacío, aceptó el reto. La mujer salió de su despacho dejando a Amelia aún en *shock* por lo que le venía encima. «¿Cómo iba a afrontar aquello?, seguro se pondría incandescente hablando en el escenario» pensó. La mente de Amelia iba a mil por hora, los nervios de solo pensarlo, había tornado su rostro carmesí. En ese momento Bea entró de nuevo en su despacho. Había estado esperando hasta que salió la mujer.

—Bueno, ¿qué ha pasado?, ¿qué te ha dicho? —preguntó impaciente Bea. Amelia la miró con el ceño fruncido, aun rumiando la propuesta.

—Quieren que haga de ponente en *TEDx*.

Bea simplemente exclamo:

— ¡¿Qué?! —en un tono realmente muy agudo.

Betabloqueantes

Entró caminando al *parking*, estaba oscuro. Apenas un haz de luz entraba por la claraboya, dejaba ver unas paredes grises de argamasa. Olía a humedad y alquitrán. Sus pasos retumbaban haciendo eco en la inmensidad del espacio, completamente vacío. Un ruido metálico, le hizo girar la cabeza, se habían abierto las puertas de un ascensor situado al fondo. La luz parpadeante del cubículo arrojó algo más de claridad al siniestro lugar, caminando con cierta inseguridad, entró al ascensor buscando la salida. El cuadro de botones a su izquierda, algo destartado, tenía varios números borrados. De manera instintiva pulsó para subir al piso nueve, como si supiera donde iba. Las puertas comenzaron a cerrarse, entonces escuchó como un quejido afuera, y rápidamente, puso el pie en el sensor entre las puertas, para impedir que se cerrasen.

Al asomarse vio un par de cachorros; un perrito y un gato andaban perdidos. Les llamó para que vinieran, el perrito en seguida se metió en el ascensor, el gato quedó rezagado. Salió y lo tomó en brazos, entró de nuevo al reducido espacio dejando, esta vez, que las puertas se cerrasen. La caja hizo un gran estruendo para iniciar el ascenso, elevándose con dificultad, muy lentamente, cuando de pronto quedó encallado, se paró en seco, dando una sacudida que les hizo tambalear. La luz parpadeante se fundió con un chispazo, la luz roja de emergencia era su única guía ahora.

No tenía miedo. Sentía que sabía lo que había que hacer. Dejó al gato en el suelo cerca del otro cachorro, alzó los brazos para sacar uno de los paneles cuadrados del techo que estaba en la esquina, lo sacó con cuidado hacia arriba, y lo deslizó para abrir el hueco. Subió primero a los cachorros dejándolos a salvo, en lo alto del ascensor. Después se agarró a cada lado del hueco, dando un salto tomó como punto de apoyo la barra que hacía de asidero y así poder impulsarse hacia arriba, ayudándose con los brazos, logró quedar también encima del ascensor.

Estaba todo negro, lleno de hollín y al mirar hacia arriba, las cadenas gruesas que sostenían la caja metálica, llegaban al infinito hasta que se perdían en la negrura. Al mirar de nuevo para coger a los cachorros vio que no estaban, miró por el hueco del techo abajo, y no estaban.

Había una abertura que dejaba pasar una franja de luz, de las puertas

entre abiertas del piso superior, pensó que quizá lograron salir por ahí. Haciendo fuerza empujó las puertas para abrir más el hueco, entonces cayó un líquido viscoso que se derramó sobre su camiseta, tenía un olor pestilente a podredumbre.

Abrió del todo las puertas y subió a pulso al piso siguiente, una vez allí en pie, una luz cegadora le impedía ver nada. Se encontraba en una sala completamente blanca. Miró hacia abajo; a sus pies, los sentía húmedos. El suelo estaba encharcado por completo de agua. Cuando volvió a levantar la vista, el horror que sintió fue inmenso, quedó paralizada. El miedo le impedía articular palabra, el agua se volvió sangre, y de frente, una pila de osos pardos muertos, colocados unos encima de otros, formaban una gran montaña de cadáveres hasta donde se perdía la vista. Lo intentó pero no pudo gritar. Se llevó la mano al pecho, dando un paso atrás, perdió el equilibrio cayendo por el hueco del ascensor.

Sintió una fuerte presión en los oídos y el impacto de la caída al vacío le golpeó el pecho, despertándola de repente en estado de pánico. Se incorporó en la cama con sudores fríos y la respiración agitada, el corazón le bombeaba inconstante, sentía la cabeza embotada. Esas pesadillas se habían repetido durante las dos últimas semanas.

La propuesta de Samanta le había generado una gran ansiedad, solo de pensar en lo que tenía que enfrentar. Esos extraños sueños se le repetían casi cada noche.

Intentando calmarse, respiró profundo, pero pensó que definitivamente tenía que hacer algo. No podía negarse a lo de la ponencia, ya se había comprometido, y por otra parte debía hacerlo, por Brandon, por ella, por todos. Por mucho miedo que tuviera, no presentarse a la ponencia no era una opción. Recordó la conversación que se dio en el grupo sobre los fármacos, para paliar los síntomas durante una presentación o evento público. Se levantó de la cama aún con cierta agitación, se puso la sudadera del armario de Marion, para combatir el choque de temperatura entre la de la cama a la del ambiente del piso.

Encendió la cafetera y se sentó frente al ordenador. Al sentarse la sudadera de Marion aún olía a su colonia varonil. Finalmente volvió para recoger sus cosas, procuró hacerlo cuando Amelia estaba en el trabajo, y le dejó esa sudadera, sabía que era su preferida. Le encantaba porque le quedaba enorme y la envolvía como un abrazo de Marion. Cuando él se ausentaba en sus viajes de negocios, incluso dormía con ella puesta.

Cuando se marchó definitivamente, se la dejó sobre la cama, en el bolsillo encontró una nota que decía, “Ahora y siempre”, guardó la nota en el Baúl de madera de la mesilla y la lee de vez en cuando.

Entró en el grupo *blushing* y en el *chat* general, abrió un privado a Bat24, ella hablo en el grupo sobre el uso de betabloqueantes ISSR, y necesitaba más información. Era de Chile igual que Bastián, allí estarían en horario de tarde y le hablo con la esperanza de que estuviera en línea.

Hola soy Amelia, también del grupo *blushing*, no hemos hablado hasta ahora, pero tengo una ponencia y estoy hasta con pánicos nocturnos. ¿Podrías explicarme un poco cómo funcionan los llamados betabloqueantes y cómo va lo del tratamiento que tú seguías? Espero no molestarte.

El café estaba listo, se sirvió una taza bien cargada, y mientras esperaba respuesta, no pudo resistirse y entró en el muro de *Facebook*, y el *Instagram*, de Marion para ver sus últimos movimientos. Ya estaba instalado en California, salía muy guapo en algunas de las fotos de lo que parecía una conferencia, se le veía en un segundo plano hablando con otros dos hombres vestidos también de traje, él aparecía con un gesto muy suyo acariciándose el mentón, lo hacía cuando se concentraba en lo que estuviera haciendo.

También había fotos de algunos de sus viajes de negocios... saber que ya no le tenía cerca, la hizo sentirse algo más débil de nuevo.

La ventana del *chat* se abrió, ella había respondido. Cerró la pestaña de Marion, para aparcar la cuestión y evitar ese sentimiento, centrándose en lo que realmente venía a consultar.

Estando ya en línea la compañera le respondió rápidamente.

Hola, mi nombre real es Tatiana, es que aquí tengo puesto ese Nick. En mi caso hace unos cuatro años que comencé con este horrible problema y el año pasado llegué a un punto muy crítico, porque estudio abogacía, imagínate. Hacemos hasta los exámenes orales. Entonces estaba decidida a operarme, pero antes el psiquiatra me informó de este tratamiento y a pesar de que yo ya lo había probado todo, me convenció.

Te entiendo, la universidad también fue mi punto crítico. Oye, y el tratamiento, ¿en qué consiste exactamente?, supongo que no afectará a todo el mundo por igual.

Pues a mí me recetaron dos fármacos: uno de seguimiento; dos capsulas al día y otro, que yo lo llamaba el de SOS, para tomarlo justo una hora antes de alguna presentación pública o evento. Los tomé durante seis meses, después ya no tenía miedo a exponerme. Desde eso ha pasado un año y sinceramente me cambió la vida, ahora puedo estar en frente de cientos de personas y dar charlas de dos horas sin ningún problema.

Me alegra mucho saber que se puede ir saliendo adelante con estos tratamientos. Lo has logrado y debe ser estupendo vivir sin ese miedo a sonrojarse por cualquier cosa. Gracias por compartir tu historia y por la información, creo que lo probaré.

De nada compañera, y espero que a ti también te sirva de ayuda, si tuvieras alguna pregunta más me dices. Un saludo.

Momento TEDx

Amelia no podía creer que fuera hacerlo, sin embargo, allí estaba. El día había llegado. Afuera todo estaba preparado, el ponente anterior aún estaba en el escenario, lo sabía porque el resonar de sus palabras frente al auditorio se podía escuchar entre bambalinas. Incluso desde la retirada sala de descanso donde había ido a intentar tranquilizarse. Era la siguiente en salir, y quería estar a solas por un momento. La sala se encontraba vacía, el resto de ponentes estaban en la habitación justo al final del pasillo, intercambiando impresiones. Eso era algo que a ella le ponía aún más nerviosa.

Le recordaba a la universidad cuando en la previa a un examen todo el mundo estaba histérico, teorizando sobre las posibles preguntas que iban a caer. Para evitarlo, ella esperaba en los baños hasta apenas dos minutos antes de la apertura de puertas para el examen.

Igual que ahora necesitaba salir, respirar en un lugar donde todo el oxígeno contenido fuera solo y en exclusiva para ella. Observó a su alrededor y vio varias máquinas expendedoras con *snaks* salados, bebidas y dulces. Sacó una botella de agua bien fría, necesitaba calmarse. Metió la mano en su bolso buscando con la ansiedad de un dependiente, las pastillas de (SOS) que tanto le había costado conseguir, mientras inevitablemente pensaba si era necesario realmente pasar por esto. Recapacitando un segundo, se dijo a sí misma: «Si, ¡Debo hacerlo, tengo que hacerlo!».

Con las manos temblorosas y dudando unos segundos, finalmente, se metió la pastilla en la boca, abriendo la botella con movimientos titubeantes tomó un largo trago de agua para pasar esa píldora que le hiciera, al menos, sentirse algo más en calma. Debía tomarla treinta minutos antes de la presentación. Aún con la presión y la sensación de ahogo, escucho de fondo su nombre varias veces: «¿Amelia Rodríguez?, ¿Amelia?». Alguien la estaba buscando, llamándola con insistencia desde el otro lado de la puerta que se abrió de repente. Amelia pudo ver la escena reflejada en el cristal de la ventana, la persona que entró era Cecilia la coordinadora del evento, Samanta se la había presentado cuando llegó.

—¡Amelia! —repitió con entusiasmo por haberla encontrado al fin. Se acercó para hablarle y pudo ver que estaba pálida

—¿Te encuentras bien? —dijo en tono de preocupación—. Eres la

siguiente. Debes estar lista en veinte minutos.

El rostro de Amelia quedó congelado.

—Ammm de acuerdo —dijo, soltando el aire como en un suspiro.

—Si quieres, puedo dejar que salga otra de las ponentes ahora y después ya irías tú, pero no puedo retrasarlo mucho más —le advirtió.

Amelia tragando saliva, y humedeciéndose los labios, respondió de nuevo con toda la determinación que pudo.

—No tranquila, puede hacerlo. Solo necesito unos minutos más a solas.

Cecilia le sonrió con mirada tranquilizadora.

—Bien, mira, procura tomar algo dulce. Eso siempre ayuda a liberar serotonina, te calmará. Y tranquila, es normal. Es la primera vez que haces algo como esto, pero te puedo asegurar, que tras el primer minuto hablando en el escenario, esos nervios se pasarán.

—Eso espero —dijo en un suspiro.

Le pasó la mano por el brazo para darle aliento y salió de la sala entre cerrando la puerta.

Había conocido a Cecilia ese mismo día, sin embargo el don de gentes era sin duda su insignia estrella. Era algo chocante su actitud tan maternal y tranquilizadora y su aspecto de niña rebelde, con el pelo despuntado, gafas de pasta, falda de tubo y la blusa dejando entre ver, tatuajes estilo *pin up*, en ambos brazos, el cuello, y en el tobillo izquierdo. Al menos esos eran los que se podían ver y que llamaron su atención desde que la vio en la entrada.

Amelia, aún con el resonar de los tacones de Cecilia saliendo de la sala y alejándose por el pasillo, estaba decidida a tranquilizarse, asique se puso en pie y comenzó a pasear por la sala en círculos. Caminar siempre la relajaba. Se quitó los zapatos para sentir el suelo frío bajo sus pies, sin embargo su cuerpo respondió de manera distinta y terminó vomitando sobre el lavabo al que consiguió llegar con un rápido movimiento. Extrañamente eso logró calmarla un poco. Al parecer, incluso sus nervios salieron para irse también sumidero abajo.

Limpió todo, se lavó las manos y se refrescó la cara, mientras se secaba con una servilleta, comenzó a respirar hondo para terminar de tranquilizarse. Sentada de nuevo en la silla, se concentró en la pared completamente blanca situada frente a ella asociando ese color puro con el mar, la espuma de las olas del mar cuando chocan y después lentamente mueren en la orilla. Intentó imaginarse cada una de esas olas, contándolas despacio mientras inhalaba y exhalaba acompasando su respiración con el vaivén de las olas imaginarias

proyectadas en esa calmante pared blanca. Después cerró los ojos, para sumergirse en esa imagen, en esas olas, desconectar y solo sentir el vaivén del empuje del mar, el movimiento de mecedora natural que supone y que realmente hace que desaparezcas del mundo por un momento, no estas para nada ni para nadie, solo disfrutas de ese momento, en el que todo queda en calma, no escuchaba nada, no sentía nada, solo estaba en calma.

Abrió los ojos, y sintió el poder de tener el control sobre sí misma de nuevo, se puso los zapatos y después de hacer una última lectura de su presentación en voz alta, salió finalmente de su guarida, caminando con la seguridad de un cervatillo recién nacido, es decir, con ímpetu pero tambaleante a cada paso, sin tener la certeza de lo que podría suceder a continuación. Aun así, después de atravesar el largo pasillo llegó hasta la sala donde se encontraban el resto de ponentes, desde la entrada la aglomeración del personal era evidente, sin embargo la ansiedad estaba bajo control, más aún cuando haciendo un escaneo a la sala, observando en derredor, una cara conocida llamó su atención, su sonrisa se hizo inmensa al verle y fue corriendo hacia él.

—Se supone que no puedes estar aquí, ya me toca salir, soy la siguiente.

Oliver no dijo nada, simplemente sonrió, se acercó aún más y le dio un largo abrazo, de esos que saben a taza de café caliente mientras que afuera llueve.

Cecilia apareció de nuevo para llevársela, indicando que ya era su turno. Le dio diez minutos más para preparar su presentación gráfica con el técnico de sonido, que ya la acompañaba hacia el otro lado por detrás del escenario. Andando despacio como si fuera obligada entonces, miró hacia atrás donde se quedó Oliver.

—¡Estamos contigo! —le gritó. Ella le respondió con una amplia sonrisa mientras iba pensando en lo afortunada que era; con el apoyo de su gente entre el público todo sería más fácil y por otro lado quizá la pastilla estaba haciendo su efecto, porque no se sentía para nada nerviosa, todo lo contrario. «Pero... espera un momento», se dijo a sí misma. Al haber vomitado antes, la pastilla de hecho, ni siquiera estaba en su organismo. En su cabeza escuchó ese frenazo característico de cuando se interrumpe la melodía de un tocadiscos. Su cara de pánico era más que evidente, quedó totalmente descolocada. Se paró en seco.

—Amelia, ¿me escuchas? —le decía el técnico de sonido—. Te decía que ya está todo listo, ¿tú estás bien?

—Pues, al parecer, estoy sola ante el peligro —respondió Amelia. «Nada de fármacos mágicos», pensó.

Él la sonrió, intentando tranquilizarla.

—No, no estás sola, tienes esto. —Y le hizo entrega del mando a distancia que le serviría para ir pasando la presentación gráfica.

Amelia le miró en silencio con cara de circunstancia y él respondió con una amplia sonrisa y los pulgares hacia arriba. Era la hora, su hora.

El ponente anterior ya había salido de escena, el público esperaba la siguiente charla inspiradora. Oliver ya se había reunido en el patio de butacas improvisado, donde también se encontraban Julia, Bea y Diana con su preciosa barriguita. En ese momento el presentador hizo su entrada, para poner en antecedentes al soberano, de la siguiente charla. Realizó una pequeña introducción para presentarla.

—A veces, superar las dificultades sociales que limitan a una persona, puede ser una gran inspiración para otras, y esperando que eso ocurra con nuestra siguiente invitada, les dejo con Amelia Rodríguez Galiano.

Estaba algo más tranquila, sin embargo, al escuchar su nombre pronunciado por el presentador, su corazón dio un vuelco, y todas las alarmas en su cuerpo se dispararon. Casi de manera automatizada se había situado en medio del escenario, no había abierto la boca cuando noto que su rostro estaba completamente en llamas. «Si, definitivamente la pastilla había salido de su organismo, comprobado», pensó. Inmóvil, de pie y en silencio mirando al público, intentó encontrar con la mirada a Oliver y las chicas, buscando apoyo. Pero no logró encontrarlos hasta pasados unos segundos, que al parecer fueron eternos, Julia y Bea le hacían gestos para que comenzase y Oliver sonreía y asentía para tranquilizarla, para darle fuerza, la cara de Diana era un poema, así que a Amelia le dio la risa y finalmente comenzó a hablar.

—Si no me equivoco ahora mismo tengo el rostro completamente colorado, ¿verdad? —indicó en pregunta retórica, ella sentía que era evidente—. Bien —dijo a modo aclaratorio—, esto es porque yo traía un vídeo en el que hago evidente la patología del Rubor Facial, que es de lo que trata esta presentación, pero he pensado que una actuación en directo sería mucho mejor.

Pretendía hacer una broma intentando que fuera algo jocoso para relajarse ella y el ambiente, pero al parecer más de uno en el público se sentía identificado con este suceso, o simplemente pensaron que no era apropiado reírse y no lo hicieron, se quedaron atentos esperando más, y eso fue lo que la tranquilizó precisamente.

Continuó la presentación con naturalidad, sintiéndose cada vez más cómoda y centrada en lo que iba aportando, notando cómo su rostro se normalizaba, incluso empezaba a gustarle y se soltó haciendo alguna que otra broma.

»Para exponer este caso debo presentároslo a través de mi historia, mis logros, tales como sufrir *bullying* escolar, el abandono de la universidad presencial, solicitar la baja voluntaria en varios empleos por no enfrentar las interacciones con compañeros trabajando en grupo, o no acudir a fiestas o eventos sociales, bajo el pretexto de no hacer lo que hace la mayoría.

—Y vosotros diréis: ¡Pero eso no son logros! Más bien parece todo lo contrario... ¿Verdad? Y es que, para determinar que es un logro o no, siempre hay que ponerse en los zapatos del otro.

»¿Podemos darle la vuelta? Ya que con el *bullying* escolar, aprendí a ser fuerte e independiente. Con el abandono universitario, aprendí que por no asimilar tus miedos puedes perderte experiencias increíbles y conocer a personas que podían haberte aportado mucho. Con la baja voluntaria en empleos, aprendí a que tus limitaciones te las impones tú mismo por tanto también tú mismo tienes la llave para deshacerlas y conseguir lo que te propongas, simplemente por atreverte a intentarlo. Al no ir a eventos o fiestas por no hacer lo que hace la mayoría. —Amelia hizo una pausa, y continuó—, bueno, eso..., tampoco vamos a ser borregos, si no te apetece, no vas y punto.

El público soltó una carcajada, Oliver y las chicas estaban entusiasmados, la presentación estaba funcionando. En ese punto de complicidad y atención del público, Amelia debía ponerles en situación.

—No es fácil vivir con una patología basada en el miedo —continuó, hablando de las distintas fobias y de cómo el miedo te paraliza—, en parte como mecanismo de defensa, y en parte como obstructor; ese miedo tóxico que te llega a limitar tanto como persona que incluso no quieres seguir viviendo, y eso es lo que le sucedió al joven Brandon Scott Thomas.

Levanto el mando y en la pantalla apareció la foto de Brandon. Amelia contó su historia, contó sus logros y habló al público de su lista de deseos, y de por qué no pudo llegar a cumplirla.

La sala quedó conmocionada, más pasando de un momento de distensión a esa gran carga emocional, dejó la sala sumida en un silencio sobre cogedor. Realmente había logrado llegar al público, y era lo que su causa necesitaba, necesitaba golpear el pecho de cada una de esas personas presentes, para que les llevara a contar a otros lo experimentado en esa sala y difundir así el

concepto de lo que supone vivir con este tipo de patologías, haciéndoles conscientes de la forma en que el resto de la sociedad puede llegar a limitar a esa persona, sumirles en el pozo o hacer que resurjan simplemente teniendo conciencia de ello. Su presentación culminó, con la lista de deseos de Brandon proyectados en el soporte, haciendo una declaración de intenciones frente al público e indicando, que ya podía tachar en ese momento, uno de los deseos de la lista.

~~Realizar un discurso en público.~~

La sala aplaudía en señal de reconocimiento, Oliver y Julia estaban emocionados, mirándose entre ellos, a Diana se le saltaron las lágrimas, porque no conocían la historia de Brandon y por la forma en que había contado su propia historia; ya que también había algunos aspectos de ella que hasta sus propios amigos desconocían.

Julia buscó en su bolso un pañuelo y al girarse para dárselo a Diana, pudo ver al final de la sala un rostro conocido, estaba de pie, cerca de la puerta. Era Marion, y esta vez estaba totalmente segura. Se le veía concentrado, acariciándose la barbilla, siguiendo con detalle la presentación. Oliver también le vio en ese momento, y se preguntó, desde cuando estaba de vuelta en Madrid.

—¿Tú sabías algo? —interrogó a Julia, ya que conocía la complicidad entre ellos.

—No, no hablo con él desde hace tiempo.

Con la presentación terminada, Amelia se despidió del público y salió del escenario, dejando paso al siguiente ponente.

Amelia recibía los halagos de los compañeros y el resto de ponentes. Cecilia llegó también para darle su apoyo.

—Ya está, ya terminó, ¿A qué no ha sido para tanto? Dime que no has disfrutado con ese aplauso final —le decía con verdadera emoción—. Si es que esto luego es como hacerte el primer tatuaje, de inicio da miedo, pero esa adrenalina mezcla de dolor, ilusión y fervor, después te hace adicta a esa sensación. Amelia le sonrió aún aturdida, y le dio las gracias por el trato y el apoyo.

Cecilia la despidió con una amplia sonrisa y le indicó por dónde estaba la sala de descanso. Ella se fue para continuar con la siguiente presentación.

Amelia salió pensando en que no sabía si era una buena comparativa la

que le había dicho Cecilia, pero lo cierto es que siempre se había querido hacer un tatuaje, porque, quería saber si realmente podía soportar esa sensación que ya le habían descrito antes. Dicen que cuando te haces el primero ya no te quedas solo con uno, y realmente quería ponerse a prueba, saber si era capaz de hacerlo, podría ser su nueva experiencia del día.

«O quizá dejarlo para la próxima semana, que por hoy ya he tenido emoción suficiente», pensó, dejándolo como nota mental para otro momento.

Fue hacia la sala de descanso donde estaban sus pertenencias para salir a reunirse con Oliver y las chicas. Cuando intentó abrir la otra puerta para salir por la sala trasera. Iba buscando su móvil en el bolso, no prestó atención y se chocó con un hombre alto y moreno que estaba de espaldas, el hombre se giró inmediatamente. La tensión en Amelia se hizo evidente, sintió el calor en el rostro, por ese efecto sorpresa. Desde luego no esperaba para nada que él estuviera ahí frente a ella, tan cerca.

—Eres impresionante, ¿lo sabías? —dijo Marion finalmente—. Enfrentar tus miedos como lo haces por una causa como esta.

Amelia quedó sin saber que decir, tenía las emociones a flor de piel, después del subidón de adrenalina por la ponencia.

—Ammm, ¿qué estás haciendo...?

—Necesitaba verte de nuevo, aunque fuera estando entre el público. La idea era marcharme al finalizar, pero al estar en la misma sala, tan cerca de nuevo; no podía irme sin más. Aunque no sabía si querías verme.

Esta situación la había puesto en alerta, con todos los sentidos al límite,

—¿Si quería verte? Dices... Sinceramente no sé ni qué decirte. No te voy a mentir—se sinceró como para recriminarle—, te he echado de menos, me he sentido vulnerable, me he sentido débil sin ti este tiempo, incluso a veces miro tus fotos en tu muro de *Facebook*, y me pongo tu sudadera porque aún mantiene el olor de tu perfume. —Amelia iba bajando la voz a medida que sus palabras salían descontroladas de su boca, pensando: «vale, Amelia, creo que estás hablando de más».

En cambio esas repentinas confesiones, a Marion le dejaron con la sonrisa en la boca y una chispa en la mirada que pedía un beso lento sin remedio.

—Pero... —continuó Amelia.

—Los peros en una frase siempre anulan todo lo anterior —le cortó Marion, sabiéndose ya con el partido perdido.

—Sí, y este no es diferente —le confirmó ella—. Ahora estoy de nuevo

recomponiéndome, me acostumbré a tenerte siempre de apoyo y ahora necesito hacer esto sola, necesito crecer y ser fuerte por mí misma.

—Lo entiendo...

—A demás, ¿qué haces aquí ahora? Nada ha cambiado, nuestra situación sigue siendo la misma, ¿no lo ves? Ahora mismo solo quiero seguir adelante, y tú deberías hacer lo mismo, deberíamos seguir cada uno nuestro camino. Tú tienes lo que querías, ya eres directivo en una multinacional de éxito, siempre has sido un hombre ambicioso, y es bueno, hasta cierto punto. Precisamente esa es una de las cosas que me gustan de ti. Gustaban —rectificó.

Marion quedó inmobilizado sin decir nada, Amelia pasó por delante de él para continuar caminando por el pasillo hasta la salida. Marion la tomó de la muñeca, solo quería pararla, abrazarla. Ella simplemente se giró y le dedicó una mirada gélida intentando alejarle.

—Gracias por venir y darme tu apoyo, pero de verdad que ahora no necesito esto.

Marion soltó su mano despacio y la dejó ir, ella caminó con paso firme, dejando a Marion atrás, inmóvil.

Salió, necesitaba espacio, aire fresco. Los chicos la esperaban a fuera, la vieron salir con el rostro desencajado.

—Has visto a Marion, ¿verdad? —le preguntó Julia.

—¿Sabíais que estaba aquí?, ¿le habéis visto?

—Sí, estaba al final de la sala, Oliver y yo lo vimos por casualidad, pero cuando tú terminaste y saliste del escenario, volví a mirar hacia atrás y él ya no estaba.

—¿Qué ha pasado? —intervino Bea.

—Ahora os cuento, pero... ¿Podemos salir de aquí rápido?

—Claro que sí, vamos —dijo Oliver apresurando al grupo.

—¿Conduces tú mi coche? Ahora no estoy para concentrarme en la carretera —le pidió a Oliver.

—Sin problema, pásame la llave.

Bea se montó con ellos. Diana y Julia fueron en su coche y quedaron en verse en el centro para tomar juntos una cerveza y celebrar el éxito de la ponencia.

En el coche de Amelia se hizo el silencio, le dieron tiempo antes de contar lo que había pasado.

—¿Bea te has puesto el cinturón ahí atrás? —preguntó Amelia para romper la tensión. Tiró del cinturón de Oliver también para comprobar que lo

tenía bien anclado.

—Sí, lo tengo.

—Bien, pues písale a fondo y vamos rápido a tomar una cerveza un tequila o las dos cosas —bromeó, intentando relajar el ambiente.

En el trayecto les contó lo sucedido. Estaba acelerada, verle la había dejado tan descolocada. La atracción que sentía por él aún seguía latente, estaba claro. Nada más llegar al punto de encuentro, todos salieron del coche, iban dirección al restaurante, Julia se acercó a Amelia, le pasó el brazo por los hombros para hablar en confidencia.

—¿Estas bien?

—No —confesó—, puff, solo hablar con él, encontrármelo así, ya me altera.

Julia la miró.

—Te conozco bien, ésta claro que aún sientes algo por él.

—Es evidente —dijo Amelia—. Pero ahora es complicado, la situación es la misma. Y él ni siquiera vive en España.

—Ya, pero hoy está aquí, está en Madrid, ha venido a verte y está aquí mismo, ¿por qué no disfrutar esta noche juntos? Seguro que ni le has dejado hablar, y has decidido todo por los dos.

—Sí, no sé, al menos escucha lo que tenga que decir —añadió Diana.

Oliver y Bea caminaban junto a ellas atentos a la conversación.

—Vamos, ya celebraremos juntos el exitazo de tu ponencia otro día, ahora ve a buscarle y a ver qué pasa —la incitó Bea

—Recuerda, no nos arrepentimos de lo que hicimos mal, si no de lo que deseábamos hacer y no hicimos por miedo.

Esas frases de Oliver que tanto le llegan.

Amelia dudó un segundo. Oliver extendió la mano devolviéndole las llaves de su coche.

—Vamos, ve hacer alguna chancletada. —Amelia le sonrió de medio lado, y se fue después de un abrazo en grupo.

—Estáis muy locos todos, ¿lo sabéis? —se fue gritando, mientras caminaba hacia el coche.

Se montó en el coche, con toda la adrenalina por ir a su encuentro, salió pensando en dónde encontrarlo. Tomó su móvil para llamarle pero como siempre estaba sin batería. Pensó que ya se habría ido del lugar del evento, así que cambió de dirección hacia el antiguo piso de Marion. «Dijo que quizá lo usaría un tiempo su amigo, de quedarse sería allí, si es que tenía idea de pasar

aquí unos días» se decía a si misma calculando opciones. «Como odio que Julia tenga razón, lo cierto es que no le he dejado ni hablar», pensó, llegando ya al bloque de pisos.

Había luces encendidas en el 9B, el piso de Marion. Eso hizo que su sonrisa se dibujase al momento.

Amelia entró al portal y pulso varias veces el botón del ascensor sin esperarse, con impaciencia por llegar. Se quedó frente a la puerta, esperó unos segundos para calmarse y tomar aliento.

Llamó al timbre, y al momento, la luz bajo la puerta se tornó entrecortada, como por la sombra de unos zapatos que se acercaban. Los nervios y la tensión de la espera mantenían los pómulos sonrosados en Amelia y la puerta finalmente se abrió.

—¿Sí?, ¿le puedo ayudar en algo? —dijo el hombre desconocido frente a ella.

Se quedó totalmente descolocada, lo que hizo que el rubor en su rostro fuera ahora más intenso.

—Disculpé, soy amiga de Marion Lázaro, vivía aquí —titubeó—. Y Venía a verle.

El hombre de pelo cano y de unos cincuenta años de edad, quedó algo extrañado al verla con el rostro enrojecido, sin embargo no comentó nada al respecto.

—Pues, no está aquí, como puede ver —aclaró el hombre—. Yo alquilé este piso a través de la agencia hace más o menos un mes. Sé que ha estado vacío un tiempo, y no he tenido contacto con el antiguo inquilino.

—Sabe si dejó alguna nota o algo.

—No, no había nada, siento mucho no poder ayudarla. ¿No tiene su teléfono?

—Si, pero tengo mi móvil sin batería.

—Como son estas tecnologías, si lo sabe de memoria, le puedo prestar el mío.

—No... no pasa nada, no es urgente —dijo Amelia—, gracias de todas formas —se despidió, para intentar salir lo antes posible de ese extraño momento.

El hombre también se despidió con una afable sonrisa volviendo a entrar en su piso.

Amelia continuó ahí parada, de pie aún en la puerta. «Se quedaría en un hotel o en casa del algún socio o compañero de trabajo, pero de quién...»

pensaba impaciente. Tenía su móvil apagado, pero tampoco iba a ir haciendo llamadas como una desesperada a los amigos de Marion. «No, definitivamente esta impetuosa aventura termina aquí» pensó resignándose

Salió del edificio y fue andando de nuevo hacia su coche, algo aturdida por el caos de sentimientos generados. Las luces frontales de un coche, que venía doblando la esquina , la sobresaltó. Giró a toda velocidad y pegó un bandazo, esquivándola por unos milímetros. Sintió el calor del motor de vehículo que pasó prácticamente rozándola, continuando calle arriba sin parar.

Quedó paralizada, el corazón le galopaba dentro del pecho, su rostro quemaba de pura adrenalina, el susto había disparado el rubor como bomba de relojería y las piernas le temblaban. Como pudo, se sentó en el bordillo de la acera con las manos en el pecho, intentando respirar profundo para tranquilizarse. Definitivamente la noche no podía ir peor.

¿Y ahora, qué?

Era Domingo por la mañana, tantas emociones del día anterior dejaron a Amelia tirada en la cama, simplemente enroscada en el edredón mirando al techo, pensando mil opciones. Cuando llegó la noche pasada lo primero que hizo fue cargar su móvil, encenderlo, con la premura de ver si al menos Marion la había llamado o la había dejado algún mensaje o *whatsapp*. Nada, no había nada. Le llamó pero el teléfono daba como que no existía. «Ya lo habrá cambiado por el de EEUU», pensó resignándose, sin más.

«Quizá la mejor opción es dejarlo estar, como dice la canción de los Beatles» pensó, aún sin moverse de la cama.

Lo cierto era, que en esos momentos, echaba de menos a su madre. Realmente nunca fue buena dando consejos en lo referente al amor y las relaciones, pero sabía escuchar cuando Amelia tenía algún problema o tenía que tomar alguna decisión importante, simplemente hablaba en alto mientras su madre escuchaba y era suficiente para aclarar ideas y ayudarla a tomar sus decisiones. Pensó que eso es lo que necesitaba ahora, necesitaba, hablarle a su madre, y que ella simplemente estuviera ahí escuchándola, guiándola. Esa idea la motivó para salir de la cama. Mientras tomaba una ducha tibia no pudo evitar tener el famoso estribillo repitiéndose en su mente «Let it be, let it be There will be an answer Let it be...»

Con la canción aún en la cabeza, salió de casa a enfrentar su primer día de visita a su madre después del entierro.

Nunca le gustaron los cementerios, le parecían tan arcaicos. La trajeron cuando era pequeña al entierro de su padre, y fue la primera y última vez que había pisado el cementerio, hasta lo de su madre. Sin embargo, hoy lo estaba haciendo hoy necesitaba ser parte de esa sociedad arcaica que aún venera a sus seres queridos frente a su tumba.

Cuando llegó las flores estaban secas y caídas, prefirió quitarlas y no poner más. Se sorprendió, al verse en situación; los sentimientos afloraron sin poder evitarlo. Estaba sentada en el suelo llorando apoyada en la lápida, desahogando recuerdos.

Al intentar secarse las lágrimas, miró hacia abajo y a un palmo de la lápida de su madre, encontró unas colillas; cuatro estaban juntas y otra unos pasos más allá. Eran de una marca que no reconocía, pensó que quizá era

extranjera. En ese momento pasó el guarda.

—¿Perdone, ha visto a alguien por aquí recientemente?

—Disculpe, aquí vienen muchas personas, y no sabría decirle.

—Gracias de todas formas.

«Entonces quién ha estado aquí, y tanto como para fumar cuatro o cinco cigarros, al menos sería media hora. La única que fuma es Bea, tabaco de liar y solo cuando salimos», pensó intentado aclarar la situación. Se fijó en que había huellas de zapato; eran grandes, de hombre. Quedó descolocada. «¿Y ahora qué?, ¿qué significa esto?, ¿quién será el misterioso fumador?», se preguntó.

Madrid, zona sur. Oliver y Laura

Mientras tanto, Oliver había quedado con Laura, en una de sus escapadas clandestinas para tomar algo como “amigos”. Y parecían estar sumidos en una intensa conversación.

—Vamos, ¿sabes que creo? —planteaba Oliver—, creo que has estado viviendo el típico amor de quinceañeros de instituto que de adultos se convierte en matrimonio porque es lo que se supone que tocaba hacer. No has conocido otras opciones realmente y eso hace que estés atrapada en una vida que es cómoda, manejable, pero cómo tu misma dices, rutinaria.

—Sí, lo reconozco. Aunque en algo te equivocas, yo me casé enamorada, no porque se supuestamente fuera el siguiente paso lógico. —Oliver sintió un pinchacito al escuchar eso.

—Pero ahora estas atrapada, solo porque se ha convertido en tu zona de confort.

—Sí, estoy como actriz encasillada, lo peor es que lo sé; soy consciente.

—Bueno, ahora puedes elegir, puedes ser la protagonista de tu película —bromeó Oliver haciendo un símil a colación—. Vamos, dime si pudieras tener otro tipo de vida, ¿cuál elegirías? Imagina que puedes construir tu vida de cero.

Ella respiró hondo, y como si ya lo hubiera pensado y analizado mil veces en su cabeza, respondió sin titubear.

—Quiero alejarme de todo, vivir sin estrés, sin competir cada minuto. Ahora siempre tengo que estar defendiendo mi puesto por encima de todos y siento que hay una jauría de lobos esperando verme caer. Me gustaría, tener

una pequeña casa cerca de la playa en una isla remota, de nueva Zelanda, y ver la aurora boreal. Trabajando en algo creativo y sencillo como restauración de muebles y tendría una perrita llamada *Armon*, de Armonía —aclara—, que estará esperándome siempre al llegar a casa. Simplemente, algo así sería mi vida perfecta.

—Aaaamm vale, me encanta la idea —respondió Oliver—, pero no he oído en ningún momento que en esa isla remota este tu marido. Lo que si he escuchado de fondo en esa historia es como un ruido de cristales tintineando —Laura puso un gesto, extrañada—. Sí, sí, eran copas de coctel creo —continuó él—, y una licuadora, corrígeme si me equivoco. Pero ese era yo en la cocina preparando unos daiquiris, ¿verdad? —Ambos rieron en complicidad.

—No sé si tú estás —dijo formando una sonrisa—, pero mi marido no aparece; eso es cierto. —Ella le miró intenso entre duda y deseo, finalmente se acercó inclinándose, y se paró muy cerca de su boca, mirándole directamente a los ojos—. Entonces, ¿quieres estar en mi isla?

—Quiero estar en cualquier lugar en el que tú estés. —Ella terminó por acercarse del todo hasta unir sus labios en un beso suave e intenso—. ¡Qué rico!, ¿no te ha sabido un poco a...?, ¿océano Pacífico? —Ella no pudo evitar la risa.

—Anda, no seas tonto

—En serio, yo ya estaba ahí contigo, por Nueva Zelanda.

La sonrisa en sus labios se fue desdibujando poco a poco. Se quedaron mirando unos segundos, hablando sin palabras.

—*¿Y ahora qué?* —dijo ella poniendo voz a lo que ambos pensaban.

—Tú decides, la pelota sigue en tu campo, siempre ha estado ahí.

Ella se quedó pensando, debía tomar una decisión, pero debía hacerlo sola.

Lunes por la mañana y la oficina revolucionada. A primera hora hubo un gran revuelo, cuando entró, a causa de su participación en TEDx. Se había hecho rumor de oficina, desde el mismo momento en que Samanta pidió hablar con ella para hacerle la propuesta.

La sensación en Amelia fue extraña; estaba siendo el centro de atención, pero no tenía ansiedad ni estaba incómoda, lo cierto era que el haber superado ese gran reto, que para ella que suponía hablar frente al público, había sido toda una experiencia de autorreafirmación. Ahora, con mayor seguridad en sí misma, se sentía orgullosa de lo que había logrado.

Por fin llegó hasta su mesa, después de ser interceptada en el camino por varios compañeros para felicitarla, otros simplemente la miraban y la sonreían cómplices.

Nada más encender su ordenador, y colgar su bolso en la percha, Víctor apareció en su puerta.

—Lo primero, buenos días y enhorabuena. Fui con algunos compañeros a ver tu intervención, que lo sepas.

—¿Ah, sí?—se sorprendió, Amelia

—Pues sí, estuvimos. Creo que es una gran iniciativa la que estás haciendo. Y por cierto, no sé si yo podría hablar ante un público así fuera de lo laboral.

Su gesto era totalmente sincero aunque estaba demasiado serio, más que de costumbre. Amelia se apresuró a sondearle para ver qué pasaba realmente.

—Muchas gracias Víctor. Sí, espero que el resto de retos salgan bien. Y ahora dime, ¿qué sucede?, ¿qué venías a contarme realmente? —dijo sin mayor rodeo.

Entonces él fue al grano.

—Oook, Sabina ha llamado a primera hora, dice que llegará dentro de un par de semanas, cuando haya pasado el puente largo de vacaciones, para cerrar con nosotros algunos parámetros. Han quedado encantados con los presupuestos e indicadores de productividad respecto al tiempo que llevamos trabajando en equipo aquí en Madrid y quieren trasladarlo y aplicarlo, adaptándolo al nuevo equipo en Barcelona. Será un compromiso mayor, pero no me ha comentado nada más, quiere hablar contigo primero sobre tus responsabilidades y luego con ambos para ver cuáles delegan en mí.

—Sí, lo sabía —cortó Amelia—, hablé con Sabina esta mañana también,

para otro asunto.

—¿Y entonces?, ¿por qué me dejas aquí, hablando como un loro?

—Porque mi ordenador tarda en arrancar y necesitaba un poco de entretenimiento mientras.

—Bua... —dijo Víctor, con desencanto.

—Es broma —le aclaró ella—. Sí, me ha llamado sabina, hemos hablado de otro caso y dijo que tú me trasladarías esto. Asíque, gracias.

—¿Ves, que decir gracias no es tan difícil?

—Venga, que toca trabajar —dijo sonriendo, para terminar con el tira y afloja. De verdad se sentía mucho más segura de sí misma, empezó a sentirse más cómoda en su propia piel.

Entonces, le llegó un *whatsapp* de Oliver.

Oliver: ¡Ey!, super *speaker*, ¿Qué hiciste al final, ¿qué pasó con lo de Marion? Te llame y me daba el móvil como apagado.

Amelia: Nada, absolutamente nada. Ya te contaré.

Oliver: ¿Cómo que nada...? espera te llamo.

No dejó sonar ni un tono y respondió.

—Estoy en el trabajo, en serio, te cuento en otro momento, ¿sí?

—Vaya, yo iba a contarte también que estuve con Laura ayer, pero no te pasare mi felicidad por los morros, entonces...

—Qué amable... —dijo ella con cierta ironía. Él se rio y cambió de tema.

—Bueno, ¿*Y ahora qué?* ¿Cuál es el siguiente reto...?

—¿Qué tal escapada en ruta con el coche hasta el Casino Lis-bo-a? —dijo haciendo un inciso para destacar—. Y apuestas..., mínimo 100 dólares al rojo, o el equivalente en Euros. Sería hacer dos puntos de la lista en uno.

—No me digas más, meeee apunto, ¿Ahora en el puente largo?

—Sí, es perfecto, porque todos tenemos libre, supongo. Le voy a decir a las chicas por el grupo a ver quién más se viene. Pero tenemos que pensar en algo, para llamar la atención sobre la causa ya sabes, no se trata solo de cumplir cada punto.

—Ammm, ok. Se me ocurre, ya que vamos a ir en ruta, podríamos poner en el lado del coche el Nombre y apellidos de Brandon, sin poner nada más. En mi empresa llevan el logo y...

—Pero espera —interrumpe—, ¿eso no sería un poco, convertirle en una marca...?, ¿o hacer de él un producto?, ¿en cierta forma?

—No, bueno, la idea es que cuando nos vean pasar con el coche, la gente se preguntará, ¿Quién es Brandon Scott Thomas? Lo buscaran en el móvil y se encontrarán con su historia en la *web* y la causa. Vamos a ir en ruta cruzando hasta Lisboa, así que lo verá mucha gente.

—Ok. Me parece que puede funcionar. Pero en el buscador salen también otros que se llaman igual. Podríamos poner mejor, *Brandon Blushing*, igualmente como si fuera un apellido, y así sí que sale directamente su historia, y mucha más información sobre la patología.

—Perfecto, porque además se recuerda con facilidad.

—Sí, lo cierto es que poner simplemente, rubor facial patológico, desde luego no tendría el mismo efecto. Y es importante que cada acción que hagamos tenga cierta difusión.

—Hacemos buen equipo, ¿eh?

—*Yes*, no sé qué haría sin ti... Bueno, te veo en la tarde y me cuentas lo de Laura. Que ya tengo que trabajar un poquito.

—Yo estoy solo, tengo guardia, asique, mientras que no haya alguna incidencia, echaré una siesta. Que te sea leve...

Chile, Bastián

Mientras tanto, en la ciudad de Concepción al Sudoeste de Santiago de Chile. Bastián había llegado de urgencia al Hospital Regional, a causa de una aparatosa caída desde el andamio en el que estaba haciendo trabajos verticales, precipitándose desde una altura de cinco plantas. Alcanzó a leer Ángela en el expediente de ingreso, que aún aparecía como pendiente de diagnóstico diferencial.

Ángela y su madre esperaban angustiadas, en la sala. Un compañero de Bastián llamo a Ángela en cuanto sucedió.

Las puertas al fondo del largo pasillo se abrieron, por fin. Apareció el doctor con semblante serio para trasladarles el estado en el que se encontraba.

Ambas se sintieron desquebrajar, cuando el doctor les confirmó lo esperado.

En el impacto había resultado dañada la médula espinal, afectando a su capacidad motora en brazos y piernas, la palabra tetraplejía sonó rotunda y

gruesa, tan pesada como la losa que supone no poder moverse de una cama de por vida.

Ángela no pudo evitar gritar toda su ira. Sentía la vida tan injusta...

—Ahora que recién había comenzado a vivir. No puedo creer que esto le esté sucediendo —sollozaba hablando entrecortado—, tantos años atrapado en un cuerpo que no controlaba, siempre con miedos. Para terminar atrapado en una cama. *¿Y ahora qué?* Que será de él. ¡Ahora sí, está muerto en vida! —gritó en llanto.

Bastián, al estar postrado en la cama del hospital, y no poder hacer nada más que divagar en sus propios pensamientos, paradójicamente le dio una perspectiva positiva. De verdad parecía sentirse en paz, a pesar de que todos sus deseos de felicidad y sus renovadas ansias de vivir se vieron truncadas ahora por el accidente. Sin embargo, le hizo darse cuenta de que había logrado cosas por las que sentirse apenado al perderlas, después de haber vivido este último tiempo al máximo. Desde su operación todo había sido como un sueño que jamás había imaginado vivir. Consiguió un buen trabajo; donde encontró compañeros y amigos con los que disfrutar de grandes momentos, tenía su pareja de la que estaba enamorado, disfrutando a su lado de nuevas experiencias; realmente había logrado todo lo que siempre deseó. Antes de la operación lo único que tenía, era miedo de todo, en cambio ahora había logrado llegar a apreciar la vida y esa sensación le dejaba en perfecta calma, incluso en su estado.

Estaba consciente de todo, no podía moverse, y sin la morfina, ahora con alta dosis, tendría unos dolores insoportables. Sin embargo él parecía en paz. Se le veía con el rostro relajado y aunque respiraba con dificultad ayudado por la máquina, era capaz de hablar casi con normalidad.

Un día estando Ángela acompañándole en el hospital, Bastián habló más claro y sincero que nunca.

—¿Sabes qué, hermanita?, siento que ya solo me queda agradecer a Dios estos años que me ha dado tan plenos, han sido apenas cinco años en los que empecé a construir de nuevo mi sueño, comencé a estudiar, logré mantener mi trabajo haciendo amigos increíbles de mis compañeros, y he conocido el amor. Lo cierto es que ha sido una vida plena muy corta, pero puedo decir que estoy satisfecho de haber conseguido todo eso en este tiempo.

Ángela entendió que era la propia resignación la que hablaba, su hermano no iba a luchar contra esto, simplemente se estaba dejando llevar... Y al comprenderlo le dio aún más angustia, porque llegado el momento, sabía lo

que tenía que hacer.

100\$ al Rojo

Cómo si de un juego de Tetris se tratase, ahí estaban metiendo en el minimalero del C3 de Amelia, todo lo necesario para un puente largo lleno de retos. Hacer un viaje por carretera con amigos, y apostar 100 dólares al rojo.

—Es una pena que Julia tenga que trabajar, y bueno, lo de Diana con la pancita, era de esperar, pero les iremos enviando fotos y vídeos—comentó Amelia mientras configuraba el GPS—. Vale, la ruta es la siguiente. Punto de origen Madrid, destino, ¿Destino?! —repitió más alto.

—¡El casino más grande de Europa! —respondieron Bea y Oliver al unísono. Los tres se reían, comentando la ruta que debían seguir.

—Serán unas cinco horas de viaje, tomando la ruta por Trujillo, Mérida, Badajoz, Montijo..., hasta Lisboa.

—Me encanta —cortó Amelia—, porque la idea también es que este viaje sea una pequeña aventura, así lo quería Brandon, y es lo que haremos: disfrutar el viaje.

Cuando estuvo todo listo y organizado, se quedaron mirando el costado del coche.

—Ha quedado bien, ¿eh?, no es un vinilo, pero da el pego —aclaró Oliver.

—Sí, llama la atención. Esperad, poneos, que le hago una foto —dijo Amelia, sacando su móvil—. Esta va para el *Instagram*, ¡*Lets'go!*

Montaron y salieron en ruta, Oliver haría el primer tramo.

—Me pido de copiloto, porque ya sabéis que, si no voy conduciendo, me mareo un poco en los viajes largos —se excusó Amelia.

—Ains, qué delicadita nos ha salido la niña —bromeó Bea sentándose atrás—. ¿Y se supone que vas hacer *puenting*, en el próximo reto? Sabes que la fase en la que penduleas, yo creo que es la peor.

—Puff no me lo recuerdes... Oye, por cierto, ¿tú no saliste con un chico que practicaba todo tipo de deportes?, *snorkel*, escalada... y no sé qué más.

—Sí, y él sí que hizo salto en paracaídas. Seguro te podría contar la experiencia, de hecho creo que él era instructor. Ya ves, si es que fue un lio de un par de semanas...

—Pues, ¿qué tal si le llamas y le preguntas, cómo va?, o sea, ¿podemos

hacerlo desde cualquier puente?, ¿se necesita algo específico a parte de valor? ..., Anda mira a ver, que además igual sigue soltero...

—Venga va —accedió Bea, buscando ya el contacto en la agenda.

—Ponlo en manos libres, para que nos enteremos todos.

—Eso, y a ver si tiene voz sexy —bromeó Amelia. Dio varios tonos y saltó el buzón de voz.

—No responde... ooooooh.

—Bueno, oye, ¿pero la lista especificaba que sea *puenting?*, porque también está el *jumping* que no es lo mismo —dijo Oliver—, y de *jumping* hay variaciones.

—¿Qué diferencias hay? —preguntó Amelia—. Yo sé que está el que penduleas o el que vas como un elástico arriba y abajo infinitamente. Y yo creo que prefiero pendular.

—Sí, básicamente esa es la diferencia, por el tipo de cuerda.

—Yo eso no lo veo, yo no haría ninguno...

—¡Beaaa, qué ánimos hija!

—Sí, pues luego se puede rizar el rizo, el *jumping* puedes hacerlo atado desde los tobillos para que sea el salto lo más vertical posible, y si lo haces en puente donde hay agua... esta la opción de tocar agua... que tiene que ser un impacto importante.

Amelia, de repente, estaba blanca.

El teléfono de Bea comienza a sonar.

—¡Hey, tíos! ¡Hey, tíos!, es Dani.

—¿El aventurero de la voz sexy? —bromeó Oliver.

—Pero si tú nunca le has escuchado —se rio Bea—, hace años que no le escucho ni yo.

—¡Quieres descolgar ya! —le incitó Amelia riéndose.

—Oye, tengo que hacerme la interesante —dijo descolgando al fin.

—Hola, princesa, ¿te has confundido o me estas llamando de verdad?

Bea puso una mueca cruzando los ojos, cómo diciendo: tierra trágame.

—Aaaam... no bueno, hola ¿qué tal todo? Aaaam, es que justo, una amiga, se va a meter en un reto para hacer salto de *puenting...* y como tú lo habías hecho, queríamos preguntarte. Estoy aquí con ella, ahora... ¿te importa que te ponga en manos libres?

Oliver y Amelia se rieron intentando no hacerlo en alto. Ya estaba en manos libres desde el primer, *hola*.

—No, está bien... dime qué queréis saber.

—Al parecer, el concepto lo tenemos claro, pero quería saber si se puede hacer en cualquier lugar sin más, de manera legal, digamos. Soy la que va a saltar por cierto.

—Holaaa, pues mira este tipo de prácticas no están reguladas como tal legislativamente, entonces, en principio, con instructor especializado y cumpliendo las normas de seguridad. Nosotros contamos además con seguro de riesgo civil y de accidentes. Que eso sí, no todos lo tienen.

—Bueno, supongo que el tipo de puente también tiene que tener unas características y altura específicas —intervino Oliver.

—¿Pero cuantos sois ahí? —se sorprendió al escuchar la voz masculina —. Mira, podemos hacer una cosa, si me estáis preguntando así en general, supongo que no tenéis instructor.

—No, de momento no tenemos ni el valor, espero tenerlo para la fecha — bromeó Amelia.

Todos se rieron por la naturalidad del comentario. Oliver soltó un momento la mano derecha del volante y le apretó en la rodilla, mirándola con gesto de apoyo.

—Mira, yo soy instructor desde hace años, puedo guiaros y estar con la que salte ese día para prepararlo todo y hacer el salto, claro.

—¿En serio...? Mil gracias, te dice la que saltará.

—Perfecto, pues ya cuadramos un día para hablarlo más tranquilos. Bea, ¿quitas el manos libres?

—Ammm claro —afirmó sin hacer ni amago de quitarlo.

—Esta te la voy a cobrar a ti, ¿lo sabes, no?

—No tengo problema, mientras tú prepares el desayuno...

—Eres muy *heavy* —dijo él riéndose—. Bueno, pues hablamos luego, preciosa. Un beso.

—Listo, quedamos así. Besos.

Colgó la llamada dibujando una sonrisa traviesa.

—Bueno, ya tenemos instructor, y yo mi ligue de nuevo.

—Oye, pues sí que tiene la voz sexy —dijo Oliver. Se rieron continuando el viaje, entre bromas, y algunos juegos que solían hacer de viaje en carretera; como contar el número de toros de Osborne que había en la ruta.

Hicieron parada en Mérida, disfrutando de la ciudad, justo tuvieron oportunidad de ver una sesión de teatro que estaban ofreciendo en las ruinas del teatro romano.

—Es impresionante —decía Bea, tocando la bancada toda de piedra,

erosionada por el tiempo.

—Sí, y la acústica envolvente a pesar de ser un espacio abierto, te hace meter en la historia casi literalmente.

Amelia les observaba con una sonrisa, disfrutando de esta aventura junto a ellos.

La grandiosidad del circo romano impactaba solo por la extensión que ocupaba, estando en el centro, se imaginaron las carreras de carros, imposible no acordarse de Ben Hur.

O el anfiteatro, donde tenían lugar las luchas de gladiadores. Oliver no pudo resistirse a hacer una entrada, bajo los arcos de la principal.

—Pero más que un gladiador, pareces un lomo plateado —le picó Amelia.

—Sí, pequeño saltamontes, creo que aquí no tendrías nada que hacer —añadió, Bea para terminar de hundir su autoestima.

—Decid lo que queráis pero cuando me dejo barba soy igualito que Rusell Crowe.

No paraban de bromear y hacerse fotos para enviárselo a las chicas.

Cuando visitaron el Templo de Diana, era obligatorio hacerse un *selfie* y enviárselo a Diana. El comentario: «Que descuidada tienes la casa de la playa», fue una ocurrencia de Oliver.

Terminaron de ver la ciudad y tomar algunos aperitivos para cerrar la tarde.

La siguiente en conducir sería Amelia. Ya directos hasta Casino Lisboa, como fin de trayecto.

Llegaron cayendo la tarde, entrando por autovía a Lisboa. Estaban emocionados por el viaje y llegar al fin a destino. Con la idea en la cabeza de los casinos de las vegas, la austera decoración, les deslució un poco la entrada triunfal; esperaban luces de neón, y miles de carteles con bombillas centelleantes. En este caso, el imponente edificio, estaba acristalado de suelo a techo con el nombre Casino Lisboa en mayúsculas cruzando en transversal toda la fachada. Entrada la noche las letras se iluminaban en degradados de colores, ese detalles les lleno un poquito más.

Una vez dentro, quedaron embriagados de ese ambiente inevitable a película de mafias, contadores de cartas y *gangster* de los 50's de los que ya no quedan. Fueron a taquilla, cambiaron el dinero por fichas y se presentaron los tres frente a la mesa de la ruleta. Con la chispa de emoción en la mirada y

la sonrisa ladeada, se miraron unos segundos unos a otros.

—¿Y bien?, ¿alguien sabe cómo apostar a esto? —susurró en *petit comité* Amelia.

Se rieron los tres mirándose cómo perdidos.

—Vamos, que estamos como el GIF de Jhon Travolta en Pulp fiction —dijo Oliver, desternillándose—. Igual de pavos.

—¡Vaya par de dos! —interrumpió Bea—. Yo os puedo dar una clasicita básica por un módico precio —bromeó.

—No me digas, ¿también has tenido un novio ludópata? —se sorprendió Oliver.

—Pues no, mi madre que hace apuestas *on line* —se rio de inmediato, al ver que esa respuesta no mejoraba mucho el asunto.

—Bueno, yo miré algunos vídeos —dijo Amelia—. Y hay muchos tipos de apuesta; sencilla, a rojo, negro, par o impar, a falta pasa, o las múltiples, que en esas ya no me metí. Vamos, pero que depende de si quieres apostar por un grupo de números o por algunos números en concreto.

—¡Pues si sabes casi más que mi madre! —Amelia sonrió, encogiéndose de hombros.

Oliver se quedó con cara de intrigado, observando la mesa.

—Bueno, pero eso cómo se traduce a la mesa, porque aquí yo veo muchas variantes.

—Brandon quería la apuesta de 100 dólares a rojo, así que es apuesta sencilla. Vamos, que en la mesa ponemos la ficha sobre el rombo rojo —aclaró Amelia con determinación.

—*Perfect*. Oye, pues venga, haz los honores, yo grabo y lo subimos a la *web*.

—Va, por Brandon —dijo poniendo la ficha en el rojo, y la emoción fue intensa durante unos segundos, mientras la bolita en la ruleta se decidía a parar. Hasta que el hombre a la mesa dijo: —Gaaaana la casa.

—Pues yo hubiera apostado al 20 rojo, Brandon tenía 20 años y era su causa.

—Nena, eso es un pleno al 20, si hubiera salido, ganabas 35 veces lo apostado.

Los ojos se le redondearon.

—Pues no nos quedemos con la duda —dijo Amelia con una sonrisa ladina, poniendo la ficha sobre el 20 rojo, de nuevo con toda la emoción.

—Gaaaana la casa.

~~Viaje en ruta con amigos~~
~~Apostar 100\$ al rojo~~

Continuaron el juego y después pasaron a la zona de restaurante. Se quedarían haciendo noche en el hotel, y caminando a las habitaciones Amelia vio en su móvil que la foto del coche que había subido a *Instagram* y *Twitter* tenía gran cantidad de comentarios.

—Chicos mirad, subí vuestra foto Y puse: Vamos de ruta Madrid-Lisboa por #BrandonBlushing —Wow, ¡pero si nos han hecho fotos en autovía! y cuando el coche estaba parado en Mérida. No me he dado cuenta.

—Y sobre todo mira los comentarios, son todos referentes a la historia de Brandon y la patología, la gente lo está buscando y lo *retwitean*.

—Es genial, nena. Al menos el mensaje se está difundiendo, a ver si continúa; me alegro mucho —dijo Bea, con gesto dulce.

—Sí, estamos haciendo que suceda; creando el camino.

Oliver se distrajo un momento, le entró un *whatsapp* que le hizo cambiar el gesto.

Amelia se acercó.

—¿Pasa algo?

—No bueno, es Laura. Dice que mañana quiere quedar para hablar conmigo.

—¿Se habrá decidido?

Oliver se encogió de hombros

Decisiones

Madrid, una cafetería remota. Oliver y Laura.

Como siempre en sus encuentros, llegaban por separado cada uno en su coche, pedían algo en la barra, y buscaban el lugar de la cafetería que les ofreciera mayor privacidad. Se sentaron en unas butacas con mesa baja que había en un recodo del local, donde no había nadie más. Oliver notaba que Laura había llegado algo nerviosa.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme? —dijo directamente Oliver con voz tranquilizadora—. Y por cierto, ¿estás bien?, porque te veo nerviosa.

—Sí, lo estoy, ya sabes por todo esto —confirmó ella—, por eso necesito que me escuches, a ser posible sin interrupción, diga lo que diga, porque siento que lo tengo que sacar todo rápido; de una vez...

—Vale, ¿puedo decir vale o ya hemos empezado? —bromeó, intentando relajar el ambiente.

Ella le sonrió levantando una ceja, después, respiró hondo.

—Mira, sé que nuestra historia no ha empezado del modo en que hubiéramos querido, por la encrucijada en la que me encuentro. Sinceramente nunca había estado en esta situación, nunca había estado enamorada de dos personas a la vez, si es que eso es posible.

Oliver se removió en su asiento, sin decir nada, pensando: «¿Enamorada de dos personas?»

»Necesito que me escuches para poder hablar en alto y aclarar las ideas, yo sola me estoy volviendo loca, porque la verdad tampoco puedo contar esto libremente, en mi círculo nuestros amigos son en común de la pareja, desde hace años y sé que no lo aceptarían.

Oliver la miró con una sonrisa dulce, ladeando la cabeza, para transmitirle su apoyo y tranquilizarla.

—La vida son decisiones, y esta es una muy importante, creo que debía sopesarlo muy bien. Porque es muy difícil poner en una balanza toda una vida con mi marido, frente a unos meses contigo.

Oliver frunció el ceño. «No sé si me gusta cómo empieza esto»

—Ahora, estos meses que hemos pasado flirteando, jugando, te parecerá una tontería, pero para mí han sido pequeños momentos de felicidad que me

alegraban el día y que los he sentido muy intensos.

«No me parece una tontería, no», respondió él mentalmente.

—Pero luego lo pienso, lo cierto es que es muy difícil mantener feliz a alguien toda una vida... y eso mi marido lo ha hecho hasta ahora, y si yo no lo interrumpo, puede seguir haciéndolo.

«Los “Pero” no deberían existir en la RAE», negaba Oliver con la cabeza.

—Y sí, es cierto, él me ha hecho feliz hasta el momento, al menos lo que yo pensaba que era felicidad. Pero ahora contigo...

«Me encanta ese “Pero”», pensó, dibujando una sonrisa.

—No sé, contigo tengo todo eso, pero intensificado, es algo tan grande que no lo había sentido nunca, ni sé cómo explicarlo.

«No hace falta explicación a eso, tranquila».

—Siento que he tenido la gran suerte de que te hayas cruzado en mi vida y yo en la tuya, y sé que solo depende de nosotros el mantenernos juntos o no. Todo depende de una decisión. Una elección.

Laura se quedó mirándole simplemente con los ojos empañados, seguramente calculando las palabras, con mil imágenes de sus intensos encuentros clandestinos, en contraste con la vida actual con su pareja.

—Es una decisión muy complicada —pensó, diciéndolo en alto.

—Y es que tú para mí has sido como una revolución, porque eres así, has llegado como un ciclón, trastocando todo mi mundo y luego tienes la capacidad de volver a encauzarlo, porque cobra significado de nuevo estando a solas contigo, como en este momento, consigues que se pare el mundo, y no hay nada más. Simplemente es un sentimiento que no puedo refrenar, y que no voy a refrenar.

Oliver tenía la mirada brillante y achispada, sentado en el bordillo de la banqueta, con la tensión en el cuerpo por la incertidumbre.

—Y es que no tengo que elegir, porque ahora mismo para mí solo estas tú, no quiero nada más.

Oliver no pudo resistirse, y con esa confesión, se inclinó hacia ella y la besó despacio.

—No pienso hablar, de verdad que no —le dijo besándola de nuevo.

Ella le acarició la nuca y el cuello, jugueteando con los dedos entre su pelo, se quedaron mirando a los ojos.

—¿Sabes qué quiero? —dijo ella con determinación —, quiero una cita real, contigo, que no sea algo clandestino en una cafetería remota en la zona

más recóndita de Madrid. Quiero estar contigo a solas en un lugar donde podamos dejarnos llevar por fin sin miedo.

—Podemos alquilar una casa rural, cualquier pueblo de Toledo sería el escenario perfecto—propuso Oliver.

—¿Tú y yo a solas el fin de semana completo para disfrutarnos?

Ella sonrió, acercándose hasta rozar sus labios, con el deseo en la mirada.

—Me fascina esa idea.

Él la intentó besar, ella se apartó jugueteando, él la abrazó por la cintura para que no pudiera escapar a ese beso lento que sellaba el trato.

Madrid, cafetería de Bruno. Amelia, Bea y Daniel

La charla del día anterior con Dani, cuando iban en el coche hacia el casino, la hizo pensar, Amelia sentía que tenía que hacer rápidamente el siguiente punto de la lista, y el conocer a Dani, le daba mayor confianza. Quedó con Bea y Daniel para hablarlo con detalle y plantearle si podían hacer el salto lo antes posible.

Amelia: Oye, estoy con Bea y Dani en el Café de Bruno. ¿Te vienes? Estamos planeando lo del *puenting*.

Oliver respondió enseguida.

Oliver: Aún estoy con Laura tomado algo. Ahora, cuando termine, voy.

Amelia: Ok.

Dejó el móvil sobre la mesa, y continuó la conversación con Dani. Ella y Bea le estaban bombardeando a preguntas.

—Bueno, entonces, cuándo ya salte, ¿luego, cómo me bajo; que tengo que hacer?

—Cuando termina, te vamos bajando poco a poco y otro de mis compañeros estará esperando para ayudarte hasta que llegues a tierra firme. Estás en buenas manos —la tranquilizó—. Hemos guiado más de seis mil saltos, en estos años, sin incidencias.

Pidieron un par de rondas más, y continuaron charlando.

—¿Alguna persona se ha echado atrás, llegado el momento? —preguntó Bea, morbosa.

—Pues, estando ya del otro lado del puente, no que yo recuerde. Al

menos en los que yo he guiado.

Oliver llegó en ese momento, saludando a todo el mundo.

—¡Ey!, al fin te ponemos cara —le dijo chocando su mano—. Tengo que decir que, por el altavoz, tienes la voz sexy. Seguro que estas ya te han dicho que lo comenté.

—Pues no, no me habían dicho nada, pero gracias tío.

Oliver puso una mueca; había metido la pata.

—Bueno, pues si, lo confieso es sexy. —Iba diciendo, mientras se acercaba a la barra a pedir otra ronda.

Todos se rieron por su descaro.

—Se te ve muy contento, ¿eh, Malagueño? —le dijo Bea, intentando sonsacarle información.

—Lo estoy, lo estoy—confirmó—. Mañana me voy con Laura de fin de semana a una casa rural en Toledo —dijo emocionado, sin poder parar de sonreír.

—Uuuuh, ¡Qué romántico! —dijo Bea sonriendo, y le dio un abrazo, ya que también sabia de su historia con Laura. Amelia solo se quedó mirando la escena. Y finalmente intervino.

—Pero habíamos decidido hacer mañana el salto. Dani solo puede el fin de semana y yo, o lo hago ya, o creo que no lo haré nunca.

—Bueno, tú puedes saltar igualmente —respondió Oliver tranquilizándola.

—No, no sin ti allí, necesito que estés conmigo.

—Amelia, me gustaría, pero yo también tengo mi vida. Bea y Dani estarán contigo.

Amelia frunció el ceño, estaba alterada, se sentía sustituida de repente por alguien que él apenas conocía desde hacía unos meses.

—Vamos, somos amigos desde el instituto, te necesito conmigo, es importante. Estoy aterrada con esto, ¿y vas a cambiarme por un fin de semana con alguien que apenas conoces?

—Amelia, no sé por qué estás tan a la defensiva, no estoy cambiando a nadie, por nadie. Estás siendo irracional y totalmente egoísta, ¿o es que siempre tiene que ser lo que tú quieras cuando tú quieras? —dijo elevando el tono—. No siempre voy a anteponer tus cuestiones a las mías. ¿Por qué tu vida es más importante que la mía? He estado esperando esto mucho tiempo, y tú lo sabes—la recriminó enfadado—, ahora por fin Laura se ha decidido y me ha elegido a mí. No voy a rechazar esa cita, después de todo lo que he pasado

para estar con ella. ¿Por qué es más importante tu proyecto que mi vida? — finalizó, realmente alterado.

Amelia le escuchaba, negando con la cabeza, como si no aceptara lo que le estaba diciendo.

—Bueno, pues ahora tú eres el que decide. O me acompañas y me apoyas en esto, o vas a tu cita con Laura, es sencillo. Solo hay dos opciones —le dijo desafiante.

Oliver se quedó parado, con la mirada fija clavada en Amelia.

—No puedo creer que seas así. Entonces se levantó y se fue de la cafetería, sin añadir nada más.

—Pues parece que ya ha elegido —dijo Daniel en un susurro a Bea, que se quedó estupefacta, ya que jamás los había visto discutir.

La Noticia

Mientras comenzaban a fijarle el arnés, tirando de cada presilla para ajustarlo, comprobar las cuerdas, y finalmente ponerle el incómodo casco de seguridad, Dani le iba dando las últimas directrices. Pero Amelia no estaba escuchando todo lo atenta que debería; su cabeza regresó a la discusión con Oliver. Estaba cabreada con él y consigo misma, con remordimientos que le hacían preguntarse si realmente mantenía una postura egoísta, o si estaba forzando demasiado su amistad con Oliver.

Él, al otro lado de la ciudad, como si fuera un espejo, estaba dando vueltas a los mismos pensamientos en su cabeza. «Quizá me sobrepasé un poco ayer, debe estar aterrada por el salto, y yo no estoy apoyándola», pensó, mientras conducía de camino a casa de Laura. Activó el manos libres para llamarla.

—Buen día linda, estoy saliendo, en una media hora estoy en tu casa — dijo, evidenciando sin querer cierto matiz de melancolía en sus palabras.

—Vale, ¿pero por qué tu voz suena triste?, ¿es por lo que me contaste?, ¿tu discusión con Amelia?

—Sí, bueno, es que quizá fui demasiado brusco y ella lo ha estado pasando muy mal.

—Oli, pues si es importante para ella, ya te dije que puedes venir a recogerme después de su salto, no tenemos prisa.

—Sí lo sé, pensaba plantearlo así ayer, pero se puso tan a la defensiva, que simplemente me fui... ¿De verdad no te importa?

—Es que eres muy impulsivo. De verdad, llámame cuando todo termine.

—Eres increíble, te compensaré. Podrás pedirme lo que quieras.

Ella se despidió con un beso, y su risa cerró la llamada.

Oliver giró en la primera oportunidad, para hacer un cambio de sentido y se apresuró a llamar para decir que iba en camino. Llamó a Amelia, no respondió y Bea tampoco. Tomó el móvil un momento para mandar un mensaje a Amelia y decirle si podían retrasar el salto.

En ese momento Dani estaba ayudando a Amelia ya con todo preparado a pasar al otro lado del puente, muy despacio. Bea no escuchó el teléfono, estaba junto a Amelia con la tensión del momento, vigilando cada uno de sus

movimientos.

Desde abajo, el compañero de Dani, la ayudaría a realizar el descenso, Amelia le había dejado su móvil para que grabara el reto cumplido.

—Tienes que intentar saltar lejos del borde hacia adelante, para iniciar el movimiento de péndulo, no te dejes caer simplemente, o te precipitarás como un saco de papas —le advirtió Dani a su lado.

Amelia asintió con la cabeza, confirmando que le había escuchado. Tenía la cara desencajada, pero no en sí por el momento, sino porque estaba molesta consigo misma. Oliver no estaba junto ella. Miró hacia atrás buscándole por última vez..., no estaba. Pero Bea sí, aunque tenía una cara de pánico muy poco reconfortante, se dio cuenta y cambió el gesto para intentar transmitir a su amiga algo de tranquilidad. Amelia respiró hondo, se revisó el arnés con un vistazo rápido, le cruzaba el pecho en forma de equis cómo si fuera un blanco fácil en un campo de tiro.

Ya estando en el otro lado, Dani le soltó el enganche de seguridad que la sujetaba a la barandilla del puente. El momento había llegado.

—Ahora sitúate de espaldas a mí —continuó indicándole Dani—. Yo diré 3,2,1, ¡Amelia!, Salta solo cuando escuches tu nombre ¿Entendido? Si no lo escuchas, no saltes —le indicó con determinación.

Una extraña sensación de mal presagio la invadió por completo, de pronto le vino la imagen de Brandon a la mente, él se lanzó, se lanzó sin arnés, al vacío, a la nada, desde una altura de once pisos, esa conexión que sintió con él en ese momento, paradójicamente la llenó de fuerza para hacerlo por él, por la causa....

—¿Listos todos? 3..., 2..., 1 ¡¡Amelia!! —gritó Dani con fuerza.

Su nombre, el pistoletazo de salida. Se lanzó lo más lejos que pudo, el viento cortante por la velocidad de la caída al vacío, dejó todo en silencio por un instante, todo se paralizó quedando el tiempo como suspendido. La imagen de Oliver durante su discusión de nuevo se hizo presente.

Él se encontraba ya de camino al lugar del salto a unos cientos de kilómetros, seguía intentando contactar con Bea o Amelia sin obtener respuesta, aceleró el coche para llegar lo antes posible, en un nuevo intento de llamada se distrajo un segundo, precipitando un giro brusco que desestabilizó el coche. Intentó frenarlo pisando el pedal con fuerza, pero estaba descontrolado. Dio un volantazo para evitar un saliente y la aparatosa maniobra provocó que el coche girase sobre sí mismo. El impactó final del vehículo contra el asfalto coincidió con el instante en el que la cuerda de

Amelia llegaba hasta su punto de tensión máxima. El latigazo golpeó su pecho, su aliento se paralizó por un segundo y la distensión de la cuerda dejó su cuerpo a merced del vaivén del cable que la suspendía. Quedó finalmente oscilando como un péndulo...

—Woow esto es geniaaaaaal —gritó, con la adrenalina activada. Poco a poco el semicírculo que dibujaba cada vez era más corto. Ya estaba, ya había pasado, todo había terminado.

Bea salió corriendo para bajar por la escalinata de la ladera al encuentro de Amelia.

El compañero la recibió abajo mientras iba descendiendo, ayudándola a poner los pies de nuevo en tierra firme.

—¿Todo bien? —le preguntó. Amelia sonrió asintiendo con la cabeza y respiró profundo.

—Mira a ver si el vídeo a salido bien, entró una llamada al final y..., no sé si salió.

Amelia revisó su móvil, tenía varias llamadas, las dos últimas de Oliver, y un *whatsapp*.

Oliver: ¿Podéis retrasar el salto?

Se quedó extrañada... «Dijo que se iba de fin de semana con Laura», pensó.

Le devolvió la llamada, no respondía. Entonces le habló por *whatsapp*.

Amelia: Ya he saltado, ha sido alucinante. Ahora vamos a casa a cambiarnos y en la noche lo celebramos. Tú estás con Laura, ¿no?

Bea llegó gritando, parecía contagiada de adrenalina.

—¡Nena, ya está!, ¡lo has hecho! —le dijo abrazándola y zarandeándola.

—Sí, la sensación de caída al vacío se pasa en un segundo, todo ha sucedido muy rápido. Pero sí, ya está hecho —dijo emocionada, pero con cierta tristeza por no haber podido tener a todos allí.

Hacer puenting

Después, Amelia se quedó mirando a la nada, en silencio, con el rostro congelado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bea asustada.

—No lo sé..., tengo una extraña sensación, como un nudo en la garganta.

A kilómetros de allí el móvil de Oliver sonaba en alguna parte de su accidentado auto.

El sonido de la ambulancia y los coches patrulla, que ya estaban llegando al lugar del suceso, competían con la melodía del teléfono de Oliver, que se escuchaba de nuevo, incesante..., era Laura.

Amelia se fue a casa para tomar una ducha y a cambiarse, puso la tele bajita por compañía, con estos días fuera, necesitaba un cable a tierra.

Dani y Bea se fueron juntos por lo que estarían entretenidos hasta la noche cuando se juntaran de nuevo para celebrar que todo había ido bien. Intentó relajarse un poco, y después de la ducha se preparó unos cereales con leche. Al coger la cuchara vio que aún le temblaba un poco la mano del subidón de adrenalina.

Se sentó para ver alguna *pelí*, pero aún estaban las noticias. Revisó su móvil, respondió algunos *whatsapp* y entró en el *chat* de Oliver. Le extrañó que su mensaje no tuviera aún ni el doble *check* de confirmación de entrega. Pensó que, definitivamente, estaba muy entretenido en su *finde* romántico con Laura.

Despegó la vista un segundo, para mirar la TV, al parecer había ocurrido un accidente en la autovía de Madrid que se había registrado en directo.

Se asustó al ver la imagen. Por un momento le pareció el coche de Oliver. Un escalofrió le recorrió el cuerpo. Subió el volumen un poco, para escuchar la noticia.

—El vehículo se encontraba en dirección a la autovía del Norte, hay una única víctima mortal, al parecer no llevaba el cinturón de seguridad y el cuerpo se precipitó por la luna delantera. Se descarta como causa del siniestro el abuso de alcohol. Queda a la espera de investigación...

Se acercó, frunciendo el ceño intentando ver la matrícula en la pantalla.

Con el móvil en la mano, sintió la vibración. Le llegó un *whatsapp* de un número que no tenía registrado.

Hola, soy Laura, ¿Oliver está contigo?

El corazón le dio un vuelco. Su rostro era de pánico y sintió una presión

que le nubló la vista por un segundo, quedó en *shock*. Miró la imagen en las noticias y de nuevo al mensaje; no lo podía creer. El nudo en la garganta se desgarró en llanto. «No, no puede ser », pensó.

—No puede ser —suspiró negando con la cabeza.

Con los ojos desorbitados en llanto, su cuerpo reaccionó, el estómago le dio un vuelco, y vomitó finalmente. Las sienes le palpitaban, la presión en el pecho pesaba de repente y le hacía respirar con dificultad. Comenzó a gritar intentando paliar el dolor y desbordada cayó de rodillas. No quería creerlo.

Se levantó como pudo buscando ayuda. Llamó a la puerta de Julia, golpeando el grueso de la madera una y otra vez; golpeaba cada vez más fuerte, hasta la extenuación. Ya no llamaba, estaba soltando toda su rabia, se hizo sangre en el puño y continuó golpeando desconsolada, se dejó caer resbalando por la puerta hasta el suelo. El llanto le salía ronco, las lágrimas gruesas, sin parar de gritar, quedó tirada hecha un ovillo... rota de dolor.

Pero y aparte

No podía parar de llorar, en cada recuerdo, cada palabra o imagen de Oliver que resonaba en su mente, pensar en su madre, en Marion, había perdido tanto y tan de repente, que no sabía cómo gestionarlo, sentía que su única opción ahora era salir, salir de sí misma.

Con el billete de avión en la mano una maleta a medio hacer y todo el peso del mundo sobre sus hombros se sentía como una prófuga, como una fugitiva que estaba huyendo de su propia gente, de su historia, de sí misma. Y es que realmente era así; estaba escapando de su propia vida.

Con los ojos rojos del llanto incesante, y algo desaliñada, sentía que le daba igual todo. Después de dos horas esperando para embarcar, solamente quería estar en el asiento asignado y que el avión despegase lo antes posible. Quería volar, alejarse, huir.

Estaba aún en *shock*, su mente divagaba por supervivencia, por evadirse del dolor. Pensaba que cuando viajas en avión y estás ahí, suspendida en el aire, como una pluma al viento de gran tonelaje, es casi mágico. Es como si no pertenecieras a ningún sitio, si no estás en tierra firme, no cuenta. Viajar es como un paréntesis o como el «pero» en medio de una frase. Todo lo anterior a ese pero, queda anulado automáticamente, cómo dijo Marion. El clásico: me gustas de verdad pero... solo como amigo. Era un claro ejemplo. Esos «pero» era como la mermelada de pomelo; primero dulce, después amargo.

Iba pensando en ese concepto mientras cruzada el pasillo de embarque hacia la puerta del avión, donde la azafata, de perfecta sonrisa congelada, iba recibiendo a los pasajeros. Le mostró el billete con desidia y se encaminó por el estrecho pasillo en el interior del avión.

Se sentó con la esperanza de que nadie se pusiera a su lado, desde luego no le apetecía conversar. Y tenía un itinerario complicado de Madrid a Roma donde le esperaban seis horas de transbordo. De ahí saldría para Buenos Aires, terminado con vuelo interno a Córdoba cómo destino final.

Era de noche, por tanto, se serviría la cena dentro de un par de horas. No podía dormir, necesitaba algo que frenara sus pensamientos por un momento. En el monitor individual, situado frente a ella, iba pasando las distintas opciones de entretenimiento que ofrecía, seleccionó Películas. Desplegó el submenú; comedia, acción, drama. Lo cerró. Abrió documentales y escogió

uno sobre la ciudad de Nueva York, era un de sus viajes pendientes. Lo veía de manera automática, en vacío, mirando sin ver, y oyendo sin escuchar. Simplemente estaba ahí en una lucha interna pretendiendo ser lo que no era, pretendiendo inventar un nuevo yo.

Divagando de forma inevitable, pensaba que cuando cambias de ciudad o de país, puedes empezar de nuevo, puedes reinventarte, puedes ser otra persona, porque allí nadie tiene tus antecedentes, empiezas de cero. Se centró con todas sus fuerzas en ese pensamiento; dejar atrás todo lo sucedido, al traspasar la puerta de embarque había dicho su «Pero». Todo lo anterior a eso ya no contaba. Era una decisión tomada, sería otra persona. Con esa idea en la mente se fue quedando dormida, estaba agotada. Su propio llanto no la había dejado dormir hasta ahora.

Apenas había cerrado los ojos unos minutos, cuando un extraño sueño la despertó. La pesadilla del ascensor que se le repetía cada vez era más siniestra. Despertó con la respiración agitada, se acercó a la cabina de azafatas a pedir un vaso de agua y le indicaron que pronto pasarían con la cena. Bebió sin sed, solo para calmarse. Se sirvió la cena y no tomó nada, tenía el estómago cerrado.

—Dicen que en los aviones se come tremendamente mal —le dijo un pasajero sentado en las filas intermedias a su izquierda—. Pues yo como mejor que en mi casa.

Pretendía iniciar una conversación al verla sin probar bocado. Amelia, sin decir nada, se puso los cascos, se acomodó en su asiento, y cerró los ojos para terminar así con la conversación iniciada. El hombre se encogió de hombros y continuó disfrutando de su cena.

Despierta, pero con los ojos cerrados, pensó en la última vez que estuvo en Córdoba con su Nani. La había llevado en dos ocasiones; en las vacaciones de verano, cuando tenía seis años, y en las navidades antes de cumplir los ocho. Después del incidente de su padre, ya no volvió más. Pero habían seguido en comunicación todo este tiempo, y más desde que Nani aprendió a usar *whatsapp*. Cuando le dijo que iría con Marion para la convención y que pasarían a visitarla, se emocionó tanto que había estado contando los días hasta ayer mismo, cuando la llamo para decirle que había cambiado la fecha de vuelo para ir antes. Nani lloraba porque ya la iba a ver, y le contó que se había trasladado a vivir con su sobrino de veintiséis años a nueva Córdoba; el barrio central, porque donde tiene su casa en General Paz la zona se había vuelto algo peligrosa. Amelia se quedaría en la casa con Nani y su sobrino al

que ella conoció siendo él un bebé.

Por fin llegó a destino; después de tomar tres aviones, pasar por tres ciudades distintas de diferentes continentes y dos interminables transbordos, llegó.

El *jet lag* no parecía afectarle, estaba al otro del charco, en el otro lado del mundo, y al otro lado de su propia vida, aunque realmente no sentía que nada hubiera cambiado, excepto que había dejado de llorar a cada minuto, quizá por deshidratación; ya no podía llorar más.

Salió del avión siguiendo a todo el grupo, arrastrando la maleta con la mochila al hombro y el pasaporte en la mano. Para pasar la frontera en aduanas el personal de seguridad dividió al grupo en nacionales y extranjeros. Estaba tan aturdida todavía que ni siquiera había asimilado que ahora era extranjera, se puso en el grupo de los nacionales.

—Me da que vos tenés que ir para el otro grupo amiga —le dijo amablemente una chica delante de ella, al girarse y ver su pasaporte.

La chica se quedó mirándola sonriendo afable, quizá, esperando un gracias o que le devolviera una sonrisa sin más.

Amelia no dijo nada. Confirmando su error, arrastro su maleta hacia el grupo de extranjeros y se puso al final de la cola. Decidió que su nuevo yo no iba a ser muy amable, al menos no hoy, no por el momento.

Cuando llegó su turno, el hombre de administración le preguntó cuánto tiempo estaría en el país.

—Tres meses —respondió ella, sabiendo que es el máximo permitido cómo turista. Él le indicó que se situara a un lado de la cabina frente a la cámara, donde hacían el registro y asociaban tu fotografía al expediente de ingreso al país. Le devolvió su pasaporte con el sello de entrada y fecha.

—Gracias, puede continuar —dijo de forma mecánica.

Ya en el exterior del aeropuerto, parada en la puerta principal, esperaba que pasara a recogerla su Nani, vendría conduciendo Inti. Cuando lo vio la primera y única vez, era un bebé gordito y rubio, que solo sabía babear y poco más.

Mientras esperaba, pudo observar que los taxis eran amarillos, como en Nueva York, le pareció curioso y le hizo sentirse bien de alguna manera.

Se quedó esperando con la mirada fija en ninguna parte.

—Che, minita, subí, la llevo donde guste —le gritó un hombre desde su coche. Amelia frunció el ceño y negó con la cabeza, el hombre se encogió de

hombros y continuó.

—No confiés gringa, esos son remis; «truchos» —le advirtió una señora que presenció la escena.

En ese momento, desde otro coche, llamarón su atención. Un joven desgarrado con el pelo revuelto y una raquítica barba desdibujando su rostro, la saludaba con una amplia sonrisa. Se había bajado del coche y lo rodeaba para abrir la puerta del acompañante. «¿Ese es Inti?», se preguntó acercándose. Del coche salió su Nani, la vio como la mujer llena de vida que transmitía alegría en cada gesto. Ahora llevaba el pelo rubio ceniza, antes lo mantenía oscuro. Dibujó una preciosa sonrisa nada más verla su pequeña se había hecho mujer.

—Sí, esa es mi Meli —dijo la mujer, emocionada—. ¡¡¡Meli!!! —Alzó la voz de nuevo, con notable alegría, agitando el brazo todo lo que pudo...

«¿Meli?», pensó Amelia. Hacía tantísimos años que no la llamaban así, que de pronto se sintió en casa. Fue directa a abrazar a su Nani, dejando maletas y mochila en medio de la calle. Inti fue por detrás a recogerlo y meterlo en el maletero del coche. Mientras se abrazaban, Nani no paraba de darle besos, en la cara, en la frente, en el pelo.

—Pero mirá, si ya sos toda una mujer hermosa. No quedó nada de mi niña Meli, y eso me enorgullece, mi amor.

Amelia le devolvía el abrazo con fuerza, se sentía de nuevo niña, de nuevo la pequeña Meli. Y en ese instante pensó que podría volver a ser Meli, esa niña valiente, inquieta, curiosa, sin preocupaciones, y con un gran futuro por delante. Definitivamente aquí sería Meli, y empezaría de nuevo.

—Sí, aún queda algo, Nani, aún queda.... —dijo Meli, rompiendo a llorar, de pura emoción.

—Y bueno, saludá, —dijo la mujer girándose hacia el joven—. No te quedes ahí parado.

Él se puso muy erguido para saludarla.

—Soy Inti, y estoy a la orden para lo que necesites.

—Lo sé, sé quién eres. De bebé te tuve en brazos, yo no era mucho mayor, pero...

—Sí, me contó mi tita, es curioso. Bueno, bienvenida.

El joven le dio un único beso en la mejilla, y Meli quedó esperando el segundo.

—Es cierto —dijo—, no recordaba, aquí se da solo un beso.

—Sí, disculpá, te dejé con el rostro cortado. En España son dos, ¿cierto?

—le decía indicando que pasara al asiento de atrás con su Tita—. Bueno, hoy soy su chófer señoritas, decíme, ¿qué querés hacer? ¿Estás cansada?, ¿querés ir a la casa? O tenés sed, ¿querés tomar algo, comer algo...?

—No sé, estoy cansada pero no quiero ir a casa, quiero ver la ciudad, quiero ver cosas. Meli quedó encantada con la predisposición del joven, tan extrovertido y esa personalidad tan vital y llena de energía, sin duda se había criado con Nani.

Le miró y de alguna forma lo veía como el hermano pequeño que nunca tuvo, realmente se sentía en familia de nuevo, estando al fin con su Nani, sentía que tenía una nueva oportunidad.

Del aeropuerto al barrio central de nueva córdoba, donde vivían, había una media hora.

Desde la ventanilla del coche, iba observando, cada uno de los edificios, las calles, la gente, su forma de vestir, había estado con siete años, pero cuando eres un niño, no percibes tanto las diferencias. Ahora era distinto, prácticamente es como si nunca hubiera estado allí, como si fuera su primera vez en el país.

—Nani que bien, te veo —le dijo con dulzura—. Recuerdo cuando era niña y venía en las vacaciones de Navidad, aquí era verano, y nos pasábamos el día en la piscina de tus vecinos. ¿Cómo lo llamabais aquí?

—Pileta, así le decimos a la piscina y a la bañera —le recordó su Nani.

—Sí, era divertido darse los regalos de navidad... estando en la piscina, bueno, la pileta —rectificó—. Cuando afuera había treinta y ocho grados. Me encantó, porque pasé dos veranos en el mismo año.

Nani no se creía que la tuviera cerca, a su lado, no paraba de darle besos y mirarla, observando cómo se habían transformado sus rasgos y gestos de cuando era niña.

—Ya estamos llegando al centro —dijo Inti—, veras que aquí las calles son todo cuadrantes, por eso le decimos cuadra a cada bloque. La casa queda en calle independencia y verás que es muy sencillo ubicarte. Luego te daré un mapa, pero mejor si memorizas las calles paralelas y las que cortan con la nuestra de uno y otro lado, así te ubicás mejor y no *paresés* tan *gringa*.

Ella iba observándolo todo mientras escuchaba a Inti, y de pronto una fiesta de luces y agua llamaron su atención. Sonaba la canción *We are the world*, de Michael Jackson.

—Espera, vamos a parar a verlo, eso es el Patio del buen pastor —le

indicó Inti—, la fuente de aguas danzantes.

Bajaron del coche, se acercaron y sintió la magia, los colores, los chorros de presión de agua se movían e iluminaban al ritmo de la canción.

—¿Y esas chicas? —pregunto al ver a varias jóvenes con vestidos muy llamativos.

—Están celebrando su fiesta de quince, es..., bueno como una tradición y vienen acá a hacerse las fotos. Las novias vienen también.

Amelia parecía una niña, la alegría la llenó de nuevo de energía, pero se sintió mal de repente, pensó que no merecía esa felicidad.

—¿Estas bien, flor?, te cambió el rostro de repente —preguntó Nani
Amelia asintió ofreciendo una sonrisa congelada.

—Ya que veo que no quieres descansar —continuó Inti—, podemos ir a un lugar que creo te gustará. Bueno, te gusta el arte, las artesanías, ¿verdad?

—Me encantará ver todo lo que quieras enseñarme.

—Perfecto, pues primero vamos a ir a merendar a un lugar donde te ponen pan caliente recién tostado, con queso de bola natural, mermeladas y el dulce de leche más cordobés que puedas encontrar —dijo reafirmando orgulloso—. Porque no todo el dulce de leche es igual.

Esa descripción le abrió el apetito. Estos días atrás había estado tan aturdida que apenas comía o lo hacía de manera automática porque debía hacerlo.

—Ok, vamos a ese lugar —respondió Meli sin dejarle terminar.

—Dale, ahí vamos —montaron de nuevo en el coche y arrancó—. Oye, te diré que has levantado expectación entre mis amistades, les hablé de tu llegada y te querén conocer, ya tengo en la agenda varios asados a los que te invitaron.

Meli se sintió algo abrumada.

Una vez llegaron al lugar, pudo ver en la entrada del local un pequeño cartel creado con luces *led*, que decía: *Dada mini*. Al entrar, bajo una puerta diseñada en arco, daba lugar a un patio dispuesto como terraza, donde había mesas de jardín y bancos con cojines tipo tetería que te hacían sentir en casa, decorado con luces colgadas por la pared como una enredadera, que le daban un ambiente mágico. A la izquierda había locales de venta de artículos artesanales y ropa. Pero lo que sí nunca olvidaría, lo tenía muy claro, era esa sensación cuando probó el pan tostado y humeante, tal y como Inti lo había descrito.

Ahora, después de la deliciosa merienda, Inti las llevo a lo que llamaban

el *mercadito de las pulgas*. Un lugar repleto de artesanías, hechas con cristal, cerámica, metal, todo tipo de muebles y antigüedades, realmente había de todo. Iban caminando entre los puestos mientras Inti y su Nani le iban contando las historias o anécdotas de cada producto, característico de regiones distintas de Argentina.

Nani paró en un puesto de alimentación, tenían queso curado y Miel de abejas natural.

—Compramos un tarrito, tita.

—Sabés que sí, pendejito. Es muy buena y quiero que mi Meli la pruebe, a ver si recuerda que la tomaba cuando venía a mi casa —le dijo acariciándole la cara con dulzura.

Un chico se acercó por detrás de Inti, haciendo a Meli un gesto, para que no dijera nada, entonces le pellizco en la nuca haciendo un sonido estridente con la boca. Inti dio un salto y se giró rápidamente. Al ver quien era se dieron un gran abrazo, iba con otro chico a su lado cargado con cuatro bolsas de la compra. Saludaron a Nani con un beso, y se presentaron después a ella.

—Vamos a un asado aquí cerca. Es el cumpleaños de Marcelo, de futbito —dijo mirando a Inti como si fuera algún conocido en común.

—Sí, ya se —dijo como recordando—. No, es tremendo ese Marce, pero lo cierto es que apenas lo he visto en dos juntadas.

—Pues vamos y pasan también a saludar, que no hay dos sin tres.

Ella quedó extrañada, en España esa situación no se daría así, allí era como que uno no va donde no le han invitado.

Y aquí era todo lo contrario. Le hicieron sentirse parte del grupo desde que cruzó la puerta de la entrada. El hogar era de lo más acogedor, entrando por el pasillo después del amplio salón, donde había retratos y cuadros realizados por el padre del anfitrión, Andrés. Llegaron a un patio interior, donde ya el fuego del asado estaba dorando la carne que se serviría en la cena, la mesa estaba preparada para al menos veinte comensales. En la pared colgaban numerosos objetos metálicos, herraduras, llaves, una rueda de carreta y otros elementos relacionados con la hípica como fierros, espuelas o estribos. Pero lo que más le llamó la atención fue que en la pared del fondo, a la izquierda, coronaba un cartel de madera que decía: *El rincón de los amigos*. Realmente parecía un verdadero hogar donde los amigos son familia.

Durante la cena pudo conversar sobre los diferentes puntos de vista, que algunos de los invitados, tenían sobre España. Comparando los rasgos y aspectos de ambas culturas, se sentía cómoda y estaba pasando una entretenida

velada, pero sentía que no tenía derecho a disfrutar, un sentimiento amargo la invadía inevitablemente cada vez que intentaba aflorar algo de alegría.

Lo chicos comenzaron entonces a hablar de los moteos que tenían algunos de sus amigos, y los iban enumerando: Chino, Negro, Putete, Chueco, Cabeza fosforo, cada uno más desternillante que el anterior. Al anfitrión le decían *el Tali de Talibán* porque al parecer de pequeño quería poner una bomba en su colegio para no tener que ir más. También hablaron de un amigo en común, que le decían: *Cojón entre paréntesis*, por sus piernas combadas. Era curioso, nadie parecía ofenderse...

—Oye, ¿y por qué *Cojón* entre paréntesis? —preguntó Inti—. ¿Qué solo tiene uno?... ¿Quién lo comprobó?

De pronto se hizo el silencio en la mesa, se quedaron todos callados, mirándose unos a otros desafiantes. Nadie supo responder, y todos se echaron a reír de repente.

Meli soltó una carcajada que cortó en seguida y dos lágrimas gruesas brotaron de repente sin remedio. Todos estaban riéndose distraídos, pero el chico a su lado lo vio.

—¿Estas bien?

—Sí, bueno, algo se me metió en el ojo.

El chico se la quedó mirando, sabiendo que no era cierto. Pero sintió que no debía indagar más allá.

La reunión se alargó hasta la madrugada, algunos fueron despidiéndose y marchando. Inti y Nani se dieron cuenta de que Meli ahora ya no hacía más que bostezar; realmente parecía cansada, pero como si no quisiera que la noche terminase. Finalmente se despidieron dando las gracias al anfitrión, le ayudaron a recoger la mesa y a dejarlo todo en la pequeña cocina, pasando los platos y utensilios por la ventana que comunicaba con el patio, para no dar toda la vuelta al pasillo, por el interior de la casa. Y se fueron junto con el amigo de Inti que vivía también en el centro.

Ya en casa, por la noche, Meli no podía dormir y se levantó intentando no hacer ruido a por algo de leche, pero Nani la escuchó y se sentó con ella en la cocina.

—Contáme flor, ¿qué te mortifica, que no podés dormir?, ¿de qué viniste huyendo? Yo te conozco y sé que algo te pasa, no viniste solo a esa convención o a verme a mí. Dale, contáme.

Ella se derrumbó, no pudo hacerse la fuerte frente a Nani, y le contó todo lo sucedido entre sollozos.

—Hija mía, el destino está escrito para todos, si estaba predestinado así, le hubiera ocurrido igualmente, de otra forma en otro momento. Pero ese era su final.

—Nani lo siento, pero yo creo que no hay destino escrito, sino que vamos por un camino, se nos presenta una bifurcación y debemos elegir, entre esas opciones que se nos presentan. Nuestras acciones y decisiones van definiendo el destino a cada paso. Lo que es difícil, es elegir... Opción A, opción B... nunca sabes si es la buena, hasta que tomas la decisión y lo ves de nuevo con la perspectiva del tiempo...

Nani se la quedó mirando con admiración.

—Si esa es tu creencia, es correcta para ti, mi amor —sentenció; hablando con la calma que da la sabiduría, desde la experiencia.

La confesión

Después de casi un mes como Meli en Córdoba, se sentía renovada, aunque no conseguía disfrutar plenamente de cada momento, el sentimiento de culpabilidad pesaba aún demasiado. Salía del portal, como cada mañana, entre el olor a café y medias lunas de las panaderías vecinas. El delicioso ambiente se complementaba con una preciosa melodía secuenciada que nacía de uno de los ventanales abiertos del edificio de enfrente, donde cada martes y jueves se impartían clases de danza contemporánea.

Las jóvenes bailarinas iban dibujando cada nota con su postura estilizada, rítmica y elegante, siguiendo el compás marcado por la profesora quién en ese momento, se mantenía apoyada de espaldas en la ventana para organizar todo el grupo, tras un segundo corte para una nueva corrección, se giró sobre sí misma para mirar más allá, y tomar algo de aire antes de la reprimenda.

Fue entonces cuando quedó en conexión con la mirada de Meli, al detectar que estaba siendo observada. La mujer de rasgos dulces, a pesar de su aparente edad madura, sonrió complaciente al sentir que su trabajo era admirado, después continuó con sus directrices. Meli no pudo evitar sonreír también por la complicidad generada en ese instante tan breve, pero que, sin embargo, habían logrado crear un vínculo de admiración y respeto.

Lo cierto era que sentía que encajaba, mejor que en su país de nacimiento. Los días los pasaba tranquila leyendo, a veces iba algunas ponencias de profesionales de distintos sectores que le interesaban, y los lunes y miércoles iba a clases de yoga con Nani. Sin embargo, en las noches sus fantasmas aun le atormentaban; se dormía llorando con las imágenes de todo, lo que había dejado atrás.

Lo que hacía era intentar dormirse por agotamiento; salía a correr en las tardes al Parque Sarmiento, que quedaba muy cerca de la casa, y se había enganchado a un programa de TV que estaba hasta altas horas de la madrugada. Se dormía viéndolo; era un *show* donde bailaban famosos de Argentina. «Es curioso verlo, cuando esos famosos no te suenan de nada, claro», pensó al verlo por primera vez. Pero le encanto la forma en que el presentado abría el programa cada noche «¡Buenas noches América!» decía con una energía que traspasaba la pantalla. La TV era algo curioso, había *tele*

por cable, pero Nani solo veía los canales nacionales, los de siempre, los que vienen por el aire, como decía ella. Los canales 9, 11 y el 13 donde veía el *show*.

Una noche antes de empezar el programa, en el Noticiero narraban una nota que llamó su atención.

»—Se están sucediendo tirones de bolso, desde las propias motos —decía el presentador.

Un moto-chorro —que así los llamaban—, había robado tres bolsos en un día con esta técnica. También advertían de lo que se había denominado como: las bandas de pirañas. Se trataba de un sistema de robo llevado a cabo en grupos de entre diez o quince adolescentes, te rodeaban en plena calle, unos te inmovilizan mientras el resto te revisaba, robando lo que fuera de interés y después desaparecían de nuevo como banco de pirañas en aguas salvajes. Meli quedó impactada, ya que hasta el momento se había sentido totalmente segura caminando por las calles.

Inevitablemente pensó en cómo estaría el tema de la seguridad en Chile, tenía su viaje programado para ir a visitar a Bastián. Se puso de nuevo en contacto para cuadrar el día concreto, ya que, dijo, les avisaría cuando estuviera en Argentina. En ese momento Ángela le trasladó la noticia de que, finalmente, su hermano había tenido complicaciones estando en el hospital, y el funeral había tenido lugar hacía tres días. El jueves próximo se haría una misa para la familia que no pudo llegar de fuera.

Amelia quedó impactada, pensó que si el destino estaba escrito, como decía Nani; Estaba siendo demasiado cruel; no podía creerlo.

Amelia: ¿Puedo ayudaros en algo, necesitáis alguna cosa? Me gustaría ir a veros y despedirme igualmente.

Ángela: Sería estupendo conocerte en persona, así también puedo entregarte algo que Bastián hubiera querido que tuvieras.

Amelia: De acuerdo, nos vemos allí, te aviso cuando esté en el aeropuerto.

Llegado el día, ya estando en Chile. Después de la ceremonia, Amelia y Ángela se separaron del grupo para hablar a solas, Ángela entonces le entregó una carpeta que contenía dos cuadernos.

—Mi hermano escribió sus experiencias y cómo fue su vida antes de la operación y después. Pretendía sacarlo a la luz pero nunca se atrevió.

—Me parece una gran idea, podría hablarlo con otros compañeros del grupo que también quieran contar su historia e intentar que alguna editorial lo publique para ayudar a otros.

—Eso sería fantástico.

Continuaron caminando y Ángela comenzó a contarle anécdotas de su infancia, recordando a su hermano.

—¿Sabes?, cuando éramos pequeños, siempre hacía todo lo que hacía mi hermano, jugábamos juntos a cualquier cosa que se nos ocurriera. —Tomó aire haciendo una breve pausa, como rememorando algunos recuerdos, y continuó—. Una vez hizo una torre muy alta con sus legos de colores, la colocamos encima de una banqueta y teníamos que tirar la torre lo más lejos posible dando una patada de karate en el aire.

Ambas se rieron.

—Ideas locas de críos —comentó Amelia. Ángela asintió continuando con la narración.

—Él hizo una patada dando un salto espectacular, lanzó la torre destrozándola en el suelo a varios metros. La pieza de lego más alejada, era la marca a superar por mí, en este caso. Volvimos a formar la torre, dejando todo preparado para mi turno, no tenía miedo, quería mejorar su marca, ya que siempre competíamos. Me preparé respiré hondo, e intenté dar el salto más potente posible con patada aérea.

Se reía mirando a la nada, mientras narraba.

»Pero, mis piernas eran algo más cortas que las suyas, yo era más pequeña, no lo tuve en cuenta y encima apenas levanté un palmo. Mi rodilla impactó contra el borde de la banqueta, que salió disparada, los legos quedaron esparcidos y mi rodilla abierta toda ensangrentada. Me dieron cinco puntos de sutura.

Amelia se llevó las manos a la boca, con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—Qué desastre.

—Sí, todo mal, recuerdo que mi madre siempre que me escuchaba llorando salía y corría detrás de mi hermano riéndole, llevando una alpargata para pegarle en el culo.

—Esa escena creo que sucede en todas las familias del mundo.

—Mi hermano siempre zafaba, y la verdad luego nunca se enfadaba conmigo. Aunque yo si me sentía mal por él, realmente era mi culpa, solo quería hacer todo lo que él hacía.

—Normal los pequeños imitan a los mayores.

—Pero era porque le admiraba, admiraba su fortaleza, cuando era pequeño él creía que podía conseguirlo todo, y lo intentaba todo, después con la patología cambió, le hizo introvertido, inseguro..., y bueno, ahora lo del accidente, terminó por destrozarle.

Las lágrimas comenzaron a caer lentamente mientras hablaba, quedando finalmente con la mirada clavada en el suelo, sin comentar nada más, quizá sumergida en la cantidad de recuerdos y experiencias vividas al lado de su hermano. Se hizo un largo silencio. Ángela comenzó a llorar cada vez más, sin parar.

—He sido yo —sollozó entrecortado.

—¿Qué?

Amelia se giró hacia ella intentando seguirla

—He sido yo —repitió. Estaba implada, llorando. Vio como ella continuaba con la mirada fija en el suelo con el rostro lleno de lágrimas—. He sido yo, yo le he quitado la vida a mi hermano —gritó en llanto finalmente.

Al escucharse a sí misma diciéndolo en alto, exponiendo ante alguien ese hecho. Le hizo volver a la fría realidad, asustándose de sus propias palabras—. Él estaba muerto en vida —decía con la voz desgarrada en llanto—, en el hospital se complicó todo, yo estaba a solas con él en ese momento y la máquina comenzó a pitar, me quedé ahí sin hacer nada, no llamé al médico, no llamé a nadie para que lo reanimaran, solo dejé que sucediera, pensé que por fin descansaría en paz.

Sus palabras salían entrecortadas, y las lágrimas brotaron ahora de manera descontrolada, comenzó a agitarse y a respirar con dificultad, no podía dejar de llorar. Amelia quedó conmocionada con la historia. Lo cierto era que no le sorprendió, sabiendo lo unidos que estaban. Ángela era el pilar en el que Bastián se apoyaba, por eso no podía ni imaginar el dolor que estaría sintiendo y sobre todo la desesperación que tendría que haber visto en su hermano como para verse en esa situación.

—No podía verle sufrir así después de todo lo que había padecido a causa de su patología, volver a vivir a disfrutar de su nuevo comienzo y de repente esto otra vez. Estaba viviendo sin vivir, encerrado en un cuerpo de nuevo, para él ha sido la pesadilla que se repite, no podía dejarle así... —decía entre sollozos—, no quería que sufriera más.

Amelia intentó calmarla.

—Ángela, lo único que has cometido es un acto de humanidad, realmente

estaba sufriendo, al no hacer nada simplemente le liberaste de ese sufrimiento.

La abrazó, dejándola llorar descargando toda la tensión acumulada, seguro ese secreto la había estado consumiendo por dentro, cada minuto hasta ese momento.

Amelia quedó como apoyo abrazando a Ángela que temblaba de desconsuelo, nada de lo que dijera podría calmarla, absolutamente nada iba a quitarle ese gran sentimiento de culpa que ahora le pesa tanto, por lo que paradójicamente había sido un acto de amor.

Al otro lado del charco; España, Madrid.

Marion llegó de Estados Unidos esa misma mañana. Julia contactó con él para preguntarle si sabía algo de Amelia. No se lo pensó y tomó el primer avión a España. Ahora estaban en el piso de ella intentando averiguar su paradero.

—¿Por qué no me avisasteis antes, Julia? —preguntó mientras iba revisando, carpetas y cajones buscando una pista que arrojase algo de luz.

—No sé, tú ya tienes tu vida en EEUU, y vosotros ya no estáis juntos definitivamente.

—No estamos juntos ahora mismo, pero eso para mí no cambia nada.

—Lo siento, por eso te hablé por *Facebook*, porque ya ha pasado tiempo y aun no vuelve, no sabemos dónde puede estar.

—Vale, tranquila no pasa nada, cuéntame de nuevo, qué ocurrió ese día.

—Cuando sucedió lo de Oliver, creemos que llegó a casa y se debió de enterar del accidente por las noticias, yo estaba con doble turno en el restaurante. Y de hecho, ni siquiera yo me había enterado aún del accidente por eso, porque no llegué hasta la madrugada —narraba emocionada—, al día siguiente, como no nos respondía a ninguno, ni al móvil, ni aquí en casa, entré con la copia de la llave que me dejó, y encontré esta nota, en la mesita de la entrada.

No os preocupéis, estaré bien.

—Lo fuimos a denunciar a la policía, ya que no la encontrábamos por ningún sitio, pero claro, nos dijeron que era una adulta que según lo que decía la nota se había marchado por propia voluntad.

Marion la iba escuchando mientras buscaba por el piso alguna otra nota,

una pista, algo que les dijera donde podía estar. Encontró algunas cajas con fotos de ambos de hace tiempo, que ni recordaba que tenía; sacando cosas de su armario, encontró, el sobre de la agencia de viajes donde guardaron los billetes para Argentina. Los reservaron juntos, con tiempo, y ahora en el sobre solo estaba el suyo.

—Ya sé dónde está.

Salvar una vida

Meli, ya de vuelta en el aeropuerto de Córdoba, salió y se montó en un remis, finalmente Inti no podía venir a buscarla porque tenía examen final en la universidad. Después de tantas emociones encontradas, lo único que quería era llegar a casa y relajarse conversando con su Nani. Ya de camino en el coche iba pensando en pasar por Independencia a comprar unos criollitos de los que le gustaban a Nani, hojaldrados de manteca, crujientes por fuera y tiernos por dentro, a ella le encantaba ir desojando cada capa de hojaldre y comerlos despacito, con un mate bien cebado, a esta hora seguro eran recientes, y los podría llevar calentitos, para la casa.

—Mire, ¿me puede parar en la siguiente cuadra?

Cuando iba en remis, procuraba no hablar demasiado o intentaba usar la jerga que sabía; si no te podían dar vueltas extra.

—Claro linda, donde me diga —respondió mientras iba reduciendo ya velocidad.

El remis paró, le pague al chófer lo indicado, y salió sin más demora carretera arriba.

Me incorporé para ponerme a un lado de la acera esperando para cruzar y de repente sentí un fuerte impacto en el costado derecho que me hizo desplomar al suelo, me giré y era un hombre que calló sobre mí, lo que hizo que me golpease la cabeza contra el bordillo. Sentí como los huesos del cráneo sufrieron la caída, el impacto generó un dolor punzante hasta el oído izquierdo, por el que comencé a escuchar un zumbido. De fondo el frenazo de un coche, desconcertada, aún sentía el peso de ese hombre inmovilizando mis piernas, no podía salir, ni levantarme. Escuche entre pitidos de claxon, una mujer que gritaba.

—¡Me robó, ese es el choro que me *jaló* el bolso y salió corriendo!

Miré a uno y otro lado, me sentía confundida entonces me moví un poco para intentar quitarme a ese hombre de encima, que olía a tabaco y alcohol rancio, pensé que quizá por eso el también parecía aturdido. Al bajar la vista, me quede impactada al comprobar que empuñaba una navaja, el hombre reaccionó y alzó su brazo para atacarme, intenté protegerme poniendo la mano y note el corte como un quemazón, después la sangre brotaba cálida.

El hombre manejaba el cuchillo con torpeza, con el pulso tembloroso de un borracho, el arma cayó al suelo. Aún aturdida y con el molesto zumbido, fui sin pensarlo a coger la navaja. Para evitarlo el hombre se puso completamente sobre mí intentado cogerla antes. Noté como mis costillas parecían hundirse soportando todo su peso, comencé a respirar con dificultad, forcejamos intentando liberarme como fuera y acto seguido, solo pude ver su cara retorciéndose de dolor, sentí su asqueroso aliento, y en mi mano, la que sujetaba la navaja, de nuevo esa sensación cálida de la sangre que brotaba sin remedio.

El hombre quedó tumbado en el asfalto, con la navaja clavada en un costado, cayó de lado dejándome respirar por fin, sintiéndome libre, me levante como un resorte, de pura adrenalina, aún sin saber concretamente qué había sucedido. Me sentía mareada, tenía ganas de vomitar, e intentaba respirar con normalidad sin lograrlo. Vi llegar a la mujer que gritaba y arranco su bolso del brazo de aquel hombre aún inmóvil. Ambas nos quedamos sin saber qué hacer, mirándonos frente a frente durante un segundo. Después miró al hombre y le dio un toquecito con el pie.

—¡No se mueve..., no se mueve! —repitió la mujer cada vez más alterada—. Lo mataste —dijo en un suspiro, como sin atreverse a decirlo en alto. Me miró con ojos desorbitados—. ¡Corré! —gritó entonces—. ¡Corré lejos!

Me sentía aun en *shock* desubicada, solo podía seguir órdenes, como un autómatas, salí corriendo tal cual me había dicho esa mujer que hiciera. No sé cuánto tiempo pasé corriendo, pero lo hice hasta que no hubo más viviendas, solo un descampado y una gasolinera ya no podía más, sentía todo mi cuerpo ardiendo, estaba realmente fuera de mí. Agotada y respirando con dificultad, entré por una puerta marrón, rota, destartalada. Me tropecé, y de un bandazo el pomo de la puerta dio un golpe contra la pared. Entré al pequeño cubículo tambaleándome, me asusté de mi propio reflejo en ese sucio espejo de enfrente, me agarré como pude al lavabo, que se tornó como salvavidas en alta mar. Respiraba con gran dificultad y me sentía desvanecer. No entendía qué había sucedido, qué estaba haciendo allí. Aún en *shock*... parecía que la cabeza me iba a estallar; un zumbido incesante lo envolvía todo, sentía que había perdido la noción.

Estaba tan aturdida y agotada que no sabía cómo había llegado hasta ese lugar, de hecho, no sabría reconocer concretamente en qué lugar me encontraba, simplemente estaba frente a frente conmigo misma. En el espejo

podía ver mis pupilas dilatadas al máximo, palpitando a causa de la sobreexcitación.

Situada de pie, apoyada en un lavabo de mármol blanco, sentía la fría piedra bajo las yemas de mis dedos en contraste con la sudoración que liberaban las palmas de mis manos, observé que un rastro de sangre brotaba bajo mi mano derecha, no entendía por qué..., y me asusté, pero no me atrevía a soltarme del lavabo, podía notar la tensión en cada centímetro de mi cuerpo, las piernas parecían que no iban a aguantar durante mucho tiempo más, la musculatura de mi espalda estaba contraída y sentía un dolor punzante por la fuerte tensión acumulada.

Quería moverme, salir corriendo, terminar con esa situación, pero una angustiada sensación de debilidad me lo impedía, la única opción era intentar mantenerme en pie, peleando en la quietud para no caer, sosteniéndome en el lavabo contemplando mi propia lucha, frente a ese espejo que contaba toda mi verdad.

Sabía lo que tenía que hacer, dejar fluir ese sentimiento, esa tensión, ese miedo, hasta lograr canalizarlo. Controlaba la situación estando en descontrol, aun así mi corazón latía descompasado, arrítmicamente, sentía cómo palpitaba con fuerza desde mis sienes, hasta la punta de mis dedos, clavados aún en el mármol.

En la garganta un nudo me resecaba la boca por la propia agitación de la respiración acelerada, notaba un sabor ferroso, como a sangre. El empeño en mantener el ritmo normalizado en cada exhalación había logrado quemar mi garganta, como cuando intentas correr al máximo de tus fuerzas y crees que ya no puedes más; entonces ordenas a tu mente que obligue al cuerpo a continuar, a que realice un sobreesfuerzo porque sabes que el control de la mente es más fuerte que la propia reacción del cuerpo, que está diciendo basta, solo porque desconoce que realmente puede sobrepasar ese límite. A pesar del miedo a la incertidumbre decides forzarlo y finalmente ves que lo peor que ocurre después es que sientes ese sabor férreo, en la boca por la irritación de la respiración acelerada.

Al igual que en este momento, todo indicaba que mi cuerpo estaba al límite, aunque quizá comparar una carrera intensa de un día de entrenamiento con los síntomas de un ataque de ansiedad, no tendrían el mismo resultado; esta vez realmente sentía que podía caer desmallada en cualquier momento. Me sentía débil y fuera de mí, ¿cómo puedes saber si vas a morir?... Esta fuerte taquicardia, la falta de respiración, el ahogo... ¿Cómo saber si este

punto de intensidad máxima, es el punto final?

Dicen que cuando vas a morir ves toda tu vida pasar ante tus ojos, como en una película, algunos estudios indican que es el resultado del inicio de la desconexión entre el cuerpo y el cerebro, un periodo de apenas siete a diez segundos de máxima actividad cerebral antes de la desconexión final.

En ese momento su vista se nubló sintiéndose desfallecer, la estancia parecía transformarse en humo, finalmente cayó al suelo quedando en un estado de letargo y semiconsciencia

Pasado un tiempo, se escucharon de fondo unos tacones, una mujer entra a los aseos, y ve a alguien tirado en el suelo, se lleva las manos al pecho; paralizada. Observa que la mujer tiene sangre en la mano y un golpe en la cabeza.

—Ayúdenme por favor, ayúdenme —gritaba nerviosa. Se quedó junto a ella sin saber muy bien que hacer.

Llegaron el responsable de la estación y el guardia de seguridad. Que se agachó y le tomó el pulso.

—Vale, respira, pero con dificultad. Dale, ayúden hay que ponerla de costado —indicaba intentando mantener la calma—. Debemos ponerla recostada de lado y con las piernas dobladas.

—¿Así está bien?

—Sí y póngale la cabeza hacia atrás, para mantener las vías respiratorias abiertas. ¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunto el guardia.

—No lo sé, yo he tenido que salir un momento, volví a mi puesto, pero no sé cuánto tiempo llevaba aquí.

—Y yo justo la encontré ahora y les llamé —indicó la mujer.

—Ok..., Puff y los paramédicos, ¿por qué tardan tanto...? —decía ya algo desesperado; sus conocimientos de primeros auxilios eran básicos.

Entonces vio que ella comenzó a respirar con mayor dificultad, dejando de respirar por un segundo.

—Rápido, tenemos que ponerla bocarriba —reaccionó, actuando con determinación. Comenzó a contar, haciendo presión con sus manos cruzadas sobre el tórax.

—Despertá, vamos despertá —repetía—, tenés que abrir los ojos che, vamos, miráme, volvé, dale —no paraba de repetir el agente, mientras continuaba con los ejercicios de reanimación—, va volvé, vos podés, vamos, despertá....

Tras varios minutos de intensa presión. Con una amplia inhalación, de repente la mujer tirada en los baños volvió en sí.

Comenzó a toser, aun aturdida, y con los ojos entre cerrados, solo alcanzó a decir:

—¿Papá?...

Prácticamente como un susurro, y volvió a desfallecer. Los paramédicos entraron por la puerta en ese momento.

La encontraré

Marion, tras el interminable viaje, había llegado por fin a Argentina. Salió del aeropuerto apenas llevando consigo una mochila y algunos enseres. Revisó el *maps* y tomó un autobús hasta la zona de General Paz. Estuvo caminando por la zona, buscando. Entonces un nuevo *whatsapp* llegó a su móvil, le incluyeron en el grupo “my people”, para que todos pudieran hablar.

Julia: ¿Qué tal tu vuelo?, ¿ya has llegado?, ¿has podido verla?

Marion: Hola, sí, he llegado hace un par de horas, no la he visto aún.

Bea: ¿Pero ya estás en la dirección que tenías de su cuidadora?

Marion: Sí, pero no parece haber nadie, quizá hayan salido, voy a esperar en la cafetería cerca, y ver si llegan...

Bea: Ok **Julia:** De acuerdo ve informando aquí estamos todos pendientes.

Desde que Amelia se fue no habían podido contactar con ella, su teléfono daba siempre como apagado desconectado. Marion lo encontró en uno de los cajones de su piso, también lo dejó allí.

Nadie pasó por allí después de un rato en el café. Se acercó de nuevo a la puerta, era una casa baja, de ladrillo visto. Tenía arboleda al rededor, que alguna vez fue verde y frondosa, ahora hacia el intento de mantenerse en pie, solo quedaban ramas secas, dejando ver un césped igual de yermo. Marion llamó tímidamente a la puerta con los nudillos, se apartó y esperó unos segundos, no obtuvo respuesta y volvió a llamar esta vez con mayor energía, obteniendo el mismo resultado.

Dio la vuelta a la esquina, y pudo advertir que uno de los muros estaba derruido y accedió, sin meterse dentro del todo hasta una ventana. Intentó mirar dentro, no veía más que los muebles algo desgastados, de un salón en el que parecía que hubo mucha vida en un tiempo anterior. Entonces, escuchó un ruido extraño a su espalda. Se giró rápidamente, pudo ver que provenía de la casa colindante, uno de los vecinos le observaba desde la ventana, al verse descubierto Marion, saltó hacia atrás, saliendo de la propiedad.

Un hombre pasó en frente de la casa, del vecino y desde la verja se puso a dar palmadas, fuerte. Entonces el hombre de la ventana salió a ver quién era, como si se tratase de un código entre ellos. Se saludaron y le invitó a pasar. Le

resultó curiosa la escena.

Se le ocurrió ir a preguntar a aquel hombre, a ver si sabía algo de la dueña de la casa. Siendo vecinos directos.

—¿Perdone, sabe si continúa viviendo aquí, Rosario...?

—Me disculpa, pero *io* no sé nada, tengo poco tiempo acá— dijo el hombre con marcado acento cordobés.

—Tenía esta dirección como referente, le enviamos desde España unos regalos y...

—No sé nada, dije —se reafirmó cortante—. Disculpe, no puedo ayudarle.

Cerró la puerta y Marion se fue calle abajo, a preguntar a otros vecinos.

En la casa, apareció la mujer ataviada con una bata rosada y un mate en la mano.

—Viejito, ¿qué quería ese muchacho?

—Chusmear, para ver dónde vive la Rosario, *segó* desde España, *desía*.

—¿Y ya le dijiste que ahora vive con el Inti?

—Le dije que no sé nada. No me gustó, estuvo cogotando por la ventana de su casa.

—¡Che!, pero si *segó* desde España, seguro era importante. ¡Viejo loco! Andá a buscarlo de vuelta, te averiguás y le *desís*.

El hombre salió renegando a ver. Pero Marion ya no estaba. Iba caminando calle abajo, y se reportó en el grupo.

Marion: Aquí no hay nadie, volveré mañana. De todas formas, sé dónde estará en unos días. No os preocupéis, la encontraré.

Lo prometo

Poco a poco se la veía volviendo en sí en la cama del hospital, se movía para colocarse en una posición más cómoda y hacía gestos y balbuceos que le iban sacando de su profundo sueño. Sus párpados comenzaron a moverse, como intentando abrirlos.

—Hola cielo, por fin despiertas...

Escuché su voz muy lejana. Sentía los parpados pesados, veía algo borroso, una figura indefinida, en frente, de mí se movía. Enfocando finalmente pude distinguirlo.

—¿Oliver? ..., ¡Has venido a verme!

—Cómo no iba a venir a verte. —Amelia dibujó una amplia sonrisa, al verle junto a ella, pero esa sonrisa se fue desdibujando al recordar su discusión —. Escucha lo siento mucho, no quería ponerme así, no quería discutir contigo por esa tontería.

—No te preocupes ahora por eso, no es importante.

—Es que estaba muy nerviosa, por lo del salto, y me alteré de la nada; quería que estuvieras conmigo... —Amelia de repente, se quedó callada, inmóvil, sus ojos muy abiertos, se movían inquietos de lado a lado, como escaneando algún tipo de recuerdo, comenzaron a empañarse, de repente, hasta que una pequeña lágrima desbordó por su mejilla—. No estás aquí, ¿verdad?, no eres real..., Yo salté... y tú, tu coche, en las noticias —balbuceó—. Venias a verme y te accidentaste, y yo no estaba contigo... discutimos y por eso tuviste el accidente, por ir rápido a ver mi estúpido salto —dijo con rabia.

—Amelia, eso no es así..., ni se te ocurra pensar que fue por tu culpa. No llevaba el cinturón, el accidente fue solo una serie de fallos míos... se me olvidó ponerlo, y el asfalto estaba complicado.

—Oliver perdóname... —dijo manteniendo el llanto.

—No tengo nada que perdonarte, más bien perdóname tú, por haber sido imprudente, y no poder compartir más tiempo todos juntos... —Amelia rompió a llorar desconsolada—. No llores más, y prométeme, que vas a lograr ser feliz y vivir intensamente, por los dos...

—Lo prometo —dijo con las lágrimas que brotaban impidiendo ya ver nada. Levantó su mano intentando hacer el aspa en el pecho —lo prometo—.

Repetía con la visión borrosa.

Se cruzó de nuevo una voz, tenue y dulce...

—Hola cielo, por fin despiertas, ya estás aquí.

Sentí una mano cálida acariciando mi rostro, abrí los ojos con dificultad, era mi Nani, me apartaba el pelo de la cara.

—Nani, Nani... mira, este es Oliver.... —me gire al otro lado, y no había nadie. Mi Nani volvió a acariciar mi rostro,

—Cielo, estas acá conmigo por fin, quedáte tranquila.

Amelia se quedó con la promesa que le había hecho a Oliver, una sensación de nostalgia y alivio llenaron su alma, había podido hablar de nuevo con él, lo sintió tan real como si hubiera estado en esa habitación de hospital con ella, a su lado, realmente dudo un segundo de lo sucedido. Lo cierto era que sentía que toda su vida había pasado ante sus ojos, se sentía extraña y desconcertada.

—Nani, cuéntame que ha pasado.

—Te encontraron en los baños de una gasolinera, te trajeron con una conmoción por un fuerte golpe en la cabeza. Al parecer tuviste un percance con un *choro* mal nacido —comenzó a renegar la mujer alterándose con el solo recuerdo—. Te quedaste en estado de inconsciencia.

Estaba tumbada en la cama con el ceño fruncido, no recordaba nada de eso.

—¿Quién me recogió, Nani?

—Un hombre joven, el guarda de seguridad al que llamó el trabajador de la estación de servicio.

Amelia quedó dudando, tenía el recuerdo de su padre al despertar y eso le dio tranquilidad, en parte.

Se miró las manos, tenía la derecha vendada por el corte y empezó a recordar. Su rostro se transformó reflejando el pánico, comenzó a llorar de repente, cuando la imagen del hombre sobre ella le vino como un flashazo. Su mano sosteniendo la navaja, el recuerdo del calor de la sangre brotando. Tenía la cara descompuesta, y el terror en la mirada.

—Lo he matado, Nani, ¡maté a un hombre!..., ¡ maté a aquel hombre! —repetía.

—No cielo, no mi cielo..., tranquila. —Le acariciaba la cara y el pelo, intentando tranquilizarla—. Tranquila. El hombre que te atacó, quedó tendido en el suelo, pero solo había perdido el conocimiento, se lo llevaron al hospital y pasó a disposición judicial, vinieron a verte un par de agentes, cuando te

recuperes tendrás que ir a declarar.

Sentía que la presión le bajo de golpe, el corazón latía con fuerza de puro alivio.

—¿De verdad?, ¿está bien, entonces?

—Sí, flor. Todo está bien, ahora tenés que calmarte para recuperarte pronto.

Ese dato la tranquilizó de inmediato, estaba abrumada por la situación.

Todo estaba bien, ahora solo podía pensar en la promesa que le había hecho a Oliver, estaba decidida a cumplirla.

Quedó en observación, y reposo dos días. Le dieron el alta estando totalmente recuperada. Ya dejaba el Hospital. Nani le había traído un vestido nuevo que le compró en el mercadito. Se vistió poco a poco, su Nani le ayudó a retirarse el cabello para no pillarlo con el vestido.

Se miró en el reflejo del cristal de la ventana. Ese vestido nuevo combinaba perfectamente con la idea de su nuevo planteamiento de vida.

—Muchas gracias Nani, me encanta. Le dio un beso y se apresuraron a salir.

Inti, esperaba afuera con el coche. Ya en la puerta, iba caminando con decisión, se sentía fuerte, llevaba a su Nani del brazo, y llegando al coche, Inti bajo para darla un beso y se quedó prendado de ella en un abrazo, sabiendo por lo que había pasado.

Cuando se separaron, Amelia le miró sonriendo con dulzura.

—Lleva por favor a Nani a casa.

—¿Y tú? —pregunto extrañado.

—Necesito caminar, hay algo que tengo que hacer —dijo mirando a su Nani, que la entendió perfectamente.

Necesitaba caminar, necesitaba sentirse libre, había pasado por varios sucesos traumáticos, y simplemente quería caminar sin sentir miedo alguno, continuó caminando, concentrada y atenta a su alrededor disfrutando de la gente del olor a comida de los puestos callejeros y restaurantes de la avenida. Se paró en seco frente a un edificio gris, le llamo la atención la cartelera, quedó en la puerta unos segundos y finalmente entró.

Había pasado algo más de una hora, cuando volvió a salir del edificio, se paró de nuevo en la entrada y observó el cartel una vez más. Respiró hondo, se giró y con una sonrisa en los labios, continuó caminando.

~~Hacer algo personal significativo~~

Ahora y Siempre

Nada más llegar a la convención, como si fuera algo predestinado para ella, le llama la atención una presentación sobre la Gestalt y el proceso de duelo ante una pérdida, y un posterior coloquio sobre cómo invertimos nuestro tiempo de vida. Nani e Inti se ofrecieron para venir acompañándola, pero quería tomarlo como un proceso de renovación y sentía que tenía que hacerlo sola. Empezaría asistiendo a esa presentación que parecía haberla atraído como si supiera que lo necesitaba.

Porque lo cierto era que al hacer un balance sobre cómo la muerte había golpeado su vida y a sus seres queridos, en este último tiempo, sintió que necesita una guía o apoyo, cómo para readaptar su vida a esas pérdidas o saber cómo sobrevivir a ellas.

Pudo comprobar en la presentación, que la Gestalt trata el duelo o la pérdida, como una propia renovación, partiendo de la base en sí de que la vida es una pérdida—indicó el ponente—. Hay pérdida que pasan desapercibidas, otras que dejan huella de por vida, pero es como un círculo, constantemente situaciones de pérdida se cierran, dando paso a otras. Hay pérdidas que se esperan, como lo fue la de su madre, era previsible por su enfermedad. Otras son súbitas como la de Oliver, quizá son las que más duelen, y otras son pérdidas deseadas, Bastián por evitar su sufrimiento o Brandon por la propia desesperación.

—Es importante acompañar esos duelos —explicaba el ponente—, vivirlos en fases, abrirse al dolor, hacer una introspección de cómo y en qué nos afecta, después reconstruir nuestro vínculo con lo que se ha perdido, para vivirlo de otra forma más simbólica y por último reinventarnos a nosotros mismos, en base al cambio que se produce en nosotros respecto a esa pérdida.

Amelia respiraba profundo, sintiendo la clama; esas palabras abrieron su mente, y se sentía liberada, siguiendo la ponencia con atención. Aunque, fue imposible no recordar a Oliver, cuando fueron juntos a la charla que hubo en Madrid. Sin embargo, ahora se descubre recordándole con una sonrisa.

—¿Cómo viviríamos, como actuaríamos, y que decisiones tomaríamos? Si cada uno de nosotros supiera, previamente, cuál es su último día de vida. Conociendo de antemano la cantidad de tiempo con la que contamos para

vivir.

Así comenzó la charla coloquio posterior a la presentación. Sin duda enganchó a Amelia, desde el minuto uno.

El hombre se movía por el escenario como interrogando a un entrevistado imaginario.

—Eliminando la incertidumbre del destino. Viviríamos con otro ritmo, tomaríamos nuestras decisiones de forma distinta, y el entorno nos afectaría de diferente manera. Organizaríamos toda nuestra vida en base a ese *time line* final. Imaginemos —nos invitaba el ponente—, que a uno le dan fecha tope vista a treinta años, a otro vista a diecinueve años, o incluso como en esos casos en los que una enfermedad terminal te permite tan solo tres meses de vida. ¿Qué decisiones tomarías? —hizo un gran énfasis en la pregunta y después se quedó callado, como esperando que cada uno hiciéramos nuestra propia introspección y respondiéramos mentalmente—. En ese momento y con esas perspectivas de vida, piensen —hizo otra pausa y después continuó dando opciones—, Puedes decidir pasarlo con tu familia, tus hijos, con los amigos, o viajando, conociendo el mayor número de países, ciudades y culturas distintas. Pero..., son tan solo tres meses y quizá incluso no tengas mucho dinero para viajar o hacer grandes inversiones para sumar el mayor número de vivencias que no hayas podido experimentar hasta el momento ¿Qué haces? —Se movía rápido por el escenario gesticulando como un mago, y lanzó otra pregunta para aumentar el reto y la tensión, Amelia estaba sentada en el borde de la butaca. Atenta.

—¿Qué pasa si nunca te has enamorado? —pregunto dando un giro que dejó descolocada a la sala—, ¿buscarías intentar enamorarte en tres meses? ¿Cómo hacerlo? Es no se puede forzar. Y se dice que es una experiencia que se debe vivir y sentir al menos una vez en la vida, quizá ya vas tarde.

»Igual que lo de tener hijos —continuó—. ¿Qué tal si decidiste no tener hijos?, ¿qué pasa si nunca has sentido esa llamada, ese instinto maternal o paternal —dijo haciendo un incuso como si a ellos no se les tuviera en cuenta para es del instinto—. Ese reloj biológico que dicen y que en ti nunca resonó, pero resulta que ahora te dan tan solo tienes tres meses de vida. ¿Qué haces?, no te daría tiempo ni de gestarlo, o criarlo. ¿Te arrepentirías de no haberlo tenido antes?

—No te podés arrepentir si nunca lo deseaste —gritó alguien entre el público.

—Nunca desees algo tanto como cuando te lo prohíben o te dicen que no

puedes tenerlo —sentencio el mago de sensaciones en el escenario.

¿Realmente creéis que vuestra perspectiva y prioridades cambiarían de manera tan radical?... teniendo la perspectiva del tiempo. Sabiendo cual será vuestro punto final.

Nos dio una tregua, con un silencio pausado y largo, casi incómodo, y volvió al ataque.

»¿Qué hay de los enfrentamientos familiares por herencias?, los amigos que se convirtieron en enemigos, ¿los perdonarías? O, ¿qué hay de la religión?, después de años de agnosticismo o incluso ateísmo, ¿comenzarías a ir cada día a la iglesia, confesar tus pecados y redimirte? Pensadlo... ¿para qué?, ¿cambiaría eso algo? Tu destino está escrito. A tres meses vista.

Hizo una pausa y nos inició en un ejercicio de relajación y meditación consciente.

Todo el público respiraba al unísono.

—Ahora quiero que hagamos un ejercicio. Preguntémonos, aunque suene escabroso, incluso morboso: ¿Si fallecieras mañana mismo?... repito: ¿Si fallecieras mañana mismo? —indicó con mayor énfasis—. ¿Cuánta gente de la que conoces crees que iría a tu entierro?

Nos dejó un tiempo de reflexión, todo quedó en silencio.

—Lo importante no es el límite de tiempo, lo importante es vivir de tal manera que logremos impactar positivamente en el mayor número de personas cada día, vivir intensamente cada día. La manera en la que interactuamos con nuestro entorno, con nuestra gente, debe provocar un impacto positivo, si te centras en eso estarás invirtiendo tu tiempo de vida de la forma correcta. Y todas las cuestiones anteriores que os he planteado, no tendrían lugar.

Por tanto, vive todos los *hoy* intensamente por si tu destino decide presentarse mañana.

«Realmente fue intenso», pensó Amelia, mira hacia atrás y la gente estaba como en shock. La ponencia termina con un estruendoso aplauso. Él se despide y sale del escenario. Ahora los asistentes se convierten en muchedumbre, se agolpan en las salidas del recinto. Amelia con su estatura se le complica encontrar la salida, se gira buscando otra opción y le ve.

—¿Marion?

El corazón se le ralentiza por un momento, dándole un golpe en el pecho al cambiar a ritmo acelerado, lo sentía en la garganta. Él también parece estar buscando algo con la mirada.

«¡Me está buscando!», pensó emocionada. Le ve caminando entre la

gente, se va acercando, aún está de espaladas, no la ve, con tanta gente cruzándose, le pierde de vista, intenta ponerse en puntillas, se sube a un asiento, pero ahora no consigue verlo de nuevo, mira para todos lados. De pronto un pitido de micrófono suena estridente, todo el mundo se gira mirando hacia el escenario, los técnicos de sonido están trabajando para la próxima ponencia. Esa reacción fue suficiente, no se lo piensa baja de la silla, corriendo se sube al escenario, en una distracción del técnico, toma el micro que estaba encima de la mesa. —¿y ahora?—grita por el micro— ¿y ahora? ..., dime, ¿y ahora?.

Entre la multitud, desde arriba del escenario, se ve como alguien parece que empieza a abrirse paso, entre la muchedumbre, es Marion, ella baja del escenario a su encuentro, apartando a la gente ahora lo tiene casi enfrente, pero le pierde de nuevo, entre el caos, siente que alguien por detrás la agarra por la cintura, la gira; es Marion. Se quedaron mirando como si el tiempo no hubiera pasado, mirándose directamente a los ojos podían reconocer aún el sentimiento. Se besan, una y otra vez.

—Siempre, siempre, ahora y siempre —le responde Marion con cada beso mientras la abraza fuerte, no quería soltarla.

Amelia le lleva a casa de su Nani, que lo recibe con gran emoción.

—¡Ay no!, qué hermoso verlos juntos —dice sin parar de sonreír—, tan divinos. Voy a salir a comprar unas milanesas para cenar todos juntos, ya estoy de regreso.

Amelia sonríe negando con la cabeza —Mi Nani...

Se van para la habitación para acomodar la ropa, y algo cae al suelo.

—¿Una cajetilla de tabaco? —dice Amelia recogéndolo —, tú no fumas...

—Fumaba antes de conocerte, lo sabes. Y lo retomé cuando bueno..., cuando nos separamos, me dio ansiedad —se sincera.

Amelia mira de nuevo la cajetilla y reconoce la marca.

—¿Eras tú? —le acusa—. Encontré esta marca de cigarro cerca de la tumba de mis padres, tú eres el fumador misterioso.... —decía asombrada. Él se sintió obligado a dar explicaciones.

—Después de que no quisieras ni hablarme en el evento —la mira, con cierto pesar —, fui a casa de un amigo, pasé la noche allí y por la mañana, saliendo de la ciudad, sentía que tenía que pasar a...

—¿A qué?

— No sé, a disculparme, a pedir perdón.

—¿Por qué, mi amor? —le dice acercándose para abrazarlo.

—Bueno, porque siempre se me quedó, que cuando pasó lo de tu madre, nosotros estábamos discutiendo, podrías haber atendido la llamada antes y quizá...

—No te mortifiques no tiene caso, la situación no hubiera cambiado

—No se... me quedé un rato más también con la esperanza de que tú fueras a verlos y encontrarte allí... pero no sucedió.

—Estuve allí —afirma—, aunque unas horas más tarde, al parecer...

Se queda pensativa, toma una camisa y la dobla, para continuar organizando todo.

No pude evitar pensar, en Oliver.

Para un momento y se queda sentada sobre el cambiador, agarrándose fuerte con las manos, al borde de madera, como para liberar tensión antes de hablar de nuevo.

—Supongo que estarías en EEUU, pero..., ¿Sabes cómo fue?

—¿El qué, cielo?

—El funeral..., de Oliver.

Marion la observa de lado, ella no le mira, estaba con la mirada clavada en el suelo.

—Pues yo no supe nada hasta que Julia me contactó cuando te fuiste. Me contó que finalmente, a pesar de que su hermana se oponía, el entierro fue en Málaga, en el panteón familiar.

—¿Entonces no está en Madrid? —pregunta levantando lo vista de pronto.

—No. Su hermana quería algo distinto para él. Quería poder tenerlo cerca, y que fuera otro tipo de ceremonia. Ella al igual que Oliver, ha echado raíces en Madrid, ya sabes, con su marido y los niños. Entonces, bueno, a las afueras de Madrid, en el bosque de la memoria, eligió un Olivo, bajo el que puedes enterrar, bien su urna, o algo personal. Ella lo necesitaba; un lugar que le representase para mantenerlo cerca, en cierta forma.

Amelia emocionada, con los ojos en lágrima que finalmente se desbordan, llorando en silencio.

—Sí, es exactamente lo que él hubiera querido —decía asintiendo con la cabeza.

—Fui a visitarlo, antes de venir.

Amelia se sorprende.

—Sentía que tenía que hacerlo, lo cierto es que él ha estado contigo apoyándote, todo el tiempo que yo no pude. Y no sé cómo explicarlo pero realmente sientes su presencia allí.

Amelia levanta la vista, con un escalofrío.

—Estando allí, le agradecí, que te cuidase incluso cuando yo ni siquiera te conocía aún.

Amelia, le miraba emocionada, baja del mueble y se va hacia él, le abraza tan fuerte que puede sentir el latir su corazón golpeando su pecho. Cuando se separan, Amelia, tiene la blusa abierta dejando al descubierto, algo que antes no estaba ahí, le retira un poco la blusa para verlo mejor, ella le mira esperando su reacción.

—¿Son dos ramas enlazadas?

—Dos ramas de olivo en aspa, sí. —No le sorprende, era evidente a quién hacían referencia.

—¿Cuándo te lo has hecho? —le pregunta acariciando con dulzura esa parte de su piel.

—Al salir del hospital.

—¿Qué significa? —dice mirándola a los ojos, ya empañados.

—Lo prometo.

—¿Que prometiste?

—Vivir intensamente.

«NO ABRIR HASTA 2025»

Madrid, año 2025

La niña no para de moverse y subirse el vestido, apretujando a su pequeño peluche contra su pecho, abrazándolo hasta el delirio. Gira y se mueve de lado a lado, después se agarra a su padre de la pierna, sin soltar a Pepitillo; su peluche. Tiene el pelo recogido en un coletita, le molesta y se la quita; le pone la goma de pelo como collar a Pepitillo, mira a su alrededor. La otra niña mayor está sentada en una de las sillas, tiene algo en sus manos. La ve bajar de la silla y acercarse al grupo donde estaban todos.

—Mamá Didi, mamá Didi, ¿me abres esto? —Es una bolsa de patatas.

—Claro mi amor, ten aquí lo tienes.

—Gracias— dice antes de irse, pero se gira de nuevo— ¿Y dónde está Mamu?

—Saliendo del restaurante, peque, ya llega.

Más tranquila se va de nuevo a jugar con los otros niños que hay en la sala.

Todo está preparado ya y por fin ella sale al escenario, sentada a la mesa al lado de su editor.

—¡Josephine, Olivia! Venid aquí, ya va a empezar.

La sala se queda en silencio, y ella comienza a hablar.

—¡Mamááá¡, holaaa —grita Olivia. La sala se vuelve hacia atrás para mirarla, la niña estaba ya distraída con su peluche de nuevo, todos la miran con ternura.

Arriba en el escenario ella sonrío también, mira a Marion que le dice; «Ahora y siempre». solo gesticulando con los labios. Para darle ánimos. Sonríe de nuevo y comienza.

«Estaba tan aturdida y agotada que no sabía cómo había llegado hasta ese lugar, de hecho, no sabría reconocer concretamente en qué lugar me encontraba, simplemente estaba frente a frente conmigo misma...»

—Ese es el primer párrafo de mi nueva vida, y del libro que presentamos hoy aquí. Este pasaje sucedió el día que salve mi propia vida. El día que aprendí a vivir sin miedo.

~~Salvar una vida~~

Sin el miedo al Amor, fui libre para dejar pasar al que ha sido mi pareja hasta ahora. Gracias Marion por tu amor y por apoyarme siempre —Él sonrío emocionado, asintiendo con aceptación—.

Sin miedo a las enfermedades o los tabúes, fui libre para tomar la decisión más importante y más intensa de mi vida, decidí tener a mi hija, a pesar de las dificultades, hoy la tenemos aquí. Gracias Olivia por llegar a nuestra vida.

—Mami, estas muy guapa —grita la niña con energía. Toda la sala se reía por su desparpajo.

—Decidí no tener miedo a sonrojarme, logrando ser libre para vivir y actuar como quiero. Conseguí cumplir varias listas de retos, y comencé otros que aún continúo imponiéndome. Publicar este libro era uno de ellos. Y es lo que hoy me trae ante vosotros. Algo que no podría hacer si no hubiera vencido mi miedo al sonrojo.

~~Vencer el miedo al sonrojo~~

—Todo esto lo aprendí a raíz de una promesa. Aprendí que la vida puede pasar de un día de sol, a un día de tormenta, en un instante y de la adrenalina de un grito, a la quietud del silencio, en un segundo, por eso hay que vivir con intensidad cada momento, cada segundo.

Gracias Oliver, por enseñarme esa valiosa lección y por estar siempre presente. Gracias a mi gente por estar ahí, de una forma u otra, porque hacen que cada día sea un día de sol.

Marion, Bea, Daniel, Julia, Diana... todos estaban emocionados, ya con el aplauso en el corazón.

»Aprender a vivir sin miedo es de lo que trata la vida, de lo que trata este libro, y es un orgullo que podáis conocerlo a través de las historias que lo inspiraron.

Desde la Asociación *Tenemos Blushing ¿Y qué?* Esperamos que el libro tenga la máxima aceptación para inspirar a otros a vivir sin miedos; a vivir intensamente.

—Gracias a todos, por dedicarme estos minutos de vuestro tiempo.

La gente convocada en la pequeña sala de eventos comienza a aplaudir. Ella baja del escenario, entre felicitaciones, llega donde está su gente. Marion le da un enorme abrazo, sin parar de besarla, los chicas y Dani la felicitan alabando su intervención.

—Te diré que ese discurso ha sido *casi* mejor que el que hiciste en nuestra boda — le dice Julia haciendo hincapié en el casi. Sonríe y continúan disfrutando del *cocktail* y los aperitivos en el evento.

—Mami, mami —le dice Olivia, tirándole de la falda.

—¿Qué pasa *Pingu*? —responde Amelia, agachándose a su altura.

—Mami, ¿vamos a desenterrar hoy el tesoro?

—¿Qué?, no entiendo, cielo, ¿qué tesoro?

—Me dijiste que había un tesoro, pero teníamos que esperar un año más, porque...

—Porque lo había prometido —finalizó Amelia.

—Me lo dijiste en mi cumple y mi cumple ya ha sido otra vez, asique ya ha pasado el año.

—Sí mi amor, es en el 2025. Este año —recordaba con nostalgia—. Pero... *Pingüinito*, ese tesoro es de mi amigo también.

—¿Tu amigo el Árbol?!..., Me encanta ir a verle, es muy bonito donde él vive.

—¿Sí, verdad? Entonces, ¿Qué tal si desenterramos el tesoro, y luego vamos a contarle lo que hemos encontrado? ¿Vale?

Al día siguiente, van a la casa donde se crio; habían remodelado el edificio y lo que antes era patio interior, ahora es una zona comunitaria de juegos, pero recuerda exactamente el lugar donde lo enterraron. Justo cerca de un muro de piedra, haciendo esquina. Llevaban algunas herramientas para poder cavar.

—Mami y..., ¿Qué edad teníais cuando la escondisteis?

—Déjame pensar... creo que yo tenía catorce y el quince. ¿Te parecen muchos? —le dice haciéndole cosquillas.

—No sé —responde retorciéndose de risa.

Comenzaron a sacar arena, hasta chocar contra algo metálico; al desenterrarlo, huele a humedad y tomillo. En la tapa se leía: «no abrir hasta 2025» Olivia tiene los ojos como platos. Al abrirla, encuentran fotos, unas cartas...

—Podemos leerle estas cosas a tu amigo árbol, cómo cuando tú me lees *El pirata garrapata*, antes de dormir.

—Es una idea genial *Pingu* —no pudo resistirse a comérsela a besos.

—Mira..., ¡esta es la cinta de *casette*! Para esto necesitamos un *walkman*.

—¿Quééé?

—Vamos, en el altillo creo que tengo la grabadora antigua. Servirá. Venga, guarda todo y lo terminamos de ver en casa—estaba emocionada.

De camino; en el coche, los recuerdos de Oliver de quinceañero no paraban de hacerla sonreír, siempre tan bromista. «Bueno, eso no cambió de adulto», pensaba, haciendo ya la maniobra para aparcar.

Entrando en casa, Olivia sube corriendo a su cuarto.

—¿Marion?— pregunta Amelia en alto, para comprobar si ya estaba en casa. Sin respuesta.

—¡Quítate las botas y lávate las manos, comeremos en cuanto venga tu padre! —le grita a Olivia desde la escalera.

Había dejado la caja en el sofá, con cuidado, como el tesoro que era. Sonríe inevitablemente. Y sube un momento al altillo. Entre las cajas de la mudanza, encuentra su antigua grabadora.

Baja al salón de nuevo y cuando va a sentarse la caja se cae al suelo, todo queda desperdigado y..., se sorprende al ver que había una segunda cinta de *casette*. En la que enterraron pusieron: Solo escuchar en 2025. En la otra no pone nada. Se apresura a meterla en la grabadora, con la emoción de una quinceañera y pulsa el *play*... La voz de Oliver más aguda de lo que la recordaba, se escucha muy bajita, entonces, sube el volumen escuchando con toda su atención..

»—huulaaa, ammm... Sí, he roto la promesa y he abierto la cápsula antes, bueno la enterramos hace apenas tres meses, pero es que tenía que meter también esta cinta. Porque quería decirte, que... me gustas desde hace tiempo, creo que me gustas... mucho. Ammm, no sé, te comparo con el resto de chicas y con ninguna estoy tan genial. Me encanta estar contigo, incluso simplemente pasando el rato. Y si un día no nos vemos, por lo que sea, en el *insti* o fuera... pues... me pongo hasta nervioso. Cuando te vuelvo a ver y escucho tu risa, ya me calmo. Pero no me atrevo a decirte nada, creo que tú sí que me ves solo como un amigo y no quiero liarla, porque contigo es diferente. Así que mira, te doy hasta fin de año, si por casualidad, tú también rompes la promesa y escuchas esto; si también sientes lo mismo, me lo dices. Pero... si eso no ocurre y yo tampoco te he dicho nada, será que se me habrá pasado el cuelgue... y en ese caso, solo espero que en 2025 me acuerde de que metí aquí esta cinta, para sacarla antes de desenterrarlo juntos... —se escuchó su risa entrecortada—, ya está, es todo, bye, bye...

Emocionada desde el primer «huuulaaa», con una sonrisa en la boca, se

queda ahí sentada, pensando, recordando la conversación con Nani sobre el destino predeterminado, frente a la libre elección, y cómo uno puede ir escribiéndolo a partir de decisiones.

**No puede evitar pensar en que, si hubiera elegido romper la promesa,
ahora su vida sería muy distinta...**

Links de interés:

[Página de Facebook: Rubor patológico-Tenemos Blusing ¿y qué?](#)

[Canal Youtube: Tenemos Blusing ¿y qué?](#)

[Manual práctico de Psicoterapia Gestalt por Ángeles Martín González](#)

[Web Cronich blushing help; Creada por los familiares de Brandon Scott Thomas.](#)

Table of Contents

[Vivir sin miedo](#)
[Bastían](#)
[Oliver y la princesa desterrada](#)
[Hoy comienza tu nueva vida.](#)
[¿Una entrevista crucial?](#)
[Viviendo Madrid](#)
[El día D](#)
[Como pulpo en cacharrería](#)
[Cambios](#)
[Gestalt](#)
[Octavio](#)
[Evento en valencia](#)
[La cena](#)
[28 de Marzo de 1984](#)
[El desafío](#)
[Brandon Scott Thomas](#)
[Mermelada de pomelo](#)
[La ventana](#)
[Maslow y su «encantadora» pirámide](#)
[La propuesta](#)
[Betabloqueantes](#)
[Momento TEDx](#)
[¿Y ahora, qué?](#)
[100 \\$ al Rojo](#)
[Decisiones](#)
[La Noticia](#)
[Pero y aparte](#)
[La confesión](#)
[Salvar una vida](#)
[La encontraré](#)
[Lo prometo](#)
[Ahora y Siempre](#)
[Madrid, año 2025](#)